

Susan Ee

# EL MUNDO DEL MAÑANA



Lectulandia

En *El mundo del mañana* los sobrevivientes del Apocalipsis que devastó la Tierra intentan organizarse y reconstruir lo que queda de la civilización.

En medio de la anarquía y la violencia, Paige desaparece de nuevo. En la búsqueda de su hermana pequeña, Penryn descubre los planes secretos de los ángeles. ¿Hasta dónde estarán dispuestos a llegar para alcanzar sus fines?

Mientras tanto, Raffe intenta recuperar sus alas. Sin ellas no puede reunirse con los de su especie ni ocupar el lugar que le corresponde como líder. Raffe tendrá que decidir qué es más importantes: hallar sus alas o ayudar a Penryn a sobrevivir.

**Lectulandia**

Susan Ee

# **El mundo del mañana**

**El fin de los tiempos - 2**

ePub r1.0

Titivillus 19.10.16

Título original: *World After*  
Susan Ee, 2013  
Traducción: Sandra Sepúlveda Martín  
Diseño de portada: Sammy Yuen

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



Susan Ee

# EL MUNDO DEL MAÑANA

El fin de los tiempos

Libro segundo



Todos creen que estoy muerta.

Estoy acostada con la cabeza en el regazo de mi madre en la caja trasera de una camioneta pickup enorme. La luz del amanecer proyecta sombras en las arrugas de dolor que surcan el rostro de mi madre mientras el ruido del motor vibra a través de mi cuerpo inerte. Somos parte de la caravana de la Resistencia. Media docena de camiones militares y camionetas se abren paso entre los autos abandonados hacia las afueras de San Francisco. En el horizonte detrás de nosotros, el nido de los ángeles sigue quemándose tras el ataque de la Resistencia.

Decenas de periódicos cubren los escaparates a lo largo del camino, transformándolo en un corredor de recuerdos del Gran Ataque. No necesito leer las primeras planas para saber lo que dicen. Todos estuvieron pegados a las noticias durante los primeros días de la invasión, cuando los periodistas seguían reportando lo que sucedía en el mundo:

PARÍS EN LLAMAS, NUEVA YORK INUNDADO,  
MOSCÚ DESTRUIDO.  
¿QUIÉN LE DISPARÓ A GABRIEL,  
EL MENSAJERO DE DIOS?  
LOS ÁNGELES SON MÁS RÁPIDOS QUE LOS MISILES.  
LÍDERES NACIONALES DISPERSOS.  
EL FIN DE LOS TIEMPOS.

Conducimos a un lado de tres peatones con la cabeza rapada, envueltos en lo que parecen sábanas grises. Están pegando carteles manchados y arrugados de una de las sectas apocalípticas que surgieron en los últimos meses. Entre las pandillas callejeras, las sectas y la Resistencia, me pregunto cuánto tiempo pasará antes de que todo el mundo sea parte de algún grupo. Supongo que ni siquiera el fin del mundo puede evitar que los humanos tratemos de pertenecer a algo.

Los miembros de la secta se detienen en la acera para ver pasar nuestra camioneta llena de gente.

La nuestra no es una familia grande: solo una madre asustada, una adolescente de cabello oscuro y una niña de siete años sentadas en la parte trasera de una camioneta llena de hombres armados. En cualquier otro momento, hubiéramos sido como ovejas en la compañía de lobos. Pero ahora, tenemos lo que algunas personas podrían llamar «presencia».

Algunos de los hombres en nuestra caravana llevan trajes militares y sostienen

grandes rifles. Otros tienen ametralladoras que apuntan hacia el cielo. Algunos son pandilleros recién salidos de las calles, con tatuajes caseros en los brazos y una quemadura por cada una de sus víctimas.

Sin embargo, todos estos hombres rudos se agazapan al fondo de la caja, lo más lejos que pueden de nosotras, haciendo lo posible por mantener su distancia.

Mi madre sigue meciéndose hacia adelante y hacia atrás, como ha hecho desde que salimos del nido en llamas, y murmura una canción en su idioma inventado. Su voz sube y baja de volumen, como si estuviera teniendo una discusión con Dios. O tal vez con el diablo.

Una lágrima rueda por su barbilla y cae sobre mi frente. Sé que su corazón se está rompiendo. Se está rompiendo por mí, su hija de diecisiete años, cuya única misión en la vida consistía en proteger a la familia.

Para ella, soy solo un cuerpo sin vida que el mismo diablo le entregó. Estoy segura de que mamá jamás podrá borrar de su mente la imagen de mi cuerpo inmóvil en los brazos de Raffé, con sus enormes alas de demonio iluminadas por las llamas enmarcando su cuerpo.

Me pregunto qué pensaría mamá si alguien le explicara que Raffé en realidad es un ángel a quien le robaron sus alas. ¿Acaso le resultaría más extraño eso que si alguien le explicara el hecho de que no estoy muerta, sino paralizada por el veneno de un escorpión monstruoso? Quizá pensaría que esa persona está tan loca como ella.

Mi hermana está sentada a mis pies, completamente in móvil. Sus ojos miran fijamente un punto en el espacio, y su espalda se mantiene recta a pesar del movimiento del vehículo. Es como si Paige se hubiera apagado a sí misma.

Los tipos rudos que nos acompañan la observan de reojo, como hacen los niños pequeños cuando te miran a escondidas por debajo de su manta. Paige parece una muñeca torturada recién salida de una pesadilla, cubierta de puntos de sutura y hematomas. No quiero ni pensar qué pudo haberle sucedido para quedar así. Una parte de mí quisiera saber más, pero la otra parte se alegra de no saber absolutamente nada al respecto.

Respiro profundo. Tarde o temprano voy a tener que levantarme. No tengo más remedio que enfrentarme al mundo. Estoy descongelada por completo ahora. Dudo poder defenderme o pelear si las cosas llegaran a eso, pero estoy casi segura de que soy capaz de moverme sin problemas.

Me incorporo.

Supongo que, de haber pensado bien las cosas, no me hubieran sorprendido los gritos.

La que grita más fuerte es mi madre. Veo cómo sus músculos se ponen rígidos de terror y tiene los ojos increíblemente abiertos.

—Está bien —le digo—. Todo está bien —me cuesta trabajo articular las palabras, pero por lo menos no sueno como una zombi.

La escena me resultaría graciosa, excepto por un pensamiento que me viene a la

cabeza de repente: ahora vivimos en un mundo en el que cualquiera podría matar a alguien como yo solo por ser un bicho raro.

Levanto las manos en un gesto tranquilizador. Digo algo para tratar de calmarlos, pero mis palabras se pierden entre los gritos. El pánico en un área tan pequeña como la caja trasera de una camioneta es muy contagioso, por lo que veo.

Los otros refugiados se aplastan uno contra el otro contra la cabina de la camioneta tratando de alejarse de mí. Algunos incluso parecen dispuestos a saltar del vehículo en movimiento.

Un soldado con la piel grasosa y llena de granos me apunta con su rifle, aferrándose a él como si estuviera a punto de dispararlo por primera vez en su vida.

Subestimé por completo el miedo primitivo que nos invade como especie en extinción. Esta gente lo ha perdido todo: sus familias, su seguridad, su Dios.

Y ahora, un cadáver reanimado acaba de incorporarse frente a ellos.

—Estoy bien —les digo lentamente, con toda la claridad de la que soy capaz. Sostengo la mirada del soldado, intentando convencerlo de que no está sucediendo nada sobrenatural—. Estoy viva.

Por un momento, no logro adivinar si van a relajarse o a echarme del vehículo convertida en un colador lleno de balas. Todavía tengo la espada de Raffe colgada de un hombro, debajo de mi abrigo. La idea me consuela un poco, aunque sé que la espada, obviamente, no puede detener balas.

—Tranquilo —mantengo mi voz suave y mis movimientos lentos—. Estaba noqueada. Eso es todo.

—Estabas muerta —insiste el pálido soldado, que debe tener mi edad o menos.

Alguien golpea en el techo de la camioneta.

Todos brincamos, sobresaltados, y tengo suerte de que el soldado no accione el gatillo de su rifle accidentalmente.

La luneta trasera de la cabina de la camioneta se desliza y la cabeza de Dee se asoma a través de ella. Tiene la mirada grave, pero es difícil tomarlo muy en serio con sus pecas de niño pequeño y su cabello imposiblemente rojo.

—¡Oye! No molestes a la chica muerta. Es propiedad de la Resistencia.

—Sí —dice su hermano gemelo Dum desde la cabina—. La necesitamos para practicarle autopsias y todas esas cosas. ¿O acaso crees que las chicas muertas a manos del príncipe de los demonios son fáciles de encontrar? —como de costumbre, no puedo distinguir cuál de los gemelos es cuál, así que les asigno sus nombres aleatoriamente en mi mente.

—Prohibido disparar a la chica muerta —dice Dee—. Le estoy hablando a usted, soldado —señala al tipo con el rifle y se le queda viendo con cara de pocos amigos. Podría pensar que su aspecto de Ronald McDonald y sus apodosos de Tweedledee y Tweedledum los despojarían de toda autoridad. Pero estos chicos tienen un talento especial para pasar de bromistas a peligrosos de forma convincente en un santiamén.

Espero que estén bromeando sobre la autopsia.

La camioneta se detiene en un estacionamiento abierto. Todos se olvidan de mí mientras miramos a nuestro alrededor.

El edificio de adobe frente a nosotros me resulta conocido. No es mi escuela, pero es una escuela famosa que he visto un montón de veces. Es la escuela preparatoria de Palo Alto.

Hay una media docena de camiones y camionetas en el estacionamiento. El soldado del rifle sigue mirándome con temor, pero por lo menos ya no me apunta con su arma.

Mucha gente nos observa con curiosidad mientras el resto de la caravana se detiene en el estacionamiento. Todos me vieron en los brazos del demonio alado, que en realidad era Raffé, y todos pensaron que estaba muerta. Me siento tan cohibida ante sus miradas inquisitivas que me acomodo en silencio a un lado de mi hermana.

Uno de los hombres se acerca a tocarme el brazo. Tal vez quiere ver si mi piel está caliente o fría como la de un muerto.

El rostro de mi hermana se transforma instantáneamente en el de un predador a punto de atacar. Sus dientes afilados brillan cuando se los muestra al hombre, enfatizando la amenaza.

Tan pronto como el hombre retrocede, Paige regresa a su lugar, con la expresión de su rostro en blanco.

El hombre nos observa, pasando sus ojos de una a otra, buscando pistas para preguntas que yo no puedo responder. Todo el mundo en el estacionamiento vio lo que pasó y ahora nos miran con una mezcla de miedo, curiosidad y repulsión.

Bienvenidos al espectáculo de fenómenos.

La verdad es que Paige y yo estamos acostumbradas a que nos miren. Yo solía simplemente ignorar a la gente, pero Paige siempre les sonreía a los curiosos desde su silla de ruedas. Casi siempre le devolvían la sonrisa. El encanto de Paige era difícil de resistir.

Antes.

Mamá empieza a recitar una letanía en su idioma inventado. Esta vez me mira mientras murmura, como si me estuviera rezando a mí. Los sonidos guturales que salen de su garganta dominan el ruido de la multitud. Mamá tiene una capacidad especial para incrementar el horror de cualquier situación, incluso a plena luz del día.

—Muy bien, todos fuera de los vehículos —ordena Obi con una voz autoritaria. Mide casi dos metros, tiene los hombros amplios y un cuerpo musculoso, pero es su presencia imponente y su confianza en sí mismo lo que lo distingue como el líder de la Resistencia. Todo el mundo lo observa y escucha mientras camina entre los vehículos, con el aspecto de un comandante militar de verdad en una zona de guerra—. Vacíen los camiones y caminen hacia el edificio. No se expongan al cielo abierto mientras les sea posible.

Eso anima a la gente, que empieza a saltar de los camiones. Los tipos de nuestro vehículo se empujan unos a otros con tal de alejarse de nosotras.

—Conductores —llama Obi—, cuando los camiones estén vacíos, muevan sus vehículos y estacionenlos cerca de aquí. Ocúltenlos entre los demás autos abandonados o en algún lugar que sea difícil de ver desde arriba —camina a través del río de refugiados y soldados, dándole un propósito y un sentido a quienes de otra manera estarían perdidos por completo—. No quiero que quede ningún rastro de que esta zona está ocupada. Debe parecer que el área está abandonada en un radio de dos kilómetros.

Obi se detiene cuando ve a Dee y Dum de pie uno al lado del otro, mirándonos.

—Señores —dice. Dee y Dum salen de su trance y voltean a mirar a Obi—. Por favor, muestren a los nuevos reclutas a dónde deben ir y qué deben hacer.

—Correcto —dice Dee, saludando a Obi con una sonrisa traviesa.

—¡Novatos! —grita Dum—. Los que no tengan idea de lo que tienen que hacer, sígannos.

—Pasen por aquí, chicas —dice Dee.

Supongo que se refiere a nosotras. Me levanto con dificultad y automáticamente me agacho para ayudar a mi hermana, pero me detengo antes de tocarla, como si una parte de mí creyera que es un animal peligroso.

—Vamos, Paige.

No sé qué haría si Paige no se mueve. Pero ella se levanta y me sigue sin chistar. No creo que logre acostumbrarme a verla caminar sobre sus propias piernas.

Mamá también nos sigue, sin dejar de recitar sus plegarias. Me parece que son más fuertes y más fervientes que antes.

Las tres nos incorporamos al flujo de recién llegados que camina tras los gemelos. Dum camina hacia atrás, mirándonos de frente mientras habla con nosotros.

—Vamos a entrar a una escuela preparatoria, donde nuestros instintos de supervivencia siempre están en su máxima expresión —bromea.

—Si los ataca el impulso de grafitear las paredes o golpear a su profesor de matemáticas —dice Dee—, háganlo donde las aves no puedan verlos.

Caminamos a un lado del edificio principal de adobe. Desde la calle, la escuela parece pequeña. Detrás del edificio principal, sin embargo, hay todo un campus de edificios modernos conectados por pasarelas techadas.

—Si alguno de ustedes está herido, debe acudir a este magnífico salón de clases —Dee abre la puerta más cercana y se asoma. Es un salón de clases con un esqueleto de tamaño natural colgando del techo—. Huesos les hará compañía mientras esperan al médico.

—Y si alguno de ustedes es médico —dice Dum—, sus pacientes lo están esperando ansiosamente.

—¿Somos todos? —pregunto de repente—. ¿Nosotros somos los únicos sobrevivientes?

Dee mira a Dum.

—¿Las chicas zombis tienen permiso de hablar?

—Solo si son guapas y están dispuestas a pelear en el barro contra otras chicas zombis.

—Amén, camarada.

—Esa es una imagen desagradable —les lanzo una mirada de pocos amigos, pero en el fondo estoy contenta de que no estén asustados por mi regreso de entre los muertos.

—No elegiríamos a las zombis en estado de descomposición, Penryn. Solo elegiríamos a las que estén frescas y recién resucitadas, como tú.

—Solo que con las ropas rasgadas, y demás.

—Y con hambre de peeeechos.

—Quiso decir cerebros.

—Sí, eso.

—¿Podrían contestar a su pregunta, por favor? —pregunta un hombre con anteojos sorprendentemente intactos. No parece estar de humor para bromas.

—Bien —dice Dee, repentinamente serio—. Este es nuestro punto de encuentro. Los demás nos encontrarán aquí.

Seguimos caminando bajo la débil luz del sol y el tipo de los anteojos termina en la parte de atrás del grupo.

Dum se inclina hacia Dee y le susurra en voz suficientemente alta para que yo pueda escucharlo:

—¿Cuánto quieres apostar a que ese tipo estará en primera fila apostando en la pelea de chicas zombis? —intercambian sonrisas y se guiñan un ojo.

El viento de octubre se filtra a través de mi blusa. No puedo dejar de buscar a un ángel en particular en el cielo, con alas de murciélago y un sentido del humor bastante cursi. Me obligo a bajar la mirada al suelo.

Las vitrinas de los salones de clases están cubiertas de carteles y avisos sobre los requisitos para ser admitido en el colegio. Otra vitrina muestra estantes llenos de obras de arte de los estudiantes. Figuras de arcilla, madera y papel maché de todos los colores y estilos cubren cada pulgada de la vitrina. Algunas son tan buenas que me da tristeza pensar que estos niños no van a crear obras de arte en mucho, mucho tiempo.

Mientras caminamos a través de la escuela, los gemelos se quedan cerca de mi familia. Yo dejo pasar a Paige y a mamá, pensando que no es una mala idea que Paige camine delante de mí, donde puedo cuidarla. Ella camina rígidamente, como si todavía no estuviera acostumbrada a sus piernas. Yo tampoco estoy acostumbrada a verla así, y no puedo dejar de mirar los puntos de sutura que recorren todo su cuerpo y la hacen parecer una muñeca de vudú.

—¿Así que esa es tu hermana? —pregunta Dee en voz baja.

—Sí.

—¿Por la que arriesgaste tu vida?

—Sí.

Los gemelos asienten cortésmente de forma automática, como hace la gente cuando no te quiere ofender.

—¿Y su familia es más normal? —les pregunto.

Dee y Dum se miran el uno al otro.

—Nah —dice Dee.

—No, la verdad no —dice Dum al mismo tiempo.

Nuestra nueva casa es un salón de historia. Las paredes están cubiertas de líneas del tiempo y carteles que relatan la historia de la humanidad. Mesopotamia, la Gran Pirámide de Guiza, el Imperio otomano, la dinastía Ming. Y la Peste Negra.

Mi profesor de historia nos contó que la peste acabó con casi el sesenta por ciento de la población de Europa en poco tiempo. Nos pidió que imagináramos cómo sería que el sesenta por ciento de nuestro mundo estuviera muerto de repente. No me lo pude imaginar en ese momento. Me pareció tan irreal.

Creando un extraño contraste, encima de todos los carteles de historia antigua, cuelga la imagen de un astronauta en la luna con la Tierra azul flotando detrás de él. Cada vez que veo esa pelota de azul y blanca en el espacio, pienso que debe ser el mundo más hermoso de todo el Universo.

Pero eso también me parece irreal ahora.

Afuera, los motores de más camiones retumban cuando llegan al estacionamiento.

Me acerco a la ventana para verlos y mamá comienza a empujar pupitres y sillas a un lado para hacernos espacio. Me asomo y veo a uno de los gemelos llevar a los aturdidos recién llegados hacia la escuela, como el flautista de Hamelín.

—Hambre —dice mi hermana detrás de mí.

Me tenso de inmediato y tengo que guardar toda clase de ideas horribles en la bóveda en mi cabeza.

Veo el reflejo de Paige en la ventana. En la imagen borrosa sobre el cristal, ella mira a mamá como cualquier otro niño miraría a su madre, en espera de la cena. Pero su cabeza parece distorsionada por una curva en el cristal, enfatizando las puntadas negras que surcan su rostro y alargando sus dientes afilados.

Mamá se inclina y acaricia el cabello de su pequeña. Luego comienza a tararear su inquietante canción de disculpa.

**M**e instalo en un catre en una esquina del salón. Acostada con la espalda contra la pared, puedo ver toda la habitación a la luz de la luna.

Mi hermana se acuesta en un catre en la pared que queda frente a mí. Paige parece minúscula envuelta en su manta debajo de los carteles de figuras históricas. Confucio, Florence Nightingale, Gandhi, Helen Keller, el Dalai Lama. ¿Habría sido como ellos si no estuviéramos en el fin de los tiempos?

Mi madre se sienta junto al catre de Paige con las piernas cruzadas, tarareando su melodía. Hace unas horas intentamos darle a mi hermana las dos cosas que pude conseguir en el caos de la cafetería de la escuela, que se supone que se convertirá en una cocina de verdad mañana por la mañana. Pero Paige no pudo comer ni la sopa enlatada ni la barra de proteína que le traje.

Me acomodo en el catre, tratando de encontrar una postura en la que la empuñadura de mi espada no se me entierre en las costillas. Traerla siempre conmigo es la mejor manera de evitar que alguien trate de tocarla y descubra que soy la única que puede levantarla. Lo último que necesito ahora es tener que explicarle a alguien cómo acabé con una espada del ángel en mi poder.

Que prefiera dormir con un arma no tiene nada que ver con que mi hermana esté en la habitación. Nada en absoluto.

Tampoco tiene nada que ver con Raffae. No es como si la espada fuera mi único recuerdo del tiempo que pasé con él. Tengo un montón de cortadas y magulladuras que me recuerdan los días que pasé con mi ángel enemigo.

A quien quizá no volveré a ver jamás.

Hasta ahora, nadie ha preguntado por él. Supongo que es muy común perder a tu compañero estos días.

Alejo ese pensamiento de mi mente y cierro los ojos.

Mi hermana se queja de nuevo.

—Duérmete ya, Paige —le digo. Para mi sorpresa, su respiración se relaja y se queda quieta por fin. Respiro profundo y cierro los ojos.

La melodía de mi madre se desvanece en el olvido.

Sueño que estoy en el bosque donde sucedió la masacre. Estoy a las afueras del antiguo campamento de la Resistencia, donde los soldados murieron tratando de defenderse de los Nephilim.

Gruesas gotas de sangre caen de las ramas sobre las hojas muertas, como gotas de lluvia. En mi sueño, ninguno de los cuerpos que deberían estar aquí están aquí, ni tampoco están los soldados aterrorizados que se apelotonaban espalda con espalda apuntando hacia fuera con sus rifles.

Es solo un claro en el bosque que gotea sangre.

En el centro está Paige.

Lleva puesto un vestido de flores, como los que llevaban las niñas muertas que encontré colgando de un árbol. Su cabello está empapado de sangre y también su vestido. No logro decidir qué me resulta más difícil de ver, la sangre o los puntos de sutura que cruzan su rostro magullado.

Paige levanta sus brazos hacia mí como si quisiera que la levantara, a pesar de que tiene siete años.

Estoy segura de que mi hermana no fue parte de esa masacre, pero en mi sueño está aquí. En algún lugar del bosque, la voz de mi madre dice: «Mira sus ojos. Son los mismos de siempre».

Pero no puedo hacerlo. No puedo mirarla en absoluto. Sus ojos no son los mismos. No es posible.

Me doy la vuelta y huyo de ella.

Las lágrimas escurren por mi rostro y grito el nombre de mi hermana mientras me alejo de la niña detrás de mí. «¡Paige!». Mi voz se quiebra. «Ya voy por ti. Aguanta, por favor. Llegaré pronto».

Pero el único rastro de mi hermana es el crujido de las hojas secas que aplastan sus pies cuando me sigue por el bosque.

Cuando abro los ojos, lo primero que veo es a mi madre sacar algo del bolsillo de su suéter. Lo pone en el alféizar de la ventana por la que se filtra la luz de la mañana. Es una sustancia viscosa amarillo-marrón y pedazos de cáscaras trituradas de huevo. Es muy cuidadosa y trata que cada asquerosa gota se quede en el alféizar.

Paige respira de manera uniforme, como si todavía fuera a estar dormida por un rato. Yo trato de quitarme el mal sabor de boca de mi sueño, pero una parte se queda conmigo.

Alguien llama a la puerta.

La puerta se abre y la cara llena de pecas de uno de los gemelos se asoma en nuestro salón de clases. No sé cuál de ellos es, así que lo llamo Dee-Dum en mi cabeza. Su nariz se arruga con asco cuando huele los huevos podridos.

—Obi quiere verte. Tiene algunas preguntas que hacerte.

—Genial —respondo con modorra.

—Ven. Será divertido —Dee-Dum me dedica una sonrisa demasiado brillante.

—¿Qué pasa si no quiero ir?

—Me caes bien, chica. Eres una rebelde —se apoya en la marco de la puerta y asiente con aprobación—. Pero, para ser honesto, nadie tiene la obligación de alimentarte, cobijarte, protegerte, ser amable contigo, tratarte como a un ser humano...

—Está bien, está bien. Ya entendí —me arrastro fuera de la cama, contenta de haber dormido vestida. Mi espada cae al suelo con un ruido sordo. Se me había olvidado que la tenía conmigo debajo de la manta.

—¡Shhh! Vas a despertar a Paige —susurra mi madre.

Los ojos de Paige se abren al instante. Ella yace allí como un muerto, mirando al techo.

—Linda espada —dice Dee-Dum casualmente.

Se enciende una alarma en mi cabeza.

—No tan buena como una picana —bromeo. Casi espero que mamá trate de asustarlo con su picana, pero esta cuelga inocentemente de una esquina de su catre.

Me siento más culpable cuando me doy cuenta de cuánto me alegra que mamá tenga la picana en caso de que necesite defenderse de... alguien.

Más de la mitad de las personas en el campamento lle van algún tipo de arma improvisada. La espada es una de las mejores y me alegra no tener que explicar por qué la tengo conmigo. Pero una espada llama más atención de la que me gustaría. La recojo y me la cuelgo en la espalda para evitar que el gemelo trate de tocarla.

—¿Ya le pusiste un nombre? —pregunta Dee-Dum.

—¿A quién?

—A tu espada —lo dice como si estuviera hablando con alguien idiota.

—Ay, por favor. ¿Tú también vas a empezar con eso? —busco entre el montón de ropa que mamá recogió anoche. También trajo unas botellas de refresco vacías y más basura de quién sabe dónde, pero me alejo de ese montón.

—Yo conocí a un tipo que tenía una catana.

—¿Una qué?

—Una espada samurai japonesa. Magnífica —se toca el corazón como si estuviera enamorado—. Le puso Espada de Luz. Hubiera vendido a mi abuela por esa espada.

Asiento como si le creyera.

—¿Puedo ponerle un nombre a tu espada?

—No —encuentro unos jeans que parecen de mi talla y un calcetín.

—¿Por qué no?

—Porque ya tiene nombre —sigo buscando el otro calcetín en el montón de ropa.

—¿Cómo se llama?

—Osito Pooky.

Su rostro juguetón se torna serio de repente.

—¿Tu increíble espada de coleccionista, fabricada para mutilar y matar, diseñada específicamente para obligar a tus enemigos a rendirse de rodillas y *además* provocar el lamento de sus mujeres... se llama Osito Pooky?

—Sí. ¿Te gusta?

—Incluso bromear acerca de eso es un crimen contra la naturaleza. Lo sabes, ¿verdad? Estoy tratando desesperadamente de no hacer un comentario sexista, pero me lo pones muy difícil.

—Sí, tienes razón —me encojo de hombros—. Podría llamarla Toto o Fido en vez de Osito Pooky. ¿Qué opinas?

Me mira como si estuviera más loca que mi madre.

—Me equivoco, ¿verdad? No tienes una espada en esa vaina, ¿cierto? Tienes un perro chihuahua.

—Me pregunto si podré encontrar una vaina rosa para Osito Pooky. Tal vez una con listones y brillantina. ¿Qué te pasa? ¿Es demasiado?

Sale del salón negando con la cabeza.

Es demasiado fácil hacerlo enojar. Me tomo mi tiempo vistiéndome y alistándome antes de seguir a Dee-Dum.

El pasillo está tan lleno como un estadio de béisbol durante la Serie Mundial.

Dos hombres de mediana edad intercambian una supuesta pluma de ángel por un bote de píldoras. Supongo que esta es la versión del tráfico de drogas del nuevo mundo. Otro hombre muestra lo que parece un dedo meñique, luego lo retira cuando un chico trata de quitárselo. Comienzan a discutir en voz baja.

Un grupo de mujeres camina protegiendo unas latas de sopa como si llevaran un

tesoro en sus brazos. Observan a todo el mundo nerviosamente mientras se abren paso por el pasillo. Al lado de la puerta principal, un par de personas con las cabezas rapadas pegan volantes del culto del apocalipsis.

En el exterior, el jardín está desierto y lleno de basura. Cualquiera persona que mire hacia abajo desde el cielo asumiría que este edificio está tan abandonado como cualquier otro.

Dee-Dum me cuenta entre risas que los altos mandos de la Resistencia se han apoderado del salón de profesores y que Obi ocupa la oficina del director de la escuela. Caminamos hacia el edificio principal de adobe donde está instalado Obi, con cuidado de no ser vistos desde el cielo, incluso cuando eso significa que tenemos que ir por un camino más largo.

El vestíbulo y los pasillos del edificio principal están más abarrotados de gente que los del mío, pero la gente de aquí parece tener un propósito real. Un tipo camina con prisa por el pasillo arrastrando unos cables detrás de él. Varias personas mueven escritorios y sillas de una habitación a otra.

Un chico adolescente empuja un carrito con montones de sándwiches y jarras de agua. Cuando pasa a su lado, la gente coge la comida y las bebidas como si tuvieran el derecho de hacerlo solo por trabajar en este edificio.

Dee-Dum toma un par de sándwiches y me da uno. Así de fácil, de repente soy parte del grupo en el poder.

Me como mi desayuno antes de que alguien se dé cuenta de que no pertenezco aquí. Pero casi me atraganto con el sándwich cuando me doy cuenta de algo.

Los cañones de las armas que llevan estas personas son muy largos. Se parecen a los silenciadores que los asesinos atornillan a sus rifles en las películas. Si nos atacan los ángeles, el ruido de las armas no importaría porque ellos ya sabrían dónde estamos. Pero si nos disparamos unos a otros...

La comida en mi boca de repente me parece fría y viscosa y el pan duro como una piedra, en vez de la sorpresa deliciosa que era hace un momento.

Dee-Dum me guía a través de una puerta.

—... todo mal —dice una voz masculina desde el interior de la habitación.

Hay varias filas de personas sentadas frente a decenas de computadoras, totalmente inmersas en sus pantallas. No he visto nada como esto desde antes del ataque. Algunos de los programadores son todo un espectáculo, con sus anteojos de chicos buenos y sus tatuajes de pandilleros.

Hay más personas instalando nuevas computadoras en las filas de atrás y conectando grandes pantallas en frente del pizarrón. Parece que la Resistencia ha descubierto la manera de mantener una fuente de energía eléctrica constante, al menos en esta habitación.

En el centro de toda la actividad está Obi. Una hilera de gente lo sigue a todas partes, esperando su turno para hablar con él. Otras personas parecen dividir su atención entre él y alguna otra actividad.

Boden está de pie a su lado. Su nariz todavía está hinchada de nuestro pequeño encuentro hace unos días. Quizá la próxima vez se dirija a las personas como si fueran seres humanos en lugar de tratar de intimidarlas, incluso si son chicas pequeñas como yo, que pueden parecer un blanco fácil.

—Solo fue un ajuste en los planes, no una metedura de pata —se defiende Boden—. Y no se trató de una «traición a la humanidad». ¿Cuántas veces tengo que explicártelo?

Sorprendentemente, hay una canasta de chocolates y golosinas en la puerta. Deedum agarra dos y me entrega uno. Cuando siento la barra de Snickers en mi mano entiendo que los gemelos me consideran una de las suyas.

—Adelantarse a la acción no es un ajuste en los planes, Boden —dice Obi mientras mira un documento que le entregó un soldado—. No podemos ejecutar una estrategia militar permitiendo que un simple soldado decida el momento solo porque no puede mantener la boca cerrada y ya gritó todos los detalles a los cuatro vientos. Cada mendigo en la calle y hotelero vendido lo sabía.

—Pero no fue...

—Tu culpa —dice Obi—. Lo sé. Me lo has dicho hasta el cansancio —Obi mira en mi dirección mientras escucha lo que tiene que decirle el siguiente en la fila.

Después de fantasear con el sabor de la barra de chocolate por un momento, la guardo en el bolsillo de mi abrigo. Tal vez pueda lograr que Paige se la coma.

—Puedes retirarte por ahora, Boden —Obi me hace una señal para que me acerque.

Boden me lanza una mirada asesina cuando paso a su lado.

Obi me sonrío con gusto genuino. La mujer que seguía en la fila me observa con algo más que solo curiosidad profesional.

—Me alegra verte de nuevo con vida, Penryn —dice Obi.

—Me alegro de estar viva —le contesto—. ¿Estás organizando un club de cine?

—Estamos estableciendo un sistema de vigilancia a distancia en toda la Bahía —dice—. De algo tenía que servir tener a tantos genios de la computación en Silicon Valley. Están consiguiendo que lo imposible sea posible de nuevo.

Uno de los hombres sentados frente a una pantalla grita:

—¡La cámara veinticinco está funcionando!

Los otros programadores siguen tecleando en sus computadoras sin inmutarse, pero puedo sentir su emoción inundando la habitación.

—¿Qué estás buscando? —pregunto.

—Cualquier cosa interesante —dice Obi.

—¡Encontré algo! —grita un programador en la parte de atrás—. Ángeles en la carretera de Sunnyvale.

—Ponlo en la pantalla de enfrente —ordena Obi.

Una de las pantallas al frente del salón de clases se enciende.

La pantalla se enciende.

Un ángel con las alas azules camina a través de los escombros de una calle. El camino tiene una grieta gigante que lo surca por el centro, haciéndolo intransitable. Otro ángel aterriza detrás del primero y luego otros dos. Miran a su alrededor y después caminan fuera del rango de la cámara.

—¿Se puede girar la cámara?

—Esta no, lo siento.

—¡Tengo a otro! —exclama un programador a mi derecha—. Este está en SFO —siempre me he preguntado por qué le dicen SFO al aeropuerto de San Francisco.

—Ponlo en la pantalla —dice Obi.

Otra pantalla cobra vida delante del pizarrón.

Un ángel trata de correr a lo largo de un campo de asfalto mientras cojea. Una de sus alas nevadas se arrastra detrás de él en un ángulo extraño.

—Tenemos un pájaro cojo —dice alguien detrás de mí. Suena emocionado.

—¿De qué está huyendo? —pregunta Obi en voz baja.

La imagen de esta cámara tiene problemas. Cambia de demasiado brillante a demasiado oscura aleatoriamente. Tratan de ajustar la luminosidad pero el fondo es demasiado brillante para permitirnos ver al ángel cojo con detalle.

A medida que se acerca a la cámara, sin embargo, se da vuelta para ver a quien lo está persiguiendo, permitiéndonos mirar por fin su rostro.

Es Beliel, el demonio que robó las alas de Raffé. Está en muy mal estado. Me pregunto qué le pasó.

Solo una de sus alas robadas parece funcional. Se abre y se cierra sin cesar, como si estuviera tratando de volar instintivamente mientras la otra ala se arrastra sin vida en el polvo. No me gusta ver así de maltratadas las hermosas alas de Raffé y trato de no pensar en los abusos que sufrieron por mis propias manos.

La rodilla de Beliel tampoco funciona bien. Cojea dolorosamente mientras trata de correr. Se mueve más rápido de lo que cualquier ser humano sería capaz, pero supongo que es menos de la mitad de su velocidad habitual.

Incluso desde aquí puedo ver una mancha de color rojo filtrándose a través de sus pantalones blancos, justo por encima de sus botas. Me resulta curioso que el demonio haya comenzado a vestirse de blanco desde que consiguió sus nuevas alas.

A medida que se acerca a la cámara, gira de nuevo la cabeza para mirar hacia atrás. Ahí está la mueca de desprecio que ya me resulta conocida. Arrogante, enojada, pero esta vez encuentro en ella algo de miedo también.

—¿Por qué está asustado? —Obi se hace la misma pregunta que yo.

Beliel cojea fuera del alcance de la cámara, dejándonos solo con la imagen de la pista vacía del aeropuerto.

—¿Podemos ver lo que hay detrás de él? —pregunta Obi.

—La cámara no puede girar más.

Pasan algunos segundos, y parece como si la habitación completa estuviera conteniendo la respiración.

De repente, el perseguidor de Beliel aparece en la pantalla en toda su gloria.

Un par de enormes alas demoníacas se extienden por encima de su cabeza. Los ganchos y las guadañas que adornan los bordes de sus alas brillan con la luz mientras acecha a su presa.

—Dios mío —murmura alguien detrás de mí.

El ángel con alas de demonio no parece tener ninguna prisa, como si estuviera saboreando el momento y quisiera alargarlo. Lleva la cabeza gacha y sus alas esconden sus facciones entre sombras, así que no podemos observarlo con tanto detalle como a Beliel. Y a diferencia de Beliel, su perseguidor no gira la cabeza para permitirnos darle un buen vistazo a su rostro.

Pero yo lo conozco. Incluso con sus nuevas alas de demonio, lo conozco.

Es Raffé.

Todo en él: su andar, sus alas demoníacas, su rostro sombreado, es la perfecta imagen de pesadilla del diablo acechando a su presa.

Aunque estoy segura de que se trata de Raffé, mi corazón late con temor al verlo.

No parece el Raffé que llegué a conocer en nuestro tiempo juntos.

¿Acaso Obi no lo reconoce como el tipo que estaba conmigo cuando llegué al campamento de la Resistencia?

Supongo que no. Ni siquiera estoy segura de que yo hubiera reconocido a Raffé si no lo hubiera visto con sus nuevas alas, a pesar de que todas las líneas de su rostro y su cuerpo se han quedado grabadas en mi memoria.

Obi se dirige a sus hombres:

—¡Nos hemos sacado el premio gordo! Un ángel cojo y un *demonio*. ¡Quiero un escuadrón de cacería rumbo al aeropuerto en dos minutos!

Los gemelos se mueven antes de que termine de dar la orden.

—De inmediato, jefe —dicen al unísono mientras corren hacia la puerta.

—¡Rápido! ¡Rápido! ¡Rápido! —nunca había visto a Obi tan emocionado.

Obi se detiene en la puerta.

—Penryn, ven con nosotros —me dice—. Eres la única que ha estado cerca de un demonio —todo el mundo sigue pensando que un demonio le entregó mi cuerpo a mi familia cuando parecía que estaba muerta.

Cierro la boca antes de decirles que no sé nada sobre demonios. Corro para alcanzar al grupo que avanza en estampida por el pasillo.

## 6

**E**l aeropuerto internacional de San Francisco solía estar a unos veinte minutos de Palo Alto en una hora de poco tráfico. Claro, ahora la carretera está obstruida y conducir a cien kilómetros por hora ya no es viable ni recomendable. Pero nadie parece haberle explicado eso a Dee-Dum. Conduce a toda velocidad entre los autos abandonados y se sube a las aceras como un piloto de carreras ebrio.

—Creo que voy a vomitar —digo casi en serio.

—Te ordeno que no lo hagas —me dice Obi.

—Ah, no le digas eso —se queja Dee-Dum—. Penryn es una rebelde nata. Ahora va a vomitar solo para no obedecerte.

—Estás aquí por una razón, Penryn —dice Obi—. Y vomitar en mi auto no es parte de tu misión. Anímate, soldado.

—No soy uno de tus soldados.

—Todavía no —contesta Obi con una sonrisa brillante—. ¿Por qué no nos cuentas qué fue lo que pasó en el nido? Cuéntanos todo lo que viste y oíste, incluso si crees que se trata de un detalle sin importancia.

—Y si en serio vas a vomitar —dice Dee-Dum—, hazlo en dirección de Obi, no mía.

Termino contándoles casi todo lo que vi. Omito las cosas relacionadas con Raffe, pero les cuento sobre la interminable fiesta de los ángeles, con champagne y canapés, vestidos elegantes y esmóquines, y cientos de sirvientes atendiéndolos. Luego les hablo de los fetos de escorpiones alados en el laboratorio del sótano y cómo los estaban alimentando con humanos.

No me atrevo a decirles acerca de los experimentos con los niños. Me arriesgaría a que aten algunos cabos y sospechen que esos niños son los pequeños demonios que devoran a la gente en los caminos. Podrían incluso sospechar que Paige es uno de ellos. No sé bien qué decir al respecto, así que termino por contarles sin más detalles que están operando niños por razones que desconozco.

—Y tu hermana, ¿ella está bien? —pregunta Obi.

—Sí, estoy segura de que estará bien muy pronto —lo digo sin vacilación. Por supuesto que Paige está bien. ¿Qué más puedo decir o pensar? ¿Qué otra opción tenemos para sobrevivir? Trato de irradiar confianza a través de mi voz a pesar de la preocupación que me corroe las entrañas.

—Cuéntanos más acerca de esos escorpiones alados —dice el otro pasajero en nuestro auto. Tiene el cabello ondulado, anteojos y la piel oscura. Tiene el aspecto de un niño emocionado porque se está discutiendo su tema favorito.

Siento tanto alivio al cambiar de tema que les cuento todos los detalles que puedo

recordar sobre los escorpiones. Su tamaño, sus alas de libélula, su aspecto semihumano. Les cuento cómo algunos de ellos parecían embriones apenas, mientras que otros parecían formados casi por completo. Les hablo de las personas que estaban atrapadas con ellos dentro de los tanques y cómo les succionaban su fuerza vital.

Cuando termino de hablar, se hace un silencio mientras absorben mi relato.

Justo cuando comienzo a creer que esta sesión de preguntas y respuestas va a resultarme fácil, me preguntan sobre el demonio que me llevó a la caravana de rescate durante el ataque al nido. No tengo ni idea de qué decir, así que mi respuesta para todas sus preguntas es «No lo sé. Estaba inconsciente».

A pesar de eso, me sorprende la cantidad de preguntas que me hacen sobre «el demonio»: ¿Era el diablo? ¿Por qué estaba ahí? ¿Dónde lo había conocido? ¿A dónde se fue? ¿Por qué me dejó con ellos?

—No lo sé —les digo por enésima vez—. Estaba inconsciente.

—¿Puedes contactarlo de nuevo?

Esa última pregunta hace que se me encoja el corazón.

—No.

Dee-Dum vira rápidamente para evitar una calle bloqueada.

—¿Hay algo más que quieras decirnos? —pregunta Obi.

—No.

—Gracias —dice Obi. Se vuelve para mirar al otro pasajero—. Sanjay, es tu turno. Escuché que tienes una teoría acerca de los ángeles que quieres compartir con nosotros.

—Sí —dice el erudito sosteniendo un mapa del mundo—. Creo que la mayoría de las muertes humanas durante el Gran Ataque pueden haber sido accidentales. Una especie de efecto secundario causado por la llegada de los ángeles. Mi hipótesis es que cuando un par de ellos entra en nuestro mundo, causa solamente un fenómeno local.

Pincha un alfiler en el mapa.

—Se crea un agujero en nuestro mundo que les permite entrar. Seguramente causa algún tipo de perturbación meteorológica local, pero nada muy dramático. Sin embargo, cuando una legión entera de ángeles penetra nuestro mundo, esto es lo que sucede.

Perfora el papel con un destornillador. El mango de la herramienta y luego su mano también lo perforan, desgarrando el mapa por completo.

—Mi teoría es que el mundo se rasga cuando nos invaden. Y eso desencadenó los terremotos, los tsunamis, los cambios en el clima: todas las catástrofes que causaron la mayoría de los daños y muertes —un relámpago surca el cielo gris, como si estuviera de acuerdo con él—. Los ángeles no controlaban los cambios en la naturaleza cuando nos invadieron —continúa—. Es por eso que no provocaron un tsunami gigante que nos tragara a todos cuando atacamos su nido. No pueden hacerlo. Son criaturas que viven y respiran como nosotros. Tienen habilidades que nosotros no

tenemos, pero no son dioses omnipotentes.

—¿Estás tratando de decirnos que mataron a tanta gente sin siquiera intentarlo?

Sanjay pasa sus dedos por su cabello grueso.

—Bueno, mataron a un montón de gente después de que matamos a su líder, pero tal vez no son tan poderosos como pensamos en un inicio. Lo cierto es que no tengo ninguna prueba. Es solo una teoría que encaja con lo poco que sabemos. Pero si logran traer de vuelta algunos cuerpos para que los estudiemos, quizá podamos arrojar más luz sobre este asunto.

—¿Quieres que confisque algunas de las partes de ángel que intercambian en los pasillos de la escuela? —pregunta Dee-Dum.

Me callo mi broma acerca de cómo él y su hermano seguramente trafican con partes de ángel, porque podría ser verdad.

—No hay garantía alguna de que esas partes sean auténticas —dice Sanjay—. De hecho, me sorprendería que siquiera algunas de ellas lo fueran. Además, sería mucho más útil estudiar un cuerpo entero —los pedazos del papel que representaba nuestro mundo yacen destruidos en el regazo de Sanjay.

—Cruza los dedos —dice Obi—. Si tenemos suerte, incluso podríamos conseguir algunos especímenes vivos.

Me invade una ola de inquietud. Pero me digo a mí misma que no capturarán a Raffe. No pueden hacerlo. Él estará bien.

El radio en el tablero se enciende y una voz dice:

—Algo está pasando en el antiguo nido.

Obi levanta el aparato:

—¿A qué te refieres con *algo*?

—Hay ángeles en el aire. Demasiados como para atacarlos.

Obi toma un par de prismáticos de la guantera y mira hacia la ciudad. Estamos cerca del agua, así que es posible que logre distinguir algo.

—¿Qué están haciendo? —pregunta Dee-Dum.

—Ni idea —contesta Obi detrás de los prismáticos—. Pero hay un montón de ellos. Algo interesante está pasando.

—Estamos a mitad de camino de la ciudad —dice Dee-Dum.

—Dijeron que había demasiados como para atacarlos —dice Sanjay, nervioso.

—Es cierto —dice Obi—. Pero es una oportunidad para averiguar lo que están haciendo. Y querías cuerpos de ángeles para estudiarlos. El nido será el mejor lugar para encontrarlos.

—Creo que tiene que ser un lugar u otro, jefe —dice Dee-Dum—. Si vamos al aeropuerto, necesitaremos a todos para atrapar a nuestros objetivos, suponiendo que todavía siguen allí.

Obi suspira con renuencia. Luego habla por el radio de nuevo.

—Cambio de planes. Todos los vehículos deben dirigirse al viejo nido. Acérquense con extrema precaución. Repito, acérquense con extrema precaución.

Hemos avistado enemigos. Esta es ahora una misión de observación. Pero si tienen la oportunidad, traigan de vuelta un espécimen. Vivo o muerto.

**L**a lluvia helada cae sobre mi rostro mientras nuestro vehículo esquiva autos abandonados a toda velocidad en un mar de basura y escombros. Bueno, «a toda velocidad» quizá sea exagerado para describir una camioneta rodando a cincuenta kilómetros por hora, pero en estos días la velocidad puede ser extremadamente peligrosa, sobre todo para mí, que voy encaramada en la ventanilla de la camioneta, aferrándome al marco con todas mis fuerzas.

—Tanque a las dos en punto —grito al interior de la camioneta.

—¿Tanque? ¿En serio? —pregunta Dee-Dum. Estira el cuello lo más posible para ver por encima de los escombros que saturan la carretera. Suena emocionado con el prospecto, a pesar de que los dos sabemos que los ángeles escucharían el ruido de un tanque a kilómetros de distancia.

—No estoy bromeando. Pero parece muerto —mi cabello empapado escurre por mi cuello y me deja un rastro helado en la espalda. Es una lluvia ligera, como la mayoría de las lluvias de San Francisco, pero es suficiente para filtrarse a través de todo. El frío húmedo me entume las manos y me resulta cada vez más difícil aferrarme al marco de la ventanilla.

—Autobús a las doce —le digo.

—Sí, ese sí puedo verlo desde aquí.

El autobús está de lado. Por un instante, me pregunto si se volteó durante uno de los terremotos que sacudieron el mundo cuando llegaron los ángeles o si fue uno de los que los ángeles arrojaron en venganza cuando la Resistencia golpeó su nido. Sospecho que fue lo segundo, porque hay un largo cráter en la carretera cerca del autobús.

—Eh, cráter gigante a las... —antes de que pueda terminar la frase, Dee-Dum desvía el auto violentamente. Me aferro con todas mis fuerzas para evitar caer hacia afuera. Por un momento, creo que me voy a estrellar de bruces contra el asfalto.

Dee-Dum hace una maniobra en zigzag antes de enderezar el vehículo.

—Sería genial si me avisas con más tiempo la próxima vez —dice Dee-Dum con una voz cantarina.

—Sería genial si conduces con más cuidado la próxima vez —le respondo, imitando su tono burlón. El metal de la puerta se me entierra en los muslos, lastimándome la piel y los músculos cuando nos subimos a la acera de repente.

Como si eso no fuera suficientemente malo, no he visto ni rastro de unas alas de murciélago unidas a un cuerpo de Adonis en todo nuestro trayecto. Aunque no esperaba realmente ver a Raffé.

—Basta. Anteojos o no, es el turno de Sanjay —me deslizo al interior de la

camioneta y me acomodo en el asiento trasero mientras Sanjay se trepa sobre la ventanilla abierta de su lado.

Nos acercamos al distrito financiero desde una dirección distinta de la que Raffe y yo utilizamos hace un par de días. Esta parte de la ciudad ciertamente no era la más bonita, pero por lo menos algunos edificios siguen en pie con solo algunos bordes chamuscados.

Miles de cuentas de colores salpican la acera frente a una tienda con un cartel que dice CUENTAS Y PLUMAS. Pero no hay ni una sola pluma a la vista. El precio de las partes del cuerpo de un ángel debe ser muy alto. Me pregunto si todos los pollos y palomas de la ciudad quedaron desplumados. Sus plumas podrían valer incluso más que su carne si se hicieran pasar como plumas de ángel.

Siento helado el estómago cuando nos acercamos a la zona de desastre que fue una vez el distrito financiero de San Francisco. Las calles están desiertas, ni siquiera logro distinguir a los carroñeros de siempre buscando restos de comida.

—¿Dónde está todo el mundo?

Hay un perímetro que permanece intacto, o por lo menos algunas cuadras siguen en pie. En el centro de la zona intacta hay un enorme agujero entre los edificios donde solía estar el nido. Hace un par de meses, era un lujoso hotel *art déco*. Pero los ángeles se apropiaron de él y lo convirtieron en su guarida. Ahora es solo un montón de escombros, lo único que dejó la Resistencia cuando estrelló un camión lleno de explosivos contra él.

—Tengo malas noticias —dice Dee-Dum, mirando hacia el cielo.

Volteo para ver a qué se refiere.

Un remolino de ángeles sobrevuela el lugar donde solía estar el nido.

—¿Qué están haciendo aquí? —le susurro.

Dee-Dum estaciona la camioneta y apaga el motor. Sin decir una palabra, saca dos pares de prismáticos de la guantera y me entrega uno. Obi ya tiene los suyos, así que supongo que tengo que compartir los míos con Sanjay.

Obi toma su rifle y sale. Lo sigo con el corazón a punto de salirse de mi pecho.

Me preocupa que los ángeles hayan escuchado nuestros motores, pero siguen volando sin mirarnos siquiera. Nos acercamos a pie, corriendo a escondidas de auto en auto hacia el viejo nido de águilas. Parece que Obi y Dee-Dum no conocen el concepto de huir para salvar el pellejo.

Un ángel con alas blancas como la nieve se eleva hacia el manto de nubes. Mis ojos lo siguen a pesar de que sé que Raffe ya no tiene alas como esas.

Cuando nos acercamos al edificio destruido que alguna vez fue su nido, encontramos que todo está cubierto de polvo. El concreto pulverizado cayó encima de los autos, las calles y los cuerpos de los muertos. Decenas de autos yacen boca abajo y de lado en las aceras, o encima de otros autos, o incluso incrustados en los edificios cercanos.

Nuestras pisadas crujen sobre los pedazos de concreto roto mientras corremos

agachados entre los autos y los escombros. Los ángeles se molestaron bastante con el ataque que interrumpió su fiesta y dejaron la escena como un niño enojado dejaría una ciudad hecha de bloques Lego después de una rabieta.

Hay cuerpos en la calle, pero son todos humanos. Tengo la mala sensación de que el ataque no hizo tanto daño a los ángeles como habíamos pensado inicialmente. ¿Dónde están los cuerpos de los ángeles?

Echo un vistazo a Dee-Dum y veo en sus ojos que se está preguntando lo mismo. Nos detenemos lo suficientemente cerca como para ver lo que está pasando sin exponernos demasiado.

Del viejo nido quedan solo un montón de piedras derruidas y algunas vigas dobladas. Las varillas de acero que sostenían el gigantesco hotel ahora están rotas y expuestas, como huesos ensangrentados.

Yo sabía que el nido estaría destruido, pero me esperaba encontrar una montaña de escombros. En vez de eso, los escombros están extendidos por todas partes.

El lugar está lleno de ángeles.

Varios cuerpos alados yacen al azar entre los escombros, mientras que otros están dispuestos en una fila ordenada sobre el asfalto. Un grupo de ángeles levanta enormes pedazos de concreto y los tiran lejos del nido. Otro grupo saca cuerpos de ángeles de los hoyos dejados por sus compañeros y los arrastran hasta alinearlos sobre la calle junto a los demás.

Es por eso que hay escombros esparcidos por toda la zona. Mi corazón se acelera tanto que juro que tengo que tragar para evitar que se me salga por la boca.

Un guerrero con alas moteadas sale de uno de los edificios cercanos con una cubeta llena de líquido en cada mano, salpicando agua a cada paso. Cuando llega frente a los ángeles colocados en hilera, patea el cuerpo más cercano a él.

El ángel supuestamente muerto gime y comienza a moverse.

El guerrero arroja agua sobre los demás cuerpos. Ya estaban mojados por la llovizna, pero ahora están empapados.

Tan pronto como el agua toca los cuerpos, estos comienzan a moverse.

¿Qué demonios...? —dice Sanjay, tan sorprendido que olvida guardar silencio. Algunos de los ángeles tendidos en el asfalto se levantan y agitan vigorosamente la cabeza, sacudiéndose las gotas del cabello como perros. Otros gimen y se mueven con lentitud, como si su alarma de la mañana hubiera sonado antes de lo esperado. Varios de ellos están llenos de agujeros de balas. Sus heridas tienen hoyos por donde entraron y salieron las balas, que parecen flores hechas de carne cruda.

El guerrero de las alas moteadas toma su otra cubeta y arroja el agua sobre el resto de los cuerpos. También patear a algunos de los heridos que siguen tirados en el asfalto.

—¡Levántense, gusanos! ¿Qué creen que es esto? ¿La hora de la siesta? Son una vergüenza.

Al parecer, Sanjay no fue el único que olvidó guardar silencio, porque uno de los ángeles levanta un pedazo de concreto roto y lo lanza contra un auto, como alguien podría arrojar un guijarro contra una rata. Y al igual que las ratas, dos de nuestros hombres corren para quitarse de su camino cuando el concreto se estrella contra el auto que usaban como escondite.

Dos ángeles levantan vigas y varillas rotas y las lanzan contra nosotros. Apenas tengo tiempo de lanzarme hacia un lado cuando las ventanillas del auto estallan con el golpe.

Me levanto de un salto y corro tan rápido que estoy hiperventilando cuando llego a esconderme detrás de la entrada de un edificio. Me asomo para ver qué hacen ahora los ángeles. No nos están persiguiendo, no más de lo que nosotros perseguiríamos a las ratas en un basurero. Solo querían ahuyentarnos.

Obi y Dee-Dum me ven desde su escondite detrás de un camión y corren hacia donde estoy. Nos apelotonamos y miramos a través de nuestros prismáticos.

Un grupo de ángeles sigue levantando escombros y lanzando pedazos hacia los lados. Cuando encuentran cuerpos, dejan a los seres humanos y sacan a los ángeles inconscientes, que por lo visto podrían despertar en cualquier momento.

Los ángeles que están excavando en busca de cuerpos son mucho más grandes que los que están siendo excavados. Los grandes llevan espadas alrededor de la cintura y adivino que eso significa que son guerreros. Por lo que puedo ver, todas las víctimas son más pequeñas y no llevan espadas.

Ahora que lo pienso, ¿cuántos guerreros había en el nido cuando Raffé y yo estuvimos ahí? Estaban los guardias de la entrada. Unos pocos en los pasillos. Y aquella mesa llena de guerreros donde estaba el malnacido de Josiah, el albino.

Aparte de ellos, nadie más llevaba espadas. ¿Acaso los ángeles trajeron más que solo guerreros a nuestro mundo? ¿Trajeron cocineros? ¿Médicos? Y si fuera así, ¿dónde estaban los guerreros cuando fue atacado el nido?

Me quejo en voz alta.

—¿Qué pasa? —me pregunta Obi en un susurro.

Trato de encontrar la manera de contarles lo que descubrí sin hacer ruido. Dee-Dum debe haber adivinado lo que quiero, porque saca un bloc de papel y un lápiz de su bolsillo y me los entrega.

Escribo, «¿Cuántos ángeles guerreros vieron en el nido anoche?».

Dee-Dum niega con la cabeza y me indica que muy pocos haciendo un gesto con su índice y su pulgar.

Voltea a mirar a los ángeles y puedo ver en su rostro que comprende lo que quiero decir. Escribe: «Hay más aquí ahora que durante nuestro ataque».

«Tal vez estaban en alguna misión».

Él asiente.

Por pura suerte, parece que la Resistencia atacó el nido cuando casi todos los soldados se habían ido a otra parte. No es sorprendente entonces que muchos de los ángeles cayeran sin saber cómo defenderse. Recuerdo el caos en el vestíbulo, cuando los humanos y los ángeles corrían en todas direcciones al principio del ataque. Había ángeles que corrían directo hacia el fuego de las ametralladoras tratando de levantar el vuelo. En ese momento parecía un comportamiento temerario, pero tal vez fue simplemente falta de experiencia y pánico.

Sin embargo, incluso los ángeles civiles nos hicieron mucho daño. Destruyeron algunos camiones de la Resistencia, lanzando a los soldados hacia todas partes y aplastando a las multitudes frenéticas.

Lo cierto es que algunos de los ángeles tendidos en el asfalto parecen estar heridos gravemente. Algunos están tan mal que no pueden volar. Los guerreros los jalen de los brazos, como si estuvieran molestos con ellos por estar heridos, y se los llevan volando.

Ninguno de ellos está muerto, por lo que alcanzo a ver.

La expresión de Obi muestra que está empezando a entender sus poderes curativos. Durante la sesión de preguntas y respuestas, le conté que los ángeles podían sanar incluso de cosas que matarían a un ser humano al instante, pero parece que apenas comienza a creerlo.

Cuando los guerreros logran excavar hasta el nivel de la calle, su líder hace una señal y más de la mitad de los ángeles levantan a los heridos y salen volando. Los ángeles que quedan parecen molestos mientras cavan. Sospecho que a los guerreros no les gusta hacer trabajos manuales que no involucren el uso de su espada.

Aunque no puedo ver la fosa que están excavando, puedo escuchar gritos y chillidos. Reconozco el ruido de la cosa que me atacó y me dejó paralizada en el sótano del nido. Todavía quedan algunos fetos de escorpión vivos ahí abajo.

El guerrero a cargo saca su espada y salta hacia dentro.  
Un escorpión grita. Suena como si lo estuvieran destazando.

Poco después, las calles se quedan en silencio de nuevo.

No quedaban muchos escorpiones con vida después del ataque, pero ahora estoy segura de que no queda ninguno.

Los ángeles salen de la fosa y desaparecen entre las nubes. Uno de ellos lleva en los brazos a un ángel inmóvil, el único que he visto que parece muerto de verdad.

En algún lugar retumba el ruido sordo de un trueno. El viento silba a través del corredor de rascacielos de lo que fue el distrito financiero de San Francisco.

Esperamos hasta que parece seguro salir de nuestro escondite para acercarnos a ver lo que dejaron los ángeles. Me sorprendería que hubieran dejado una muestra de piel que nos pudiera servir.

Nos acercamos a los escombros, permaneciendo tan ocultos como podemos a pesar de que no parece haber moros en la costa.

Estamos a un tiro de piedra de los restos humeantes del nido cuando un pedazo de concreto rueda por un lado del montón de escombros. Me detengo con los ojos y los oídos muy alertas.

Otra piedra cae y rueda, formando una pequeña avalancha de arena.

Algo está tratando de salir de los escombros del sótano. Nos ponemos a cubierto detrás de algunos autos y observamos.

Más escombros se mueven y caen, y pasan algunos minutos antes de que unas manos lleguen hasta la cima del cráter. Una cabeza emerge. Al principio, tengo la impresión de que se trata de una especie de demonio que está excavando desde el mismo infierno. Pero luego la criatura saca el resto de su cuerpo de la fosa, temblando y jadeando.

Es una anciana.

Nunca había visto a alguien así. Parece muy frágil y se le ven todos los huesos. Pero lo más sorprendente de todo es que su piel está tan marchita que parece carne seca.

Dee-Dum y yo nos miramos el uno al otro, preguntándonos qué está haciendo ahí una anciana. Ella logra llegar a la cima y comienza a bajar, caminando de forma inestable por los escombros, moviéndose como si sufriera de artritis.

Lleva una bata de laboratorio hecha jirones que parece cinco tallas más grande que su delgado cuerpo. Está tan manchada de suciedad y óxido que es difícil creer que alguna vez fue blanca. Ella la mantiene apretada contra su cuerpo mientras camina con cautela. Parece como si estuviera sosteniéndose a sí misma.

El viento le sopla el cabello hacia el rostro y ella sacude la cabeza para quitárselo de los ojos. Algo me resulta extraño en ese gesto tan juvenil. Me toma unos

momentos darme cuenta de lo que es.

¿Cuándo fue la última vez que vi a una anciana sacudir la cabeza para quitarse el cabello del rostro? Y su cabello es oscuro hasta las raíces, aunque la última moda postapocalíptica para las mujeres mayores es tener por lo menos cinco centímetros de raíces blancas.

Se queda inmóvil y nos mira como un animal asustado cuando salimos de nuestro escondite detrás de los autos. Incluso con su rostro reseco, algo en ella me resulta conocido.

Entonces un recuerdo me viene a la mente. Una imagen de dos niñas pequeñas aferrándose a la valla alrededor del nido, mirando a su mamá caminar hacia el interior. Su madre se da la vuelta para soplarles un último beso de despedida.

La pobre mujer acabó por servirle de cena a un feto de escorpión alado. Rompí el tanque con mi espada y la dejé allí, porque no podía sacarla.

Está viva.

Solo que parece como si hubiera envejecido cincuenta años. Sus otrora hermosos ojos están hundidos en su rostro. Sus mejillas son tan magras que casi puedo ver su esqueleto por debajo. Sus manos son garras cubiertas de piel fina.

Se aleja aterrorizada cuando nos ve salir de nuestros escondites. Sale corriendo casi a cuatro patas, y mi corazón se rompe al recordar su salud y belleza antes de que los monstruos la consumieran. No puede llegar muy lejos en su estado y termina por esconderse, temblando, detrás de un buzón de correos.

Es apenas un fantasma de la mujer que solía ser, pero es una sobreviviente y eso me hace respetarla. Se merece estar lejos del lugar donde fue enterrada viva y va a necesitar energía para eso. Busco entre mis bolsillos y encuentro la barra de chocolate Snickers. Busco un poco más para ver si encuentro algo menos valioso, pero no tengo nada más.

Doy unos pasos hacia ella mientras se encoge temblando en su escondite.

Mi hermana tiene más experiencia en este tipo de cosas que yo. Pero que he aprendido algo de observar a Paige cuidando a todos esos gatos abandonados y niños solitarios. Dejo la barra de chocolate sobre el asfalto donde la mujer pueda verla y doy unos pasos hacia atrás para darle un poco de espacio.

Por un momento, la mujer me mira como un animal que sabe que está a punto de morir. Luego coge la barra de chocolate más rápido de lo que me hubiera imaginado. Arranca la envoltura en una fracción de segundo y se mete el chocolate en la boca. Su rostro tenso se relaja mientras saborea el dulce sabor del mundo de antes.

—Mis hijas, mi esposo —dice con voz ronca—. ¿A dónde se fue todo el mundo?

—No lo sé —le respondo—. Pero mucha gente se fue al campamento de la Resistencia. Quizá podrían estar allí.

—¿Qué campamento de la Resistencia?

—La Resistencia fue la que organizó el ataque al nido de los ángeles. Mucha gente se está uniendo a ellos.

Me mira con extrañeza.

—Te recuerdo. Estabas muerta.

—Ninguna de las dos murió —le digo.

—Yo sí —dice ella—. Y me fui al infierno —envuelve sus brazos delgados alrededor de su cuerpo otra vez.

No sé qué responder a eso. ¿Qué importa si realmente murió o no? Sin duda vivió un infierno y tiene las marcas para probarlo.

Sanjay se acerca a nosotros cuidadosamente, como si se estuviera acercando a un gatito abandonado.

—¿Cómo te llamas?

Ella me mira como para estar segura. Yo asiento.

—Me llamo Clara.

—Yo soy Sanjay. ¿Qué fue lo que te pasó?

Ella mira su piel arrugada.

—Un monstruo me succionó el cuerpo hasta que quedé seca.

—¿Qué monstruo?

—Los escorpiones alados de los que te hablé —digo yo.

—El doctor me dijo que me dejaría ir si le entregaba a mis niñas —dice con su voz reseca—. Pero me negué a hacerlo. Entonces me dijo que el monstruo me licuaría las entrañas y las bebería sorbo a sorbo. Dijo que los escorpiones maduros no mataban si podían evitarlo, pero los que estaban en desarrollo sí lo hacían.

Clara empieza a temblar.

—Me dijo que sería la cosa más dolorosa que pudiera imaginar —cierra los ojos como si estuviera tratando de contener las lágrimas—. Gracias a Dios que no le creí —se atraganta—. Gracias a Dios que no sabía lo que pasaría —comienza a llorar sin lágrimas, como si todos sus fluidos le hubieran sido succionados.

—No le entregaste a tus hijas y estás viva —le digo—. Eso es lo único que importa.

Pone su mano temblorosa sobre mi brazo, luego se vuelve hacia Sanjay.

—El monstruo me estaba matando. Y de la nada, ella vino y me rescató.

Sanjay me mira con respeto renovado. Me preocupa que ella termine contándole sobre Raffé, pero resulta que se desmayó tan pronto como vio que me picaba un escorpión, así que no recuerda mucho más.

La situación de Clara me carcome como ácido mientras buscamos entre los escombros. Sanjay se sienta con ella en la acera, hablándole suavemente y tomando notas de todo lo que recuerda. Consolar a alguien como ella era justo el tipo de cosa que mi hermana hubiera hecho en el mundo antes.

Encontramos un par de escorpiones triturados, pero nada más. Ni una gota de sangre o rastro de piel que nos pudiera ayudar a aprender algo sobre ellos.

—Una bomba nuclear, aunque sea una pequeñita —dice Dum, rebuscando entre los escombros—. Eso es todo lo que pido. No soy un tipo ambicioso.

—Sí, eso y las claves para detonarla —dice Dee, empujando un enorme pedazo de concreto con un pie. Suena molesto—. En serio, ¿tenían que esconder todas las armas nucleares? No es como si las hubiéramos utilizado como juguetes para hacer estallar un campo lleno de vacas, o algo así.

—Viejo —dice Dum—. Eso habría sido genial. ¿Te imaginas? ¡Buuuum! —forma un hongo atómico con las manos—. ¡Muuuuu!

Dee le lanza una mirada de sufrimiento.

—Eres tan infantil. No puedes desperdiciar así una bomba nuclear. Tienes que encontrar una manera de controlar su trayectoria de modo que cuando explote, lance a las vacas radiactivas contra nuestros enemigos.

—Buena idea —dice Dum—. Destruyes a algunos, infectas a los demás.

—Claro, tendrías que colocar a las vacas en el perímetro de donde vas a detonar la bomba, lo suficientemente cerca para que salgan volando a toda velocidad, pero lo suficientemente lejos para que no se conviertan en polvo radioactivo —dice Dee—. Estoy seguro de que, con un poco de práctica, lograríamos acomodar a las vacas-cohete a la perfección.

—Escuché que los israelíes atacaron a los ángeles con armas nucleares. Las hicieron estallar en el cielo —dice Dum.

—Eso es mentira —dice Dee—. Nadie destruiría a todo su país con la esperanza de que unos cuantos ángeles estuvieran en el aire cuando lo hicieran. Sería un comportamiento nuclear simplemente irresponsable.

—A diferencia de los misiles nucleares vacunos —dice Dum.

—Exacto.

—Además —dice Dum—, ¿cómo sabemos que no van a convertirse en superhéroes radioactivos? Tal vez solo absorberían la radiactividad y nos atacarían con ella después.

—No son superhéroes, idiota. Son solo personas que pueden volar y cosas así. Estallarían en mil pedazos, al igual que todos los demás.

—Entonces ¿por qué no hay ni un solo cuerpo de ángel por aquí? —pregunta Dum. Estamos en medio de los escombros, mirando el hoyo que llega hasta lo que solía ser el sótano del nido.

Varios cuerpos rotos yacen esparcidos por los escombros, pero ninguno de ellos tiene alas.

El viento toma fuerza, golpeándonos con la lluvia helada.

—No podían estar heridos solamente, no con esa cantidad de balas en el cuerpo y el derrumbe de la construcción —dice uno de los chicos que llegaron en otro auto—. ¿O sí?

Nos miramos unos a otros, sin querer decir lo que estamos pensando realmente.

—Se llevaron algunos cuerpos —dice Dee.

—Sí —dice Dum— pero podrían estar inconscientes nada más.

—Tiene que haber un ángel muerto por aquí —dice Dee, levantando un trozo de

concreto y mirando qué hay debajo.

—De acuerdo. Tiene que haber algo.

Pero no lo hay.

**A**l final, lo único que logramos llevar de vuelta es lo que queda de los pocos escorpiones muertos que encontramos dispersos bajo los escombros, y su única víctima sobreviviente, Clara.

Cuando aparcamos de regreso frente a la escuela, Sanjay camina con Clara, preguntándole cosas en voz baja. No tengo que preguntarle nada para saber que ella solo quiere encontrar a su familia. Todos los que se topan con ella se alejan rápidamente, como si pensarán que lo que tiene es contagioso.

Regreso a nuestro refugio en el salón de historia y el hedor a huevos podridos me golpea tan pronto como abro la puerta. Todas las superficies planas están cubiertas con cartones de huevos viejos. De alguna manera, mi madre logró encontrar un montón de ellos.

Mamá está fuera. No sé dónde está o lo que está haciendo, pero eso es bastante normal para nosotras.

Paige está sentada en su cama con la cabeza gacha de modo que su cabello cubre su rostro casi por completo, y puedo fingir que no veo los puntos de sutura que lo recorren. Su cabello es tan brillante y saludable como el de cualquier niña de siete años de edad. Trae puesto un vestido de flores, medias y tenis de color rosa que cuelgan sobre el borde de su catre.

—¿Dónde está mamá?

Paige niega con la cabeza. No ha dicho mucho desde que la encontramos.

En una silla al lado de su catre hay un tazón de caldo de pollo con una cuchara dentro. Parece que mamá no ha tenido suerte encontrando algo que pueda comer. ¿Cuándo fue la última vez que Paige comió? Levanto el tazón y me siento en la silla a su lado.

Lleno la cuchara de sopa y la acerco hacia ella. Pero Paige no abre la boca.

—Viene un avióooooooooon... —le dedico una sonrisa graciosa mientras le acerco la cuchara hacia la boca otra vez—. ¡Bruuuuum! —solía funcionar cuando Paige era más pequeña.

Ella me mira por entre su cabello y trata de sonreír. Pero se detiene cuando las puntadas de su rostro empiezan a jalar.

—Vamos, está deliciosa —tiene bastante carne. Yo había decidido que Paige ya no podía ser vegetariana cuando empezamos a tener problemas para encontrar comida. ¿Tal vez no quiere probar la sopa por eso?

No lo creo.

Paige niega con la cabeza. Ya no está vomitando, pero tampoco está tratando de comer nada.

Regreso la cuchara al tazón.

—¿Qué te pasó cuando estuviste con los ángeles? —le pregunto suavemente—. ¿Quieres hablar de eso?

Paige mira al suelo. Una lágrima brilla en sus pestañas.

Sé que puede hablar porque me llama Ryn-Ryn, como solía hacer cuando era más pequeña, y la he escuchado decir «mamá». Y «hambre». Eso lo ha dicho varias veces.

—Solo estamos nosotras dos. Nadie más está escuchando. ¿Quieres contarme qué pasó?

Ella niega con la cabeza lentamente, mirando a sus pies. Una lágrima cae sobre su regazo.

—Está bien, no tenemos que hablar de eso ahora. No tenemos que hablar de eso nunca si no tienes ganas de hacerlo —dejo el tazón sobre el suelo—. Pero ¿sabes si puedes comer algo en particular?

Niega con la cabeza otra vez.

—Hambre —lo susurra tan suavemente que apenas puedo escucharla. Sus labios apenas se abren para hablar, pero de todos modos no puedo evitar mirar sus dientes afilados. Siento que se me revuelve el estómago.

—¿Puedes decirme de qué tienes hambre? —una parte de mí quiere saber la respuesta desesperadamente. Pero el resto de mí teme lo que pueda decir.

Ella vacila antes de negar con la cabeza otra vez.

Levanto una mano sin pensarlo. Estoy a punto de acariciarle el cabello como siempre lo he hecho. Ella levanta la cabeza para mirarme y su cabello se mueve, dejándome ver su rostro.

Las puntadas feas e irregulares que corren desde sus labios hasta sus orejas le forman una sonrisa forzada que corta su rostro. Puntos rojos y negros, con los bordes magullados, es imposible no verlos. Corren por su cuello y debajo de su vestido. Me gustaría que no hubiera puntos alrededor de su cuello, como si le hubieran cosido la cabeza al cuerpo.

Mi mano vacila sobre su cabeza, casi tocándole el cabello, pero no del todo.

Luego la dejo caer.

Me aparto de Paige.

Hay un montón de ropa sobre el catre de mi madre. Escarbo buscando unos pantalones y una camiseta. Mamá no se molestó en arrancarles las etiquetas, pero veo que ya ha cosido un destello de color amarillo en la parte inferior de cada pantalón. Suspiro. En realidad no me importa, siempre y cuando estén secos y no huelan mucho a huevo podrido.

Me quito la ropa mojada.

—Voy a ver si puedo encontrar algo más para que puedas comer. Volveré pronto, ¿está bien?

Paige asiente, mirando al suelo otra vez.

Salgo de ahí, deseando tener un abrigo seco para esconder mi espada. Casi decido

ponerme el que traía antes, pero está mojado y al final prefiero no hacerlo.

La escuela se encuentra en una esquina privilegiada, con un parque propiedad de la Universidad de Stanford enfrente y un centro comercial cruzando la calle. Me dirijo hacia las tiendas.

Mi padre siempre nos decía que había muchísimo dinero en esta área. Puedo adivinarlo por las tiendas lujosas dentro del centro comercial. Hace no mucho tiempo, en el mundo de antes, podrías haberte encontrado a Steve Jobs, el fundador de Apple, desayunando aquí cuando todavía era residente de Silicon Valley. O ver a Mark Zuckerberg, el fundador de Facebook, tomando algo con sus amigos.

A decir verdad, ninguno de ellos me resultaba particularmente interesante, pero mi padre los idolatraba. Los llamaba tecnócratas. Estoy bastante segura de que vi a Zuckerberg cavando la zanja de las letrinas con Raffaele en el campamento hace unos días. Supongo que un billón de dólares no te compra mucho respeto ahora.

Camino de auto en auto, escondiéndome como si fuera solo una sobreviviente más en la calle. El estacionamiento está casi desierto, pero dentro de las tiendas hay bastante movimiento. Algunas personas están buscando ropa. Seguramente es un buen lugar para encontrar un abrigo, pero la comida es lo primero en mi lista.

Los letreros de los locales de comida rápida, hamburguesas, burritos y tiendas de jugos y té me hacen salivar. Hace no mucho tiempo yo podría haber entrado a cualquiera de ellos y pedido comida. Es difícil de creer ahora.

Me dirijo hacia el supermercado. Hay una larga fila en el interior, donde las personas no pueden ser vistas desde arriba. Es la primera vez que entro en un mercado desde los primeros días del ataque.

Las estanterías de algunas tiendas fueron vaciadas por multitudes presas del pánico, mientras que otras cerraron sus puertas para que nadie pudiera entrar a saquearlas. Las pandillas que existían en el mundo de antes se apropiaron de las tiendas tan pronto como pudieron después del Gran Ataque, cuando le quedó claro a todo el mundo que el futuro era incierto.

Una pluma sangrienta colgando de la puerta me dice que este supermercado es propiedad de una pandilla. Pero por el aspecto de la gente haciendo fila dentro, o la pandilla es tan generosa como para compartir sus víveres con el resto de nosotros, o perdieron alguna pelea con la Resistencia y no les quedó otra opción.

La huella de una mano ensangrentada en el cristal de la puerta principal me hace pensar que lo más seguro es que la pandilla no estuviera muy feliz de compartir sus tesoros con los demás.

En el interior, personal de la Resistencia reparte pequeñas cantidades de comida a la gente que espera. Un puñado de galletas saladas, una cucharada de nueces, pasta instantánea. Hay casi tantos soldados aquí como los que había durante el ataque al nido. Hacen guardia junto a las mesas de comida con sus rifles a la vista.

—Esto es todo lo que hay, amigos —dice uno de los que reparten alimentos—. Aguanten un poco. Pronto comenzaremos a cocinar en forma. Esto es solo para que

resistan hasta que tengamos funcionando las cocinas de la cafetería.

—¡Un paquete por familia! ¡No hay excepciones! —grita un soldado.

Supongo que nadie les ha contado sobre la entrega de alimentos en las oficinas de Obi. Miro a mi alrededor para juzgar la situación.

Hay chicos de mi edad, pero no reconozco a ninguno. A pesar de que muchos de ellos son tan altos como sus padres, o más, no se alejan mucho de ellos. Algunas de las chicas incluso están acurrucadas entre los brazos de sus madres o sus padres, como si fueran niñas pequeñas. Parecen seguras, protegidas y amadas. Parece que pertenecen ahí. Me pregunto cómo debe sentirse eso. ¿Será tan bueno como se ve desde afuera?

Me doy cuenta de que estoy apretando mis codos contra mis costados, como si me estuviera abrazando a mí misma. Relajo los brazos y me endezco. El lenguaje corporal dice mucho sobre el lugar en el mundo de cada persona, y lo último que necesito ahora es parecer vulnerable frente a personas que no conozco.

Me doy cuenta de algo más. Un montón de gente me está observando. Soy la única chica sola en la fila. Me han dicho que parezco más joven que mis diecisiete años, quizá porque soy bajita.

Hay unos tipos que llevan martillos y bates mirándome desde una esquina, y estoy segura de que preferirían tener una espada como la que llevo colgando de la espalda. Una pistola sin duda sería mejor, pero las armas de fuego son difíciles de robar, y como están las cosas ahora, solo veo hombres grandes y fornidos portándolas.

Observo a los hombres que me miran y entiendo que no hay tal cosa como un lugar seguro en este nuevo mundo.

De repente, de la nada, el rostro perfecto de Raffe me viene a la mente. Tiene la desconcertante costumbre de hacer eso cuando menos me lo espero.

Cuando consigo llegar al frente de la fila, tengo mucha hambre. No quiero ni pensar cómo se debe estar sintiendo Paige. Llego a la mesa donde distribuyen la comida y extiendo la mano, pero el chico me mira y sacude la cabeza.

—Un paquete por familia, lo siento. Tu madre ya estuvo por aquí.

Vaya, las bendiciones de la fama. Seguramente somos la única familia que puede ser reconocida por más de la mitad de las personas en el campamento.

El tipo me mira como si lo hubiera escuchado todo. Debe haber gente que ha inventado cualquier excusa para conseguir más comida.

—Tenemos huevos podridos en la parte de atrás si quieres más cajas.

Genial.

—¿Mi madre se llevó solo huevos podridos o pidió algo de comida de verdad también?

—Me aseguré de que se llevara algo de comida de verdad.

—Gracias. De verdad te lo agradezco —me aparto. Puedo sentir el peso de varios ojos viéndome caminar sola hacia el estacionamiento en penumbras. No me di cuenta

de lo tarde que era.

De reojo, alcanzo a ver a un hombre haciéndole una señal a otro con la cabeza, que a su vez le hace una señal a otro tipo.

Los tres son grandes y llevan armas. Uno carga un bate sobre un hombro. Otro lleva martillos saliendo de los bolsillos de su abrigo. El tercero tiene un gran cuchillo de cocina atorado en el cinturón.

Salen del establecimiento y caminan casualmente detrás de mí.

**H**abía planeado buscar un abrigo nuevo en el centro comercial, pero sería una locura entrar en un espacio cerrado y oscuro con esos matones detrás de mí.

Me dirijo hacia el estacionamiento abierto, corriendo agachada de un auto al otro como nos ordenaron.

Los tipos detrás de mí a hacen lo mismo.

Todo mi cuerpo me pide que eche a correr lo más rápido posible. Mi instinto primario sabe que estoy siendo perseguida. Pero mi cerebro racional y civilizado me dice que los tipos en realidad no han hecho nada fuera de lo común. Solo están caminando detrás de mí, y ¿a dónde más irían si no a la escuela del otro lado de la calle?

Por fin estoy de nuevo entre un grupo organizado de gente. No puedo comportarme como una salvaje, como si fuera una esquizofrénica paranoica.

O tal vez sí.

Me echo a correr.

Los tipos detrás de mí hacen lo mismo.

Sus pies golpean el asfalto más rápido y cada vez más cerca de mí con cada paso que doy. Sus piernas son más largas y más fuertes que las mías. Es solo cuestión de segundos antes de que logren alcanzarme. Mi centro de gravedad es mucho más bajo que el suyo, así que puedo esquivarlos por un rato, pero eso solo me comprará unos segundos más de vida.

Corro entre varias personas que se desplazan escondiéndose obedientemente de auto en auto, tratando de volver a la escuela. Nadie parece dispuesto a ayudarme.

El consejo estándar cuando alguien trata de asaltarte es lanzar lo que quieren lo más lejos posible y correr como alma en pena en dirección contraria, porque la vida vale mucho más que cualquier objeto. Eso es obvio. Pero estos tipos me quieren a mí o a la espada de Raffe. Y no estoy dispuesta a renunciar a ninguna de las dos.

La adrenalina recorre mi cuerpo y el miedo casi me paraliza. Pero mis años de entrenamiento me obligan a entrar en acción y pienso automáticamente en todas mis opciones. Podría gritar. Los hombres de Obi saldrían a ver qué pasa de inmediato. Pero también podrían escucharme los ángeles si hay alguno cerca de aquí. Por eso tenemos que guardar silencio y mantenernos a resguardo, lejos de miradas indiscretas. Estaría poniendo en riesgo a todo el campamento si grito y los soldados quizá estarían dispuestos a dispararme con sus rifles con silenciadores para hacerme callar.

Podría correr hacia el edificio de Obi. Pero está demasiado lejos.

Podría detenerme y luchar contra ellos. Pero mis posibilidades de sobrevivir son

bastante malas contra tres hombres armados.

No me gusta ninguna de mis opciones.

Corro tan rápido y tan lejos como puedo. Siento que mis pulmones se queman y me empieza a doler un costado, pero entre más me acerque al edificio de Obi, más probabilidades tengo de que sus hombres me vean y detengan a los atacantes.

Cuando siento un escalofrío en la espalda indicándome que mis perseguidores ya están demasiado cerca, me doy la vuelta y saco mi espada.

Maldición, cuánto me gustaría saber cómo usarla.

Los hombres se detienen de golpe y se abren en abanico a mi alrededor.

Uno levanta su bate como si estuviera a punto de batear una pelota. Otro saca dos martillos de los bolsillos de su abrigo. El tercero saca el cuchillo de cocina de su cinturón.

Estoy en problemas.

Algunas personas se detienen a observarnos. Veo algunos rostros a través de las ventanas, una madre y un niño en el zaguán de una puerta, y una pareja de ancianos bajo un toldo.

—Llaman a los hombres de Obi —le pido a la pareja.

Ellos se abrazan y se esconden detrás de un poste.

Levanto mi espada como un jedi. Son las únicas espadas que conozco. He entrenado con cuchillos, pero una espada es completamente diferente. Supongo que podría golpearlos con ella como si fuera un bate. O tal vez si la lanzo contra ellos podría tratar de correr otra vez.

Pero veo un brillo en sus ojos que me dice que esto no se trata solo de quitarle un arma llamativa a una presa fácil.

Me muevo hacia un lado para obligarlos a ponerse en una fila de modo que se estorben unos a otros si me atacan todos a la vez. Pero antes de que logre posicionarme, uno de los tipos lanza un martillo contra mí.

Me agacho.

Los tres se abalanzan sobre mí.

Entonces todo sucede tan rápido que apenas puedo absorber lo que está pasando.

No tengo espacio para levantar la espada así que golpeo a uno de los atacantes con la empuñadura. Escucho el crujido de sus costillas mientras cae al suelo, aturdido.

Trato de golpear a los otros dos con la hoja esta vez, pero unas manos me agarran y me hacen perder el equilibrio. Me preparo para recibir un golpe fuerte, esperando que sea del bate y no del martillo. Pero vaya suerte la mía, las dos armas me atacan juntas, en la mano de cada uno de los atacantes. Veo al bate y al martillo recortarse contra el cielo crepuscular un instante antes de que me caigan encima de golpe.

Una sombra se estrella con fuerza contra los hombres, tirándolos al suelo.

Uno de ellos se mira el cuerpo. Borbotones de sangre brotan a través de su camisa desgarrada. Mira a su alrededor completamente desconcertado.

Todos miramos hacia donde cayó la sombra, que está agazapada y gruñendo en la oscuridad. Parece que está a punto de atacar de nuevo.

Cuando la sombra camina hacia nosotros, veo el vestido de flores, las medias y las zapatillas de color rosa de mi hermana.

Una sudadera oscura con capucha le cubre la cabeza y su cabello esconde su rostro casi por completo, dejándonos ver solo destellos de las puntadas que recorren su piel y los dientes afilados como navajas que se asoman entre sus labios. Paige gira alrededor de los hombres acechándolos como una hiena, caminando casi en cuatro patas.

—Qué demonios... —dice uno de los atacantes desde el suelo, arrastrándose hacia atrás como un cangrejo.

Me aterra verla así. Con el rostro destruido y dientes brillando en su boca. Parece una pesadilla hecha realidad, una de la que debería estar huyendo. Me doy cuenta de que los demás piensan lo mismo.

—Shhh —digo suavemente, acercándome a Paige—. Está bien.

Ella me responde con un sonido gutural. Está a punto de saltar sobre otro de los tipos.

—Tranquila, pequeña —le digo—. Estoy bien. Mejor vámonos de aquí, ¿de acuerdo?

Ella ni siquiera me mira. Su labio se retuerce mientras observa a su presa.

Hay demasiadas personas mirándonos.

—Paige, acomódate bien la capucha, por favor —le pido en un susurro. No me importa lo que piensen los atacantes, pero me preocupan las historias que puedan inventar los espectadores, que luego estarán circulando por el campamento.

Para mi sorpresa, Paige se acomoda la capucha de modo que le cubre todo el rostro. Siento cómo se relajan mis músculos. Ella está consciente y me está escuchando.

—Está bien —le susurro mientras me acerco poco a poco, luchando contra mi instinto de huir de ella—. Estos hombres malos se van a ir y nos van a dejar en paz.

Los hombres se levantan, sin apartar los ojos de Paige.

—Aleja a ese monstruo de mí —dice uno—. Esa cosa no es humana.

Mi madre se ha acercado a los atacantes sin que ninguno de nosotros se diera cuenta.

—Ella es más humana de lo que tú podrías llegar a ser.

Luego lo pincha en las costillas con su picana. Él da un salto hacia atrás con un grito ahogado.

—Ella es más humana que cualquiera de nosotros —mamá tiene una forma de susurrar que parece como si estuviera gritando.

—Habría que sacrificar a esa cosa —dice el hombre que sostenía el bate.

—Habría que sacrificar a ti —dice mi madre, acercándose a él con su picana.

—Aléjate de mí, vieja loca —sin su bate y sus amigos para ayudarlo parece un

hombre de tamaño normal, solo que menos valiente.

Mi madre le acerca la picana de nuevo, soltando choques eléctricos al aire. Él salta hacia atrás, escapando apenas.

—Todas ustedes están locas —se da la vuelta y corre.

Mi madre corre detrás de él cuando trata de escabullirse en un edificio. Ese tipo no va a tener una buena tarde.

Guardo mi espada en su vaina con las manos temblorosas por la adrenalina de la pelea.

—Vamos, Paige. Vamos a casa.

Paige camina delante de mí. Con su capucha, parece una niña pequeña y dócil. Pero no podemos engañar a la pareja mayor que se escondió detrás del poste. Vieron todo lo que pasó y ahora miran a Paige con los ojos muy abiertos, aterrados. Me pregunto cuántas personas más están haciendo lo mismo.

Casi le pongo la mano sobre el hombro a mi hermana, pero no puedo hacerlo. Dejo caer mi mano sin llegar a tocarla.

Entramos de vuelta en nuestro edificio con el peso de varios ojos quemándonos la espalda.

Es esa noche tengo un sueño muy extraño.

Estoy en una pequeña aldea de chozas hechas de barro con techos de paja. En el centro hay una enorme hoguera que ilumina la noche. Todos los habitantes están disfrazados, comiendo, bebiendo y corriendo alrededor del lugar. Hay música y varias personas giran en torno al fuego, lanzando cosas dentro de la hoguera.

El evento tiene todas las características de una fiesta, pero la gente está demasiado alerta. Miran detrás de ellos en la oscuridad a cada rato y escucho pocas risas. La gran hoguera arroja largas sombras contra la ladera, que se mueven y bailan como una criatura siniestra.

Tal vez me asusta porque la gente lleva puestos disfraces de monstruos que son demasiado reales para mi gusto. No son de látex ni de plástico, nada artificial que me recuerde que se trata solo de un disfraz. La gente lleva puestas pieles y cabezas de animales, y garras que parecen de verdad.

Raffe está escondido entre las sombras con las alas blancas abiertas a medias. Es impresionante ver sus hombros y brazos musculosos enmarcados por sus alas, en vez de las del demonio. Me entristece saber que fuera de mi sueño sus alas son muy diferentes.

Los lugareños lo miran, especialmente cuando caminan cerca de él, pero sus miradas no parecen sorprendidas ni temerosas como yo esperaría. Actúan como si estuvieran acostumbrados a ver ángeles en la Tierra y no le prestan atención. Por lo menos los hombres no lo hacen.

Las mujeres, por otro lado, se arremolinan a su alrededor. La verdad es que no me sorprende demasiado.

Llevan puestos vestidos oscuros que parecen cortinas. Sus rostros están maquillados con círculos negros alrededor de los ojos y labios de un rojo sangriento. Una tiene puestos unos cuernos de diablo. Otras tienen garras sobre las manos. Otras usan pieles de cabra completas, con todo y pezuñas y cuernos, y los rostros maquillados para hacerles juego.

Parecen exóticas y barbáricas, y la luz cambiante del fuego solo aumenta su aspecto salvaje. A pesar de sus alas, Raffe es el único que parece «normal» aquí.

Extrañamente, en el sueño mi mente percibe algunos de los pensamientos de Raffe. Veo a los seres humanos como él nos ve, extraños y bestiales. En comparación con la perfección de los ángeles, estas Hijas del Hombre son feas y huelen muy mal. Raffe trata de entender por qué sus Vigilantes se sintieron atraídos por ellas. No encuentra nada por lo que valga la pena correr el riesgo de una reprimenda menor, y mucho menos de caer en la Fosa.

Incluso si pudiera ver más allá de su horrible apariencia y su comportamiento extraño, no tienen alas. ¿Cómo podrían sus ángeles encontrar eso atractivo?

—¿Dónde están nuestros maridos? —pregunta una de las mujeres. Habla un lenguaje gutural que yo no entendería normalmente, pero en mi sueño entiendo cada palabra que sale de su boca.

—Han sido condenados a la Fosa por casarse con las Hijas del Hombre —logra controlar su voz, pero detecto un matiz de enojo en ella. Habían sido sus mejores guerreros además de sus amigos.

Las mujeres comienzan a llorar.

—¿Por cuánto tiempo?

—Hasta el día del juicio final, cuando obtendrán su sentencia. No volverán a verlos nunca.

Las mujeres lloran abrazándose unas a otras.

—¿Qué pasará con nuestros hijos?

Raffe permanece en silencio. ¿Cómo puedes explicarle a una madre que estás ahí para matar a sus bebés? Vino a la Tierra para salvar a sus Vigilantes del dolor de tener que perseguir a sus propios hijos. Incluso tratándose de Nephilim (monstruos que comen carne humana), ¿qué clase de castigo retorcido sería ese para un padre? No podía dejar a sus soldados pasar por eso.

—¿Estás aquí para castigarnos?

—Estoy aquí para protegerlas —Raffe no tenía la intención de proteger a las esposas originalmente. Pero sus Vigilantes le habían suplicado que lo hiciera. No podía comprender la idea de sus guerreros más feroces suplicando por algo y mucho menos por un grupo de Hijas del Hombre.

—¿Protegernos de qué?

—Las esposas de los Vigilantes se entregan a los demonios de las sombras. Vendrán por ustedes esta noche. Tenemos que llevarlas a un lugar seguro. Vámonos.

Miro a mi alrededor, a la gente alrededor de la hoguera, y me doy cuenta de que esto debe ser alguna versión antigua de Halloween, cuando los monstruos y los demonios supuestamente recorrían las calles. Seguro que vienen con refuerzos esta noche.

Las mujeres se miran unas a otras con ojos llenos de terror.

—Les dije que no se entrometieran en los asuntos de los dioses y los ángeles —dice una mujer de cabello gris que abraza a una mujer más joven como si quisiera protegerla. Está vestida con una piel de cordero y la cabeza le cubre todo el rostro. Su disfraz tiene unos colmillos muy largos que la hacen parecer una especie de tigre de dientes de sable.

Raffe comienza a caminar alejándose de la aldea.

—Vengan conmigo ahora o quédense aquí. Yo solo puedo ayudar a las que quieren mi ayuda.

La mujer mayor empuja a su hija hacia Raffe. Las otras lo siguen también,

arremolinándose juntas y apurándose para no separarse de las demás, como una manada de animales salidos de una pesadilla.

La música cerca de la hoguera crece en volumen mientras caminamos. El ritmo se acelera y late como un corazón hasta que coincide con la respiración de las mujeres.

Cuando creo que el *crescendo* está a punto de llegar a su clímax, la música se detiene.

Un bebé llora en la noche.

Luego se detiene repentinamente a mitad de su llanto. El sonido termina con demasiada brusquedad para ser natural y el silencio que le sigue hace que se me erice el cabello.

Una mujer grita con el corazón roto. No hay ninguna sorpresa en su llanto, solo dolor.

Quiero correr hacia el fuego para ver si el bebé está bien, pero al mismo tiempo deseo alejarme lo más posible de estos salvajes. No parecen sorprendidos ni afectados por lo que sucede alrededor del fuego, como si fuera parte de su ritual normal.

Quiero decirle a Raffe que no todos somos como estas personas. Que yo no soy como estas personas. Pero soy solo un fantasma en mi propio sueño.

Raffe saca su espada de la vaina lentamente, en alerta máxima.

Ya vienen.

La música comienza de nuevo, esta vez acompañado por cantos. Raffe gira para mirar detrás de él.

La ladera está cubierta de sombras que se arrastran hacia nosotros.

Jorobadas y deformes. Con alas negras y asimétricas. Parecen hombres demacrados.

No sé lo que son, pero mi subconsciente los reconoce como enemigos, porque incluso en mi sueño, mi corazón se acelera y mis instintos me gritan «corre, corre, corre».

Las sombras saltan hacia nosotros.

Dos de ellas caen sobre una mujer, tirándola al suelo. Empiezan a arañarla con furia. Ella le suplica Raffe con ojos aterrorizados.

Uno de sus guerreros amó a esta Hija del Hombre. Abandonó toda su vida por ella. Se preocupó por ella, incluso cuando estaba siendo condenado a la Fosa. Por qué lo hizo está más allá de la comprensión de Raffe, pero eso no impide que sienta compasión.

Raffe patea a uno de los demonios, que cae sobre él, y blande su espada contra los demonios que atacan a la mujer.

Entonces sucede algo extraño.

Extraño incluso para este sueño.

Raffe empieza a moverse en cámara lenta. Lo mismo ocurre con todo lo demás en el sueño, excepto por mí.

Nunca antes había tenido un sueño en cámara lenta. Puedo ver cómo se mueven los músculos de Raffe cuando ataca con su espada y mata a las sombras que arañan a la mujer caída.

Uno cae al suelo gimiendo antes de morir y aprovecho el momento para mirarlo con atención. Tiene el rostro como de murciélago, aplastado y arrugado, con los colmillos afilados. Es realmente feo, si me preguntan mi opinión.

Estoy a punto de levantar las manos instintivamente para cubrirme el rostro de la sangre que salpica hacia mí cuando me doy cuenta de que tengo la espada de Raffe en una mano, a pesar de que él también la está utilizando.

Puedo ver con detalle cada movimiento de Raffe mientras destaza a los demonios que lo atacan. En cámara lenta, puedo absorber su postura, cómo desplaza su peso de una pierna a otra, cómo sostiene su espada con cada golpe.

Cuando consigue abrirse camino a través de la ola de monstruos, el sueño se detiene. De inmediato, la secuencia se repite de principio a fin.

Es como un video instructivo en mi propia cabeza.

Creo que mi falta de habilidades de combate con la espada me debe haber frustrado más de lo que pensaba. Si no, ¿cómo y por qué inventó todo esto mi subconsciente? Aunque estoy dormida, me duele la cabeza de solo pensarlo.

Levanto mi espada, imitando la postura de Raffe. ¿Y por qué no? Él es un maestro en el uso de la espada y es posible que mi subconsciente haya absorbido detalles de las veces que lo vi pelear en la vida real sin darme cuenta de ello. Trato de mover la espada imitando a Raffe. Supongo que lo estoy haciendo mal, porque la secuencia se repite.

Lo intento de nuevo. Raffe completa su ataque, da la vuelta a la espada y ataca de nuevo, haciendo la figura de un ocho con sus movimientos.

Yo hago lo mismo.

Raffe golpea a la izquierda, luego arriba y se da la vuelta, golpea a la derecha y arriba y luego se da la vuelta. Lo hace un par de veces y luego cambia de técnica. Me imagino que lo hace para que sus movimientos no sean predecibles.

Mi espada se ajusta sola aquí y allá para mejorar mi técnica. Casi está haciendo todo el trabajo sola, dejando que yo me concentre en el movimiento de los pies de Raffe. En todos mis años de entrenamiento en las artes marciales aprendí que el movimiento de los pies es tan importante como el de los brazos y las manos.

Raffe se mueve hacia adelante y hacia atrás como un bailarín, sin jamás cruzar los pies. Yo imito su danza lo mejor que puedo.

Unos brazos fibrosos surgen del suelo, esparciendo tierra por todas partes mientras tratan de atrapar a las mujeres. Se empujan fuera del suelo, abriéndose camino entre la tierra y escupiéndola por la boca mientras se arrastran hacia nosotros.

Algunas de las mujeres entran en pánico y corren hacia la oscuridad de la noche.

—¡No se alejen! —les grita Raffe.

Pero es demasiado tarde. Las sombras se abalanzan sobre ellas y sus gritos se intensifican.

Raffe agarra a la mujer más cercana cuando está siendo arrastrada por las manos demoníacas. Las garras afiladas se enganchan en su piel mientras se retuerce en pánico en cámara lenta.

Raffe la levanta del suelo con un brazo, usando el otro para golpear a los monstruos con su espada y pateándolos, todo al mismo tiempo.

Así pelea un héroe.

Copio todo lo que hace, movimiento por movimiento, deseando poder ayudarlo de verdad.

Peleamos, Raffe y yo, durante toda la noche.

Me despierto temblando en mi catre, en ese momento de tranquilidad antes de la salida del sol. Mi sueño fue tan vívido que siento como si hubiera estado allí físicamente. Me toma algunos minutos conseguir que mi ritmo cardíaco se normalice y mis niveles de adrenalina bajen.

Me acomodo de modo que la empuñadura de mi espada no se me entierre en las costillas bajo la manta. Me acuesto escuchando el viento, preguntándome dónde estará Raffe ahora.

**P**aige no ha comido en tres días. Ha bebido un poco de agua, pero eso es todo lo que hemos conseguido que consuma. Mamá y yo la convencimos de probar un par de cucharadas de carne de venado guisada, pero lo vomitó enseguida. Lo hemos probado todo: sopas y carne y verduras. No puede comer nada de eso.

Mamá está profundamente preocupada. Apenas se ha apartado de Paige desde que la encontramos en el sótano del nido. La piel de Paige es de un color blanco cadavérico. Parece como si hubiera perdido toda su sangre a través de los orificios de las costuras que surcan su cuerpo.

—Mírala a los ojos —me dice mi madre, como si supiera que el horrible aspecto de Paige me domina cuando la veo.

Pero no puedo hacerlo. Sigo mirando su cuerpo maltrecho y su rostro de muñeca torturada cuando le ofrezco un pedazo de galleta de chocolate. Uno de los cortes en sus mejillas está torcido, como si el cirujano ni siquiera se hubiera molestado en prestar atención a lo que hacía.

—Mírala a los ojos —insiste mamá.

Me obligo a levantar los ojos. Mi hermana me hace el favor de mirar hacia otro lado.

No mueve los ojos como un monstruo. Eso sería demasiado fácil. Tiene la mirada abatida de una estudiante de segundo grado que está muy familiarizada con el rechazo. Es el gesto que solía tener cuando los otros niños la señalaban cuando se acercaba en su silla de ruedas.

Me siento tan culpable que quisiera patearme a mí misma. Me obligo a mirarla de nuevo, pero ella se rehúsa a mirarme a los ojos.

—¿Quieres unas galletas? Están recién salidas del horno.

Hace un mínimo movimiento de cabeza, indicándome que no las quiere. No es un gesto amargo, solo triste, como si se preguntara si estoy enojada o pienso cosas malas sobre ella. En algún lugar detrás de sus cicatrices, vislumbro el alma solitaria de mi hermana.

—Se está muriendo de hambre —dice mamá. Parece derrotada. Mi madre no es el tipo de persona que ve el vaso medio lleno. Pero no la había visto tan desesperanzada desde el accidente de Paige, cuando perdió el uso de sus piernas.

—¿Crees que puedas comer un poco de carne cruda? —odio preguntarle eso. Estoy tan acostumbrada a que sea una vegetariana estricta que de algún modo siento que estoy renunciando a la idea de que Paige sigue siendo Paige.

Me mira de reojo con timidez. Veo culpabilidad en su mirada. Pero también encuentro algo de entusiasmo. Paige mira hacia abajo de nuevo, como si se sintiera

avergonzada. La escucho tragar saliva. Se le está haciendo agua la boca pensando en la carne cruda.

—Voy a ver si puedo encontrar algo para ella —me cuelgo la espada al hombro.

—Sí, hazlo —dice mamá. Su voz suena opaca y muerta.

Salgo, decidida a encontrar algo que Paige pueda comer. Hay una larga fila en la cafetería, como siempre. Tendría que inventar alguna historia para convencer a los trabajadores de la cocina para que me den la carne sin cocinar. No se me ocurre ninguna buena razón. Incluso un perro comería carne cocida.

Así que me aparto de la fila de los alimentos y camino hacia el parque al otro lado del centro comercial. Me preparo para transformarme en una cavernícola. Espero atrapar una ardilla o un conejo, si es que todavía queda alguno por aquí. Por supuesto, no tengo ni idea de qué hacer con uno si logro atraparlo.

En mi mente todavía civilizada, la carne viene empaquetada y se encuentra en el refrigerador de un supermercado. Pero si tengo un poco de suerte, descubriré por qué Paige decidió hacerse vegetariana cuando tenía tres años.

Caminando hacia el parque, me desvío para hacer unas compras antes. Mientras bromeaba con Dee-Dum el otro día tuve una idea. A los hombres les gustan las armas. Ahora las desean más que nunca. De preferencia, buscan una máquina asesina para intimidar a cualquiera con solo mostrarla. Pero si esa misma arma, en este caso mi espada, estuviera disfrazada como un peluche cursi e inofensivo, entonces los tipos duros irían a buscar armas para robar en otra parte.

Estoy de suerte. Hay una tienda de juguetes en el centro comercial. Cuando entro en la colorida tienda, llena de peluches gigantes y cometas y arcoíris, siento un golpe de nostalgia. Me dan ganas de esconderme en un rincón rodeada de animales de peluche y leer libros ilustrados sobre un tapete de colores.

Mi madre nunca ha sido normal, pero no estaba tan mal cuando yo era más pequeña. Recuerdo haber recorrido cientos de jugueterías como esta, cantando canciones con ella o sentada en su regazo mientras me leía un cuento. Acaricio la piel suave de los pandas y el plástico de los trenecitos de juguete, recordando cómo era mi vida cuando los ositos, los trenes y las mamás me hacían sentir segura.

Me detengo un momento pensando qué hacer. Finalmente decido hacer un corte en la parte inferior de un oso de peluche y colocarlo alrededor de la empuñadura. Así solo tendré que quitar el oso si tengo que usar la espada.

—Vamos, admítelo, Osito Pooky —le digo a la espada—. Te encanta tu nuevo *look*. Todas las demás espadas estarán celosas de tu disfraz.

Para cuando me encamino de nuevo al parque, mi oso de peluche lleva puesta una falda de varias capas de gasa blanca que fabriqué con un velo de novia que encontré en una de las boutiques. Teñí el velo con un poco de agua sucia en el baño para quitarle el brillo del blanco nupcial, porque atraía mucha atención. La falda cae justo debajo de la punta de la vaina, ocultándola por completo. O por lo menos lo hará cuando se seque. La parte trasera de la falda está abierta de modo que puedo

arrancarla de un tirón junto con el oso para sacar la espada sin esfuerzo.

El conjunto es cursi y ridículo y dice toda clase de cosas vergonzosas sobre mí. Pero ya no traigo una llamativa espada de ángel. Eso es todo lo que quiero.

Cruzo la calle y salto la valla que rodea el bosque. El área está muy abierta, pero hay suficientes árboles para cubrirme un poco de miradas indiscretas desde el cielo. Además, es un lugar perfecto para encontrar conejos.

Levanto el oso de peluche de la empuñadura, sintiéndome satisfecha cuando corroboro que puedo quitarlo rápido y sin problemas. Me detengo entre la maleza apuntando con la espada como si fuera una varita mágica. Cierta ángel sarcástico, cuyo nombre no diré porque estoy tratando de no pensar en él, me dijo que su espada no era una espada ordinaria. Mi vida es suficientemente extraña ahora, pero a veces hay que dejarse llevar.

—Encuentra un conejo —le ordeno.

Una ardilla que me mira desde el tronco de un árbol se ríe haciendo unos ruiditos agudos.

—No es gracioso —de hecho, es lo más serio que he hecho estos días. La carne cruda de un animal es mi última esperanza para Paige. Ni siquiera quiero pensar en lo que sucederá si no puede comer eso.

Me abalanzo sobre la ardilla, con los brazos flojos y listos para que la espada haga todo el trabajo, como en mi sueño. La ardilla se escabulle tratando de huir.

—Lo siento, ardilla. Todo es culpa de los ángeles —una imagen del rostro de Raffé me viene a la mente. Tiene un halo de llamas alrededor del cabello y distingo un gesto de dolor en su rostro ensombrecido. Me pregunto dónde está. Me pregunto si está bien. Adaptarse a sus nuevas alas debe ser como adaptarse a unas piernas nuevas: doloroso, solitario y, durante una guerra, peligroso.

Levanto la espada sobre mi cabeza. No quiero mirar, pero no puedo dejar de hacerlo, así que estoy en una postura extraña, girando el rostro y entrecerrando los ojos, abriéndolos apenas lo suficiente para ver lo que estoy haciendo.

Dejo caer la espada con fuerza.

El mundo se inclina de pronto, provocándome un golpe de vértigo. Se me revuelve el estómago.

Un destello en mis ojos me deja ciega por un segundo.

Un segundo antes, mi espada está a punto de caer sobre la ardilla.

Un segundo después, mi espada brilla frente a un cielo azul.

El puño que la sostiene es de Raffé. Y su cielo no es mi cielo.

Raffé está al frente de un ejército de ángeles que vuelan en formación debajo de él. Sus alas enmarcan su cuerpo, enormes, blancas y gloriosas, haciéndolo parecer la estatua de un dios guerrero.

**R**affe levanta su espada en el aire. La legión de ángeles también levanta las suyas en respuesta. Un grito de guerra aumenta a medida que fila tras fila de hombres alados se lanzan al cielo.

Es un espectáculo impresionante ver a tantos ángeles volando en formación perfecta. La legión vuela a la guerra, liderada por Raffe.

Escucho el susurro de un concepto en mi cabeza.

Gloria.

Entonces, tan rápido como un parpadeo, el cielo azul y los hombres alados desaparecen.

Ahora estamos en un campo en la noche.

Una horda de demonios con rostro de murciélago se abalanzan contra mí como una avalancha, chillando un grito infernal. Raffe se adelanta y comienza a blandir su espada con una precisión perfecta, al igual que en mis sueños. Luchando junto a él y protegiéndole la espalda hay varios ángeles guerreros, algunos de los cuales conocí en el viejo nido. Bromean mientras pelean y se defienden unos a otros de los monstruos de la noche.

Otro concepto hace eco en mi cabeza.

Victoria.

La escena cambia de nuevo y ahora estamos en el cielo, solo que esta vez volamos en medio de una tormenta eléctrica. Los truenos retumban en las nubes oscuras y los rayos iluminan la escena. Raffe y un pequeño grupo de guerreros flotan entre la lluvia, viendo cómo otro grupo de ángeles encadenados son arrastrados hacia la noche.

Los prisioneros vuelan encadenados con grilletes alrededor de las muñecas, los tobillos, el cuello y la cabeza. Los grilletes llevan picos de metal en el interior y estos se les clavan en la carne. Ríos de sangre se mezclan con la lluvia en sus rostros, manos y pies.

Un demonio-murciélago va sentado sobre los hombros de cada prisionero. Los demonios sostienen las cadenas del cuello de cada ángel, usándolas como bridas. Jalen las cadenas hacia un lado y luego hacia el otro, enterrándoles los picos en la piel y obligándolos a volar como ebrios. Otros demonios cuelgan de los grilletes de los tobillos y las muñecas que encadenan a los prisioneros uno con el otro.

Algunos de esos ángeles luchaban al lado de Raffe en la batalla que presencié hace un momento. Habían bromeado con él y le habían protegido la espalda batalla tras batalla durante siglos. Ahora, lo miran con un dolor insoportable en los ojos mientras son conducidos al infierno como ganado torturado.

Los otros ángeles observan la escena con inmensa tristeza, algunos inclinan los rostros para no ver más. Raffae es el único que se sale del grupo, rozando las manos de algunos de los prisioneros en su camino hacia la tierra.

A medida que la escena se desvanece, otra palabra se forma en mi cabeza. Honor. Y luego, estoy de nuevo bajo los árboles en el parque de Stanford.

Mi estómago se tambalea cuando mi espada golpea la tierra donde estaba la ardilla hace un segundo. Mis manos apretaban la empuñadura con tanta fuerza que mis nudillos están blancos y adoloridos por el esfuerzo.

La ardilla, sana y salva, se escabulle a lo alto de un árbol y me mira desde ahí. Parece débil e insignificante después de las cosas que acabo de ver.

Suelto la espada y me dejo caer al suelo.

No sé cuánto tiempo me siento allí, jadeando, pero sospecho que es un buen rato. No hay nada más que el cielo azul de octubre, el olor de la hierba y la tranquilidad inusual que reina en todas partes desde que los humanos dejamos de usar autos.

¿Acaso la espada quiere comunicarse conmigo? ¿Quiere hacerme entender que está hecha para batallas épicas y gloria, no para perseguir ardillas y disfrazarse como un animal de peluche?

Es una idea loca.

Pero no más loca que lo que acabo de ver.

Quisiera descarrilar este tren de pensamiento. Cualquier idea que me huelga remotamente a locura es un rastro que no quiero seguir. Pero me permito hacerlo solo por esta vez.

Raffae me dijo que su espada era una especie de objeto consciente. Si por alguna bizarra casualidad eso fuera verdad, entonces tal vez tiene sentimientos. Tal vez tiene recuerdos que puede compartir conmigo.

La noche en que esos hombres me atacaron, ¿se sintió frustrada porque no tenía idea de cómo usarla durante la pelea? ¿Es vergonzoso para una espada que alguien quiera usarla como un bate? ¿Estaba realmente tratando de enseñarme cómo usarla a través de mis sueños?

La sola idea me asusta. Debería cambiar de arma. Quiero algo menos intrusivo y con menos opiniones propias. Me levanto, le doy la espalda y avanzo un par de pasos.

Pero no puedo dejarla. Es la espada de Raffae y seguro que la va a querer de vuelta algún día.

A mi regreso, me acerco de nuevo a la fila para recibir alimentos. Hay un nuevo grupo de personas, pero la fila es igual de larga que la vez anterior. La Resistencia está organizando un sistema que limita los alimentos a dos comidas al día por persona. Pero mientras eso sucede, los recién llegados acaparan lo que pueden y pasan una buena parte de su tiempo haciendo fila aquí.

Suspiro y me formo al final de la fila.

Cuando regreso a nuestra habitación, está vacía. No creo que sea una buena idea que Paige se aparezca en público, pero supongo que volverán pronto. Dejo tres

hamburguesas sobre el escritorio del profesor. No pregunté de qué tipo de carne están hechas, pero dudo que sea de vaca.

Pedí que me las dieran poco cocidas, incluso mencioné específicamente la palabra «rojas», pensando que es lo más cerca que podía llegar a «crudas» sin levantar sospechas. Pero me decepciona ver que la carne apenas se ve un poco roja en el centro.

Separo las partes más cocidas de los centros crudos y los dejo para Paige. Al menos puedo averiguar si puede comer carne roja. Trato de no pensar demasiado en ello.

Me imagino que Paige no había estado fuera del quirófano con su nuevo aspecto mucho tiempo cuando la encontramos, de lo contrario, quizá sabría lo que puede comer. Si la hubiera encontrado un día antes, ¿podría haberla salvado de esto?

Guardo ese pensamiento horrible en la bóveda en mi mente y mastico mi hamburguesa sin disfrutarla. La lechuga y el tomate están hechos de algo que probablemente no es lo que aparenta, pero me recuerdan un poco a los vegetales de verdad y eso es suficiente. El pan, sin embargo, está recién salido del horno y es delicioso. El campamento tuvo suerte y encontró a alguien que sabe cómo hacer pan.

Saco la espada de Raffe y coloco la hoja desnuda sobre mi regazo. Paso mis dedos sobre el metal frío y duro. La luz se refleja sobre las curvas en el acero, dejándome ver las ondas azules y plata que lo decoran.

Si me relajo, puedo sentir el débil flujo de tristeza que emana de ella. La espada está de luto. No hace falta ser un genio para adivinar por quién.

—Muéstrame más —le pido, aunque no estoy segura de poder soportarlo en estos momentos. Mis rodillas están débiles y me siento agotada. Incluso en un mundo en el que los ángeles existen, sigue siendo sorprendente que un objeto pueda compartir sus recuerdos contigo.

—Háblame de Raffe.

Nada.

—Bueno. Vamos a practicar un poco más cómo pelear —le digo con voz entusiasta, como si estuviera hablando con un niño pequeño—. Me servirían más lecciones —respiro profundo y cierro los ojos.

Nada.

—Bueno, supongo que no tengo nada mejor que hacer ahora que decorar a tu oso de peluche con moños y listones. ¿Qué opinas del rosa pastel?

La habitación oscila por un momento, luego se transforma.

**E**l tiempo pasa de manera diferente en los sueños y supongo que sucede lo mismo con los recuerdos. Practico con mi espada por lo que me parece una década, luchando contra enemigo tras enemigo al lado de Raffe.

Los demonios de las sombras deben haber estado furiosos de que les arrebatara de las garras a algunas de las esposas de los Vigilantes. A todas luces, les robó algo que ellos pensaban que les pertenecía. Lo han estado rastreando desde entonces, cazando a cualquiera que pudiera haber sido compañía para él. Supongo que los demonios no son del tipo que perdona y olvida las ofensas.

Época tras época y por todo el mundo, es la misma historia en todas partes. Pueblos medievales, campos de batalla durante la Primera Guerra Mundial, monasterios budistas en el Tíbet, bares clandestinos en Chicago... Raffe persigue cualquier rumor de los Nephilim, matando a las sombras y a cualquier otra cosa que aterrice a la gente del lugar, y luego desaparece en la noche. Se aleja de cualquiera con quien pudiera haber conectado en el proceso para evitar que los maten las sombras.

Siempre solo.

Solo Raffe y su espada.

Y ahora no tiene ni siquiera eso.

Justo cuando pienso que mi lección de hoy ha terminado, la espada me comparte un recuerdo que casi me rompe el corazón.

Tan pronto como aterrizo en el recuerdo, me golpea su intensidad. Raffe ruge con indignación y agonía.

Está en serios problemas. El dolor es insoportable. La angustia es aún peor.

Mi cuerpo fantasma tiembla mientras pierde sus límites, dejándome totalmente desorientada. La experiencia de Raffe es tan intensa que mis propios pensamientos y sensaciones se sienten abrumados por los suyos.

Su respiración entrecortada es todo lo que puedo oír. Es todo lo que él puede oír.

Manos y rodillas fuertes lo empujan contra el suelo, pero la sangre hace que se resbalen sobre su piel. Raffe está empapado en su propia sangre. Un dolor imposible irradia desde su espalda a través de todo su cuerpo. Tritura sus huesos. Apuñala sus ojos. Golpea sus pulmones.

Su sangre se extiende sobre el asfalto.

Las manos enemigas mueven algo blanco que apenas alcanza a ver de reojo. No quiere mirar, pero no puede evitarlo.

Alas.

Alas blancas como la nieve.

Amputadas y tiradas en medio del camino.

Su respiración se vuelve más laboriosa y lo único que puede ver son las plumas blancas de sus alas extendidas sobre el asfalto negro.

Una gota de sangre roja cae de la mano enemiga sobre una pluma. El demonio Beliel camina sobre las alas de Raffé como si las poseyera.

Raffé apenas logra registrar cuando alguien grita «¡Oye!».

Se obliga a mirar hacia arriba.

Su visión es borrosa por el dolor y el sudor. Parpadea varias veces para tratar de enfocar más allá del ardor que le quema la espalda. Es una Hija del Hombre delgaducha, que se ve diminuta al lado de uno de sus atacantes. Está medio oculta detrás de las alas de color naranja quemado del guerrero, pero Raffé puede verla y sabe que ella es quien gritó.

Esa soy yo. ¿Realmente me veo tan insignificante al lado de un ángel? Ella arroja algo hacia Raffé con todas sus pequeñas fuerzas.

¿Su espada? ¿Sería posible?

Ni siquiera tiene tiempo para maravillarse. Su espada haría cualquier cosa por él, incluso dejar que una humana insignificante la levante para ayudarlo.

Una oleada de furia le inyecta nueva fuerza. Se libera de sus atacantes y levanta la mano. Su brazo tiembla con el esfuerzo.

Su mundo se reduce a su espada, Beliel y los ángeles que lo rodean.

Atrapa la espada al vuelo y con el mismo movimiento corta al demonio Beliel en el estómago. Raffé casi pierde el equilibrio en el proceso.

Sin embargo, se las arregla para utilizar ese mismo impulso para herir al otro ángel parado a su lado.

La escena no se ralentiza como en las otras peleas de mis sueños. Supongo que no tiene por qué. Puedo sentir cada uno de sus músculos temblando, cada paso tambaleante, cada aliento que lucha por tomar.

Está mareado y apenas puede mantenerse en pie. Cuando sus atacantes huyen volando, ve cómo el guerrero con las alas de color naranja quemado golpea a la chica que lo ayudó. Ella cae contra el asfalto y Raffé intuye que debe de estar muerta.

A través de la bruma de la agonía, se pregunta quién puede haber sido y por qué una Hija del Hombre se sacrificaría para ayudarlo.

Raffé se obliga a mantenerse en pie. Necesita de todas sus fuerzas para sostener su espada como si estuviera listo para pelear mientras Quemado evalúa la situación. Las piernas de Raffé tiemblan violentamente y está perdiendo el conocimiento, pero se mantiene erguido por pura terquedad y furia.

Quemado, obviamente demasiado cobarde para enfrentarse a él solo, se da por vencido y huye volando. Raffé se desploma sobre el asfalto tan pronto como Quemado desaparece.

En el suelo, su mundo se ennegrece por completo. Su aliento llena sus oídos, pero trata de concentrarse para oír los ruidos que hay a su alrededor.

Varios pares de pies corren de un lado a otro. Dentro de los edificios, unos humanos susurran y discuten sobre si es seguro salir. Hablan de lo mucho que Raffe valdría si lo cortan en pedazos.

Pero esa gente no le preocupa. Hay un ruido más sutil de pasos. Un ruido suave, reptante, como cucarachas caminando por la pared.

Vienen por él. Los demonios de las sombras por fin lo han encontrado. Siempre lo hacen, eventualmente.

Pero esta vez tienen suerte. Esta vez, Raffe está totalmente indefenso. Podrán arrastrarlo al infierno y torturarlo a través de los siglos mientras él sufre sin alas, sin esperanza.

Trata desesperadamente de mantenerse alerta, pero el mundo se derrite en la oscuridad.

Alguien está llamando a su madre. Una chica. Su voz parece fuerte y decidida.

Debe ser un sueño febril, porque nadie sería tan estúpido como para llamar la atención voluntariamente en un lugar lleno de pandilleros. Pero los pasos que venían por él desde los edificios se callan. Las ratas humanas susurran asustadas, seguras de que la chica que llama a su madre en voz alta debe tener a su pandilla muy cerca. ¿Por qué más sería tan temeraria?

Las sombras también se detienen. No son muy inteligentes, eso le queda claro. De lo contrario, lo hubieran vencido hace años coordinando un ataque real contra él, en lugar de buscarlo por todas partes, atacándolo en pequeñas escaramuzas mal organizadas. Están confundidas. ¿Deben atacar o huir?

Raffe trata de arrastrarse lejos del camino expuesto, pero se le nubla la vista y se desvanece de nuevo.

Alguien le da la vuelta. Su espalda grita de dolor.

Una pequeña mano le da una bofetada.

Abre los ojos por un momento.

Contra el resplandor del cielo, un cabello oscuro se agita con la brisa. Percibe unos ojos intensos enmarcados por largas pestañas. Labios tan rojos que la chica debe haberlos estado mordiendo antes.

Le toma un momento darse cuenta de que es la Hija del Hombre que arriesgó su vida para ayudarlo. Está viva. Le está preguntando algo. Su voz es insistente pero melódica. No es un mal sonido si va a ser el último que escuche en su vida.

Él pierde y recupera el sentido varias veces mientras la chica lo mueve. Sigue esperando que lo corte en varios pedazos, o que las sombras salten sobre ella y la destacen. En cambio, nadie la molesta mientras lo venda y lo acomoda en una silla de ruedas que es demasiado pequeña para él.

Cuando la chica gruñe y sobreactúa para engañar a sus enemigos invisibles, haciéndolos pensar que Raffe es muy pesado, él no puede evitar reír por lo bajo, incluso a través de la bruma de dolor que lo envuelve. Es muy mala actriz. Las Hijas de los Hombres son mucho más pesadas que cualquier ángel, y el hecho de que actúe

lo contrario le resulta muy gracioso.

Tal vez sus Vigilantes se casaron con sus esposas humanas porque les resultaban divertidas. No es una razón suficientemente buena como para arriesgarse a ser condenado a la Fosa, pero es la primera que se le ocurre.

Varios pares de zapatos golpean el asfalto cuando las ratas humanas corren hacia Raffe. Envalentonadas por las ratas, las sombras también se deslizan hacia él.

Trata de advertir a la chica.

Pero no tiene que hacerlo. Ella ya está corriendo en la oscuridad, empujándolo lo más rápido que puede. Si logra mantenerse fuera de su alcance por suficiente tiempo, los demonios de las sombras se cansarán y se distraerán cazando a las jugosas ratas humanas.

Su último pensamiento antes de perder el sentido es que a sus Vigilantes les hubiera gustado mucho esta chica.

Las sombras que entran a través de las ventanas son largas cuando despierto de mi ensueño. Todavía estoy temblando por la experiencia de Raffe. No solo pude percibir lo que estaba pensando; pude sentir lo que sentía, pensar lo que pensaba.

¿Acaso la espada era tan cercana a Raffe? Tal vez solo en momentos de mucha intensidad. Toda la experiencia fue extrañamente bizarra, en todos los niveles.

Acaricio el metal que ahora está caliente con una mano temblorosa, tratando de convencer a mi cuerpo de que todo está bien.

Empiezo a entender muchas cosas. Algunas de las acciones de Raffe tienen más sentido ahora.

No podía saltar a ayudarme durante mis peleas públicas en el último campamento de la Resistencia sin arriesgarse a propagar rumores acerca de nosotros. Los demonios de las sombras siempre terminaban por encontrarlo, seguramente gracias a una combinación de suerte, buen olfato y chismes que propagaban los humanos. El rumor de una pelea así sin duda se difundiría por todas partes. Apostó contra mí para anunciarle a todo el mundo que no éramos amigos, que no le importaba lo que me pudiera pasar.

Y ese día persiguió a los demonios diminutos en el bosque, incluso después de que huyeron, porque parecía que venían del infierno, ¿no es cierto? Si alguno de ellos vivía para contar a otros demonios cómo Raffe había llegado al rescate de una Hija del Hombre, sería solo una cuestión de tiempo antes de que dieran conmigo.

¿Pero acaso tenía que decirme que yo ni siquiera le gustaba después de nuestro beso? Eso fue completamente innecesario, en mi opinión.

El beso.

Como una semilla que germina, siento el creciente impulso de preguntarle a la espada sobre ese momento.

Es tonto y vergonzoso y tal vez incluso un poco egoísta, sobre todo después de lo que acabo de ver que sufrió Raffe. Pero justo por eso, necesito verlo en un momento diferente. Uno en el que sea arrogante y tenga todo bajo control. Uno en el que esté experimentando algo que no sean amenazas ni dolor, aunque solo sea por dos segundos.

Por eso, y porque me muero de ganas de saber lo que sintió.

Sé que no importa. Sé que no va a cambiar nada. Sé que es infantil.

Qué importa.

¿No puede una chica comportarse como una chica, aunque sea por cinco minutos?

—Muéstrame tus recuerdos del beso —cierro los ojos. Siento cómo sube el color a mis mejillas por la vergüenza, que es una tontería, porque la espada estaba allí

cuando sucedió y lo vio todo.

Nada.

—Oh, vamos. ¿Vas a empezar de nuevo con esto?

Nada.

—Ese último recuerdo fue espantoso. Necesito un poco de consuelo. Es un favor pequeño. ¿Por favor?

Nada.

—Moños y lazos extra para ti —trato de sonar como si lo dijera en serio—. Tal vez incluso le pondré brillantina al oso de peluche.

Todavía nada.

—Traidora —sé que en realidad es todo lo contrario, pues la espada está siendo leal a Raffe, pero no me importa.

La deslizo de nuevo en su vaina y coloco al oso sobre la empuñadura.

Me deslizo la correa por encima del hombro y salgo de la habitación para ver si puedo encontrar a mamá y a Paige.

El pasillo está lleno de gente, como de costumbre. Dos tipos idénticos con el cabello rubio caminan a través del espacio estrecho, saludando a todo el mundo mientras pasan por ahí. Parece que le caen bien a todos. Me toma algunos momentos darme cuenta de que son Dee y Dum. Su cabello ahora es de un color rubio arenoso.

Dee le muestra discretamente a Dum algo que lleva en la palma de la mano, y Dum casi hace bizcos tratando de contener una carcajada. Supongo que Dee le acaba de robar algo a alguien, que el dueño seguramente pensaba que era muy valioso.

Me hacen un gesto con la mano y me detengo para esperarlos.

—¿Qué le pasó a su cabello? —pregunto.

—Somos maestros del espionaje, ¿recuerdas? —dice Dee.

—Al igual que *maestros* del disfraz —dice Dum.

—Bueno —dice Dee frotándose la frente para quitar un poco de tinte—, «maestros» quizá sea una palabra muy fuerte.

—También los es «disfraz» en este caso —les digo con una media sonrisa.

—Amigo, te ves muy bien —le dice Dee a Dum—. Más guapo que nunca.

—¿Qué se acaban de robar? —mantengo baja la voz, en caso de que el propietario del objeto robado no tenga sentido del humor.

—Vaya, estás perdiendo tu toque mágico, hermano. Ella te descubrió —Dum mira a nuestro alrededor para ver si alguien más está escuchando.

—De ninguna manera. Mis dedos son como la mantequilla —Dee abre su mano, ahora vacía, y mueve los dedos—. Ella es inteligente, eso es todo. Se da cuenta de muchas cosas.

—Sí, y por eso nos sentimos tan mal por considerarte solo como una candidata para las peleas en el lodo, Penryn. Hablando de eso, ¿qué opinarías de usar un hábito de monja?

—O mejor aún, unas gafas de bibliotecaria —Dee me mira como si me estuviera

dando un buen consejo—. Resulta que tenemos bibliotecarias y monjas en el campamento.

—¿Se te ocurre algo mejor que eso? —Dum me guiña un ojo con felicidad.

Se miran el uno al otro y exclaman al mismo tiempo:

—¡Peleas de barro entre bibliotecarias! —chocan las manos en el aire como niños pequeños emocionados.

Todo el mundo en el pasillo voltea a mirarnos.

—¿Ves? Mira el interés que suscita la idea —dice Dee.

Pero el pasillo se vacía de repente cuando todos salen corriendo por la puerta.

—¿Qué está pasando? —le pregunto a alguien cuando se asoma a mirar afuera.

—Ni idea —dice. Parece asustado pero emocionado—. Solo sigo a la multitud para ver lo que está pasando. Tú también, ¿no?

Una mujer nos adelanta.

—Encontraron a alguien muerto o mutilado, o algo así —sale del edificio, dejando entrar el aire frío del exterior.

Muerto o mutilado.

La sigo.

Afuera, una pequeña multitud tensa espera frente al edificio principal. El sol está bajo en el horizonte y hay tantas nubes que le roban el color a la luz que queda, pintándolo todo con tonos de gris.

La gente mira más allá del camino, hacia donde está el parque donde perseguí a la ardilla. Durante el día es hermoso y pacífico, con grandes árboles que dan sombra y cuyas hojas cantan con la brisa fresca. Pero sin la luz brillante del mediodía, el parque parece siniestro y peligroso.

Algunas personas corren desde el edificio hacia el parque, mientras que otros dudan antes de ir hacia allá. Otros más prefieren permanecer en la relativa seguridad del edificio, entrecerrando los ojos para tratar de ver lo que pasa entre las sombras, bajo los árboles.

Me detengo para analizar la situación y luego me uno a los que corren hacia el parque. No puedo evitar preguntarme qué los atrae a exponerse en el exterior cuando está anocheciendo. Escucho algunos fragmentos de conversación en el camino que me dan algunas pistas.

No soy la única que se preocupa por un ser querido. Muchos perdieron a los suyos durante el caos de la invasión de los ángeles o en el ataque al nido. Ahora están desesperadamente preocupados de que la familia que les queda pueda estar herida o muerta. Otros son más curiosos que inteligentes y están envalentonados por sentirse de nuevo parte de una organización con un propósito, algo que supongo que pensaron que no volvería a suceder.

En todo caso, hay suficientes de nosotros para crear un embotellamiento en la puerta de la valla. Es una cerca de alambre que me llega a la altura del pecho. Si quiero cruzarla, tendré que escalarla. Puesto que la valla bordea al bosque por varias

cuadras en cualquier dirección, no me queda más remedio que hacerlo.

Bajo los árboles se ha reunido una pequeña multitud. Puedo sentir su desasosiego y alcanzo a percibir la tensión en su voz. Un sentido de urgencia se dispara en mi interior. Algo muy malo está pasando aquí y estoy convencida de que tiene que ver con mi familia.

Corro hacia la multitud, empujando gente hasta llegar al frente.

Lo que encuentro es algo que no podré sacar de mi mente durante el resto de mi vida.

**M**i hermana lucha bajo las sombras de los árboles.

Varios hombres tiran de cuerdas que la sujetan por todo el cuerpo. Tiene una alrededor del cuello, otros dos en las muñecas y dos más alrededor de los tobillos.

Los hombres se aferran a las cuerdas como si estuvieran tratando de controlar a un potro salvaje.

El cabello de Paige está enredado y manchado de sangre. También veo sangre en su rostro y en su vestido estampado de flores. El contraste de la sangre oscura y los puntos de sutura en su piel pálida la hacen ver como si acabara de resucitar de entre los muertos.

Ella lucha como poseída por un demonio. Se tambalea cuando los hombres jalan las cuerdas para tratar de controlarla. Incluso con la débil luz crepuscular, puedo ver que el roce de las cuerdas alrededor de su cuello y sus muñecas le lastima la piel cuando la sacuden como si fuera un títere de vudú.

Mi primer instinto es gritar como una loca y sacar mi espada.

Pero hay algo tendido delante de Paige.

El impacto de verla atada como un animal me impedía absorber el resto de la escena. Pero ahora veo un bulto oscuro, quieto como una roca, con la forma de algo que quisiera no reconocer.

Es un cuerpo.

Es el tipo que llevaba el bate cuando él y sus amigos me atacaron.

Aparto la mirada. No quiero procesar lo que mis ojos acaban de ver. No quiero reconocer que al cuerpo le faltan varios pedazos.

No quiero pensar en lo que eso significa.

No puedo.

Paige saca la lengua por un segundo y lame la sangre de sus labios.

Cierra los ojos y traga. Su rostro se relaja momentáneamente.

Paz.

Abre los ojos y mira el cuerpo tirado a sus pies. Parece como si no pudiera evitarlo.

Una parte de mí todavía espera que ella se aleje con horror al ver el cadáver. Sí percibo el horror. Pero también hay un destello de otra cosa. Hambre.

Paige me lanza una mirada avergonzada.

Deja de luchar contra las cuerdas y me mira a los ojos.

Descubre mi vacilación. Ve que ya no estoy corriendo para salvarla. Ve el horror en mis ojos.

—Ryn-Ryn —me grita. Su voz está llena de pérdida. Lágrimas gruesas ruedan por sus mejillas manchadas de sangre. Su rostro cambia del de un monstruo feroz al de una niña asustada.

Paige comienza a luchar contra las cuerdas de nuevo. Me duelen las muñecas, tobillos y cuello al ver cómo las cuerdas rozan contra su piel ensangrentada.

Los hombres se aferran a los extremos de las cuerdas desesperadamente, y es difícil saber quién tiene cautivo a quién. He visto lo fuerte que puede ser el nuevo cuerpo de Paige. Es lo suficientemente potente como para desafiarlos de verdad. Podría ser capaz de hacerles perder el equilibrio y caer al suelo.

Pero en vez de hacerlo, lucha ineficazmente.

Solo lo suficiente para que las cuerdas le corten la piel. Solo lo suficiente para castigarse a sí misma. Solo lo suficiente para que nadie más que ella salga lastimado.

Mi hermana llora en sollozos desconsolados.

Empiezo a correr de nuevo. No importa lo que haya hecho, no se merece que la traten así. Nadie merece que lo traten así.

Un soldado a mi derecha levanta su rifle y me apunta con él. Está tan cerca que puedo ver dentro del agujero oscuro de su silenciador.

Me detengo, casi derrapándome.

Otro hombre se coloca a su lado, apuntándole a Paige con su rifle.

Levanto las manos, rindiéndome.

Varios hombres me sujetan los brazos y me doy cuenta de que esperan que oponga resistencia. Supongo que las chicas bajitas ya tenemos una reputación en el campamento. Los hombres se relajan cuando ven que no voy a luchar. Pelear mano a mano es una cosa, pero las armas de fuego me superan por completo. Lo mejor que puedo hacer es seguir con vida hasta que llegue la oportunidad de hacer algo más proactivo.

Pero mi madre tiene su propia lógica.

Llega corriendo desde las sombras, silenciosa como un fantasma. Luego salta sobre el soldado que le apunta a Paige con su rifle. El otro soldado levanta la culata de su rifle y golpea a mamá en el rostro.

—¡No! —me quito de encima al tipo que me sujeta del brazo. Pero antes de que caiga al suelo y de quitarme al otro tipo encima, otros tres hombres saltan sobre mí. Me arrojan al suelo como pandilleros experimentados antes de que pueda defenderme.

Mi madre levanta una mano para protegerse de otro golpe de la culata.

Mi hermana comienza de nuevo su forcejeo, con renovadas fuerzas. Esta vez, está llena de pánico y furia. Grita al aire, como pidiéndole al cielo que venga a ayudarla.

—¡Cállenla! ¡Cállenla! —susurra alguien con desesperación.

—¡No disparen! —grita Sanjay en un susurro—. La necesitamos viva para hacerle estudios —tiene la decencia de lanzarme una mirada rápida llena de culpabilidad. No sé si sentirme enojada o agradecida.

Tengo que ayudar a mi familia. Mi cerebro me grita que ellos tienen armas de fuego, pero ¿qué puedo hacer? ¿Quedarme aquí acostada mientras torturan y matan a mi hermanita y a mi madre?

Tres hombres me sujetan. Uno me agarra los brazos por encima de la cabeza, otro me sujeta por los tobillos, y el tercero está sentado en mi estómago. Parece que ya nadie me subestima en el campamento. Que así sea.

Atrapo las muñecas del tipo que me sostiene las manos, usándolo como palanca, asegurándome de que no pueda escapar. Me giro y bombeo con las piernas, pateando con una pierna la mano del tipo que me sujeta por el tobillo. Es difícil que una persona, por más grande que sea, pueda soportar la potencia de una patada con solo una mano. Después tiro hacia atrás con la pierna libre y lo pateo de lleno en el rostro.

Ahora que mis piernas están libres, las levanto y las envuelvo alrededor del cuello del hombre sentado en mi estómago. Me impulso con las piernas hacia el piso fuertemente, empujándolo hacia atrás. Luego saco mi pierna por debajo de él y lo pateo en la entrepierna.

Lo pateo tan fuerte que cae lejos de mí gritando en silencio sobre la hierba. No me va a causar más problemas por un buen rato.

Ahora, el tipo que me sostiene las muñecas ha comenzado a luchar contra mis manos, tratando de escapar. Lo dejaría ir si supiera que solo quiere huir y me va a dejar en paz. Pero no quiero que se le ocurra atacarme mientras estoy tumbada en el suelo. Los hombres son así a veces, sobre todo cuando están a punto de perder una pelea contra una chica. Prefieren achacárselo a la suerte, o algo así, en vez de admitir que tal vez la chica pelea mejor que ellos.

Lo tengo firmemente en mi poder. Usándolo como palanca, comienzo a girar, dando vueltas sobre mi cadera en lo que alguien en mi gimnasio describe como si estuviera corriendo sobre la pared, solo que lo hago mientras estoy tumbada en el suelo.

Giro la pierna, usando mi cadera como eje mientras pateo al tipo que está encima de mí en la cabeza.

Apuesto a que no esperaba eso.

Me levanto de un salto, analizando la escena a mi alrededor, lista para defenderme de otro ataque.

Mi madre está tendida en el suelo, tirando del rifle de un soldado. Lo tiene aferrado del barril y le está apuntando directamente al pecho. No se da cuenta de que todo lo que tiene que hacer el soldado es apretar el gatillo para quitársela de encima. O tal vez lo sabe pero no le importa.

Mi hermana grita hacia el cielo como el monstruo que todos piensan que es. Las venas de su cuello y su frente saltan como si estuvieran a punto de estallar.

Dos de los hombres que jalaban las cuerdas están en el suelo ahora. Un tercero cae inmediatamente después.

Me lanzo hacia donde está mamá, esperando que el soldado no dispare el rifle

antes de que pueda hacer algo.

Por suerte, estos soldados eran todos ciudadanos, recién reclutados y sin experiencia alguna. Con suerte, este en particular no le ha disparado a nadie aún y no está dispuesto a que una madre desesperada sea su primera víctima.

**S**in pensarlo, todos en el parque miramos hacia arriba. Al principio, ni siquiera estoy segura de por qué lo hago.

Luego me doy cuenta de que hay un zumbido que viene del cielo. Tan bajo que es casi inaudible.

Pero es cada vez más fuerte.

A través de los huecos de los árboles alcanzo a ver una mancha oscura en el cielo crepuscular. Se acerca a una velocidad alarmante.

El zumbido se mantiene bajo, apenas suficiente para sentirlo en los huesos, más que escucharlo. Es un sonido ominoso, como algo que solo podemos reconocer en un nivel primario, un miedo inconsciente enterrado en nuestra psique convertido en un sonido.

Antes de que pueda identificarlo, todo el mundo comienza a correr. Nadie grita o hace ningún ruido. La gente simplemente corre en silencio y desesperadamente.

El pánico es contagioso. Los hombres que sometían a mi madre la sueltan y se unen a la estampida. Inmediatamente después, los tipos que sostienen a mi hermana sueltan las cuerdas y corren también.

Paige jadea, mirando hacia el cielo. Parece hipnotizada.

—¡Corre! —le grito. Eso rompe su hechizo.

Mi hermana gira y corre en dirección contraria, lejos del campamento de la Resistencia. Corre hacia el interior del bosque arrastrando sus cuerdas como serpientes deslizándose en las sombras detrás de ella.

Mamá me mira. Un hilito de sangre escurre de su herida en el ojo. Incluso con esta débil luz puedo ver que se empieza a inflamar. Después de una brevísima vacilación, mi madre sigue a mi hermana entre los árboles.

Me quedo congelada mientras el zumbido se hace más fuerte. ¿Corro tras ellas o hacia la seguridad del campamento?

Me veo forzada a decidir cuando la nube negra se acerca lo suficiente como para que pueda distinguir de qué está hecha.

Es un enjambre de hombres alados con colas de escorpión.

Decenas de ellos oscurecen el cielo. Están volando bajo y se acercan cada vez más. Debe haber habido otro laboratorio, o varios de ellos, fuera del nido.

Corro alejándome de ellos, lo que me obliga a correr hacia la escuela como todos los demás. Soy la última persona del grupo, así que soy un blanco fácil.

Un escorpión se abalanza en picada y aterriza justo en frente de mí.

A diferencia de los que vi en el nido, este llegó a término, completo con cabello despeinado y dientes tan largos como los colmillos de un león. Sus brazos y piernas

parecen inquietantemente humanos, excepto que sus muslos y sus bíceps son más grandes de lo normal. Su cuerpo, a primera vista, parece humano, pero su torso y su pecho son una mezcla entre unos músculos abdominales definidos y el vientre seccionado de un saltamontes.

Sus dientes son tan grandes que la bestia no puede cerrar bien la boca, así que gruesos hilos de baba escurren de sus labios. Me gruñe y levanta su cola por encima de su cabeza. El miedo me paraliza de una forma que nunca había experimentado antes. Es como si estuviera reviviendo el ataque del escorpión en el sótano del nido. Me duele la herida fantasma del cuello, que se crispa a la espera del golpe de un aguijón punzante.

Otro escorpión aterriza cerca de mí. Este también tiene dientes afilados como agujas que me muestra al gruñirme.

Estoy atrapada.

Arranco al oso de peluche de un tirón y saco mi espada. La siento menos torpe que antes en mi mano, pero hasta ahí llega mi confianza en ella.

Escucho algunos disparos, pero la noche se llena con el sonido atronador de las alas de los escorpiones y los gritos agudos de sus víctimas. Apenas tengo tiempo de ponerme en la postura defensiva que aprendí en mi sueño cuando uno de los monstruos salta sobre mí.

Muevo mi espada en un ángulo de cuarenta y cinco grados, tratando de cortarlo entre el cuello y el hombro. En vez de eso, consigo cortarle el aguijón, que acababa de lanzar contra mí. El monstruo grita con un sonido inquietantemente humano que sale de su boca llena de colmillos.

No hay tiempo para acabar con él, porque el segundo me ataca con su aguijón.

Cierro los ojos y abanico salvajemente con mi espada, presa del pánico. Es todo lo que consigo hacer antes de que los recuerdos de la picadura anterior me congelen por completo.

Por suerte, mi espada no tiene ese problema. La alegría que emana de ella es inconfundible. Se ajusta sola en un ángulo perfecto. Es ligera como una pluma cuando sube y pesada como el plomo cuando cae asestando un golpe.

Cuando abro los ojos, el segundo escorpión está sangrando en el suelo, con la cola temblando. El primero se ha ido, seguramente voló lejos para sanar su herida o morir en paz.

Soy el único ser vivo que sigue en pie en este lado del parque. Me deslizo bajo la sombra del árbol más cercano, tratando de calmar mi respiración.

Los escorpiones siguen aterrizando por decenas, pero no cerca de mí. Son atraídos por la masa de gente atascada en la única puerta de la valla.

Atrapan a la multitud y la pican repetidamente desde diferentes ángulos, como si estuvieran practicando por primera vez... o tal vez es que disfrutan hacerlo. Incluso cuando muerden a sus víctimas para comenzar a chupar sus fluidos vitales, otros escorpiones llegan y pican a las mismas víctimas.

La gente grita y todos se empujan en la valla, tratando de pasar al otro lado. Algunos se alejan un poco en busca de un lugar donde puedan saltar, pero también son interceptados.

Los pocos que logran llegar al otro lado parecen estar bien. Los escorpiones están ocupados picando a los que quedan en el parque, como depredadores perezosos, y no prestan atención a los que consiguen huir.

Cuando las víctimas caen al suelo, los escorpiones comienzan a chuparlos. Cuando todos están secos en el suelo de este lado de la valla, o corriendo hacia el edificio de la escuela al otro lado de la calle, los escorpiones han perdido el interés. Levantan el vuelo y se arremolinan como una nube de insectos antes de desaparecer en el cielo oscuro.

Algo cruje detrás de mí y giro con mi espada lista.

Es mamá, que camina hacia mí.

Somos los únicos seres que pueden moverse en el lugar. Todos los demás parecen estar muertos. Yo sigo oculta entre las sombras por si los escorpiones deciden regresar, pero todo está quieto y en silencio.

Mi madre sigue caminando.

—Se ha ido. La perdí —lágrimas brillan en su rostro ensangrentado. Se tambalea hacia la valla, haciendo caso omiso de las personas tumbadas en el suelo.

—Estoy bien, mamá. Gracias por preguntar —levanto al oso de peluche y limpio la sangre de la espada con su falda de gasa—. ¿Estás bien? ¿Cómo lograste sobrevivir?

—Por supuesto que estás bien —ella sigue caminando sin mirarme—. Eres la novia del diablo y estas son sus criaturas.

Deslizo la espada en la vaina y coloco al oso de vuelta en la empuñadura.

—Yo no soy la novia del diablo.

—Él te sacó del fuego y te dejó visitarnos de entre los muertos. ¿Quién sino su novia podría tener esos privilegios?

Vaya. Me ve una vez en los brazos de un chico y decide que estamos casados. Me pregunto qué pensaría Raffe de que mi madre fuera su suegra.

—¿Viste hacia dónde se fue Paige?

—Desapareció —se le quiebra la voz—. La perdí en el bosque —mi reacción a esa noticia hubiera sido muy sencilla la semana pasada. Esta noche, sin embargo, no sé si siento angustia o alivio. Tal vez las dos cosas.

—¿Te escondiste de los escorpiones? —le pregunto—. ¿Cómo lograste sobrevivir? —no recibo respuesta.

Si alguien me dijera que las madres tienen poderes mágicos, no me costaría trabajo creerlo. No me sorprende mucho que mamá haya logrado sobrevivir de alguna manera.

La sigo a la valla. Pasamos junto a las víctimas de los escorpiones, que yacen tumbadas en posiciones poco naturales. Aunque ya no hay escorpiones

succionándolas, continúan marchitándose como carne seca. El parque parece un campo de batalla.

Quiero tranquilizar a las víctimas. Quiero decirles que van a salir bien de esto, que van a estar bien. Pero el ataque fue tan cruel que no estoy segura de que lo harán.

Hay algunos cuerpos de escorpiones tirados en el campo. Uno tiene un agujero de bala en el estómago, otro en la cabeza.

Mamá busca entre las víctimas, como si tratara de encontrar a alguien en particular. Elige al hombre que tiene la expresión más horrorizada contorsionado su rostro congelado y lo jala hacia una sección de la valla que ha sido pisoteada.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunto.

—Una ofrenda —contesta, arrastrando al pobre tipo con mucho trabajo—. Tenemos que encontrar a Paige, así que necesitamos hacer una ofrenda.

—Me estás asustando, mamá —pero sé que solo pierdo mi tiempo si discuto con ella.

Como sabe que es mejor no pedirme ayuda, levanta sola al hombre contra uno de los postes de la valla. El pobre se desliza hacia abajo y cae hecho un revoltijo de piernas y brazos. Me gustaría detenerla, pero cuando se le mete un proyecto loco en la cabeza, nada en la tierra puede pararla.

Se está haciendo de noche. La nube de escorpiones se ha alejado, y no se ve nada volando en el cielo. La idea de pasearme por el bosque en la oscuridad buscando a mi hermana no me resulta particularmente agradable en este momento, si soy sincera. Pero no puedo dejar que vague sola por el mundo, por varias razones. Y será mucho mejor que la encuentre yo a que lo haga la gente aterrorizada de la Resistencia.

Así que dejo a mi madre a hacer lo que está haciendo y regreso a las sombras de la arboleda en el parque.

Es de noche cuando logro regresar al sitio de la masacre junto a la cerca. Varias personas caminan aturcidas alrededor de las víctimas. Algunas están arrodilladas junto a un ser querido, otras solo lloran y parecen aterrorizadas. Otras cavan tumbas poco profundas.

Mi madre ha terminado su proyecto, aunque no la veo por ninguna parte. El hombre al que arrastró ahora está encima de un montón de cuerpos, con los brazos abiertos como un espantapájaros horroroso y horrorizado. Ella lo ató a la cerca con algunos pedazos de cuerda que seguramente le quitó a uno de los tipos que atrapó a Paige.

Sus labios, torcidos en una horrible mueca, están pintados con lápiz labial rojo rubí. Los botones de su camisa fueron arrancados, dejando al descubierto su pecho lampiño. En él, un mensaje escrito con lápiz labial dice:

*Tócame y tomarás mi lugar*

Es un proyecto retorcido, incluso para los estándares de mi madre. Nadie quiere siquiera caminar cerca de la zona.

Mientras camino a un lado de los cuerpos, un hombre se inclina para comprobar el pulso de una mujer tumbada cerca de mí.

—Oiga —le digo—. Estas personas podrían estar vivas todavía.

—Esta no lo está —el hombre pasa con la siguiente.

—Parece que están muertas, pero tal vez solo están paralizadas. Eso es lo que hace el veneno de los escorpiones. Te paraliza y hace que parezca que estás muerto.

—Sí, bueno, un corazón que no late también puede tener ese efecto —responde con ironía. Sacude la cabeza, deja caer la muñeca del tipo que estaba revisando y pasa con la siguiente víctima.

Lo sigo mientras los soldados apuntan sus rifles hacia el cielo en busca de alguna señal de un nuevo ataque.

—Pero tal vez es solo que no puede percibir sus latidos. El veneno hace que sean más lentos. Creo que...

—¿Eres médico? —pregunta sin detenerse.

—No, pero...

—Bueno, yo sí lo soy. Y te puedo decir que si su corazón no está latiendo, no hay ninguna posibilidad de que una persona esté viva, excepto en una situación muy inusual, como cuando alguien cae en un estanque congelado. Pero no veo ningún estanque congelado por aquí, ¿tú sí?

—Sé que puede sonar un poco raro, pero...

Dos hombres cansados levantan el cuerpo de una mujer y lo colocan en una de las tumbas.

—¡No! —grito yo. Esa podría haber sido yo. Todos pensaban que estaba muerta al principio, y si las circunstancias hubieran sido diferentes, podría haber acabado tirada en un agujero y enterrada viva, paralizada, pero completamente consciente.

Corro hacia ellos y me paro entre los hombres y la tumba.

—No lo hagan.

—Déjanos en paz. El hombre más viejo ni siquiera me mira mientras carga a la víctima.

—Ella podría estar viva todavía.

—Mi esposa está muerta —se le quiebra la voz.

—Escúcheme. Existe la posibilidad de que esté viva todavía.

—¿No puedes darnos un poco de paz? —me mira con odio—. Mi esposa está muerta —gruesas lágrimas caen de sus ojos enrojecidos—. Y se quedará muerta.

—Ella seguramente lo puede escuchar en este momento.

El rostro del hombre se pone muy rojo, tanto que es doloroso mirarlo.

—Ella nunca va a volver. Y si lo hace, no sería nuestra Mary. Sería una abominación —él señala a una mujer solitaria de pie junto a un árbol—. Como ella.

La mujer parece frágil, perdida y sola. Incluso con la bufanda marrón envuelta alrededor de su cabeza y los guantes cubriendo sus manos, reconozco el rostro arrugado de Clara, la mujer que logró escapar de las ruinas del sótano del nido. Ella lleva un abrigo de color opaco que me indica su deseo de pasar inadvertida. Supongo que la gente no ha sido muy amable con ella.

Clara abraza su cuerpo, como si estuviera abrazando al esposo y las niñas que anhela encontrar. Todo lo que quería era reunirse con su familia.

La familia de Mary arrastra su cuerpo paralizado hacia la tumba.

—No pueden hacer esto —insisto—. Ella está plenamente consciente. Ella sabe que la van a enterrar viva.

—Papá, ¿no crees que...? —pregunta el chico más joven.

—Tu madre está muerta, hijo. Ella era un ser humano decente y tendrá un entierro decente —levanta su pala.

Lo atrapo por el brazo.

—¡Aléjate de mí! —sacude su brazo violentamente, temblando de furia—. El hecho de que no tengas la decencia de hacer lo correcto para tu familia no significa que tengas derecho a impedir que otros hagan lo que es correcto para la suya.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Tendrías que haberte desecho de tu hermana humanamente y con amor antes de que un grupo de extraños tuviera que intervenir para hacerlo por ti.

El hombre levanta la pala y deja caer un montón de tierra sobre su esposa en el hoyo. Cae sobre su rostro, cubriéndolo.

Obi llama a uno de sus chicos.

—Por favor, lleva a la señorita Young con su madre y asegúrate de que estén a salvo y seguras esta noche.

—¿Me estás arresando? —pregunto—. ¿Por qué?

—Es para protegerte —dice Obi.

—¿Protegerme de qué? —pregunto—. ¿De la Constitución de los EU?

Obi suspira.

—No puedo dejar que tú o tu familia anden sueltas y sembrando el pánico por el campamento. Tengo que mantener el control.

El chico de Obi me apunta al pecho con su pistola.

—Camina hacia la calle y no me causes problemas.

—Ella solo está tratando de salvar vidas —dice una voz temblorosa. Es Clara, abrazando su enorme abrigo alrededor de su cuerpo, como si quisiera desaparecer.

Nadie le presta atención.

Le lanzo una mirada a Obi como diciendo «¿Es en serio?». Pero él ya está ocupado hablando con otro tipo.

Señala a la víctima del proyecto de mi madre.

—¿Por qué sigue por aquí esa horrible montaña de cuerpos? Te dije que te los llevaras.

El hombre le ordena a otros dos tipos que bajen los cuerpos. Al parecer, él no quiere hacerlo personalmente.

Pero los dos tipos tampoco quieren hacerlo. Sacuden la cabeza horrorizados y se alejan de inmediato. Uno de ellos se persigna. Ambos se dan la vuelta y corren hacia la escuela, alejándose lo más que pueden de los cuerpos.

Mientras mi guardia me escolta a través de la masacre, oigo a Sanjay pidiéndole a la gente que guarde los cuerpos que no fueron reclamados en una furgoneta para practicarles autopsias.

Me alejo de ellos. No quiero verlos. Con todo mi corazón, espero que todas esas personas realmente estén muertas.

Me encierran en el asiento trasero de una patrulla estacionada a un lado del camino. Mamá ya está ahí.

La patrulla tiene una malla metálica que divide el asiento del conductor de los asientos traseros. Hay barrotes en las ventanas de los asientos traseros. Debajo de los asientos encuentro mantas y un par de botellas de agua. Mi pie choca contra un cubeta con una tapa y algunos paquetes de toallas húmedas.

Me toma unos minutos comprender que no nos van a llevar a ningún lado. Esta es

nuestra celda.

Genial.

Por lo menos el guardia no se llevó mi espada. Ni siquiera me revisó en busca de armas. Supongo que no era un policía en el mundo de antes. Aun así, seguramente me hubiera quitado mi espada si no pareciera un oso de peluche postapocalíptico.

Bebo un sorbo de una de las botellas de agua, tomando apenas suficiente para saciar mi sed sin tener que ir al baño pronto.

Miro a las personas que trabajan frenéticamente, tratando de terminar su labor antes de que oscurezca por completo. Algunos arrastran cuerpos hacia la camioneta de las autopsias, otros entierran a sus seres queridos. Voltean a mirar el cielo cada pocos minutos, y a medida que la oscuridad los cubre con su manto, todos comienzan a mirar detrás de ellos con nerviosismo, como si les preocupara que algo se les acercara sigilosamente por la espalda.

Lo entiendo. Es espantoso quedarse solo en la oscuridad, en especial con alguien que crees que está muerto.

Trato de no pensar en lo que deben estar sufriendo las víctimas. Paralizadas pero conscientes, completamente impotentes en la oscuridad, abandonadas a merced de los monstruos y sus seres queridos.

Cuando el último cuerpo es lanzado dentro de la camioneta, los trabajadores la cierran bruscamente y se marchan.

Los que no se van en ella corren a través del camino hacia la escuela. En ese momento, todos los familiares, hubieran o no terminado de palear tierra sobre sus seres queridos, dejan caer sus palas y corren detrás de los trabajadores. Es obvio que no quieren quedarse atrás.

Mamá comienza a hacer ruidos salvajes mientras observa con ansiedad cómo se va todo el mundo. Cuando eres paranoico, el último lugar donde quieres estar es encerrado en un auto, del cual no puedes huir y en donde no puedes ocultarte.

—Todo está bien —le digo—. Pronto volverán. Nos dejarán salir cuando se tranquilicen. Y después iremos a buscar a Paige.

Mamá jala la manija de su puerta, luego salta a mi lado para intentar abrir la otra. Golpea la ventana. Sacude la malla que separa el asiento delantero de la parte posterior. Su respiración se convierte en un jadeo.

Está a punto de tener un ataque de pánico.

Lo último que necesitamos es un ataque de histeria en un espacio más pequeño que un sofá.

Cuando los rezagados pasan a un lado de mi ventana, yo les grito.

—¡Enciérrenme en otro auto!

Ni siquiera voltean a verme mientras corren en la oscuridad.

Y yo me quedo atrapada en un espacio muy estrecho con mamá.

Toda clase de preocupaciones giran alrededor de mi cabeza.

Respiro profundo. Intento dejar todas las preocupaciones a un lado y concentrarme en lo que está pasando.

—¿Mamá? —mantengo mi voz baja y en calma. Lo que realmente quiero hacer es acurrucarme debajo del asiento para estar lo más lejos de ella cuando explote de verdad. Pero esa no es una opción.

Le ofrezco una botella de agua.

—¿Quieres un poco de agua?

Me mira como si estuviera loca.

—¡Deja de beber eso! —me la arrebató y la guarda debajo de su asiento—. Tenemos que conservarla.

Sus ojos revisan todos los rincones de nuestra cárcel. Su desesperación es evidente en cada surco de su rostro arrugado: es la imagen de la ansiedad. Siento que cada día hay más líneas entre sus cejas y alrededor de su boca. El estrés la está matando.

Hurga entre sus bolsillos. Cada huevo roto que encuentra en ellos la pone más frenética. Para mi gran alivio, alguien le quitó su picana antes de encerrarla aquí. No quiero ni pensar cuánto trabajo les debe haber costado eso.

—¿Mamá?

—¡Cállate-cállate-cállate! ¡Dejaste que esos hombres se la llevaran! —ella agarra la malla de metal con una mano y el respaldo del asiento con el otro. Aprieta hasta que toda la sangre se va de sus manos, convirtiéndolas en garras blancas—. ¡Dejaste que los monstruos le hicieran esas cosas horribles! ¡Te vendiste al diablo y ni siquiera pudiste salvar a tu hermana! —frunce tanto el ceño que su rostro parece sacado de una pesadilla—. Ni siquiera pudiste mirarla a los ojos cuando ella te necesitaba. Estabas tratando de cazarla, ¿no es así? ¡Para matarla tú misma! ¿No es verdad? —las lágrimas ruedan por la máscara de su rostro torturado—. ¿De qué me sirves? —me grita en la cara con tal intensidad que su rostro se torna carmesí, como si estuviera a punto de explotar—. ¡No tienes corazón! ¿Cuántas veces te he dicho que tienes que cuidar a Paige? ¡Eres peor que inútil!

Golpea la malla con el puño tantas veces que temo que va a sangrar.

Trato de bloquear sus palabras.

Pero no importa cuántas veces la he oído dirigir su furia hacia mí, sus palabras siempre me lastiman.

Me acurruco en mi rincón, tratando de estar lo más lejos de ella posible. No tiene caso discutir. Mamá torcería todo lo que le digo para adaptarlo a su lógica demente y

después lo usaría en mi contra.

Me preparo para una de sus tormentas de ira. No es algo que quisiera experimentar en una cárcel tan pequeña que no podemos siquiera acostarnos. No es algo que quisiera experimentar en cualquier lugar.

Si llegáramos a esto, soy suficientemente grande como para ganarle en una pelea ahora, pero mamá no se detendría hasta que tuviera que hacerle daño. Será mejor si consigo calmarla antes.

Pero no se me ocurre nada que pueda decir para apaciguarla. Paige era quien sabía cómo hacerlo. Así que hago lo único que me viene a la mente.

Tarareo una canción. Es la canción que mamá tararea cuando está saliendo de un trance particularmente malo. Creo que es su canción de disculpa. Puestas de sol, castillos de arena, el mar, contusiones...

Puede ignorarme o volverse completamente loca. Escucharme tararear su canción podría calmarla o enojarla más que nunca. Si algo sé de mi madre, es que es impredecible.

Alza una mano y me golpea en la cara.

Me golpea tan fuerte que llevaré una impresión de la palma abierta de su mano en mi mejilla por un buen rato.

Me golpea de nuevo.

La tercera vez que lo intenta, la atrapo por la muñeca antes de que me toque.

En mi entrenamiento, mis oponentes me han golpeado, pateado, empujado, estrellado y asfixiado. Pero nada duele tanto como una bofetada de tu madre.

Me recuerdo a mí misma que hace varias semanas que no se toma sus medicamentos, pero eso no alivia el escozor.

Me preparo para someterla de alguna manera sin hacerle daño, esperando que no se salga de control. Pero no tengo que hacerlo.

Su expresión cambia de furia a pura angustia. Sus dedos dejan de aferrarse a la malla metálica. Sus hombros se encorvan y mamá se acurruca en posición fetal contra la puerta de la patrulla.

Tiembla mientras llora con grandes sollozos.

Como si su esposo la hubiera abandonado a merced de los monstruos.

Como si sus hijas le hubieran sido arrancadas por los demonios.

Como si el mundo hubiera llegado a su fin.

Y nadie lo entendiera.

Si Paige estuviera aquí, abrazaría a mamá y le acariciaría el cabello. Paige la consolaría hasta que se quedara dormida. Lo ha hecho incontables veces, incluso después de que nuestra madre la lastimara.

Pero yo no soy Paige.

Me acurruco en mi propia esquina, aferrándome a la piel suave de mi oso de peluche.

Sueño que estoy con Raffé otra vez.

Los alrededores me resultan conocidos. Estamos en la casa donde Raffé y yo dormimos la noche que salimos de la oficina. La misma noche en que averigüé su nombre, en que pasó de prisionero a compañero, en que me sostuvo entre sus brazos mientras yo temblaba en una pesadilla.

El golpeteo de la lluvia contra las ventanas llena la habitación. Me observo a mí misma, dormida en el sofá bajo una manta delgada.

Raffé está en el otro sofá, observándome. Su cuerpo musculoso está extendido lánguidamente sobre los cojines. Sus ojos azul oscuro se arremolinan con pensamientos que no puedo escuchar. Es como si la espada se arrepintiera de haberme contado tanto sobre Raffé, y ahora mantuviera ocultos sus pensamientos. Quizá me pasé de la raya cuando le pregunté sobre el beso.

Hay una suavidad en la mirada de Raffé que nunca he visto antes. No es que descubra en ella deseo, o amor, ni nada de eso. Y si lo hiciera, sé que solo serían fantasías mías.

Y *no* fantaseo con él.

Se parece más a la forma en que un tipo duro a quien no le gustan los gatos podría mirar a un gatito bebé y descubrir por primera vez que puede ser lindo. Una especie de descubrimiento, aunque reacio, de que tal vez los gatos no son tan malos.

Pero el momento de suavidad desaparece en un santiamén. Los ojos de Raffé miran hacia el pasillo. Él oye algo.

Su cuerpo se tensa.

Yo espero, tratando de ver lo que él ve.

Dos pares de ojos rojos se van haciendo grandes a medida que se acercan, silenciosos como la muerte. Miran hacia la sala desde la oscuridad del pasillo, observándome.

Vaya. ¿Por qué no me di cuenta de esto?

En un instante, Raffé se levanta de un salto, agarrando su espada de camino hacia el pasillo.

Las sombras, de un negro absoluto, saltan y corren de vuelta hacia la habitación. Se lanzan a través de la puerta abierta por donde el aire frío fluye como un río.

Raffé y las criaturas empiezan a moverse en cámara lenta mientras compiten por llegar a la ventana rota junto a la cama. La lluvia cae entre los fragmentos del cristal mientras las cortinas bailan con el viento en cámara lenta.

Sé que tengo que copiar los movimientos de Raffé cuando ataca, pero estoy demasiado ocupada viendo lo que está pasando. Las criaturas están huyendo, no

atacando.

¿Acaso lo estaban espiando? ¿Van en busca de refuerzos?

Las sombras hubieran alcanzado la ventana antes que Raffe si la primera no hubiera empujado a la segunda hacia las cortinas, provocando que la segunda se abalanzara sobre la primera en un ataque de pánico.

Mientras compiten entre ellas por pasar primero, Raffe ataca a la que está saltando por la ventana, cortándola casi por la mitad. Luego ataca a la segunda, cortándole la garganta.

Raffe mira por la ventana, asegurándose de que estas dos sean las únicas sombras a la redonda.

Se sienta sobre la cama y hace una mueca de dolor, inclinándose para recuperar el aliento. Las vendas en su espalda están manchadas de sangre oscura donde solían estar sus alas.

Despertó de su sueño reparador apenas hace unas horas y esta es su tercera pelea desde entonces. Una contra mí, una contra la pandilla que irrumpió en nuestro edificio de oficinas y ahora contra estas sombras espeluznantes. No me puedo imaginar lo difícil que debe ser para él. Estar separado de tu manada y rodeado de enemigos, además de estar gravemente herido, debe ser el sentimiento más solitario del mundo.

Limpia su espada en la colcha de la cama, puliéndola amorosamente con una de las sábanas. Las criaturas dejan de moverse mientras se aleja de ellas. Sorprendentemente, yo sigo dormida en la sala de estar. Claro, no había podido dormir bien en varios días y estaba a punto de desmayarme por el cansancio. Mi cuerpo tiembla en el sofá. El frío se filtró a la sala mientras la puerta de la habitación estuvo abierta.

Raffe se detiene y se apoya en el sofá, recuperando el aliento.

Yo gimo entre sueños, temblando debajo de él.

¿Qué está pensando?

¿Que si las sombras nos están observando, es igual si dormimos en diferentes sofás o el mismo? ¿O que ya estoy condenada porque he estado en compañía suya por demasiado tiempo?

Gimo de nuevo y abrazo mis rodillas hacia mi pecho debajo de la delgada manta.

Él se inclina y me susurra:

—Tranquila. Shhh.

Tal vez solo necesita sentir el calor de otro ser vivo después de pasar por una amputación tan traumática. Tal vez está demasiado cansado para preocuparse de que soy una Hija del Hombre, tan extraña y salvaje como las esposas de sus Vigilantes.

Cualquiera que sea la razón, quita de mala gana los cojines del respaldo de mi sofá, haciendo espacio para él. Se detiene un momento, como si estuviera a punto de cambiar de opinión.

Después se desliza detrás de mí.

Al principio, su abrazo es rígido e incómodo. Pero cuando comienza a relajarse, la tensión en su rostro se alivia.

Me acaricia el pelo y susurra «Shhh».

Sea cual sea el consuelo que me está dando, se lo estoy devolviendo con creces solo por ser un cuerpo tibio que abrazar cuando más lo necesita.

Entre sueños, me acurruco más cerca de él y mis gemidos se transforman en un suspiro de satisfacción. Casi duele ver a Raffe cerrar los ojos y abrazarme como un niño abrazaría a su oso de peluche, buscando calor y consuelo.

Extiendo mi mano fantasma para acariciar su rostro. No puedo sentirlo. Solo puedo sentir lo que la espada recuerda.

Paso mi mano sobre las líneas de su cuello y los músculos de sus hombros de todos modos.

Imaginando el suave calor de su cuerpo.

Recordando la sensación de estar entre sus brazos.

**E**s de noche cuando despierto. Floto lentamente de regreso a la realidad, aún sumergida en mi sueño.

Acaricio la suave piel del oso de peluche. Mi sueño me dio más consuelo que cualquier lección de combate. Es como si la espada hubiera escogido un recuerdo tierno a propósito y me siento agradecida por ello.

Me toma un minuto recordar por qué estoy durmiendo en el asiento trasero de un auto.

Claro. Somos prisioneras en una patrulla.

La realidad me golpea de lleno y deseo poder volver a mi sueño.

En el exterior, formas de autos abandonados salpican el camino y las sombras de las ramas en la luz de la luna se mueven hacia atrás y hacia adelante con el viento. Como muchos lugares, las calles se vuelven surrealistas y espeluznantes durante la noche.

Algo se mueve fuera de la patrulla.

Antes de que pueda identificar la sombra, da un golpecito en la ventana.

Casi grito.

En silencio, mi madre me agarra del brazo, jalándome desesperadamente hacia los pies del asiento con ella.

—Soy yo, Clara —susurra la sombra.

Una llave gira y la puerta del conductor se abre. La figura demasiado delgada de Clara se desliza en el asiento del conductor.

—Eres la mujer muerta —dice mi madre—. Toda encogida y seca, como si te acabaras de arrastrar fuera de tu tumba.

—Ella no está muerta, mamá.

—A veces me gustaría estarlo —dice Clara. Enciende el motor, que suena más fuerte de lo que me gustaría.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto.

—Sacándolas de aquí. Lejos de estas personas horribles —maneja con cuidado, tratando de evitar los autos abandonados.

—Apaga los faros —le digo—. Lllaman demasiado la atención.

—Son las luces automáticas. No se pueden apagar.

Mientras ella maneja evitando los obstáculos, nuestras luces alumbran el montón de cuerpos de mamá. Al parecer, nadie quiso tocarlos a pesar de las órdenes de Obi.

El cuerpo que está sentado encima del montón levanta la mano trabajosamente para proteger sus ojos de la luz.

—Los muertos están resucitando —dice mi madre. Parece emocionada, como si

siempre hubiera sabido que esto pasaría.

—No estaba muerto, mamá.

—Tú fuiste la primera en ser resucitada —dice mamá—. La primera de los muertos.

—Yo tampoco estaba muerta —le digo.

—Espero que encuentre a su familia y lo acepten de regreso —dice Clara, mirando al hombre. Su tono deja claro que lo duda mucho.

Trato de no pensar en el resto de las víctimas.

Irónicamente, mi madre salvó a las únicas víctimas de los escorpiones que sobrevivieron esta noche.

Una vez que ponemos un poco de distancia entre nosotros y el campamento de la Resistencia, Clara detiene el auto para que me siente a su lado. Como mi madre tampoco quiere quedarse encerrada en la cárcel del asiento trasero, las tres nos arrejuntamos en el asiento delantero.

—Gracias, Clara —le digo—. ¿Cómo conseguiste la llave?

—Pura suerte —dice ella—. Unos gemelos con nombres graciosos las dejaron caer a pocos metros de mí.

—Ellos... ¿los dejaron caer? —esos chicos son los más hábiles prestidigitadores que he visto nunca. Es difícil creer que uno de ellos dejó caer cualquier cosa por accidente.

—Sí, estaban jugando a hacer malabares con un montón de cosas entre los dos mientras caminaban. Se les cayó la llave y no se dieron cuenta.

—Pero tú sí te diste cuenta.

—Claro.

—Pero ¿cómo supiste que era la llave de nuestra patrulla?

Ella levanta la etiqueta de la llave para mostrármela. Es un llavero de plástico transparente que antes servía para guardar fotos. Enmarca un pedazo de papel con una nota garabateada en letras pequeñas: PATRULLA DE PENRYN-SÚPER SECRETO.

Si alguna vez veo a los gemelos de nuevo, les obsequiaré por lo menos una pelea de chicas en lodo.

—Espero que no se metan en problemas —dice Clara—. Parecen buenos chicos.

—Me sorprendería que alguien supiera que ellos siquiera tenían la llave. No te preocupes, no tendrán ningún problema —pero adivino que alguno de sus archienemigos sí los tendrá.

A mi lado, mamá susurra con urgencia en un teléfono celular, sosteniendo una conversación con alguien que no está allí.

—Entonces, ¿adónde vamos ahora? —pregunta Clara.

Eso arruina mi estado de ánimo. Una pregunta tan simple. No tengo idea de adónde ir. Tanto mamá como Clara son mayores que yo, pero por alguna razón asumen que yo sé qué debemos hacer.

Paige se ha ido. Y el cuerpo del hombre muerto a sus pies...

Cierro los ojos para tratar de borrar la imagen, pero solo logro empeorarla. La sangre en su rostro no era de ella, estoy segura. Paige va a cazar gente, o la gente va a cazarla a ella. Tal vez ambas cosas.

No puedo soportar la idea de ninguno de los dos escenarios. Si la atrapan, van a tratarla como lo hizo la gente de la Resistencia: la atarán como si fuera un animal peligroso, o la matarán. Pero si gana ella...

No pienses en ello.

Pero tengo que pensar en ello, ¿no es así? No puedo abandonarla por ahí, desesperada y asustada.

La Resistencia seguramente comenzará a buscarla por la mañana. Si logramos encontrarla primero, tal vez podamos idear una manera de ayudarla. Pero ¿cómo la encontramos?

Respiro profundo y dejé escapar el aire poco a poco.

—Vamos a alejarnos un poco más de la Resistencia y después nos esconderemos hasta que decidamos qué hacer.

—Buena idea —dice Clara, quien mira al cielo tanto como al camino.

—No —dice mamá mientras señala hacia adelante con una mano y sostiene el teléfono celular en la otra—. Sigue adelante. Paige se fue por ahí —parece muy segura de lo que está diciendo.

Hay algo muy extraño en su teléfono celular. Es más grande y grueso de lo normal. Me resulta vagamente conocido.

—¿Es un teléfono? —extiendo una mano para tomarlo.

—¡No! —mamá me lo arrebató y lo acuna contra su cuerpo, protegiéndolo—. No es para ti, Penryn. Ni ahora, ni nunca.

Mi madre tiene una relación diferente con los objetos inanimados que la mayoría de nosotros. A veces, un interruptor de luz es solo un interruptor de luz. A veces, es otra cosa.

De la nada, después de años de usar el mismo interruptor para encender la luz, mamá se convenció de que tenía que encenderlo y apagarlo una y otra vez para salvar a la ciudad de Chicago. Después de eso, fue solo otro interruptor de luz por un tiempo. Hasta el día en que decidió que tenía que encenderlo y apagarlo para salvar a la ciudad de Nueva York.

—¿Qué es? —pregunto.

—Es el diablo.

—¿El diablo es una pequeña caja negra? —La verdad es que me da lo mismo. Nunca tiene sentido. Pero por alguna razón, esta vez quiero saber al respecto. Tal vez me refresque la memoria sobre lo que es y dónde la he visto antes.

—El diablo me habla a través de la pequeña caja negra.

—Ah —asiento, tratando de pensar en algo más que decir—. ¿Y qué tal si la tiramos a la basura, entonces? —Si tan solo fuera tan simple.

—Pero entonces, ¿cómo vamos a encontrar a tu hermana?

Esta conversación pronto caerá en un círculo vicioso. Estoy perdiendo el tiempo.

Mi madre se mueve y logro ver la pantalla del teléfono. Es un mapa de la Bahía con flechas amarillas apuntando hacia dos puntos.

Entonces sé lo que es. Lo recuerdo de algo que mi padre trajo a casa una vez.

—Es el prototipo de papá.

Mamá lo esconde detrás de su espalda, como si le preocupara que se lo fuera a quitar.

—No puedo creer que lo robaste y dejaste que lo despidieran por ello —con razón papá nos dejó.

—Nunca le gustó ese trabajo de todos modos.

—Papá amaba ese trabajo. Se sintió devastado cuando lo perdió. ¿Recuerdas cómo buscó esa cosa por todas partes?

—Su empresa no lo necesitaba tanto como yo. El diablo quería que yo lo tuviera. No era suyo. No tenían derecho a conservarlo.

—Mamá... —me callo. ¿Tiene sentido discutir?

De todos modos, si no lo hubieran despedido por perder el prototipo, lo hubieran hecho por alguna otra locura de mamá. Es difícil ser un ingeniero productivo cuando tu esposa te llama cada dos minutos. Y si papá no contestaba alguna llamada, mi madre llamaba a la recepcionista, o a su jefe, o a sus compañeros de trabajo, para saber si estaba bien. Y si nadie le contestaba, entonces papá podía recibir una visita sorpresa de la policía, buscando hablar con él sobre su esposa, quien tuvo un ataque de pánico en público, gritando que *ellos* se habían llevado a su esposo.

—¿Qué es eso? —pregunta Clara.

—Es el prototipo de un dispositivo para encontrar mascotas —le digo—. Usa un pequeño localizador. Es a prueba de agua y resistente a los golpes. Mi padre nos lo mostró una vez. Por lo visto, a mi madre le gustó mucho.

—¿Tu padre era ingeniero?

—Era —le digo. No le cuento que, para cuando decidió dejarnos, trabajaba el turno nocturno en una tienda de conveniencia, donde mamá podía sentarse en la esquina mientras él trabajaba en la caja registradora.

—Mi esposo Brad era ingeniero, también —dice con nostalgia, casi para sí misma.

En el dispositivo de mamá, la flecha parpadea y continúa avanzando. El objetivo está en movimiento.

—¿Qué estamos rastreando? —pregunto.

—A Paige —contesta.

—¿Cómo sabes que es Paige? —pregunto, bastante segura de que es otra de sus fantasías. Una cosa es tener el dispositivo rastreador de papá. Otra cosa es que esté rastreando a Paige, pues ella tendría que llevar puesto el localizador.

—El diablo me lo dijo —baja la cabeza, avergonzada—. Cuando le prometí ciertas cosas —murmura.

—Bueno —me froto la frente, tratando de conservar la paciencia. Es todo un arte obtener información de mi madre. Hay que tener un pie en la realidad y un pie en su mundo para conseguir una mejor idea de lo que está hablando—. ¿Y cómo sabe el diablo dónde está Paige?

Me mira como si hubiera hecho la pregunta más tonta del mundo.

—Con el localizador, por supuesto.

A veces, incluso yo cometo el error de subestimar a mi madre. Es fácil suponer que no es inteligente solo porque cree en cosas ilógicas y toma malas decisiones. Pero su enfermedad no tiene nada que ver con su inteligencia. No debería de olvidarlo.

—¿Paige lleva puesto el localizador? —aguanto la respiración, sin atreverme a respirar.

—Sí.

—¿Dónde? ¿Cómo? —si mamá puso el localizador en una bolsa o algo similar, pensando que Paige lo llevaría consigo, entonces podríamos estar siguiendo a una camioneta de la Resistencia en vez de a Paige.

—No —mamá apunta a mi zapato.

Miro hacia abajo y al principio no veo nada. Entonces me doy cuenta de que no está señalando mi zapato. Está señalando el destello amarillo que cosió en la parte inferior de mis jeans. Estoy tan acostumbrada a estos destellos que ya ni siquiera me fijo en ellos.

Me agacho para observar cuidadosamente la estrella amarilla por primera vez. Siento una esquina dura asomarse entre los hilos con mi pulgar. Es pequeña e imperceptible, o por lo menos yo nunca me había percatado de ella.

—Esta eres tú —dice, señalando la flecha que apunta a Redwood City—. Esta es Paige —mueve su dedo hacia la flecha que apunta a San Francisco.

¿Cómo pudo Paige llegar tan lejos en tan poco tiempo?

Respiro profundo. ¿Quién sabe lo que es capaz de hacer ahora mi hermanita?

Recuerdo que mi padre nos mostró un minúsculo chip que cabía en la punta de su dedo. Tenía cientos de ellos en un contenedor donde estaba el transmisor. El chip estaba cubierto por un revestimiento de plástico que lo protegía de la tierra y del agua, para que los perros pudieran rodar en el lodo y bañarse en los charcos sin afectar al transmisor.

Por eso mamá aparecía regularmente cuando Raffe y yo íbamos por el camino. Por eso supo cómo llegar al nido.

—Mamá, eres brillante.

Mi madre parece sorprendida. Luego me dedica una enorme sonrisa. No la he visto tan feliz desde no sé cuándo. Su rostro irradia alegría, como una niña que acaba de descubrir que hizo algo bien por primera vez en su vida.

Asiento mostrándole mi satisfacción.

—Buen trabajo, mamá —es un descubrimiento tan inquietante que tu propia madre necesita que la alientes.

Abandonamos la ruidosa patrulla por un vehículo eléctrico silencioso que tiene las llaves dentro.

Busco en la guantera y la cajuela de la patrulla cualquier cosa que pueda servirnos en el nuevo auto. Encuentro unos binoculares y una bolsa de suministros de emergencia. Agradezco en silencio la previsión de los hombres de Obi. Sospecho que todos los vehículos de la Resistencia tienen suministros para sobrevivir en el camino.

Clara me ataja cuando vamos subiendo al nuevo auto.

—No te hagas muchas ilusiones —me susurra.

—No te preocupes. Sé que mis posibilidades de encontrar Paige son escasas.

—No me refiero a eso. Me refiero a tu madre.

—Créeme, no tengo ninguna esperanza en cuanto a ella.

—Claro que sí. Puedo verlo en tus ojos. Hay un dicho: «Que seas paranoico no significa que no te estén persiguiendo». Bueno, lo contrario es cierto también. El hecho de que alguien te esté persiguiendo no significa que no seas paranoico.

—No entiendo.

—Que el mundo esté loco no significa que tu madre no esté loca, también.

Me aparto de ella. No estaba pensando eso.

No mucho, en todo caso. Pero ¿tenía que quitarme toda la esperanza?

—Yo solía ser enfermera. Sé lo difícil que puede ser para las familias de los enfermos. Hablar de ello ayuda mucho. Pero no quiero que te hagas daño, pensando que tal vez tu madre podría...

Pateo los faros y las luces diurnas del nuevo auto para evitar que se convierta en un faro. Los pateo tan duro que los bulbos quedan prácticamente pulverizados.

No necesitamos esas luces. La luna nos da suficiente luz para ver los autos abandonados en el camino, incluso si no podemos verlos con mucho detalle.

Me acomodo en el asiento a un lado del conductor.

—Lo siento —dice Clara mientras se acomoda en el asiento del conductor.

No digo nada.

Y así zanjamos ese feo tema.

Clara enciende el motor y nos dirigimos lentamente de nuevo hacia San Francisco.

—¿Por qué estás aquí, Clara? Mi madre y yo no somos exactamente las mejores compañeras de viaje.

Ella conduce en silencio por un tiempo.

—Creo que perdí la fe en la humanidad. Quizás tengan razón en exterminarnos.

—¿Qué tiene eso que ver con que viajes con nosotros?

—Eres una heroína. Tengo la esperanza de que restaures mi fe y me demuestres que vale la pena salvarnos.

—No estoy ni cerca de ser una heroína.

—Me salvaste la vida en el nido. Por definición, eres mi heroína.

—Te dejé muriendo en un sótano.

—Me sacaste de las garras del horror absoluto cuando pensé que ya no me quedaba ninguna esperanza. Me diste la oportunidad de volver a la vida cuando nadie más podía hacerlo —Clara me mira con los ojos brillando en la oscuridad—. Eres una heroína, Penryn, te guste o no.

**M**i madre murmura sin parar en el transmisor. Su voz cae en una cadencia y me asusta que sea la misma cadencia que usa cuando reza. Esta vez, ella le está rezando al diablo.

Es lento conducir evitando los autos muertos en la oscuridad, pero vamos avanzando. Seguimos la misma ruta que Raffé y yo caminamos cuando nos dirigimos a la ciudad. Solo que esta vez no hay nadie en el camino. No hay refugiados, no hay niños conduciendo automóviles, no hay ciudades enteras hechas de tiendas de campaña. Solo kilómetro tras kilómetro de calles vacías, periódicos flotando sobre las aceras y teléfonos celulares abandonados crujiendo bajo nuestros neumáticos.

¿Dónde está la gente? ¿Se están escondiendo detrás de las oscuras ventanas de los edificios? Incluso después del ataque al nido, me cuesta trabajo creer que todo el mundo abandonó la ciudad.

Me descubro acariciando la piel suave del oso de peluche. Las calles desiertas de la ciudad por la noche son particularmente terroríficas, y tener una espada poderosa a mi lado me tranquiliza, aunque esté disfrazada como un muñeco de peluche.

En cuestión de pocas horas, estamos llegando a los muelles de San Francisco.

Llegamos a lo alto de una colina en la oscuridad de la noche. San Francisco debería ser una ciudad llena de luces brillantes, movimiento y ruido. A mí solía ponerme nerviosa venir aquí, por la sobrecarga que resultaba para mis sentidos. Me perdía deambulando por las calles ventosas las pocas veces que vine con amigos o mi padre.

Ahora es un páramo.

La luna menguante alumbra un poco los botes de basura volcados y las ratas que corren de uno a otro, pero la ciudad está tan cubierta de hollín de los incendios que la arrasaron durante el Gran Ataque que ahora absorbe toda la luz. La otrora bella ciudad se ha convertido en un paisaje de pesadilla.

Mamá examina el lugar con una mirada de hastío. Como si ella siempre hubiera sabido que sería así. Como si ella hubiera visto cosas como esta toda su vida.

Pero incluso ella se sorprende ante la vista de la isla de Alcatraz.

Alcatraz es conocida por ser la cárcel que contuvo a los criminales más infames de la región. Continúa incólume en la bahía, brillando tenuemente bajo la luz de la luna reflejándose en el agua.

Debe tener su propio generador de electricidad y alguien lo ha echado a andar. Pero las luces de Alcatraz no son destellos de bienvenida. En su lugar, un resplandor opaco y pesado impregna la isla, apenas suficiente para que sea visible en la bahía oscura.

Y apenas suficiente para que logremos ver el enjambre de criaturas anormales que se arremolinan en el aire por encima de ella.

Mamá mira la flecha que parpadea en su dispositivo. Luego apunta hacia Alcatraz.

—Ahí —dice ella—. Paige está ahí.

Genial. ¿Cómo llegó hasta aquí en tan poco tiempo? ¿Puede realmente correr tan rápido, o alguien la condujo o la trajo volando hasta ahí?

Respiro profundo y dejé escapar el aire poco a poco.

Al menos los ángeles no tuvieron el sentido del humor para apropiarse de la isla Ángel, a un lado de la Roca, en vez de Alcatraz. Eso es algo que Raffe seguramente habría hecho si hubiera estado a cargo.

Clara estaciona nuestro auto en un ángulo al azar sobre la calle, tratando de mezclarse con los otros autos abandonados. Yo bajo los prismáticos al salir del auto. Estamos en el muelle 39, cerca de Fisherman's Wharf. En el mundo de antes, el muelle era una gran atracción turística, repleta de tiendas de recuerdos, chocolates y un mercado de pescado y mariscos.

—A mis hijas les encantaba este lugar —dice Clara—. Veníamos aquí a desayunar todos los domingos. Las chicas adoraban comer sopa de almejas en un cuenco de pan y después correr a ver a los lobos marinos. Fuimos muy felices aquí —mira a su alrededor con ojos tristes.

Los leones marinos siguen aquí, por lo menos. Los oigo ladrar en algún lugar cerca del agua. Son las únicas cosas que permanecieron intactas.

Los muelles están torcidos y rotos, como estructuras de palillos de dientes. Muchos de los edificios se derrumbaron en montones de madera que ahora está a la deriva. Parece que los incendios no llegaron hasta aquí, pero el agua sí que llegó.

La feroz resaca de los tsunamis en todo el mundo perdió fuerza antes de llegar a la bahía, pero eso no impidió que hubiera muchos daños. Lo único que consiguió fue que esta parte de la ciudad no quedara destruida por completo.

Hay un barco tumbado de lado a media calle. Otro sobresale de la azotea de un edificio colapsado.

Hay astillas del tamaño de secuoyas por todas partes. Lástima que los ángeles no se matan con ellas, como los vampiros. Podríamos atraerlos aquí y pasarla tan bien...

Un *ferry* sorprendentemente intacto está atracado en el agua cerca de nosotros. Quiero correr hacia él, navegar en él hasta la isla y gritar hasta encontrar a Paige. Pero me acurruco detrás de un montón de cajas rotas, desde donde puedo ver sin ser vista.

Miro a través de los prismáticos hacia Alcatraz. Las cosas que se arremolinan en el cielo nocturno por encima de la isla son demasiado oscuras como para que pueda verlas con detalle, pero logro distinguir sus siluetas contra el cielo iluminado por la luna.

Formas humanas.

Alas.  
Gruesas colas de escorpión.

Lo que al principio parecía el vuelo caótico de un enjambre bizarro resulta tener un patrón de vuelo ordenado.

O casi.

La mayoría de los escorpiones siguen a un ángel cuando se eleva, planea y luego vuela en picada. Lo siguen como aves bebés aprendiendo a volar. O al menos lo intentan.

Algunos van tan atrasados que le estorban al ángel en su patrón de vuelo. Estoy segura de que se trata de un patrón. Él repite su rutina sin alejarse de la isla. Varía aquí y allá, pero sin duda se trata de un patrón predecible.

Tengo la impresión de que los está enseñando a volar.

Los pichones necesitan que los enseñen a volar. Quizás los monstruos bebés también necesitan que se les enseñe cómo ser monstruosos. Por lo general, los bebés aprenden de sus madres, pero estas cosas no tienen madres.

El ángel no está haciendo un buen trabajo enseñándoles, sin embargo. Varios de los escorpiones están teniendo dificultades. Incluso yo puedo ver que algunos de ellos baten sus alas demasiado rápido. No son colibríes y a ese ritmo van a cansarse, o provocarse un ataque al corazón, suponiendo que tienen un corazón.

Uno de ellos cae directo al agua. Chilla y manotea sin saber qué hacer.

Otro escorpión trata de volar hacia el monstruo caído. No alcanzo a distinguir si el que está en el aire trata de ayudar a su amigo caído, o si el del agua agarra al que está en el aire, pero el segundo acaba en el agua, también.

Agitan los brazos con desesperación y tratan de subirse uno sobre el otro. Cada uno lucha por unos segundos más de aire usando al otro como flotador. Pero el ganador solo consigue suficiente aire para un chillido final, antes de hundirse con su compañero.

La primera vez que vi a estas cosas en el sótano del nido, estaban flotando dentro de cilindros llenos de líquido. Pero supongo tenían algún tipo de cordón umbilical que los ayudaba a respirar, o cambiaron cuando «nacieron», porque ahora es obvio que se están ahogando.

El ruido de pasos me hace girar y agacharme más. Mamá y Clara también se agazapan junto a mí detrás de una caja rota.

Hay tantas sombras a lo largo de la antigua zona comercial del muelle que un ejército podría estar marchando hacia nosotros y no podríamos verlo. Nos acurrucamos más en la oscuridad.

Más pasos. Ahora están corriendo.

Gente corre dentro y fuera de las sombras, tratando de evitar exponerse a la luz de

la luna. Una pequeña estampida huyendo desesperadamente de algo. Algunos miran hacia atrás con terror mientras corren.

Aparte de sus pies golpeando los tablones de madera, no hacen ningún ruido. No gritan, no se llaman unos a otros.

Incluso cuando una mujer cae al suelo torciéndose un tobillo, no hace ningún sonido más que el ruido sordo de su impacto. Su cara se contorsiona de dolor y miedo, pero ningún sonido sale de su boca. Se levanta y cojea tan rápido como puede, tratando frenéticamente de alcanzar al resto de la gente.

Su pánico hace eco dentro de mi pecho. Me ataca el impulso de correr con ellos, a pesar de que no tengo ni idea de qué es lo que los obliga a huir.

Mientras mis piernas tiemblan de la indecisión, los monstruos que persiguen a la gente aparecen ante nosotros.

Hay tres de ellos. Dos escorpiones que vuelan muy bajo, con sus alas de insecto zumbando cerca del suelo. Entre ellos, un ángel que parece que ha estado tomando esteroides camina cojeando.

El ángel gigantesco tiene alas blancas como la nieve.

Las alas de Raffé.

Beliel.

Incluso ahora, en medio del peligro, mi corazón da un vuelco al ver las hermosas alas de Raffe en el demonio Beliel.

La última vez que vi a Beliel, cojeaba mucho y tenía un ala herida. Alguien le debe haber cosido el ala de regreso después de que Raffe por poco se la arranca. Debe ser fantástico tener doctores malvados a la mano. La cojera de Beliel todavía es perceptible, pero no es tan pronunciada como cuando Raffe lo persiguió en el aeropuerto.

Beliel tiene vendas frescas envueltas alrededor del abdomen, donde Raffe lo cortó con su espada la noche que lo conocí. Es bueno corroborar que las heridas hechas con espadas de ángel no sanan tan rápido como las otras heridas, como me explicó Raffe.

Los escorpiones vuelan con calma, moviéndose hacia adelante y hacia atrás, bajando lo suficiente como para mirar por las ventanas de los negocios. Uno rompe el cristal de una ventana. Probablemente era la última ventana intacta en todo el muelle.

El ruido del cristal rompiéndose es seguido por un grito de terror. Una familia con niños sale de la puerta de la tienda y se une al grupo que huye de los monstruos.

Hay algo en la forma en que se mueven los escorpiones que hace sonar alarmas en mi cabeza. No están persiguiendo para atrapar.

Están acorralando a sus presas.

Antes de que mi mente pueda siquiera formar la palabra «trampa», se encienden unas luces y una red de pesca cae del cielo.

Entonces comienzan los gritos.

Una, dos, cinco redes de pesca, tan grandes como casas, caen del cielo oscuro.

Sombras más oscuras caen en picada sobre ellos. Aterrizan en cuatro patas, arrastrándose por el suelo como escorpiones de verdad antes de pararse sobre sus piernas humanas.

Dos de ellos caen de bruces contra el muelle, como si no hubieran aprendido su lección de aterrizaje todavía. Uno de ellos grita con furia a las personas atrapadas, mostrando una boca llena de dientes de león. Tira brutalmente del borde de la red, golpeando los tobillos de la gente.

Hay docenas de seres humanos atrapados en las redes, gimiendo y retorciéndose, tratando de encontrar el borde de su trampa para tratar de escapar. Pero unos agujonazos de las colas de escorpión logran que las personas se amontonen al centro de las trampas. Lloran y gritan, todo el silencio anterior se ha desvanecido.

Unos disparos suenan desde uno de los grupos de prisioneros. Un escorpión cercano cae, chillando de dolor.

Como si hubiera sonado la campana de la cena, un montón de escorpiones se

lanzan contra el grupo de donde vino el disparo. Sus aguijones arremeten hacia arriba y hacia abajo, picándolos repetidamente hasta que chorros de sangre gotean de ellos. Sus cabezas monstruosas se presan de las víctimas y comienzan a chupar.

Los gritos y estertores desaparecen después de unos minutos, dejando solo una pila de cuerpos marchitos temblando bajo una red.

No sé si alguien más tenga un arma, pero después de eso, nadie se atrevería a dispararla.

Un niño de unos ocho años fue separado de su padre. Tratan de alcanzarse el uno al otro desde diferentes redes. El niño llora por su padre, pero es el padre quien parece pálido y aterrorizado por haber sido separado de su hijo.

Los escorpiones los obligan a caminar, medio arrastrando las redes, forzándolos a mantenerse en movimiento, amenazándolos con sus aguijones.

Nosotros nos agazapamos más en las sombras, casi sin atrevernos a respirar.

Los monstruos empujan a los prisioneros a un gran contenedor de metal, del tipo que llevan los camiones, trenes y barcos. No está lejos de nosotros, pero con todos los escombros esparcidos alrededor, ni siquiera lo había notado.

Abren la puerta del contenedor. Detrás de ella hay una reja metálica.

Y detrás de la reja, hay gente agazapada tan lejos de la entrada como pueden acomodarse.

La mitad del contenedor ya está llena de hombres, mujeres, e incluso algunos niños. Todos están aterrorizados y se acurrucan juntos, como las víctimas indefensas que son.

Los escorpiones levantan la reja de metal y jalan las redes. Los nuevos prisioneros corren lejos de los monstruos y hacia el interior del contenedor.

Los escorpiones hacen algo que me sorprende. Vuelan hacia el cielo nocturno, dejando solo a Beliel para cerrar la reja de metal del contenedor.

Se toma su tiempo haciéndolo, como si quisiera burlarse de los prisioneros. Cuando termina, cuelga la llave en una de los postes de luz al lado del contenedor.

La malla de la reja es suficientemente ancha como para permitirle a alguien asomar un brazo o un pie a través de ella, pero ni siquiera un niño pequeño podría escapar por ahí.

Los antiguos prisioneros están tranquilos pero los nuevos hacen bastante ruido con sus preguntas entre el llanto y el pánico.

—¿Qué está pasando?

—¿Qué van a hacer con nosotros?

Beliel cojea alrededor de la zona, apagando las luces del muelle. Su rodilla parece molestarle más que antes. Solo deja encendidas las luces cerca del contenedor lleno de gente. El círculo de luz es muy brillante ahí y me alegra que estemos escondidas en las sombras.

Como si el horror y la histeria de los prisioneros no fueran suficientes para él, Beliel sacude la puerta del contenedor y golpea la pared de metal con su palma abierta. El ruido hace eco a través del muelle.

Todos se encogen de miedo y el llanto se hace más fuerte. Su terror y desesperanza llegan en grandes olas que me asfixian.

Beliel mete la cara entre las cadenas de la puerta del contenedor. Todo el mundo se aleja aún más. Él gruñe y les muestra los dientes. Después agarra los bordes del contenedor y lo sacude.

Ahora, hasta los prisioneros veteranos están gritando.

¿Qué está haciendo?

Lo he visto encolerizado, cuando está totalmente fuera de control. Esto es diferente. No hay pasión en lo que hace. Es solo un trabajo.

Está nervioso, sin embargo, y levanta la vista al cielo furtivamente.

¿Lo están vigilando? ¿Es otro tipo de capacitación para los escorpiones? ¿Tal vez ellos siguen por aquí, observándolo? ¿Con qué propósito?

Miro hacia arriba, hacia la oscuridad y los pocos tejados restantes, sintiéndome expuesta. Solo veo los rayos de luz cerca del contenedor. Funcionan como un faro en el paisaje desolador de edificios torcidos y noche sin vida.

No logro entender por qué lo hace.

Entonces, una silueta oscura aparece en el cielo.

Enormes alas de demonio.

Hombros llenos de músculos.

La forma de un dios griego deslizándose por el cielo.

Raffe.

Cada nervio de mi cuerpo se llena de vida.

Mi mente grita ¡trampa, trampa, trampa!

Es por eso que Beliel está solo, por eso hace tanto ruido. El ruido llamaría la atención y ocultaría cualquier ruido que hagan los escorpiones. Los escorpiones deben estar por ahí. Ocultos. Esperando.

Sin pensarlo, salto por instinto y abro la boca para gritarle una advertencia a Raffe.

Pero unas manos me jalan del brazo con violencia, haciéndome perder el equilibrio. Las manos me tapan la boca con fuerza y lo único que veo son los ojos enormes y aterrorizados de mi madre. Ella me mira como si me hubiera vuelto loca.

Mi cerebro finalmente alcanza al resto de mi cuerpo.

Mamá tiene razón. Por supuesto que tiene razón. ¿Qué tan mal deben estar las cosas cuando tu madre clínicamente demente actúa de forma más racional que tú?

Raffe.

Asiento cuidadosamente para demostrarle que estoy cuerda otra vez y me giro de nuevo para ver lo que está pasando. Mamá me suelta por fin.

Raffe aterriza en silencio. Sus alas no se pliegan por completo. Las guadañas en el borde de sus alas se desenvainan. Por lo visto son retráctiles. No me había dado cuenta de eso antes.

Pienso en todas mis opciones rápidamente. ¿Qué puedo hacer? Gritar solo nos meterá a todas en problemas. Además, Raffe cree que estoy muerta. Si le grito y lo sorprendo, quizá lo ponga más en peligro.

Los prisioneros gritan cuando ven a Raffe con sus alas de demonio. Es doloroso ver que la gente prefiere a un tipo malvado porque parece un ángel que a un buen tipo que parece un demonio.

Beliel finge sorpresa como un payaso de circo.

—¡Vaya, pero si es Rafael! Oh, ¿cómo voy a defenderme de la gran Ira de Dios, que ahora solo es un eco de lo que fue? —luego deja de actuar—. En serio, Rafael, no hay nada más triste que un don nadie obsesionado con tratar de revivir su gloria pasada. Ten un poco de dignidad, ¿quieres? Te estás avergonzando a ti mismo.

—¿Te arranco los brazos y las piernas antes de arrancarte las alas? ¿O lo prefieres al revés? —la voz de Raffe está llena de una violencia cruda que no había escuchado antes. Parece como si deseara hacerle ambas cosas a Beliel.

—¿Por qué tienes tantas ganas de volver, Rafael? ¿Qué te parecía tan fantástico de ser parte de la hueste angélica? Son taaantas reglas. Había olvidado cuántas. Tal vez tú también lo has olvidado.

Beliel está ganando tiempo. Quiere mantener a Raffe en su lugar hasta que los escorpiones caigan sobre él. Me muero de ganas de gritar para advertirle. Apenas

logro quedarme callada.

—Toda esta teoría de cómo una raza guerrera superior solo puede sobrevivir si cada pequeña infracción a las reglas tiene un castigo terrible —Beliel hace un gesto de exasperación—. Podría haber tenido sentido en otros tiempos, cuando había pocas reglas. Pero ahora, las cosas se han salido de control, ¿no te parece? Nosotros, los caídos, por el contrario, hemos demostrado que una raza guerrera superior puede sobrevivir muy bien con un sistema opuesto. Sin reglas. Haces lo que quieras. A quien quieras.

Raffe avanza hacia él. Las duras luces del muelle enfatizan las sombras en su rostro. Parece el Ángel de la Muerte. O tal vez el Ángel de la Venganza. Alguien que no quisiera ver acercándose a mí.

—Te hubieras ahorrado tantas molestias si te hubieras unido a nosotros desde un principio —dice Beliel—. ¿Esa pequeña Hija del Hombre que murió en tus brazos? Podría haber sido tuya. Nadie te hubiera dicho que no. Nadie se hubiera atrevido a tratar de quitártela.

Raffe lo ataca con un gruñido salvaje.

Raffe salta sobre Beliel y abalanza sus alas contra él, tratando de cortarlo por la mitad.

Beliel salta hacia un lado. Apenas logra evitar el golpe. Arroja una caja enorme en la dirección de Raffe. La caja se estrella contra uno de los postes de luz. El foco se rompe y la luz parpadea, iluminando a los combatientes con una luz que parece estroboscópica.

Chorros de sangre gotean por la cara burlona y los brazos de Beliel.

—Admítelo. Te gustan tus nuevas alas. ¿Por qué conformarse con plumas mullidas cuando se puede tener libertad y poder?

—Podría preguntarte lo mismo, Beliel —Raffe avanza amenazadoramente hacia Beliel.

—He tenido toda una vida de libertad y poder. Es hora de un cambio. Un poco de respeto. Un poco de admiración merecida, ¿no te parece? —se rodean el uno al otro, como tiburones preparándose para atacar. La cojera de Beliel ha desaparecido ahora que logró emboscar a Raffe.

—El respeto y la admiración van más allá de ti —dice Raffe—. No eres más que un peón patético de los ángeles.

—¡Yo no soy un peón! —su cara se pone roja y furiosa—. Nunca he sido un peón. ¡Ni de los demonios, ni de los ángeles, ni de nadie! —la luz intermitente enfatiza las sombras de su rostro ensangrentado.

Raffe salta sobre Beliel otra vez. Pero su ataque se ve interrumpido por una red que cae sobre él desde el cielo nocturno.

Raffe rueda sobre el muelle, enredado en la red.

¡Levántate, levántate!

Una lucha se libra dentro de mí. ¿Puedo quedarme quieta a ver cómo Raffe es ejecutado a traición? Cada fibra de mi ser grita *No, no, no*.

¿Qué puedo hacer? ¿Qué puedo hacer?

Raffe no lucha contra la red como yo esperaba que hiciera. En vez de eso, abre sus alas de golpe. Las guadañas de sus alas se enganchan contra las cuerdas de la red.

Con un movimiento más, corta las cuerdas.

La red cae a su alrededor como un velo caído mientras él salta, listo para pelear.

Los escorpiones caen del cielo, un par de ellos aterrizan sobre Raffe. Él se agacha y los esquiva, pero sus golpes lo hacen perder el equilibrio.

Las alas, los brazos y las piernas de Raffe golpean a su alrededor. Tres escorpiones caen al suelo, retorciéndose de dolor. Pero todavía quedan varios de ellos, además de Beliel. Por si fuera poco, tres escorpiones más aterrizan cerca de

ellos.

Yo quito a mi osito y saco mi espada de su vaina, lista para lanzarme a la pelea. Mamá me atrapa por la camisa y me da un tirón tan fuerte que caigo sobre mi trasero como un niño pequeño.

Por suerte, parece que Raffe puede defenderse solo. Dudo que haya hecho las paces con sus alas nuevas, pero al menos aprendió a controlarlas mejor que la última vez que lo vi.

También es un luchador increíble. Nunca me había dado cuenta de lo feroz que puede llegar a ser, pero ahora que lo pienso, esta debe ser la primera vez que lo veo pelear sin que se esté recuperando de una lesión grave. Los recuerdos de la espada solo me mostraron a Raffe luchando con su espada, que resultaba impresionante, pero esto parece más un baile feroz.

Estoy segura de que Raffe aún no se ha recuperado por completo, pero es una maravilla verlo pelear. Es rápido. Más rápido que los escorpiones que tratan de picarlo una y otra vez sin éxito. Un escorpión solo contra él no es más que una hormiga tratando de vencer a una persona.

Pero la inferioridad numérica es importante. Sin embargo, no parece importarle mucho mientras se abre paso lentamente hacia Beliel.

Beliel se da cuenta de que no puede ganar y despega hacia el cielo nocturno. Por lo visto, su seguro médico infernal cubre las lesiones de ala, porque sus alas parecen funcionar muy bien.

Raffe despega detrás de él.

Lo veo alejarse de mí. Ni siquiera supo que yo estaba aquí.

Desaparece en la oscuridad como un sueño que se desvanece.

Me quedo mirando el punto en el cielo donde desapareció.

Los escorpiones dudan unos momentos antes de despegar tras ellos. Asumo que están persiguiendo a Raffé, pero no estoy del todo segura. Hay una cierta reticencia en sus movimientos. Alrededor de la mitad de ellos se quedan en el suelo, mirándose unos a otros, sin saber qué hacer.

Deben ser los peores secuaces en la historia. Por lo visto, el valor no es uno de sus atributos. No me extraña que Beliel tuviera que luchar contra Raffé durante tanto tiempo antes de que llegaran los escorpiones.

Eventualmente, todos los que pueden despegar lo hacen. Una media docena están muertos y sangrando junto a él. No parece que puedan hacerle mucho daño a nadie ahora, pero de todos modos los vigilo, por si acaso.

Mamá deja escapar un profundo suspiro a mi lado. Clara, sin embargo, todavía parece congelada de miedo. Debe ser difícil para ella ver a tantos escorpiones juntos después de lo que sufrió en sus garras.

Es hora de que salgamos de aquí. Necesitamos encontrar un lugar seguro para pasar la noche y pensar algún plan alocado para rescatar a Paige. Pero ni siquiera yo siento mucho entusiasmo por nada en estos momentos.

Solo soy una chica. No soy rival para estos monstruos. Pueden haber parecido débiles en comparación con Raffé, y tal vez me sentí muy fuerte cuando viajamos juntos, pero después de ver lo que acabo de ver, tengo que ser honesta conmigo misma.

Sería un suicidio tratar de colarnos a la isla de Alcatraz. Está plagada de estos monstruos y no hay forma de volver a tierra firme.

A pesar de mi comportamiento errático de hace unos momentos, tanto mamá como Clara siguen dependiendo de mí para decidir el momento de salir de aquí. Estamos bien escondidas entre las sombras y creo que tenemos una buena oportunidad de escapar inadvertidas.

Aguzo el oído, buscando enemigos y monstruos. Pero solo oigo los sollozos aterrorizados de las personas encerradas en el contenedor. El ruido es menor ahora, seguramente no quieren llamar la atención, pero parece que los prisioneros no pueden contener el llanto.

El contenedor se ilumina con los destellos intermitentes del foco roto durante la pelea. Los prisioneros se amontonan detrás de la reja metálica, y me dan la impresión de desesperación e inmundicia cada vez que la luz parpadea.

Me preparo para salir corriendo de nuestro escondite detrás de las cajas. Pero no puedo moverme. Mis ojos siguen regresando hacia las personas encerradas en el contenedor.

En teoría, sería muy fácil correr hacia el contenedor y dejarlos salir. Solo me tomaría un par de minutos liberar a un montón de gente de los horrores que les esperan.

Si tuviera la llave.

Beliel la colgó en uno de los postes de luz, pero ahora no estoy segura de cuál fue. Si fuera el que se rompió cuando le lanzó la caja a Raffé, la llave seguramente cayó al suelo y podría tomarme una hora encontrarla.

Cierro los ojos, tratando de ignorar la visión de los prisioneros. Tengo que concentrarme en Paige y en mamá. No puedo distraerme con cada persona que necesita ayuda, porque todos necesitamos ayuda ahora. Desesperadamente.

Echo un vistazo a mi madre y veo el terror en su rostro. Está moviendo los labios en silencio y meciéndose hacia adelante y hacia atrás. Estos son monstruos reales, sacados de sus más terribles pesadillas. Clara se ve aún peor, si eso es posible.

Necesito levantarme y sacarnos de aquí. Necesito cuidar de mi propia gente.

Un sollozo aterrorizado de desolación hace eco por el muelle y me atrapa.

Trato de ignorarlo.

Pero no puedo.

Esa podría haber sido Paige antes de que los ángeles la secuestraran. Sin duda es la hermana, la hija o la madre de alguien. Y, ¿no hubiera sido maravilloso que alguien por ahí hubiera ayudado a Paige, así como yo puedo ayudar a estas personas?

Demonios. ¿Por qué no puedo ignorar ese pensamiento estúpido?

Bueno, bueno, ya.

Me pongo en pie. La preocupación y el miedo se intensifican en el rostro de mi madre cuando me ve observando el contenedor con los prisioneros. Sé que no tengo que preocuparme de que me siga hacia allá. A veces, ser paranoico realmente salva tu vida.

También sé que no hay forma alguna de que Clara me siga. Tiene excelentes razones para sentirse aterrorizada de los escorpiones. Pero además del miedo, encuentro algo más en sus ojos.

Orgullo.

Ella esperaba que yo los rescatara. Sigue pensando que soy una estúpida heroína. Una parte de ella se decepcionaría si no hago nada.

Eso por poco me hace abandonar la idea. Pero, por supuesto, no lo hago.

Corro fuera de la relativa seguridad de nuestro escondite entre las sombras.

Los escorpiones heridos me descubren de inmediato. Mi corazón prácticamente se detiene cuando se dan la vuelta para mirarme fijamente y mostrarme los dientes.

Casi puedo sentir el dolor insoportable de su picadura, el terror de perder el control de mi cuerpo sin dejar de estar consciente. La idea de tener que pasar por eso de nuevo me hace correr tan rápido que siento que me voy a desmayar.

En mi estado de pánico, no presto suficiente atención a mis pies y me resbalo en un charco de sangre.

Logro sostenerme en pie haciendo una danza torpe con mis brazos y la espada.

Concéntrate. No dejes que los escorpiones te lastimen dos veces solo porque estás asustada por la posibilidad de que lo hagan.

Meto todo: el miedo, la esperanza, los pensamientos, dentro de la bóveda en mi cabeza y cierro la puerta antes de que algo logre salir de ahí. Cada vez es más difícil abrir esa puerta.

Lo único que existe ahora es el camino hacia el contenedor de los presos. Froto la suela de mi zapato contra el suelo para limpiarla de sangre.

A pesar de sus gritos y gruñidos, los escorpiones heridos se quedan en el suelo. No los pierdo de vista para asegurarme de que no se arrastren hacia mí mientras estoy distraída.

Antes de entrar en el círculo de luz creado por el foco que Beliel dejó encendido, miro a mi alrededor para asegurarme de que no hay escorpiones, ángeles, o ratas aladas acechándome. No me ayuda que mis ojos se están adaptando a la luz, haciendo que la sombras me parezcan mucho más oscuras.

Me lanzo hacia el círculo de luz como si estuviera saltando en el agua.

Me siento expuesta al instante.

Cualquier persona en el muelle puede verme ahora. Corro tan rápido como puedo hacia la cárcel de metal. Todos los presos se callan, como si estuvieran aguantando la respiración de manera colectiva.

La llave no está en el poste que siguen en pie, ni en el suelo a su alrededor.

Miro hacia el poste roto, el que Beliel golpeó con la caja. La llave podría haber volado hacia cualquier parte.

O me comprometo a buscarla en este mar de tablonés astillados, o me doy por vencida ahora y me aseguro de que mamá y Clara salgan de aquí a salvo.

O puedo probar si mi espada puede cortar a través de la reja de metal.

Era fácil cortar incluso a través de huesos durante mi entrenamiento en mis sueños, y se supone que esta espada es muy especial. Ni siquiera me detengo a pensarlo, levanto la espada y la dejo caer con fuerza.

La espada corta con facilidad la cadena y la cerradura de la reja.

Guau. No está mal.

Levanto la espada para cortar el segundo candado. Pero antes de que pueda cortarlo, escucho un crujido detrás de mí.

Giro rápidamente con la espada aún por encima de mí, segura de que un escorpión herido se ha arrastrado hacia mí, listo para atacar.

Pero no es un escorpión herido.

Es uno sano.

Pliega sus alas de insecto como si acabara de aterrizar. Camina hacia mí, descalzo sobre sus pies demasiado humanos. De alguna manera, me sentiría mejor si tuviera garras o alguna otra cosa que le diera un aspecto menos humano.

Dos escorpiones alados aterrizan detrás del primero.

Solo hay un candado más. Me doy la vuelta y lo corto de tajo con mi espada.

El candado sale volando. La reja de metal está abierta ahora. Solo tienen que levantarla y correr.

En cambio, los prisioneros se apiñan en la parte del contenedor, congelados de terror.

—¡Vamos! —golpeo el lado del contenedor, tratando de activarlos—. ¡Corran!

No espero a ver si lo hacen. Acabo de poner a mamá y Clara en peligro de sufrir una muerte horrible. Quisiera patearme a mí misma por no convencerlas de que se fueran sin mí.

Escucho la reja de metal abrirse a mis espaldas. Los prisioneros liberados comienzan a correr, dispersándose hacia todas partes, sus pies golpean el muelle de madera.

Corro en dirección opuesta de donde están mamá y Clara, con la esperanza de atraer a los escorpiones lejos de ellas.

Entonces oigo a mi madre.

Lanza un grito espeluznante de terror.

Todo el mundo se dispersa, corriendo por instinto en distintas direcciones.

Hay pocos monstruos y muchos de nosotros. Hay una buena probabilidad de que algunos logremos escapar con bien.

Corro hacia un rincón lleno de sombras donde un letrero rosa de helados sobresale de una pila de tablones quebrados. Si consigo llegar hasta él, podría desaparecer entre las sombras irregulares.

Pero antes de que pueda llegar allí, algo me cae sobre la cabeza y me envuelve por completo.

Estoy atrapada en una red.

Mi primer instinto es cortarla con mi espada, pero estoy rodeada de las personas que corrían detrás de mí y no hay suficiente espacio para maniobrar sin lastimar a alguien. Entre más nos movemos, más nos enredamos.

Sombras caen del cielo. Sombras con alas de insecto y aguijones de escorpión.

Aterrizan en lugares al azar. Uno aterriza en la parte superior del contenedor, haciendo un ruido hueco. Otros aterrizan frente a la vieja hilera de tiendas, hacia donde media docena de personas se dirigían cuando una red cayó sobre ellos también.

Cinco, diez, veinte escorpiones. Tantos que de repente el ruido de sus alas me hace pensar en una colmena.

Estamos atrapados.

Todo el mundo rompe en llanto de nuevo. Esta vez, la desesperación es tan espesa que siento como si me fuera a ahogar en ella.

Incluso si pudiera cortar la red, no podría vencer a tantos escorpiones sola. Devuelvo mi espada a su vaina para que pase inadvertida.

La red apesta a pescado. Al principio, pienso que será imposible caminar con ella sobre nosotros, pero uno de los escorpiones toma el borde de nuestra red y tira de una cuerda. Nos amontonamos cuando el borde de la red se cierra alrededor de nuestras piernas.

El escorpión comienza a caminar y tira de la cuerda, como si estuviera tirando de un perro con una correa. Nos apunta con su aguijón, acercándolo a nuestras cabezas. Otro escorpión camina a nuestro lado, moviendo su aguijón hacia arriba y hacia abajo para dejarnos claro que debemos hacer lo que él indica.

Busco frenéticamente a mamá y a Clara, esperando contra todo pronóstico que no estén entre los prisioneros.

Pero ahí están, entre otro grupo de prisioneros cerca de nosotros. Mi madre abraza a mi oso de peluche contra su pecho como si fuera su hijo perdido, mientras que Clara se aferra del brazo de mamá como si la vida le fuera en ello. Ambas están

aterrorizadas.

Yo me siento enferma.

Enferma de miedo. Enferma de ira. Enferma de la estupidez de lo que hice.

Vine aquí por mi hermana y en vez de salvarla logré que me atraparan a mí. Lo que es peor, logré que atraparan a mi madre y a Clara también. Y viendo a la gran cantidad de prisioneros en el muelle, ni siquiera logré liberar a nadie tampoco.

Varios grupos de humanos cautivos convergen mientras nos empujan hacia el mar. Al principio, asumo que los escorpiones nos están llevando a un nuevo contenedor, pero en vez de una celda, nos conducen hacia un barco.

—¡Brian! —una mujer joven atrapada en mi red estira su mano hacia un hombre atrapado debajo de otra cuando nuestros dos grupos se acercan.

—¡Lisa! —el hombre la llama con desesperación. Jalen la red y estiran sus brazos tratando de tocarse el uno al otro.

Por un segundo, logran acariciar las puntas de sus dedos. Después, nuestro grupo avanza más que el suyo, separándolos. La mujer comienza a sollozar, su mano aún buscando la de su amante.

Otro grupo es empujado frente al de Brian y él desaparece entre la multitud, sin dejar de buscarla con los ojos.

El barco tiene dos pisos y ha visto días mejores. La pintura está tan desgastada que estoy convencida de que el barco debe haber estado pudriéndose en la azotea de algún edificio en ruinas antes de que los chicos malos lo pusieran a trabajar. De alguna manera, se las arregla para flotar. Y todavía tiene escritas las palabras TOURS DE ALCATRAZ DEL CAPITÁN JAKE en azul a los lados, aunque con todos los arañazos, parece que dice ALCATRAZ DE CAPITA.

El motor arranca y exhala una columna de humo oscuro. El olor a gas contamina el aire casi de inmediato. Un secuaz humano debe estar conduciendo el barco. No sé por qué, pero espero que no sea el capitán Jake.

Nos empujan a todos hacia el barco. Los escorpiones comienzan a liberarnos de las redes. De todos modos, no podemos huir a ningún lado, no si queremos vivir unos minutos más.

Cuando los primeros prisioneros comienzan a embarcar, me las arreglo para acercarme lo suficiente a mamá y Clara para que embarquemos juntas. Mi madre me entrega el oso de peluche, como si lo hubiera estado cuidando para mí.

Deslizo el oso sobre mi espada, disfrazándola de nuevo. Tengo la esperanzas de poder llevarla conmigo y tal vez usar mis pocas habilidades para sacarnos de este lío.

Mis esperanzas se desvanecen cuando veo que todas las armas están siendo decomisadas cuando los prisioneros suben a bordo de la nave. Hay una creciente montaña de cosas en el muelle a un lado de la rampa del barco. Hachas, bates, machetes, cuchillos, e incluso algunas pistolas. Conservaría la esperanza si la montaña solo estuviera hecha de armas, pero también veo bolsos, mochilas, muñecas y sí, incluso animales de peluche.

Hay gente, humanos de rostro sombrío, quitándoles las cosas a los prisioneros. No hablan y no miran a nadie a los ojos. Solo confiscan todo lo que los prisioneros llevan a la vista y tiran los objetos en el montón.

Acaricio a mi oso, preguntándome si acaso esta no es mi mejor oportunidad de escapar. Incluso si no pudiera escapar, tal vez podría causar una distracción suficiente para que mamá y Clara salgan de aquí. Es el último breve lapso de tiempo en el que todavía tengo mi espada y que no estamos atrapadas en una red. Es ahora o nunca.

Un arma de fuego se dispara tan cerca que todos nos agachamos.

Un hombre, que al parecer no quiso renunciar a su arma, tiene una pistola apuntando a una de las mujeres que trabajan para los escorpiones. Ella ahora está tirada, sangrando en la rampa. El hombre es rodeado inmediatamente por un grupo de escorpiones con sus agujijones listos para atacar. Sus colmillos están tan cerca de su rostro que estoy segura de que puede oler su aliento.

El hombre tiembla tanto que deja caer su pistola. Una mancha de humedad se extiende por la parte frontal de sus pantalones.

Los escorpiones no lo atacan, sin embargo. Parece como si estuvieran esperando algo.

—Ten, toma su cuchillo —dice otro de los guardias humanos. Su rostro está descompuesto por la tristeza, sus ojos están medio muertos y parece en estado de *shock*. Toma un cuchillo de cocina de la mano de otro de los prisioneros y se lo da al tirador— ahora échalo en ese montón.

El brazo del tirador sigue temblando cuando tira el cuchillo sobre la montaña de armas. Está tan asustado que seguro nunca consideró apuñalar a uno de los escorpiones con él.

Los escorpiones gruñen y se retiran, alejándose para supervisar a la multitud otra vez.

Todos estábamos tan fascinados con el drama que ninguno de nosotros pensó en escapar mientras estaba sucediendo. Creo que perdí la oportunidad de provocar una distracción para dejar que mamá y Clara huyan de aquí.

El tirador reemplaza a la guardia a la que le disparó, recogiendo las armas y las bolsas de los demás prisioneros. No hace contacto visual con nadie y no dice una palabra. De vez en cuando, echa un vistazo a la mujer a la que le disparó, que está muriendo a sus pies.

Después de eso, no hay más incidentes mientras abordamos el barco.

Cuando uno de los guardias extiende la mano para tomar mi espada disfrazada de oso de peluche, tengo que obligarme a levantar la correa por encima de mi hombro y colocarla en el montón de cosas yo misma. Necesito de toda mi fuerza de voluntad para hacerlo, pues una parte de mí quiere desenvainarla de un tirón y matar a unos cuantos escorpiones. Pero debe haber unos veinte, tal vez treinta escorpiones rodeándonos.

Deslizo la vaina hasta el fondo del montón, tratando de ocultarla lo más posible.

Alguien la encontrará finalmente, no me queda duda. ¿Qué sucederá con ella después? No tengo modo de saberlo.

Mamá y Clara me levantan y me llevan con ellas. Supongo que era obvio que no quería dejar la espada atrás. Miro hacia atrás, al tierno oso de peluche enterrado a medias bajo un montón de armas y bolsas, y no puedo dejar de pensar que tal vez nunca veré a Raffe o a su espada de nuevo.

Detrás de mí, una mujer llora suavemente.

**E**l agua golpea el costado del barco mientras la cubierta se balancea hacia atrás y hacia adelante. Todos subimos a bordo y en poco tiempo el barco se desliza sobre las aguas oscuras.

Alcatraz es legendaria por ser la cárcel más ineludible de todos los tiempos. Solo verla en la penumbra hace que me den ganas de salir corriendo. Pienso en la posibilidad de tirarme al agua con mamá y Clara, pero por lo visto otros tuvieron la misma idea.

Una pareja decide tratar de huir. Son Brian y Lisa, la pareja que fue separada por las redes en el muelle. Mi corazón se acelera con la esperanza de que lo consigan. No estamos tan lejos de la orilla, aunque el agua está helada. Podrían lograrlo.

Pero los escorpiones son rápidos. Tan rápidos que tres de ellos alcanzan a la pareja con sus aguijones antes de que puedan cruzar la puerta siquiera.

No los persiguen, sin embargo. Simplemente dejan que la pareja tome la decisión por su cuenta. Les llevará algo de tiempo quedar paralizados por completo, pero sé que el dolor insoportable y la rigidez comienzan de inmediato. Para cuando la pareja logra llegar a la barandilla en el borde de la embarcación, ya están arrastrando sus pies.

Saltar por la borda sería un suicidio. Quedarían paralizados mucho antes de llegar a salvo a la orilla.

Pero la otra opción es quedarse inmóvil a merced de los escorpiones.

Es una elección difícil. Puedo ponerme en sus zapatos. No sé que elegiría yo en su lugar.

Optan por quedarse a bordo. Brian se inclina contra la barandilla, como si quisiera saltar, pero parece que no logra decidirse. Lisa apoya la cabeza en la cubierta junto a él.

Lo entiendo. Cualquier persona que siga con vida ahora es un sobreviviente. Han hecho lo imposible por llegar hasta aquí y no pueden dejar de seguir adelante, de seguir intentándolo. Brian se desliza por la barandilla y se acuesta al lado de Lisa, temblando mientras pierde el control de sus músculos. Los escorpiones ahora ignoran a la pareja y parecen aburridos cuando saltan para sobrevolar el barco, mientras otros aterrizan sobre la cubierta y caminan de un lado a otro.

Un escorpión se agacha y arranca las gafas del rostro de Brian. Trata de ponérselas, pero están al revés. Cuando caen al suelo, el escorpión las recoge y lo intenta de nuevo. Como si no fuera lo suficientemente bizarro, con el cuerpo de un hombre, alas de libélula y cola de escorpión, ahora mira a su alrededor con un lente roto en sus gafas de montura metálica.

Me siento extrañamente desnuda sin mi espada. Me descubro buscando la piel de mi oso de peluche junto a mí y me duele recordar que ya no está conmigo. Me siento entre mamá y Clara, tres mujeres desarmadas rodeadas de monstruos.

Hace apenas un par de meses, cientos de turistas se sentaban en este barco con sus cámaras, tomando fotos, gritándoles a sus hijos, besándose frente a las hermosas vistas de la ciudad. Seguro que recorrían la borda con sus rompevientos e impermeables nuevos de Yo (corazón) SF, pues nadie llega preparado para los vientos fríos y la lluvia del verano de San Francisco.

Ahora casi no hay niños y ninguno de ellos corre alegremente por el barco. Solo hay un par de personas mayores en la multitud y apenas una cuarta parte de los prisioneros somos mujeres. Es obvio que todos hemos pasado demasiado tiempo sin una ducha o una buena comida, y en vez de mirar hacia las vistas panorámicas de la ciudad, toda nuestra atención está dirigida hacia los escorpiones.

Nos dejan en paz por ahora. La mayoría de ellos no son tan fornidos ni musculosos como me imaginaba que serían los monstruos. Algunos son francamente escuálidos. No están hechos para vencer a sus presas por la fuerza. Están diseñados para utilizar sus aguijones como su arma principal.

Todos tienen colas que parecen llenas de esteroides. Son gruesas y musculosas, abultadas y grotescas. Cuando las miro de cerca, veo una gota de veneno en la punta de cada aguijón.

Uno de los escorpiones lleva puestos unos pantalones. Pero están puestos al revés, con la cremallera abierta por detrás para dejar espacio para la cola. Algo en él me llama la atención, pero no logro descifrar qué.

Cuando el escorpión se arremanga los pantalones con una mano que parece demasiado humana, algo brilla en ella. Mi estómago se revuelve de terror cuando me doy cuenta de lo que es.

Es un anillo de bodas.

¿Qué hace un anillo de bodas en la mano de un monstruo?

Debe ser solo un objeto brillante que le robó a una de sus víctimas. O tal vez descubrió que los anillos sirven para hacer más daño cuando golpeas a alguien.

Tiene que ser eso.

Y es pura coincidencia que lo lleve puesto en el dedo anular.

En pocos minutos, Alcatraz se cierne a la distancia. Me inclino hacia atrás, como si pudiera alentar el barco con mi peso. Cuando llegamos a la isla, estoy temblando. No puedo evitar imaginar lo que pasará con nosotros aquí. Trato de acorralar mis pensamientos, pero no lo consigo del todo.

La isla parece una roca gigante. El agua es tan fría como para causar hipotermia, y seguro que está llena de tiburones o escorpiones ahogándose, o terribles demonios del infierno.

Así termina todo, entonces. El mundo destruido, los humanos prisioneros, mi familia dispersa.

Eso me hace enojar. Espero que la ira destruya todos mis demás sentimientos, porque seguramente es la única cosa que me mantiene de pie y andando ahora mismo.

Muchos de los prisioneros se aferran al barco y sollozan, aterrorizados de desembarcar. Las personas y los animales no somos tan diferentes. Todos nos damos cuenta cuando nos están llevando al matadero.

El muelle de la isla es similar al de la ciudad: viejo, oscuro y húmedo. El viento helado de la bahía penetra a través de mi blusa y me pone la piel de gallina. El frío me cala hasta las huesos. Me preparo para enfrentar lo que viene.

Pero nada puede prepararme para lo que está sucediendo más allá del muelle.

Faros gigantescos alumbran los edificios de la prisión y la pasarela sobre la que caminamos penosamente para bajar a la isla. Hacia donde mire, me encuentro con muros de roca y concreto. Pintura vieja y manchas de óxido gotean por las paredes del edificio más cercano.

Cuatro escorpiones trabajan cerca de un contenedor metálico que tiene una puerta de malla llena de candados, como el que dejamos en tierra firme.

Los escorpiones agarran entrañas sangrantes y otros pedazos de carne de grandes cubetas y los lanzan al piso de concreto. La inmundicia cae pocos centímetros fuera del alcance de los humanos que están atrapados en el contenedor.

El hedor es insoportable. Estas personas han estado encerradas en esa jaula metálica por más tiempo del que me gustaría saber. Lo puedo adivinar no solo por su olor, sino también porque estiran sus brazos raquíticos tratando de alcanzar las vísceras y demás porquerías fuera de su alcance.

Las personas sollozan y gimen sin parar. No es un ruido agresivo, tanto como desesperado. Sus brazos son demasiado delgados, como si ya estuvieran muertos pero no se hubieran dado cuenta todavía.

Seguramente no están destinados a ser convertidos en nuevos monstruos, o siquiera a alimentarlos. Están demasiado maltratados, demasiado desnutridos. ¿Cuánta hambre tienes que tener para querer devorar partes crudas de un cuerpo humano?

—Son tan estúpidos como las rocas —dice una voz familiar—. Pero todavía tienen los instintos tortuosos y retorcidos de los seres humanos.

Es Beliel, el demonio. Sus blancas alas robadas se extienden detrás de él, como un telón de fondo celestial para su enorme cuerpo. Está parado detrás de los escorpiones que lanzan las vísceras sangrientas al suelo.

Arrojan un corazón sobre una tabla rota y se engancha en una astilla gigante.

Junto a Beliel hay otro ángel. Su cabello castaño claro y sus plumas grises se agitan con el viento. Lleva puesto un costoso traje gris claro que transmite buen gusto y elegancia.

Incluso sin sus chicas trofeo detrás de él, reconozco al Arcángel Uriel, el Político. Él es quien orquestó secretamente que le cambiaran las alas a Raffaele durante su operación, para que no pudiera ser un candidato en las próximas elecciones de los ángeles.

—¿Te refieres a las langostas o a sus juguetes? —las alas de Uriel se extienden parcialmente detrás de él. En la luz suave de la fiesta en el nido, sus plumas parecían blancas con un toque de gris claro, pero ahora, con la luz cruel de la prisión, sus alas

se ven grises con un toque de medianoche.

¿Las langostas?

—Me refiero a las langostas —dice Beliel—. Los seres humanos también son tan estúpidos como las rocas. Pero están demasiado torturados como para utilizar su ingenio instintivo. Las langostas inventaron este juego ellas solas, ¿lo sabías? Me quedé impresionado. Son tan arteras como cualquier demonio del infierno —suenan casi orgullosos.

Debe referirse a los monstruosos escorpiones. Siempre imaginé que las langostas eran como saltamontes, no como escorpiones, así que no sé por qué las llama así.

—¿Estás seguro de que las que entrenaste les enseñarán a las demás?

—No lo puedo garantizar. Su juicio está nublado, sus cerebros se han encogido, la metamorfosis seguramente les causó algún tipo de locura. Es difícil predecir lo que van a hacer, pero pusimos especial atención en este lote y sí parecen más capaces que el resto. Son lo más cercano que podremos conseguir a lo que nos pediste.

Un escorpión con una raya blanca en el pelo se aburre de su juego sangriento y camina hacia el contenedor lleno de seres humanos. Los brazos esqueléticos se retiran detrás de la puerta de malla. Se escuchan pies moverse rápidamente sobre el piso de metal, alejándose lo más posible del monstruo.

El escorpión se yergue frente a la puerta del contenedor. Luego lanza un poco del contenido de su cubeta dentro de la jaula.

La noche se llena al instante de forcejeos, gruñidos animales y gritos de frustración y desesperación.

Las personas dentro del contenedor luchan desesperadamente entre sí por los despojos sangrientos. Y pensar que las partes que devoran podrían haber sido de uno de los suyos...

—¿Ves lo que quiero decir? —Beliel suena como un padre orgulloso.

Me adelanto un poco. Incremento mi velocidad, tratando de pasar frente al contenedor lo más rápido posible. Pero los demás mantienen el paso lento de antes, intentando no llamar la atención.

Alguien aprieta mi brazo con saña y me jala con tanta fuerza que siento que mi cuello está a punto de romperse. Un escorpión de cabello grasiento hasta los hombros me saca de la manada.

El escorpión de la raya blanca que lanzó las vísceras a los prisioneros me mira. El interés le ilumina el rostro. Se acerca hacia mí.

De cerca, sus hombros y muslos son enormes. Me arranca de las manos del primer escorpión y me arrastra detrás de él, sosteniendo mis dos muñecas en una sola mano.

Me jala hacia el contenedor de la tortura. Los brazos esqueléticos salen a través de la malla de metal con sus dedos largos y delgados.

Me cuesta trabajo respirar, y cuando consigo tragar una bocanada de aire, casi me hace vomitar. El hedor aquí cerca es feroz.

Me resbalo en algo grumoso y resbaladizo, pero el monstruo me sostiene tan fuerte que no caigo al suelo. Mi corazón se detiene cuando comprendo que no iré con los demás al edificio de piedra, sino que pasaré a engordar las filas de las víctimas torturadas.

Arrastro mis pies y me resisto con todas mis fuerzas, tratando de aflojar una de las manos del monstruo. Pero no soy rival para este gigante.

Algunos pasos antes de llegar a la apertura, el escorpión me empuja contra la puerta de malla. Me estrello contra ella y me sostengo de las cadenas para mantenerme en pie.

En cuanto escuchan el golpe, las sombras en el fondo del contenedor corren hacia mí.

Encorvados y maltrechos, con los brazos y las piernas torcidos y sus harapos arrastrándose por el suelo, se empujan entre sí para llegar a mí tan rápido como pueden.

Un grito surge de mi boca mientras trato de empujarme hacia atrás.

Los brazos tratan de alcanzarme como un bosque de huesos que brotan a través de la malla.

Agarran mi pelo, mi cara, mi ropa.

Grito y me sacudo, tratando de no ver sus rostros esqueléticos, su cabello sucio, sus uñas ensangrentadas.

Me retuerzo y me jalo hacia atrás, desesperada por salir de su alcance. Hay muchos de ellos, pero son débiles, apenas pueden mantenerse de pie mientras me alejo.

Raya Blanca hace unos ruidos chillones que suenan sospechosamente como una risa. Por lo visto esto le parece gracioso.

Me agarra y me arrastra de regreso al río de gente que está bajando del *ferry*.

Nunca tuvo la intención de arrojarme al contenedor de la tortura. Simplemente quería asustar a los nuevos prisioneros y, supongo, a mí con ellos.

Nunca he tenido ganas de matar a un ser vivo antes. Pero ahora tengo muchas ganas de matar a este.

Caminamos por el sendero de piedra hacia el edificio principal, que está en la cima de la isla. Por encima de nosotros, enjambres de escorpiones vuelan en lo que parece un caos masivo. Hay tantos de ellos que sus alas provocan un viento desagradable y antinatural que cambia de dirección constantemente. Por lo que pude ver antes, sé que existe un patrón de vuelo entre ellos, pero desde aquí, se ve y se siente como si estuviéramos en medio de un nido de insectos gigantes.

No hay ni un ángel a la vista. Esto no puede ser su nuevo nido. Por lo que he visto, los ángeles prefieren las cosas buenas de la vida, y Alcatraz no es exactamente un *resort* de clase mundial. Debe ser una especie de centro de procesamiento humano.

Busco a mi alrededor para ver cómo están Clara y mamá. Clara es fácil de

detectar con su piel seca y el cuerpo encogido, pero no veo a mi madre por ninguna parte. Cuando Clara me ve buscando, mira a su alrededor tratando de ayudarme, sorprendida de darse cuenta de que mamá no está a su lado.

Pero nadie parece estar buscando a un preso faltante. No sé si eso es una buena o una mala noticia.

No puedo escuchar nada más que el zumbido de las alas de insecto de los escorpiones, pero los guardias no tienen problema para dejarnos claro por dónde quieren que vayamos. Subimos hacia el edificio de piedra en la roca gigante: Alcatraz, siguiendo el camino que transitaron tantos otros prisioneros en el pasado.

El viento anormal revuelve mi cabello alrededor de mi cabeza, reflejando lo que siento por dentro.

Una vez que entramos en el edificio, el ruido y el viento se calman. En su lugar, escucho un gemido suave que rebota en las paredes. No es el gemido de una sola persona, sino el lamento colectivo de un edificio lleno de gente.

Estoy en el infierno.

He oído hablar de las condiciones deplorables de algunas prisiones en el extranjero, lugares donde los derechos humanos son un sueño lejano que solo existe en la televisión o en los libros que leen los estudiantes universitarios. Lo que no había pensado antes es que los guardias, las terribles condiciones y el estar atrapado son solo una pequeña parte del infierno.

El resto está en tu cabeza. Las cosas que te imaginas que provocan los gritos que provienen de lugares desconocidos. La imagen que creas en tu mente del rostro de la mujer que llora sin parar a unas cuantas celdas de la tuya. La historia que reconstruyes a partir de los ruidos metálicos y el sonido agudo de lo que solo puede ser algún tipo de sierra eléctrica.

Estamos hacinados en las antiguas celdas de la prisión, decoradas solo con óxido y pintura vieja. Somos tantos dentro de cada celda que solo podemos estar de pie.

Por suerte el antiguo catre de la celda está empotrado a la pared y ocupa un poco de espacio. De lo contrario, seguro que los escorpiones hubieran aplastado a más de nosotros aquí dentro. Así, algunos de nosotros podemos sentarnos en la cama. De este modo los heridos pueden descansar. El catre también será muy útil si en algún momento queremos tomar turnos para dormir.

Como si este lugar no fuera lo suficientemente infernal, una alarma se activa aleatoriamente, poniéndonos a todos los pelos de punta. Además, cada pocas horas, un grupo de prisioneros es conducido en silencio por el pasillo, provocando oleadas de pánico entre los que quedamos atrás.

Nadie parece saber qué pasa con esos prisioneros, pero ninguno de ellos regresa nunca. Los guardias que escoltan a estos grupos son dos humanos con dos escorpiones detrás a modo de refuerzo. Los guardias humanos son estoicos y hablan lo menos posible, lo que los hace aún más aterradores.

Después de un rato, comienzo a dormitar. Pronto pierdo la noción del tiempo. No sé si llevamos aquí horas o días.

Cada vez que se escucha la puerta de una celda, sabemos que otro grupo se va para no volver.

Cuando marchan frente a nuestra celda, reconozco algunos de los rostros. Uno de ellos es el padre que fue separado de su hijo. Sus ojos buscan a su hijo desesperadamente entre los que quedamos tras las rejas. Cuando por fin lo encuentra,

lágrimas gruesas se deslizan por sus mejillas. El niño está en la celda frente a la mía. Los demás prisioneros se juntan a su alrededor y lo abrazan mientras él tiembla entre sollozos, viendo a su padre alejarse de él.

Un hombre mayor comienza a cantar la canción de despedida de los chicos exploradores en un hermoso barítono. Muchos de nosotros no conocemos la letra, pero todos la reconocemos en nuestros corazones. Tarareo junto con los demás prisioneros mientras el grupo de condenados pasa frente a nosotros.

Cigarrillos. ¿Quién hubiera pensado que seguirían causando problemas, incluso en el fin del mundo?

Hay algunos fumadores en nuestra celda, y uno de ellos comparte sus cigarrillos con los demás. Estamos tan amontonados que no importa cuánto lo intenten los fumadores, no pueden dejar de soplarle el humo a alguien. En California, es preferible escupirle a alguien en la cara en vez de soplarle el humo de un cigarrillo.

—Disculpen, ¿podrían apagar eso? —pregunta un tipo—. ¿No creen que es suficientemente desagradable aquí, sin que contaminemos el aire?

—Lo siento. Creo que nunca había necesitado tanto un cigarrillo —la mujer aplasta el cigarrillo contra la pared—. Un capuchino doble también estaría muy bien.

Otros dos presos continúan fumando. Uno de ellos tiene varios tatuajes en los hombros y a lo largo de los brazos. Los diseños son complicados y coloridos, claramente son del mundo de antes.

Había bandas en la Bahía antes de que llegaran los ángeles. No eran muchas y no salían de su territorio, pero estaban aquí. Quizá esa es la razón por la que las bandas callejeras crecieron tan rápido en el nuevo mundo. Ya estaban organizadas y bien establecidas. Fueron las primeras en tomar posesión de las tiendas y después comenzaron a reclutar más gente.

Apuesto a que este tipo era uno de los miembros originales de una banda de verdad. Tiene un aire de malandro que los ingenieros de Silicon Valley no pueden imitar, independientemente de lo que hayan hecho para sobrevivir en las calles el último par de meses.

—¿Qué te preocupa, veganito? —le pregunta el Señor Tattoo—. ¿El cáncer de pulmón? —se inclina hacia el otro tipo y tose en su cara, exhalando humo encima de él.

Todos nos tensamos. La gente trata de alejarse de ellos, pero no hay sitio adónde ir. Estamos tan cerca unos de otros que si hay una pelea, todos saldremos lastimados. Como estar atrapado dentro de una licuadora. No importa lo que hagas, no puedes evitar que te jalen sus aspás.

Como si la tensión de la pelea inminente no fuera suficiente, la alarma se activa otra vez.

Podrías pensar que cualquiera retrocedería ante un pandillero de verdad. Pero estarías equivocado.

El Valle no solo estaba lleno de ingenieros tranquilos, inteligentes y amables.

Según mi padre, quien fue alguna vez un ingeniero tranquilo, inteligente y amable, antes de convertirse en el empleado de una tienda de conveniencia con más estudios a la redonda, el Valle también está lleno de ejecutivos de alto octanaje con personalidades de macho mega-alfa. Los que mueven los hilos. Empresarios en esteroides. De los que invitan al presidente a cenar.

Ahora vivimos en un mundo donde esos poderosos machos mega-alfa están atrapados tras las rejas con miembros de pandillas callejeras como el Señor Tattoo, discutiendo sobre quién tiene derecho a fumar. Bienvenidos al nuevo mundo.

El Señor Alpha es un tipo grande, rubio, de treinta y tantos años, que seguramente visitaba con regularidad el gimnasio. Apuesto a que tiene una sonrisa encantadora, pero en este momento parece que sus nervios están a punto de reventar y lo único que lo impide es su fuerza de voluntad.

—Soy alérgico al humo de tabaco —dice Alpha—. Mira, todos tenemos que cooperar para sobrevivir —lo dice entre dientes, tratando de mantener la cabeza fría.

—¿Entonces debo apagar mi cigarrillo solo por ti? Vete a la mierda. Nadie es alérgico al tabaco. Simplemente no les gusta y punto —Tattoo le da una calada profunda a su cigarrillo.

El otro fumador apaga discretamente su cigarrillo, tratando de que nadie lo vea.

—¡Apaga ese maldito cigarrillo! —la autoridad en la voz de Alpha se puede escuchar incluso por encima de los gritos de la alarma. Es un tipo que está acostumbrado a ser obedecido. Un tipo que solía tener poder.

Tattoo lanza su colilla de un chasquido en dirección de Alpha. Por un momento, todos nos relajamos. Pero entonces Tattoo saca un nuevo cigarrillo y lo enciende.

La alarma se apaga, pero ahora el silencio se siente peor.

La cara y el cuello de Alpha se ponen de un rojo brillante. Empuja con fuerza al otro tipo, con cara de que no le importa si recibe una paliza que lo mande al otro mundo. Tal vez de verdad no le importa. Tal vez le parece mejor que averiguar lo que los ángeles tienen planeado para nuestro futuro.

El problema es que está decidiendo por el resto de nosotros también. Una pelea en una celda del tamaño de un ataúd significa que varios saldremos lastimados, en un momento en el que no podemos darnos ese lujo.

La gente empieza a moverse, tratando de alejarse de ellos.

Yo estoy de pie en una esquina junto a Clara. Los demás nos empujan contra los barrotes. Si surge el pánico podrían aplastarnos contra las barras de metal. Seguro que no moriremos, pero podríamos rompernos algún hueso. No es un buen momento para eso.

En el centro de la celda, Tattoo se lanza sobre Alpha. Alpha, sin embargo, no debería ser subestimado.

Agarra la chaqueta de un hombre y lanza la cremallera hacia los ojos de Tattoo. Golpea a una mujer en la cara.

Tattoo echa su brazo hacia atrás con fuerza para golpearlo y su codo golpea en el

cuello a un hombre mayor. El hombre cae sobre Clara, que se golpea la cabeza contra los barrotes. Yo solo quiero ocuparme de mis asuntos, pero esto no va a terminar bien para nadie.

Me escabullo hacia ellos entre la gente y atrapo a Tattoo por los hombros. Lo golpeo con mi rodilla por detrás de la suya. Lo hago con cuidado, asegurándome de no rompérsela. Una fractura de rodilla en nuestra situación es una sentencia de muerte.

Cuando cae, jalo sus hombros hacia mí y lo atrapo por el cuello con un brazo y por la frente con el otro en una llave. Aprieto los brazos, haciéndole saber que es en serio. No voy a cortar su suministro de aire. Prefiero cortar la sangre que va a su cerebro. Es más rápido. Tendría de tres a cinco segundos antes de perder la conciencia.

—Relájate —le ordeno. Obedece al instante. Este tipo ha estado en suficientes peleas como para saber cuándo lo han vencido.

Alpha, en cambio, no sabe cuándo parar. Sus ojos desorbitados y su rostro carmesí me dicen a gritos que su miedo y frustración todavía lo están dominando. Lanza su pierna hacia atrás, golpeando a alguien más en el proceso, y se prepara para patear a Tattoo como si fuera un balón de fútbol mientras yo lo sostengo.

—Si sueltas esa patada, te juro que lo voy a dejar comerte vivo —bajo el tono de mi voz para que parezca más grave y trato de sonar lo más autoritaria posible. Pero Tattoo seguramente ya se dio cuenta de que mis brazos son flacos y cortos. Probablemente ya registró también el hecho de que mi voz es de mujer.

Me va a ir muy mal si no logro establecer el control mientras Tattoo está de rodillas. Porque si logra levantarse y ve lo pequeña que soy en comparación, puede empezar a tener malas ideas.

Así que hago algo que jamás hubiera hecho en el mundo de antes.

A pesar de que se rindió, lo ahogo con mi llave. Su cuerpo cae al suelo, inconsciente.

Estará fuera de sí durante unos segundos, tiempo suficiente para que me encargue de Alpha. Y cuando este par de revoltosos vuelvan en sí, indefensos y tirados en el suelo conmigo parada encima de ellos, entenderán el mensaje: yo mando aquí. Yo decido quién vive o muere, yo decido si pueden pelear o no.

Todo suena bien en mi cabeza.

Solo que no sucede de esa manera.

**E**stoy a punto de encargarme de Alpha cuando somos golpeados por una fuerza tan fuerte que solo puedo describirla como un cañón lleno de pequeños fragmentos de hielo. La fuerza me empuja de golpe contra la pared. Pero a diferencia de un disparo de cañón, esta no se detiene.

Me toma un segundo darme cuenta de que se trata de un chorro de agua a presión proveniente de una manguera de bomberos. Es tan frío e intenso que me congela el aire en los pulmones.

Cuando por fin se detiene, soy un pedazo maltrecho de tela húmeda tumbado inerte en el suelo.

Unas manos ásperas me toman de los brazos, me levantan y me arrastran fuera de la celda. Mientras me esfuerzo por respirar, logro vislumbrar que unos guardias de rostros sombríos arrastran también a Tattoo y Alpha.

Me tambaleo de modo que termino caminando a un lado de mis captores. Es mejor caminar a que me disloquen los hombros al arrastrarme. Una vez que les queda claro que voy a acompañarlos sin oponer resistencia, uno de los tipos me deja ir y ayuda a los dos que están arrastrando a Tattoo. Ha vuelto en sí y se está resistiendo con todas sus fuerzas.

Mi guardia se acerca a Tattoo y le asesta un golpe en el vientre mientras los otros dos guardias lo sostienen. Me estremezco de presenciarlo. Después de eso, todos avanzamos por el pasillo central sin oponer resistencia.

Los guardias nos llevan por un corredor de ladrillo con pintura descascarada y a través de una puerta de metal. Un letrero descolorido dice SÓLO PERSONAL AUTORIZADO. La puerta se abre hacia una escalera estrecha que hace un ruido hueco cuando descendemos por ella. La habitación de abajo tiene un aire industrial, como una fábrica. Una celosía de gotas de agua gigantes cuelga del techo y casi llega hasta el suelo.

A medida que nos acercamos, puedo ver mejor de qué se trata. Hay cosas enroscadas dentro de las gotas.

Personas.

Desnudas y enroscadas en posición fetal. Inconscientes y suspendidas en el agua.

Lo más espeluznante es que me resultan vagamente conocidos.

Casi estoy esperando ver que alguno se chupe el dedo o algo por el estilo, pero ninguno hace nada de eso.

—¿Qué es esto? —pregunta un hombre en el centro de la habitación cuando nos ve entrar. Lleva una camisa de franela y jeans y tiene una carpeta en la mano. Con el cabello castaño y ojos color miel, parece un estudiante universitario realizando una

investigación. Me imagino que sería un buen tipo en cualquier otro entorno.

—Alborotadores —dice el guardia.

—Llévenlos al fondo —dice el hombre, distraído con su carpeta—. La última fila necesita un poco de ayuda.

Tattoo, que ahora está caminando por su cuenta sin causar problemas, es el primero en ser conducido hacia el campo de gotas de agua. El guardia de Alpha lo empuja detrás de él. Hasta ahora, mi guardia me había permitido caminar por mi cuenta sin tocarme. Ahora, se aferra a mi brazo como si tuviera miedo de que intente escapar.

—¿A cuáles, Doc? —pregunta mi guardia.

—A cualquiera, siempre y cuando sean de la última fila —dice el doctor mientras camina a un lado de nosotros hacia una oficina con una ventana desde donde se pueden observar las gotas.

Entramos en la matriz de las gotas de agua. La primera fila contiene personas.

Mientras caminamos hacia la parte posterior de la sala, los humanos dentro de las gotas empiezan a transformarse. Es como ver un video lapsado sobre desarrollo fetal.

Pronto, las personas en las gotas tienen colas.

A medio camino, les han empezado a crecer alas de insecto.

Al fondo, se han transformado en monstruos escorpión.

La habitación está llena de escorpiones en varias etapas de desarrollo. Cientos de ellos. Y todos ellos surgen a partir de seres humanos.

Cuando llegamos a la última fila, los escorpiones están completamente formados, con el cabello hasta los hombros y dentaduras que se han transformado en dientes de león. Los de la última fila se mueven, alertas, mirándonos mientras nos acercamos.

Este laboratorio es mucho más avanzado que el del sótano del nido. Es más sistemático, y los fetos parecen más fuertes y peligrosos. ¿Cuántas de estas fábricas de escorpiones hay?

Tattoo empieza a luchar contra sus guardias de nuevo. Hay tres de ellos, y a pesar de sus músculos y mala actitud, la técnica de pelea de Tattoo es ineficiente y descuidada.

Jalonea a sus guardias, y los músculos de su cuello y sus brazos se hinchan con el esfuerzo. Los guardias están a punto de empujarlo dentro de una gota cuando Tattoo se mueve inesperadamente y empuja el codo de uno de los guardias dentro de la gota.

La cosa en el agua se mueve tan rápido que no estoy segura de lo que está pasando.

Un segundo, el guardia está sosteniendo el hombro de Tattoo cuando su codo entra en el agua.

Un segundo después, el torso completo del guardia está dentro de la gota y sus piernas suspendidas patean el aire con desesperación. El agua de la gota se enturbia con su sangre.

Todos miramos con asombro cómo el guardia desafía la gravedad (y no sé cuántas

leyes de la física) volando ahí, con la mitad del cuerpo dentro del agua y la otra mitad afuera. Dentro de la gota, el monstruo inyecta veneno en el cuello del guardia mientras se prende de su cara y comienza a succionar. Nubes de sangre se arremolinan a su alrededor dentro de la gota imposible, que de alguna manera logra conservar su forma y contener el líquido en su interior, a pesar de que está perforada por el cuerpo del guardia.

Los ojos de Tattoo están desorbitados. Acaba de darse cuenta de lo que tienen planeado para él. Voltea a mirarnos a Alpha y a mí. Seguramente tenemos la misma expresión en el rostro.

Después de él, seremos los siguientes.

Alpha le hace una señal con la cabeza a Tattoo, como si se hubieran puesto de acuerdo en algo. Supongo que no hay nada como la posibilidad de una muerte espantosa para que la gente olvide por completo sus diferencias. Agarran a uno de los guardias que todavía sostiene a Tattoo. Entre los dos, le empujan la cabeza dentro de otra gota.

El escorpión que vive dentro de ella se acerca hacia él. El guardia trata de alejarse frenéticamente, empujando la gota instintivamente con sus manos para sacar la cabeza de ahí.

Pero sus manos también se deslizan dentro del agua.

Y entonces ya no puede sacarlas.

Su espalda, cuello, brazos, piernas, pies, todos luchan por salir de la gota.

Pero ni un centímetro de su cuerpo vuelve a salir del agua una vez que la toca.

El guardia comienza a convulsionarse. Cada fibra de su cuerpo tiembla en un grito ahogado mientras lucha desesperadamente contra el feto de escorpión.

No puedo mirar más.

El resto de los guardias, que ya no nos superan en número, huyen rápidamente. Dos corren hacia la puerta trasera y mi guardia corre en dirección contraria.

El gorgoteo de las burbujas y el rechinido de los zapatos del guardia, que se resbalan en el piso mientras forcejea, me ponen los nervios de punta. Pero después de unos momentos, ambas víctimas se calman a medida que el veneno las paraliza.

El lugar de repente se vuelve demasiado tranquilo.

—¿Y ahora qué? —pregunta Tattoo. A pesar de sus músculos, parece un niño perdido.

Todos miramos alrededor del bosque de monstruos suspendidos en gotas de agua.

—Tenemos que salir de aquí —dice Alpha.

Escuchamos el silbido de un escorpión proveniente de la puerta trasera.

Corremos a través de la matriz hacia la escalera principal, con cuidado de no chocar contra ninguna de las gotas.

Se escucha un rugido a través de la sala oscura. Filas de gotas se balancean, amenazando con caer. No quiero ni pensar en lo que pasaría si se caen. En mi mente, el agua ya está salpicando el suelo y los fetos monstruosos se desenroscan cuando pasamos corriendo junto a ellos.

La estructura en el techo, desde la que cuelgan las filas de gotas, se desplaza lentamente hacia atrás. ¿Es agua eso que salpica detrás de nosotros, o es mi imaginación?

La matriz se recorre una fila hacia atrás, luego se detiene.

La extraña sensación de correr entre úteros transparentes me resulta aún más surrealista mientras los fetos de escorpión cambian con cada fila que pasamos, cada vez son más humanos. Cuando llegamos a lo que ahora es una nueva primera fila de gotas vacías, escuchamos el eco hueco de pisadas bajando por las escaleras delante de nosotros. Nos detenemos en seco, buscando a nuestro alrededor.

El único lugar que nos queda es la oficina elevada con vista a la fábrica de monstruos. Corremos hacia ella y entramos lo más rápido posible.

Doc, el tipo de la camisa de franela y jeans, levanta la vista de su carpeta, donde estaba tomando notas frente a un televisor antiguo.

Alpha recoge una pluma con una mano y atrapa a Doc por el cabello con la otra. Acerca la pluma a un ojo de Doc, listo para apuñalarlo.

—Voy a ensartarte esto en el ojo a menos que nos quites a esos monstruos de encima —susurra Alpha. Sigo pensando que solía ser un empresario, pero parece que lo dice en serio. Tal vez la vida en una oficina es más difícil de lo que pensaba.

—Los humanos les importan poco, mientras tengan suficientes de ellos —dice Doc mirando a la pluma—. No los van a estar buscando.

Como para probar su punto, nos señala el ventanal que da al laboratorio con la mirada. Un grupo grande entra en la fábrica debajo de nosotros. Varios escorpiones conducen a un grupo de personas desnudas cubiertas de mugre.

Delante de ellos hay una nueva fila de gotas de agua vacías.

Uno de los guardias humanos se para frente al grupo. Lo podemos escuchar debajo de nosotros a través de la puerta abierta, mientras dice: «Será mejor que obedezcan sin oponer resistencia». Suena como si de verdad lo creyera, como si les estuviera haciendo un favor al decirles eso. «De lo contrario, esto podría sucederle a cualquiera de ustedes». Le hace una señal con la cabeza a los otros guardias.

Atrapan a la persona más cercana y la arrastran un par de filas más abajo, donde lo empujan dentro de una gota.

Incluso desde aquí, puedo escuchar su grito de terror ahogado. El escorpión

formado a medias se encoge, como si tratara de picar a su presa con el aguijón que todavía no tiene, y después se engancha a su rostro con su boca todavía humana y comienza a succionar.

Aparto la mirada mientras puedo.

Las personas paradas frente a la puerta se quedan congeladas, sus rostros denotan horror y asombro.

—Es su elección —dice el tipo que parece el capataz—. Pueden ser como él — señala a la víctima del escorpión—. O pueden elegir entrar en una de estas gotas vacías sin causar problemas. Las primeras quince personas que se ofrezcan como voluntarios para entrar en el agua pueden hacerlo.

Todo el mundo da un paso hacia adelante.

El capataz empieza a escoger víctimas al azar y entran en sus jaulas acuáticas.

—¿Cómo haré para respirar? —pregunta un hombre grande, cuyo cuerpo ya está dentro de la gota. Solo su cabeza sobresale.

Uno de los guardias humanos empuja la cabeza del hombre dentro del agua sin contestar.

La pregunta parece ocurrírsele a todos ellos tan pronto como entran en el agua. Supongo que toda la situación es tan extraña y surrealista que las víctimas pensaban que estos detalles ya estaban resueltos. O tal vez simplemente asumieron que podrían sacar la cabeza para respirar.

Cuando se dan cuenta de que están atrapados y no pueden salir de ahí, sus rostros cambian de ansiedad a pánico.

La primera fila de gotas se balancea erráticamente mientras sus nuevos habitantes se agitan dentro de sus jaulas acuáticas. Estas se llenan de burbujas mientras el precioso aire de los pulmones de las víctimas se filtra por sus bocas. Algunos gritan debajo del agua. Ecos ahogados rebotan en las paredes del laboratorio.

El resto del grupo salta hacia atrás, claramente lamentando su decisión. Pero los guardias los atrapan y los empujan dentro de las gotas. Les resulta mucho más fácil, porque las personas que eligieron antes eran las más grandes y fuertes del grupo.

Para cuando se dan cuenta de que es una trampa, solo quedan libres los más débiles.

Tattoo cierra la puerta de la oficina con mucho cuidado, dejando fuera el ruido de abajo.

Alpha tira del cabello de Doc, jalando su cabeza hacia atrás sin alejar la pluma de su ojo.

—¿Cómo puedes vivir con esto en tu conciencia? —gruñe Alpha.

—Lo pregunta el tipo que amenaza con apuñalar a otro ser humano en el ojo — responde Doc con sarcasmo.

Tattoo se inclina sobre Doc.

—Tus privilegios humanos fueron revocados, idiota.

En la oficina hay un escritorio, una silla y largas hileras de campanas de cristal llenas de masas color carne que no quiero mirar de cerca. No me sorprendería que hubieran utilizado esas cosas cuando Alcatraz era una cárcel de verdad para criminales de verdad.

—Soy un prisionero aquí, igual que ustedes —dice Doc, apretando los dientes—. Hago lo que me obligan a hacer, igual que ustedes. No tengo opción. Igual que ustedes.

—Seguro —dice Alpha—. Solo que, a diferencia de nosotros, no eres diversión para los monstruos, ni alimento para lo que sea que son esas cosas.

Detrás de Doc hay varias cajas rectangulares pequeñas que parecen libros gruesos. Cada una tiene una imagen pegada al frente, con un nombre escrito debajo. Una de ellas me llama la atención. Las letras escritas con rotulador sobre la caja dicen PAIGE. La imagen es de muy mala calidad, pero los ojos oscuros y la cara de hada son inconfundibles.

—¿Qué es esto? —mi corazón late rápido, rogándome que ignore la caja.

—La raza humana está a punto de desaparecer, ¿ustedes creen que eso me hace feliz? —pregunta Doc.

—¿Qué es esto? —les muestro la caja que dice PAIGE.

—Déjame adivinar, ahora resulta que estás luchando por salvarnos —dice Alpha.

—Hago lo que puedo.

—A escondidas, sin duda —dice Alpha.

—Muy a escondidas, hermano —dice Tattoo.

—¡Hey! —insisto—. ¿Qué es esto?

Finalmente voltean a verme sosteniendo la cajita con el nombre y la imagen de Paige.

—Es un video —dice Doc.

Las alarmas suenan otra vez, rebotando en las paredes de la prisión.

—¿Qué demonios es eso? —pregunta Tattoo—. ¿Y por qué suena a cada rato?

—Hay una loca suelta por ahí —dice Doc—. Abre las salidas de emergencia a cada rato. Eso activa las alarmas. ¿Me vas a dejar ir?

Bueno, por lo menos sé que mi madre está bien.

—Quiero ver el video —digo.

—¿Es en serio? —pregunta Tattoo—. ¿Y no quieres palomitas también?

—Creo que es mi hermana —levanto la caja—. Tengo que ver esto.

—¿Paige es tu hermana? —pregunta Doc—. Parece percatarse de mi presencia por primera vez.

Me estremece saber que ese hombre conoce a Paige.

Doc trata de acercarse a mí, pero Alpha lo jala del cabello otra vez.

—Apuñálame en el ojo o déjame en paz —Doc se libera de las manos de Alpha, que lo deja ir finalmente.

—Tengo que ver este video.

—Si esa niña era tu hermana —dice Doc—, temo que murió durante el ataque al viejo nido.

—No, no murió —le digo.

Me mira con sorpresa.

—¿Cómo lo sabes?

—Estaba conmigo apenas ayer, o cuando sea que llegué aquí.

Los ojos de Doc se clavan en mí con tanta intensidad que siento que soy la única persona en el mundo en ese momento.

—¿Ella no te atacó?

—Es mi hermana —digo simplemente, como si eso respondiera a la pregunta.

—¿Dónde está ahora?

—Creo que vino hacia acá. La seguimos.

La alarma se apaga y todos nos relajamos un poco.

—No tenemos tiempo de ver un video, cariño, ¿estás loca? —pregunta Tattoo—. Tráelo contigo.

—Está en formato Betamax —dice Doc—. Y este es quizás el único reproductor Betamax que queda en toda la Bahía —dice Doc, señalando un viejo aparato bajo una televisión arcaica—. Es antiguo, como todo lo que quedaba por aquí.

—¿Qué es Betamax? —le pregunto.

—Un formato de video obsoleto —dice Alpha—. Más viejo que tú.

—No puedes verlo en cualquier lugar. Solo en este equipo —dice Doc, encogiendo los hombros.

—¿Cuál es el plan? —les pregunto a Alpha y a Tattoo—. ¿Hay forma de que pueda ver esto y luego alcanzarlos en algún lado?

Se miran el uno al otro y me queda claro que ninguno tiene un plan.

—Lo llevamos prisionero y salimos de aquí —dice Alpha.

—Entonces todos moriremos —dice Doc—. Mi vida no significa nada para las

langostas.

—¿Langostas?

—Esas cosas —señala hacia la ventana—. Así las llaman los ángeles. No sé por qué. Serán el fin de la humanidad —se adentra en su propio mundo interior por un minuto mientras observa la fábrica de escorpiones bajo nosotros, luego parece recordar que estamos ahí—. Miren, si quieren escapar, esta noche es su única oportunidad. Algo va a suceder, todas las langostas saldrán en una misión.

—¿Y por qué habríamos de creerte? —pregunta Tattoo. Encontró un abrecartas y está probando su filo.

—Porque soy un ser humano y ustedes también. Estamos en el mismo equipo, nos guste o no.

—¿Cuánto tiempo se irán las criaturas? —pregunta Alpha.

—No lo sé.

—¿A qué hora se irán?

—Solo sé lo que les acabo de decir. Esta noche es su única oportunidad.

—Si las langostas se van, podríamos liberar a todos —les digo, pensando en Clara y mamá y todos los que cantaron la canción de despedida cuando esas personas eran llevadas a sus muertes. Ahora sé adónde las llevaron.

—Será difícil escabullirnos con todo el mundo a cuestas —dice Alpha.

—No hay forma de escabullirse en ese barco —le digo—. A menos que quieras nadar con los tiburones para salir de aquí. Entre más gente lo intente, más posibilidades hay de que algunos logremos escapar.

—Si todos lo intentamos —dice Alpha— te garantizo que muchos no lo lograremos.

—Si los dejamos aquí, te garantizo que *ninguno* de ellos lo logrará —le digo.

—La chica tiene razón —dice Tattoo.

Alpha respira profundo y suelta el aire lentamente.

—Las llaves de las celdas están en la sala de los guardias —dice Doc—. Tienen que convencer a los guardias humanos de que van a liberar a todos, incluso a ellos. Ellos conseguirán las llaves, correrán la voz y abrirán las celdas.

—Estás mintiendo —dice Tattoo.

—No, no es así. ¿Crees que hay una sola persona que esté aquí voluntariamente? ¿Crees que no nos marcharíamos si pudiéramos hacerlo? Solo tienes que convencerlos de que sus posibilidades de sobrevivir son mayores con ustedes. Esa parte será más complicada de lo que crees.

—¿Y por qué no habían planeado esta noche, si saben que los guardias se irán? —pregunta Alpha—. ¿Por qué esperar a que nosotros rescatemos a todo el mundo?

—Porque solo hay un barco. Y cuando ellos se vayan, lo dejarán atracado en San Francisco, no aquí. Esto es Alcatraz, caballeros. No necesitan guardias para mantenernos aquí. Estamos rodeados de agua.

—¿Podemos nadar a San Francisco? —pregunta Tattoo.

—Quizás. Algún atleta que haya entrenado para ello y que no tenga miedo de nadar entre tiburones. Alguien con un traje de neopreno, y de preferencia durante el día, porque el agua está helada. ¿Conoces a alguien así?

—Tiene que haber una forma de salir —dice Tattoo—. Piensa, doctorcito. O me aseguraré de que seas el primero en caer al agua esta noche.

Doc me observa. Casi puedo ver los engranajes en su cabeza girando a toda velocidad.

—Escuché que encierran al conductor del barco en un contenedor del muelle cuando atraca en San Francisco. Puedo conseguir que suban a la chica a bordo del barco —me señala con la cabeza—. Tal vez ella pueda liberar al conductor y convencerlo de que traiga el barco de vuelta.

—Yo lo haré —dice Tattoo—. Me sacrificaré por el equipo.

—Seguro que lo harías, pero tiene que ser ella —dice Doc.

—¿Por qué?

—Están reclutando mujeres para llevarlas al nido. Puedo convencerlos de que lleven a alguien que yo elija. Pero, a menos que seas una mujer joven y atractiva, no puedo subirte al barco.

Tattoo me mira de arriba abajo. Está tratando de adivinar si desapareceré al segundo que toque tierra firme.

—Mi madre está aquí, y también mi amiga —le digo—. Haré todo lo que pueda para ayudarlos a escapar.

Alpha y Tattoo se miran de nuevo, tienen una conversación en silencio.

—¿Cómo sabemos que el conductor del *ferry* arriesgará su vida regresando por nosotros? —pregunta Alpha—. ¿Su madre está aquí también?

—Tu amiga tendrá que ser muy convincente —dice Doc.

—¿Y si no lo es? —pregunta Tattoo.

—Entonces tendremos que encontrar a alguien más que conduzca el *ferry* —contesta Doc tranquilamente.

—Si estás tan seguro de que puede funcionar, ¿por qué no lo intentaron antes? —pregunta Alpha.

—Es la primera vez que todas las criaturas y los ángeles van a salir juntos. ¿Qué te hace pensar que no lo habríamos hecho sin ti?

Los chicos asienten.

—¿Crees que puedes hacerlo? —me pregunta Alpha.

—Sí. Traeré el barco de vuelta yo misma si hace falta.

—Sería genial si no lo hundes —dice Alpha.

—Correcto —le digo—. Buscaré a alguien que sepa lo que está haciendo —me escucho más confiada de lo que me siento.

La alarma suena otra vez, rebotando en las paredes y agrediendo nuestros oídos.

—Tal vez puedan pedirle a esa mujer que los ayude —dice Doc—. Por lo visto conoce todas las salidas de este lugar.

—Vayan —les digo—. Abran las puertas de las celdas cuando llegue el momento. Yo liberaré al capitán del barco.

Tattoo y Alpha se miran a los ojos, ninguno de los dos parece convencido. La alarma se apaga de nuevo.

—¿Se les ocurre algo mejor? —pregunta Doc.

Los hombres asienten finalmente.

—Más vale que estés diciendo la verdad, Doc —dice Tattoo—. O serás carnada para tiburones por la mañana. ¿Me oyes?

Alpha parece estar a punto de preguntarme si estaré bien, pero al final no dice nada. Tal vez recordó dónde nos encontramos. No podemos saber si estaremos bien, o vivos siquiera, de un momento a otro.

—Si encuentran a la mujer de las alarmas —les pido—, díganle que son amigos de Penryn. Por favor, cuídenla. Creo que es mi madre.

Tattoo mira a Doc una vez más y sale por la puerta.

¿Estabas diciendo la verdad? —le pregunto.

—Más o menos —dice Doc mientras introduce el video en la máquina rectangular debajo del televisor. Ambos parecen antiguos. A pesar de que la pantalla es pequeña, el resto del aparato es voluminoso y parece pesado, como salido de una de las fotos viejas de mi padre—. Era la forma más rápida de sacarlos de aquí, para que podamos hablar de algo realmente importante.

—¿Y qué es eso?

—Tu hermana.

—¿Por qué es tan importante?

—Quizá no lo sea —me mira de reojo y me da la impresión de que piensa lo contrario—. Pero estoy desesperado.

Lo que dice no tiene sentido, pero no me importa, siempre y cuando me deje ver el video. Presiona un botón en el reproductor.

—¿Realmente funciona?

—Lo que no daría por una computadora de verdad —resopla. Juega con las perillas del televisor, ajustando la imagen.

—¿Qué te detiene? Hay computadoras abandonadas por toda la Bahía.

—Los ángeles no son precisamente fanáticos de las máquinas del hombre. Prefieren jugar con la vida y la creación de nuevas especies, sobre todo los híbridos. Aunque tengo la impresión de que no deberían de estar haciéndolo —dice esta última parte en un murmullo, como si estuviera hablando consigo mismo—. Logré convencerlos de usar un poco de tecnología, pero la infraestructura en esta roca no era muy avanzada de por sí.

—Algunas cosas ahí afuera parecen muy avanzadas —digo, señalando hacia la ventana con la cabeza—. Mucho más que las que había en el sótano del nido.

—¿Viste el sótano del nido? —Doc levanta las cejas.

Asiento en silencio.

Él me mira, ladeando la cabeza como un perro curioso.

—Sin embargo, aquí estás.

—Créeme, estoy tan sorprendida como tú.

—El laboratorio del nido fue el primero que construimos —dice—. En ese entonces, yo seguía aferrándome a los métodos antiguos; a los métodos humanos. Requería de tubos de ensayo, electricidad y computadoras, pero no me permitían utilizar muchas de las cosas que necesitaba. La resistencia de los ángeles a la tecnología humana me obstaculizaba tanto que el laboratorio parecía una especie de sótano de Frankenstein en 1930.

Presiona el botón de *play* en el reproductor.

—Desde entonces, he adoptado los métodos de los ángeles. Son más elegantes y eficaces.

Una imagen arenosa y gris de una habitación sombría aparece en la pantalla. Un catre, una mesita de noche, una silla de acero. Es difícil distinguir si solía ser una celda de confinamiento solitario o el dormitorio de un triste burócrata.

—¿Qué es esto? —le pregunto.

—En algún momento alguien instaló un sistema de vigilancia en esta roca. No es de extrañar, teniendo en cuenta que era una atracción turística muy popular. Agregué sonido a las cámaras en algunas de las habitaciones. Los ángeles, obviamente, no saben que están siendo observados, así que te agradecería que no fueras por ahí anunciándolo.

En la pantalla, la puerta de metal de la habitación se abre de golpe. Dos ángeles sin camisa entran cargando a un gigante entre ellos. Incluso en la imagen de mala calidad, reconozco al demonio Beliel. Tiene un vendaje ensangrentado envuelto alrededor del abdomen. Detrás de ellos hay otro ángel que me resulta conocido. No puedo distinguir el color de sus alas en el video, pero adivino que son de color anaranjado quemado. Me acuerdo de él, de cuando se llevaron a Paige, la noche que él y sus compañeros cortaron las alas de Raffe. Lleva a Paige en un brazo como un saco de patatas. Sus piernas cuelgan, atrofiadas e inútiles. Parece diminuta e indefensa. Debe ser la noche que Paige fue secuestrada.

—¿Esa es tu hermana? —pregunta Doc.

Asiento, incapaz de articular palabra.

El ángel Quemado lanza a Paige hacia un rincón oscuro de la habitación.

—¿Estás segura de que quieres ver esto? —me pregunta Doc.

—Sí, estoy segura —no, no estoy segura. Me dan ganas de vomitar cuando pienso en todo lo que le puede haber ocurrido mientras yo no estaba cerca para protegerla. Pero no tengo otra opción. Tengo que ver el resto del video.

Mi hermana aterriza del otro lado de la habitación con un ruido sordo. Me estremezco cuando rebota contra la pared y se desploma sobre sus piernas inútiles. Un pequeño gemido de dolor se escapa de su boca, pero nadie en la habitación parece darse cuenta.

El ángel Quemado se olvida de ella al instante. Ahora levanta las piernas de Beliel. Entre todos lo arrojan pesadamente sobre el catre. Beliel cae sobre los resortes chirriantes. Parece que está muerto. Ojalá fuera así.

Detrás de ellos, mi hermanita se arrastra más hacia la oscuridad del rincón y se encoge allí. Tira de sus piernas con sus manos y las abraza contra su pecho, acostándose en posición fetal mientras observa a los ángeles con ojos aterrorizados.

La cabeza inconsciente de Beliel se balancea en un ángulo incómodo sobre la barra de metal que sirve de cabecera. Es obvio que si tiraran un poco de él hacia abajo, de modo que quedara sobre la almohada, estaría más cómodo. Pero no lo hacen.

Otro ángel llega con un platón de sándwiches y un gran vaso de agua. Coloca la comida y el agua sobre la mesita de noche a un lado de la cama. Mientras lo hace, dos de los ángeles salen de la habitación, dejando solos a Quemado y al ángel que trajo la comida.

—No es tan intimidante ahora, ¿verdad? —dice Quemado.

—Me pregunto qué tan profunda es la herida —dice el que trajo los sándwiches—. ¿Crees que pueda alcanzar la comida sin ayuda?

—No, no creo. —Quemado mueve la mesita justo fuera del alcance de Beliel.

Los ángeles sonrían maliciosamente.

—Le trajimos comida y agua, como se supone que debemos hacer. ¿Acaso es culpa nuestra si no puede levantarse para alcanzarlos?

Quemado mira a Beliel como si quisiera patearlo.

—Creo que es el rechazado más mandón, desagradable y engreído con el que he trabajado en mi vida.

—¿Sí? Yo he trabajado con peores.

—¿Como quién?

—Como tú —el ángel se ríe mientras cierra la puerta detrás de ellos cuando se van.

Paige se abraza en la oscuridad. Parece que la han olvidado por completo. Debe estar muerta de hambre y de sed. Si pudiera caminar, podría acercarse y robar un sándwich. Pero sin su silla de ruedas, tendría que arrastrarse por el suelo, tomarlo y arrastrarse de regreso a la seguridad de su rincón. Podría hacerlo, pero sospecho que

no lo intentará. Es difícil animarse a robar algo cuando no puedes huir corriendo si te descubren.

La imagen en el video se desvanece.

Cuando vuelve a aparecer, hay luz en la habitación. Seguramente proviene de una pequeña ventana en alguna parte de la celda, fuera del ángulo de la cámara. Ha pasado algo de tiempo. Es difícil adivinar cuánto.

Un gemido de dolor se transforma en un aullido de frustración. Beliel está despierto y tratando de incorporarse. Caer de nuevo sobre el catre con un gruñido furioso.

Yace allí jadeando, sin percatarse de que Paige sigue acurrucada en el piso de piedra a pocos metros de él. Las vendas que le envuelven el abdomen están manchadas de sangre rojo brillante. Beliel mueve la cabeza, estudiando sus alrededores, y descubre los alimentos. Mira fijamente el agua. Trata de alcanzarla sin inclinarse hacia adelante, sobre su abdomen maltrecho. Pero la mesa con los sándwiches está fuera de su alcance.

Por más hambre y sed que tenga Beliel, Paige debe sentirse peor. Es muy pequeña. No tiene reservas en el cuerpo.

Beliel deja caer su mano y la azota contra el catre. El movimiento lastima su herida y gime de ira y de dolor. Se recuesta, tratando de quedarse quieto. Tiene la boca seca. Mira el vaso de agua sobre la mesa de nuevo.

Respira profundo, preparándose, y lo intenta de nuevo. Esta vez, logra estirarse un poco más, pero no lo suficiente. Jadea con los dientes apretados mientras trata de alcanzar el agua. Debe dolerle mucho. Si hubiera sido cualquier otra persona, incluso habría sentido lástima por él.

Se da por vencido con un gruñido de frustración y se desploma hacia atrás. Su rostro se contorsiona en una mueca de dolor.

Paige debió moverse o hacer un ruido porque de repente Beliel gira la cabeza hacia su rincón.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Paige se aplasta contra la pared.

—¿Te enviaron a espiarme?

Ella niega con la cabeza.

—Largo de aquí —prácticamente escupe las palabras—. Espera. Haz algo útil de tu vida antes de largarte y tráeme el agua y los sándwiches que están sobre esa mesa.

Paige lo observa con temor. Pobre bebé. Una parte de mí quiere dejar de ver el video. Pero lo que pasó, pasó. Que yo lo vea o no, no va a cambiar nada de lo que sufrió. De todos modos, me siento fascinada por esta ventana al pasado de mi hermana. Si ella tuvo que sufrir todo esto porque yo no estuve allí para protegerla, entonces yo merezco sufrir viendo todo lo que le pasó.

—¡Obedece! —le grita Beliel. Su voz es fuerte y contundente.

Paige se encoge aún más.

Luego, ella se aferra al piso de concreto y comienza a arrastrarse hacia él con los ojos desorbitados de miedo.

¿Qué te pasa? ¿Estás rota?

—No. Es solo que no puedo caminar como los demás —adelanta un brazo y se arrastra hacia delante unos centímetros más.

—Eso significa que estás rota.

Paige se detiene sobre el piso duro, apoyada sobre sus codos.

—Eso significa que me muevo de una manera diferente.

—Sí, arrastrándote por el suelo como un gusano. Enséñame cómo te mueves, Gusanito. Diviérteme. Arrástrate hasta aquí y te daré un poco de mi agua.

Quiero golpearlo a través de la pantalla del televisor.

¿Dónde estabas cuando Paige te necesitaba?

Mi hermanita mira el vaso de agua lastimeramente.

—Sé que la deseas. Seguramente la sed te está agrietando la garganta ahora mismo —su propia voz suena seca y agrietada—. Pronto sentirás un fuerte dolor de cabeza y comenzarás a sentirte mareada. Luego, se te inflamará la lengua y todos tus instintos te susurrarán que la muerdas para que puedas beber tu propia sangre. ¿Has tenido alguna vez tanta sed que estés dispuesta a matar a alguien por su vaso de agua? ¿No? Pronto conocerás la sensación.

—Ven aquí, Gusanito —toca su vendaje ensangrentado como queriendo compartir el dolor—. Muéstrame cómo se mueven los rotos y los abandonados, y te daré algo de beber.

—No estoy abandonada.

Beliel suelta una risa seca.

—Menciona una sola persona que no te haya abandonado.

Ella lo mira con sus grandes ojos iluminando su rostro de hada.

—Mi hermana.

—¿En serio? Entonces, ¿dónde está ella?

—Viene hacia acá. Ella vendrá por mí.

—Eso no fue lo que me dijo.

—¿Hablaste con ella? —la esperanza en su rostro me rompe el corazón.

—Claro que hablé con ella. ¿Quién crees que te entrego a mí?

Aprieto mi puño con tanta fuerza que mis nudillos están a punto de quebrarse.

—Estás mintiendo.

—Es la verdad. Me dijo que se siente muy mal al respecto, pero ya no puede vivir con la responsabilidad de cuidarte.

—Mientes —su voz se quiebra—. Ella no dijo eso.

—Está agotada. Cansada de despertar cada mañana, sabiendo que tiene que

alimentarte, cargarte, bañarte, hacer todo por ti. Lo intentó por un rato, pero eres una carga muy pesada.

Siento cómo mi fuerza abandona mi cuerpo. Tengo que apoyarme en la pared para mantenerme de pie.

—Todos son así —la voz de Beliel es casi amistosa—. Al final, siempre nos abandonan. No importa lo mucho que los amemos o lo mucho que hagamos por ellos. Nunca seremos suficientemente buenos. Somos los rechazados, tú y yo. Los desamparados.

—Eres un mentiroso —exclama. Su rostro se arruga y sus palabras se entrecortan. Le da hipo mientras llora, tendida en el piso de piedra, totalmente impotente. Su tono casi le implora al monstruo que la consuele.

Siento como si tuviera un gran peso sobre el pecho y me cuesta mucho respirar.

—Ya lo verás. Nadie nos dará a nosotros lo que le da libremente a las demás personas. Ni amor ni respeto, ni siquiera amistad. La única manera en que conseguiremos algo de eso es que los pongamos a todos en el lugar que les corresponde: debajo de nosotros. No podemos permitirnos ser impotentes o débiles. Tenemos que ser fuertes y obligarlos a someterse a nosotros. Si nos ruegan y se comportan, entonces tal vez les permitiremos ser nuestros perros falderos. Es lo más cercano que un rechazado como nosotros puede llegar a sentirse querido.

Bastante malo es que ese imbécil esté aplastando las frágiles esperanzas de una niña inocente. Pero lo que me mata es que nosotros le dimos la razón. La imagen de Paige atada como un animal salvaje se quedará para siempre en mi memoria.

—¿Quieres un poco de agua? —la voz de Beliel es neutral. No es amistosa, pero tampoco excesivamente cruel.

Mi hermana trata de tragar saliva y pasa la lengua sobre sus labios reseco. Parece desesperadamente sedienta, incluso si está llorando.

—Arrástrate hacia mí, Gusanito, y te daré un poco.

Ella sigue en el suelo, con el torso descansando sobre sus antebrazos. Lo mira con desconfianza. No quiero que caiga en su juego; sin embargo, hay una parte de mí que quiere que vaya con él porque necesita beber algo.

Paige se arrastra penosamente. Adelanta un brazo y luego el otro, una vez, dos veces, hasta que logra gatear a través de la habitación. Sus piernas muertas se arrastran detrás de ella.

Beliel aplaude lentamente.

—Bravo, Gusanito. Bravo. Eres una muestra miniatura perfecta de tu especie. Ustedes los monos están tan desesperados que harían lo que fuera para sobrevivir. En comparación con tu gente y las cosas que algunos de ellos están dispuestos a hacer, yo soy prácticamente un buen tipo.

Paige llega a la mesa que sostiene los alimentos. Trepa por la silla de metal colocada a su lado.

—Nunca dije que podías tomar eso —gruñe Beliel—. Te dije que vinieras hacia

mí, no hacia la mesa.

Trata de incorporarse, iracundo, pero el dolor se lo impide nuevamente. Se recuesta con una mano sobre su abdomen sangrante, dejando ir un profundo suspiro.

Paige levanta el vaso, mirando el agua con evidente anhelo y sed.

—Claro, eres igual que el resto. Debí adivinarlo —sus labios se tuercen—. No hay una sola criatura viva que se preocupe por nadie más que por sí misma. Incluso un Gusanito como tú. Aprendiste de tu hermana, ¿verdad? Al final, lo único que importa es tu propia supervivencia. Los seres humanos y las cucarachas se parecen mucho en eso.

Paige mira el agua. Luego mira a Beliel. Se está librando una batalla dentro de ella y la conozco lo suficiente para saber lo que está considerando.

—No lo hagas —le susurro—. Cuídate tú. Solo por una vez.

Sin beber un solo trago, Paige acerca el vaso de agua hasta donde Beliel pueda alcanzarlo.

Suelto un aullido de desesperación. Quiero arrebatárselo y obligarla a beber.

—Mi hermana viene por mí —se le quiebra la voz, como si no estuviera segura de lo que acaba de decir. Su rostro se arruga mientras lucha contra las lágrimas.

Se queda mirando el agua. Él la mira fijamente.

—¿No tienes sed, Gusanito? ¿Por qué no probaste el agua? —su voz está llena de sospecha.

Ella suspira.

—Tú la necesitas más —está siendo terca. Aferrándose a su esencia, incluso en estas circunstancias.

—¿No sabes que morirás si no bebes un poco de agua?

Paige le acerca más el vaso.

Beliel extiende su brazo sin mover el cuerpo y lo toma. Lo huele como si sospechara que tal vez está envenenado.

Bebe un sorbo.

Luego un trago.

Luego dos terceras partes del contenido.

Hace una pausa para tomar aliento. Mira a Paige como si lo hubiera insultado.

—¿Qué estás mirando?

Ella solo parpadea.

Beliel se acerca el vaso a la boca de nuevo, pero esta vez bebe solo un sorbo. Mira a Paige como si estuviera considerando darle el resto. Luego se termina el agua de un solo trago.

—Eso es lo que pasa cuando eres buena. Es mejor que aprendas la lección desde ahora. Ser buena quizá te servía en el pasado, pero no más. Esa estrategia solo funciona cuando alguien te quiere. Pero ahora tú y yo somos iguales. Feos. Rechazados. Sin amor. Yo lo entiendo.

No puedo esperar para matarlo.

Beliel le devuelve el vaso. Ella lo toma, desesperada. Lo voltea sobre su boca.  
Una pequeña gota cae sobre su lengua.

Paige llora de nuevo, pero ya no tiene lágrimas. Probablemente está demasiado deshidratada.

—Pásame los sándwiches.

Paige se queda mirándolo.

—No te sirven de nada. Solo te darán más sed si los comes.

Ella lo piensa, luego agarra los sándwiches. Se los lanza a la cabeza.

Beliel ríe cuando rebotan en su pecho y caen en pedazos sobre su vendaje ensangrentado. Él arma uno de nuevo y le da un mordisco.

—No eres muy inteligente, ¿verdad?

Paige pone su cabeza sobre sus brazos y se queda muy quieta, como si se hubiera rendido.

El video se oscurece.

Me sorprende a mí misma preguntándome si Paige logró salir con bien. Por un momento, me olvidé de todo lo que ha pasado. Claro que no salió con bien.

Doc pone su dedo sobre el botón de pausa.

—¿Ya fue suficiente?

—No —le digo con los dientes apretados—. Todavía no.

Él deja caer su mano.

—Es tu penitencia. ¿Quién soy yo para detenerte?

La pantalla se enciende de nuevo.

Ha pasado más tiempo. La celda se ha oscurecido y las sombras son más largas. La puerta se abre y entra un ángel. Es Quemado.

Paige levanta la cabeza. Cuando ve quién es, se baja de la silla frenéticamente y se arrastra debajo de la cama de Beliel.

—Ah, así que ahí estabas —dice Quemado cuando la ve.

—¿Y tú, dónde estabas? —le pregunta Beliel.

—No parecías necesitar de nosotros, así que te trajimos comida y agua y te dejamos dormir en paz. ¿Cómo te sientes? —Quemado se agacha para mirar a Paige.

—Fantásticamente, gracias por preguntar —el sarcasmo en la voz de Beliel es evidente—. ¿Qué estás haciendo?

Paige grita cuando Quemado la jala para sacarla de su escondite.

—Déjala —ruge Beliel.

Quemado la suelta, sorprendido.

—No puedes hacer nada sin mi permiso —Beliel toma a Quemado por el brazo y lo jala hacia él. Debe dolerle como un demonio, pero Beliel no lo muestra—. No toques a la niña. Ni siquiera respires sin mi permiso. Uriel te entregó a mí para que

me obedezcas. ¿Crees que él desperdiciaría un segundo de su ilustre vida preguntándose qué te pasó cuando yo te dejé como una mancha aplastada en la pared?

Quemado lo mira desafiante, pero con un toque de nerviosismo.

—¿Por qué harías eso?

—¿De verdad pensaste que no me daría cuenta de que estabas tratando de matarme de hambre y de sed?

—Te dejamos comida y agua —se queja Quemado entre dientes mientras intenta soltar su brazo de las garras de Beliel. El demonio lo aprieta con fuerza a pesar del dolor—. Y te trajimos de vuelta cuando podríamos haberte dejado en la calle a morir.

—Uriel los hubiera desollado vivos si no lo hubieran hecho. Todavía no tienen el descaro de mentirme, ¿verdad? Temen algún tipo de castigo divino. Pero ese castigo es un juego en comparación con lo que yo haré si alguna vez despierto y mi cena está fuera de mi alcance otra vez. ¿Me oyes?

Quemado asiente con resentimiento.

Beliel lo deja ir.

Quemado da un paso hacia atrás.

—Tráeme un poco de comida decente y más agua. Carne fresca, término medio. No soy un niño que pueda vivir de sándwiches de mermelada y mantequilla de maní.

Quemado se da la vuelta para irse.

—Trae un par de sándwiches para ella —inclina la cabeza hacia Paige—. No hay nada peor que una cosa rota muerta en la esquina de tu habitación para arruinarte el día.

Quemado mira a Paige, que volvió a esconderse debajo de la cama, y luego a Beliel como si hubiera perdido la cabeza.

—¿Tienes un problema? —pregunta Beliel.

Quemado niega lentamente con la cabeza.

—Qué lástima. Tendré que buscar otro pretexto para pintar las paredes con tu sangre.

Quemado camina hacia la puerta.

—Trae una jarra de agua y un poco de leche para la niña. Y rápido, Pajarito. No tengo toda la semana para perder el tiempo contigo. Entre más pronto pueda volar para hablar con su precioso arcángel, más pronto serás liberado de tus obligaciones.

Quemado se va.

—Ya puedes salir, Gusanito. El ángel malo se ha ido.

Paige se asoma por debajo de la cama.

—Buena niña —cierra los ojos—. Cántame una canción mientras duermo una siesta —hace una mueca con el dolor que se negó a mostrarle al ángel—. Anda. Cualquier canción.

Paige tararea una canción de cuna en un hilito de voz.

La pantalla se pone en blanco.

Esos es todo —dice Doc cuando se apaga el televisor.

Tengo que tragarme las lágrimas antes de preguntar:

—¿Qué pasó después?

—Beliel la mantuvo en su habitación como su mascota hasta que se recuperó lo suficiente como para volver al nido. Tenía que reportarse con el Arcángel Uriel. Algo urgente, algo sobre un ángel legendario que había estado ausente por mucho tiempo.

—Raffe. Beliel debe haberle informado que Raffe logró escapar.

—Sea lo que sea —dice Doc—, Uriel se molestó mucho. Beliel estaba de muy mal humor después de eso y se desahogó con tu hermana. Después de tratarla como una mascota durante días, alimentándola, hablando con ella, llevándola a todas partes, la abandonó con el equipo médico. La dejó con nosotros y no miró hacia atrás.

Saca el video del reproductor.

—Paige preguntó por él hasta que la convertimos... hasta que la convirtieron en lo que es ahora.

—¿Paige preguntó por él?

Doc se encoge de hombros.

—Él era la única persona que conocía aquí.

Asiento, pero tengo ganas de vomitar.

—¿Y qué es exactamente en lo que la convirtieron?

—¿No crees que has sufrido suficiente por un día?

—No hagas como si te importara. Dime.

Suspira.

—Los niños eran el proyecto favorito de Uriel. A veces creo que solo le gusta jugar a ser Dios, algo de lo que antes solían acusarme a mí. Quería que los niños parecieran algo que él ni siquiera podía describir con detalle.

Tengo miedo de preguntar, pero lo hago de todos modos.

—¿Qué quería que parecieran?

—Abominaciones. Quería que parecieran niños-demonios que comen personas. Tienen que vagar por la Tierra y aterrorizar a la población como parte de las maquinaciones políticas interminables de los ángeles.

Entiendo. Así Uriel podría decir que son Nephilim y culpar a Raffe por no hacer bien su trabajo. Así podría arruinar la reputación de su competidor y ganar las elecciones para Mensajero.

—¿Transformaste a niños en abominaciones a propósito?

Él suspira de nuevo, como si no esperara que yo lo fuera a entender.

—La raza humana está a punto de llegar a su fin y yo, por mi parte, tengo tanto

miedo que me cuesta trabajo respirar. A menos que podamos encontrar una manera de detenerlos, este es nuestro fin.

Hace un gesto con el brazo, como si me invitara a mirar alrededor de la fábrica de escorpiones.

—Estoy en un lugar muy especial para tratar de hacer algo, para encontrar una manera de detenerlos. Tengo acceso a sus instalaciones y a sus conocimientos. Tengo su confianza y un pequeño grado de libertad para trabajar a mi modo bajo sus propias narices.

Se apoya contra la pared como si estuviera cansado.

—Pero la única forma en que puedo ayudar a la raza humana es si hago todo lo que me piden que haga. Incluso si es horrible. Incluso si me destruye el alma.

Doc se empuja de la pared y camina alrededor de la oficina.

—Haría cualquier cosa por no ser el hombre que tiene que tomar decisiones que lo atormentan noche tras noche. Pero aquí estoy. Me tocó jugar ese papel. ¿Lo entiendes?

Lo único que entiendo es que él cortó a mi hermanita y la convirtió en una «abominación».

—¿Y cómo estás ayudando a la raza humana?

Él mira fijamente sus zapatos.

—Intenté un par de experimentos que mantuve en secreto. Robé un poco de la ciencia de los ángeles, o la magia, o como quieras llamarla, y la puse en práctica aquí y allá. Me matarían si lo supieran. Pero lo único que tengo hasta ahora son posibilidades esperanzadoras. No he podido confirmar ningún éxito todavía.

No me interesa ayudar a este carnicero de niños a sentirse bien acerca de su trabajo. Pero recriminarlo no me ayudará a obtener respuestas.

—¿Por qué hiciste que mi hermana se mueva como una máquina?

—¿Qué quieres decir?

—Paige se sienta con la espalda recta, se mueve con rigidez a cada paso, gira la cabeza como si su cuello no funcionara de la misma forma, ya sabes, como una máquina. Excepto cuando está atacando a alguien, claro.

Me mira como si hubiera perdido la razón.

—Esa niña fue cortada y cosida por todas partes como una muñeca de trapo. ¿Y tú te preguntas por qué se mueve con rigidez? —el tipo que le hizo eso a Paige me mira como si yo fuera la persona cruel e insensible.

—Le duele. Mucho —lo dice como si estuviera hablando con una débil mental—. El hecho de que sea completamente funcional no significa que no esté sufriendo de más dolor del que te puedas imaginar. Piensa que la cortaron por todas partes, que sus músculos fueron arrancados y reemplazados, luego la cosieron, cada fibra de su cuerpo fue alterada. Ahora imagínate que nadie le dio analgésicos. Eso es lo que le pasa. ¿Asumo que ni siquiera le ofreciste una aspirina?

Siento como si me hubieran golpeado en los pulmones.

—Si eso nunca se te ocurrió, no es de extrañar que ella se haya marchado, ¿no?

No puedo ni pensar lo que mi hermana debe estar pasando.

Incluso le ofrecí aspirina a Raffe cuando estaba inconsciente, antes de siquiera conocerlo. Le ofrecí a mi enemigo algo para aliviar el dolor, pero nunca consideré ofrecérselo a mi propia hermana. ¿Por qué?

Porque Paige parece un monstruo, por eso. Y nunca se me ocurrió que los monstruos pueden sentir dolor.

—¿Tienes idea de dónde puede estar? —El temblor en mi propia voz destruye mi confianza.

—No está aquí —dice, mirando el televisor apagado—. Me hubiera enterado de ello. Pero si tienes razón y ella estuvo aquí, aunque sea brevemente, entonces vino a buscar algo. O a alguien.

—¿A quién? Mi madre y yo somos todo lo que tiene en el mundo.

—A Beliel —dice Doc con certeza—. Él es el único que la entendería. El único que la aceptaría sin juzgarla.

—¿De qué estás hablando? Es la última persona a la que acudiría.

Él se encoge de hombros.

—Él es un monstruo. Ella es un monstruo. ¿Quién más va a aceptarla sin considerarla una abominación y entender por lo que está pasando?

—Nosotras... —las palabras se marchitan en mi boca.

La idea de que Paige recurriría a Beliel me asombra.

Pero si Paige y Beliel hubieran estado juntos en el campamento de la Resistencia, ¿acaso la gente no hubiera tratado de atraparlos a los dos por ser unos monstruos? Como si pertenecieran juntos y no con el resto de nosotros los seres humanos.

—Incluso podría sufrir de síndrome de Estocolmo.

No me gusta cómo suena eso.

—¿Qué es eso?

—Cuando una víctima de secuestro siente apego hacia su secuestrador.

Lo miro fijamente, estupefacta.

—No es común, pero puede suceder.

Me aferro al respaldo de la silla y me siento en ella, temblando como una anciana. Pensar que la pequeña Paige sienta que no puede recurrir a nadie más que una pesadilla como Beliel me duele más que el fin del mundo.

—Beliel —digo sin aliento. Cierro los ojos para ocultar las lágrimas—. ¿Sabes dónde está? —mis propias palabras me apuñalan.

—Debe estar en el nuevo nido. Algo importante está pasando allí y Beliel estaba en una misión para el Arcángel.

—¿Qué misión?

—No lo sé. Yo solo soy un mono de laboratorio. Me informan de lo mínimo necesario —me mira—. Habla con el capitán del *ferry*. Convéncelo de rescatar a los prisioneros de Alcatraz y luego ve al nido por tu hermana.

—Pero...

Aunque no logres convencer al capitán, debes ir al nido. Lo que pasa aquí no es peor de lo que está pasando allá afuera. Tu hermana es más importante. De otro modo, solo liberarás a los presos para que sean masacrados más tarde si no encontramos una manera de detener a los ángeles.

—¿Por qué es tan importante Paige? —No puedo esconder la desconfianza en mi voz.

—Es una chica muy especial. Puede ser útil en la lucha contra los ángeles. Si la encuentras en el nido, tráemela. Trabajaré con ella. La ayudaré si puedo hacerlo.

—¿Cómo puedes ayudarla?

Se frota la nuca, parece entre avergonzado y emocionado.

—Siendo honesto, todavía no estoy seguro. Modifiqué a los niños del último lote con la esperanza de que aumentarían nuestra posibilidad de sobrevivir como especie. Fue una medida desesperada, pero son tiempos desesperados. Los ángeles me descuartizarían si se enteran. Pero esos niños fueron destruidos durante el ataque al nido antes de que yo tuviera la oportunidad de ver si había tenido éxito.

Camina alrededor de la pequeña oficina, excitado.

—Ahora me dices que Paige sobrevivió. Tenemos que encontrarla. No estoy seguro de lo que puede hacer. Pero es una oportunidad para la humanidad. Una muy pequeña, pero es mejor que nada.

No confío en él más de lo que confiaría en un ángel rabioso. Pero si puede ayudarme a encontrar a Paige, me adaptaré a su plan por ahora.

—Bueno. Ayúdame a encontrar a Paige y la traeré aquí contigo.

Me mira como si supiera que no confío en él.

—Quiero dejar algo muy claro. Alguien como Beliel no debe de controlar a tu hermana, jamás. ¿Me entiendes? Bajo la influencia de Beliel, podría ser el instrumento de nuestra destrucción. Tienes que alejarla de él. Puede ser nuestra última esperanza.

Genial.

Darí­a cualquier cosa porque fuera sá­bado por la mañ­ana, hace unos meses, cuando Paige y yo comíamos cereales y veíamos dibujos animados en casa, antes de que mamá se levantara de la cama. Nuestra mayor preocupación entonces era si todavía quedaba un poco de nuestro cereal favorito al final de la semana, o si tendríamos que conformarnos con el cereal aburrido sin azúcar.

—Si no logro escapar de esta isla, o si no logras encontrarme después —Doc hace una pausa, pensando en todas las cosas terribles que podrían pasarle—, tú tendrás que descubrir lo que Paige puede hacer y si puede ayudar a la gente. Si tu hermana no puede ayudar a la humanidad, entonces solo soy un doctor cruel, haciendo cosas inimaginables para el enemigo. Por favor, no me dejes ser esa persona.

No sé si es a mí a quien le está suplicando, pero digo que sí de todos modos.

Él me mira.

—Bueno. Ven conmigo.

Nos alejamos del corazón de la fábrica de monstruos, caminamos a través del pasillo de ladrillo y entramos en otra habitación. Supongo que alguna vez fue una tienda de regalos porque hay un estante lleno de tarjetas postales y llaveros olvidados junto a la puerta.

Adentro, varios guardias humanos caminan entre los presos. Los guardias se distinguen por sus caras limpias, cabello bien peinado y ropa nueva. También caminan con un aire de confianza y autoridad que los prisioneros no tienen.

—Madeline —dice Doc.

Una mujer con las líneas fuertes y la gracia de una vieja bailarina se acerca a nosotros. Sus movimientos son elegantes y fluidos, como si estuviera acostumbrada a caminar sobre un escenario o pasarela. Su cabello plateado enfatiza sus ojos color esmeralda.

—¿Puedes encontrar un lugar para ella? —pregunta Doc en voz baja.

Madeline me mira de arriba a abajo. Evalúa mi cabello, mi altura, cada línea de mi rostro. Es como si me estuviera memorizando, catalogando aspectos de mi apariencia. Luego mira hacia atrás, a su colección de prisioneras.

Todas son mujeres y están paradas en parejas. Hay unas gemelas con el cabello rojo y la piel rosada cubierta de pecas. Las demás parejas probablemente no son gemelas, pero a primera vista lo parecen. Un par de mujeres con curvas y piel color chocolate, un par de chicas delgadas con cabello color miel cayendo como una cascada sobre sus hombros, un par de mujeres altas con ojos y piel mediterráneos.

Madeline mira alrededor de la habitación y luego me vuelve a mirar a mí.

—Tipo de cuerpo incorrecto, edad equivocada —dice ella simplemente.

La puerta se abre y un hombre entra con un par de chicas adolescentes. Tienen el cabello oscuro y los pómulos altos como yo.

—¿Qué tal ellas? —pregunta Doc.

Madeline observa a las chicas.

—Estos dos se parecen más —dice el tipo que las trajo, señalando a las chicas a su lado.

—Tendremos que conformarnos con ella —Madeline me señala con la cabeza.

—¿Quieres decirle al Arcángel que esto es lo mejor que pudimos encontrar? —pregunta el tipo.

Mis piel se eriza con la palabra «Arcángel».

—Mismo color, mismo tipo de cuerpo —dice Madeline—. Después del maquillaje y un corte de cabello, parecerán gemelas.

—Si no es así, todas nuestras vidas corren peligro, no solo la tuya —se queja el

tipo.

Madeline mira a Doc, quien asiente con la cabeza.

—Elije a una.

El rostro del hombre se oscurece.

—Solo porque tiene a tu marido encerrado en una celda no significa que puedes jugar con nuestras vidas cada vez que el buen doctor te chasquea los dedos.

—Daniel, por favor, solo obedece —la voz de Madeline es autoritaria, con un rastro de amenaza.

Daniel suspira. Todo el mundo nos mira fijamente, sintiendo la tensión acumularse en la habitación.

El tipo observa a las dos chicas, luego toma a una por el brazo y sale con ella.

No debería preguntar. Por lo que entiendo, acabo de ganar. Solo así puedo ayudar a mi hermana. Pero no lo puedo evitar.

—¿Tienes a alguien como rehén?

Uno de estos días, voy a aprender a mantener la boca cerrada.

—Todos somos rehenes aquí —dice Doc—. Estoy haciendo lo posible por mantener a alguien con vida.

Decido dejarlo por la paz.

Lo llevo a un lado y le susurro:

—Si el escape no sale como lo planeamos, ¿podrías asegurarte de que mi madre está a salvo?

—¿Tu madre, la señora que activa toda las alarmas?

Asiento.

—No creo que pueda prometerte eso.

Sorprendentemente, su respuesta me hace sentir mejor que si hubiera prometido cuidar de ella. Por lo menos está siendo honesto.

—¿Puedes intentarlo?

No parece feliz con mi solicitud.

—Paige también la escucharía a ella —no es del todo cierto si consideramos algunas de las cosas que mi madre nos pide que hagamos, pero no tengo por qué entrar en detalles con él.

Lo piensa un momento, luego asiente.

—Lo intentaré.

Es lo mejor que puedo esperar.

—Hay una mujer llamada Clara...

—No soy un mago. No puedo hacer que el infierno de Alcatraz desaparezca —dice—. Solo puedo prometer que trataré de mantener a salvo a una persona.

Camina con Madeline hacia una esquina de la habitación, dándome la oportunidad de absorber la situación.

La chica de cabello oscuro se me acerca. Es de mi altura y tenemos la misma figura y el mismo tono de piel.

Dos chicas idénticas.

El Arcángel.

Una imagen de Uriel, el Político, caminando por el nido con sus dos mujeres aterrorizadas me viene a la mente.

Instintivamente trato de acariciar a mi oso-espada, tratando de consolarme con su tacto, pero no hay nada allí más que espacio vacío.

El viaje en *ferry* de vuelta a San Francisco es tan silencioso y sombrío como el que me llevó a Alcatraz. La gran diferencia es que ahora nos vigilan humanos en lugar de escorpiones.

Madeline y su equipo caminan entre nosotras, preguntándonos si sabemos coser o diseñar disfraces, o si sabemos cómo fabricar joyas. Si respondemos que sí, lo anotan en una libreta. Yo no sé hacer ninguna de esas cosas, pero no parece preocuparles.

No sé cuánto tiempo ha pasado desde mi último viaje en este *ferry*. ¿Un día, dos? Ahora está amaneciendo. El cielo se tiñe de un rosa que antes me hubiera parecido romántico, pero ahora me recuerda al color de un hematoma reciente.

Trato de acercarme al camarote del capitán, pero los guardias me desvían hacia los baños con firmeza. Ahí encuentro un lápiz y papel en un pequeño estante colgando de la escalera. Paso el resto del viaje escribiendo lo que quiero decirle al capitán, por si tengo que entregarle un mensaje en vez de hablar con él.

Elijo cuidadosamente mis palabras, tratando de ser tan convincente como puedo. Cuando termino, doblo el papel y lo deslizo en mi bolsillo, con la esperanza de que no lo necesitaré. Sería mucho mejor hablar con el capitán en persona.

Cuando atracamos, bajamos del *ferry* y caminamos bajo la luz del sol, sin poder creer que logramos salir de Alcatraz con vida. Los escorpiones que resultaron heridos la noche en que fuimos capturados no se ven por ningún lado. Hay manchas de sangre seca sobre la madera del muelle. Nuestros guardias humanos no tratan de escapar, a pesar de que no hay escorpiones o ángeles cerca de nosotros.

—¿Por qué no huyes? —no puedo evitar preguntarle a uno de los guardias.

—¿Y luego qué haría? —me contesta en voz lo suficiente alta como para que todas lo escuchemos—. ¿Pelearme con las ratas por las sobras en la basura? ¿No poder ni dormir por temor a que los ángeles me encuentren?

Mira a las prisioneras. Todas parecemos inseguras, vacilantes y perdidas.

—Los ángeles lastiman y matan a los demás, pero no a mí. Sus criaturas me dejan en paz cuando camino cerca de ellas. Como tres comidas completas cada día. Estoy protegido. Y ustedes también pueden estarlo. Han sido elegidas. Lo único que tienen que hacer es seguir nuestras instrucciones y no meterse en problemas.

Seguramente era un gran manipulador en el mundo de antes, por la forma en que transforma una simple pregunta en una oportunidad de propaganda. Me doy cuenta, sin embargo, de que no se atreve a decir que es libre.

Los montones de armas, bolsas y otros objetos preciosos que se habían quedado sobre el muelle están dispersos por el suelo, como si hubieran sido rebuscados y recogidos a toda prisa. Lo único que queda son las cosas que no sirven como armas,

bolsas vacías y juguetes. Busco entre la basura hasta que encuentro las dos cosas que estoy buscando.

El rastreador de mamá está tirado al lado de un bolso. Por suerte parece un viejo teléfono celular. Y la espada de Raffé está tirada a un lado de él, justo donde la dejé, medio escondida debajo de una mochila vacía. El osito de peluche que esconde la espada de las miradas indiscretas tiene la vista fija en el cielo, como si estuviera buscando a Raffé entre las nubes. Siento tanto alivio que casi grito de alegría. Corro para recoger el rastreador y la espada, abrazando al oso como un viejo amigo perdido.

—Tendrás que dejarlos aquí —dice Madeline—. No puedes llevar nada al nido.

Debía de haberlo sospechado. Odio dejarlos atrás, pero por lo menos ahora puedo esconderlos bien. Los otros guardias me dejan en paz. Seguramente se dieron cuenta de que Madeline me da un trato especial y no quieren meterse en problemas con ella.

Miro el rastreador de mamá. En la pantalla, mi flecha apunta a los muelles de San Francisco. La flecha de Paige apunta a un lugar cerca de Half Moon Bay, la Bahía de la Media Luna, en la costa del Pacífico.

—¿Dónde está el nuevo nido? —le pregunto a Madeline.

—En Half Moon Bay —contesta ella.

¿Entonces Paige realmente está buscando a Beliel? Cierro los ojos, sintiendo cómo se me retuerce el estómago.

Apago el rastreador. Quisiera llevarlo conmigo, pero no tengo opción. Y por mucho que quiero esconderlo lejos de miradas indiscretas, necesito que mi madre pueda encontrarlo, en caso de que yo no pueda volver por él.

Las calles están cubiertas de teléfonos abandonados. Las probabilidades de que alguien se lo lleve son muy bajas. Lo dejo de nuevo donde lo encontré, forzándome a darle la espalda.

La espada, en cambio, es otra historia. Tuve mucha suerte. Los saqueadores seguramente tenían mucha prisa, de lo contrario, se habrían dado cuenta de que el vestido del oso es demasiado largo. No puedo resistir darle al oso una caricia final antes de ocultarlo con la espada bajo un montón de madera y tejas que alguna vez fueron parte de una tienda.

Estoy a punto de soltar la espada cuando mi visión se nubla y el mundo se desvanece.

La espada quiere mostrarme algo.

Estoy en la suite del hotel de vidrio y mármol del viejo nido, donde Raffé y yo pasamos un par de horas juntos. Debe ser el momento después de que estuvimos en la fiesta y antes de su trasplante de alas. La ducha está prendida en el otro extremo de la suite. Sería una escena pacífica y elegante a excepción de la vista panorámica de la ciudad de San Francisco en ruinas que domina la sala de estar.

Raffé sale de la habitación, se ve fantástico en su traje. Con su cabello oscuro, espaldas anchas y cuerpo musculoso, es más guapo que cualquier estrella de cine que haya visto nunca. Sin duda parece un hombre que pertenece en una suite de mil

dólares la noche. Cada movimiento, cada gesto suyo denota elegancia y poder.

Algo le llama la atención y se acerca a la ventana. Una formación de ángeles pasa volando frente a la luna. Él se inclina hacia adelante, casi presionando su rostro contra el cristal mientras observa a los ángeles. Sé que anhela volar junto a ellos.

Sospecho que quiere algo más que solo recuperar sus alas. Una vez tuvimos peces exóticos en una pecera que Paige y yo habíamos decorado con conchas de mar. Papá nos explicó que siempre teníamos que asegurarnos de que hubiera al menos dos peces en la pecera, porque algunas especies necesitan pertenecer a un grupo. Si uno de ellos se queda solo por mucho tiempo, moriría de soledad.

Me pregunto si los ángeles son así.

Cuando los ángeles desaparecen de la vista, Raffé mira su reflejo en la ventana. Las alas que se asoman a través de los cortes en el saco de su traje parecen iguales a las de los ángeles de la fiesta, pero no lo son. Sus alas cortadas están amarradas a su cuerpo debajo de la ropa. Cierra los ojos por un momento, respirando con tristeza. Estoy tan acostumbrada a ver a Raffé con su cara de póker que me resulta difícil verlo así.

Respira profundo y deja escapar el aire poco a poco. Luego abre los ojos. Está a punto de darle la espalda a la ventana cuando descubre algo en su camisa blanca. Raffé lo toma y lo sostiene contra la luz. Es un cabello. Él lo pasa entre sus dedos. Es oscuro y largo y se parece al mío.

Sus labios se tuercen en una sonrisa a medias, como si le resultara gracioso pensar cómo mi pelo podría haber terminado en su camisa. Adivino que debe haber sucedido cuando le di un beso en el pasillo de la planta baja. Por lo visto le parece divertido.

Si yo tuviera rostro en este ensueño, mis mejillas estarían color escarlata. Es vergonzoso pensar en ello.

Raffé se acerca a la barra de mármol llena de botellas de vino. Busca entre algunos paquetes y regresa con un pequeño estuche de costura. Por qué alguien que puede permitirse una habitación como esta querría un hilo y agujas de emergencia no lo sé, pero ahí están. Abre el paquete y saca el hilo. Es tan blanco como sus alas. Sostiene el hilo y el cabello y los enreda con el pulgar y el dedo índice de modo que queden entrelazados. Luego toma los dos extremos de la trenza y los envuelve alrededor de la empuñadura de su espada.

—Deja de quejarte —le dice a la espada—. Es de buena suerte.

Suerte. Suerte. Suerte.

La palabra hace eco en mi cabeza.

Me detengo contra un poste de madera astillada para no perder el equilibrio. El mundo vuelve a entrar en foco mientras respiro profundo.

¿Raffé realmente guardó uno de mis cabellos? Es difícil de creer.

Observo la empuñadura de la espada con cuidado. Sorprendentemente, ahí está la trenza, justo en la base de la hoja. Hilo blanco como la nieve mezclado con cabello negro como la noche. Acaricio la empuñadura y cierro los ojos. Pienso en Raffé

haciendo lo mismo mientras siento la textura cambiante entre el cabello y el hilo en mi dedo.

¿La espada quiere desearme suerte?

Sé que echa de menos a Raffe. Supongo que si yo no regreso, no tiene ninguna posibilidad de volver a verlo. Incluso si termina en manos de otra persona, esa persona no tendrá ninguna conexión con él, ni sabrá lo que ella es. Tal vez sí tiene razones para desearme suerte.

Odio dejar la espada, pero no tengo otra opción. La cubro, osito y todo, con tejas rotas y tablas astilladas. Me levanto y me alejo del escondite, sintiéndome desnuda. Espero que los saqueadores no tengan tiempo de excavar a través de montones de escombros en busca de tesoros ocultos.

Cuando el capitán se baja del barco, nuestro grupo está siendo conducido hacia una pequeña caravana de camionetas, todo terrenos y un autobús escolar. Madeline acompaña al capitán a un contenedor de carga sobre el muelle. Me uno a ellos casualmente.

—Hay un escape planeado para esta noche —le digo en voz baja.

El capitán me mira, luego mira a Madeline y luego me mira otra vez. Es más joven de lo que esperaba (no debe tener más de treinta) y tiene la cara limpia y la cabeza calva.

—Buena suerte —su tono no es hostil, pero no es amigable, tampoco.

Madeline abre las puertas metálicas del contenedor. Dentro de él hay estantes llenos de sopa y verduras en conserva, botellas de licor y libros. Una lámpara de baterías cuelga en una esquina y hay una silla cómoda al lado de una pequeña mesa. Para los estándares del nuevo mundo, es francamente acogedor.

—Los prisioneros necesitan que usted lleve el barco de vuelta a la isla para recogerlos —le digo. Su expresión es escéptica, por lo que me apresuro a terminar antes de que pueda decir que no—: Será totalmente seguro. Todos los escorpiones y los ángeles se habrán ido. Tienen una misión esta noche.

Entra en el contenedor y enciende las luces.

—Nada es totalmente seguro. Y ese barco me mantiene vivo y bien alimentado. No puedo arriesgarme. No te voy a delatar, pero tampoco voy a dejar que nadie toque ese *ferry*.

Miro a Madeline, esperando obtener ayuda.

—¿No puedes hablar con él? También tienes a alguien prisionero en la isla, ¿no es así?

Ella baja la mirada, evitando mirarme a los ojos.

—El doctor lo mantendrá a salvo siempre y cuando lo ayude en sus pequeños proyectos —se encoge de hombros—. Tenemos que irnos.

Le imploro al capitán, que ahora está sirviéndose una copa.

—Esta es su oportunidad de cambiar las cosas —le digo—. Usted puede salvar todas esas vidas. Puede expiar las culpas de lo que ha tenido que hacer para sobrevivir. Sabe bien lo que está pasando allí adentro.

El capitán azota su vaso sobre la mesa.

—¿De dónde la sacaste, Madeline? ¿No es suficientemente mala nuestra vida sin la señorita perfecta tratando de aleccionarnos?

—Es lo correcto —le digo.

—Lo correcto es un lujo reservado para los ricos y los protegidos. Para el resto de

nosotros, lo único correcto es mantenerse fuera de problemas y sobrevivir lo mejor que podamos —se sienta en la silla y abre un libro, evitando mirarme.

—Ellos lo necesitan. Usted es el único que puede ayudarlos. Mi madre y mi amiga...

—Lárgate antes de que decida avisarle a los ángeles sobre tus planes, aunque solo sea para deshacerme de ti —por lo menos tiene la decencia de parecer incómodo cuando lo dice.

Madeline cierra la puerta.

—No pondré el candado.

—Haz lo que quieras —dice con una voz que deja claro que el tema ha quedado zanjado.

Había subestimado lo difícil que sería convencer a alguien de arriesgar su vida por salvar a los demás. La Resistencia puede tener muchos defectos, pero por lo menos no habrían dudado un segundo en apoyar nuestro plan.

—¿Alguien más puede conducir el barco? —le pregunto a Madeline.

—No sin hundirlo al tratar de salir del muelle. No puedes obligar a alguien a que se convierta en un héroe. Le dejé la puerta abierta a Jake, por si cambia de opinión.

—Eso no basta. Tengo que encontrar a alguien que lleve el barco a la isla esta noche.

Daniel, el ayudante de Madeline, asoma la cabeza por la ventana del autobús.

—¡Vámonos!

Madeline me toma del brazo y me jala hacia el autobús.

—Vamos. Ya no es nuestro problema.

Me suelto de un tirón.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Le dije al doctor que te llevaría al nido y eso es lo que voy a hacer. Lo siento, pero la vida de mi marido depende de ello —ella saca una pequeña pistola de su bolsillo y me apunta con ella.

—Podríamos salvar muchas vidas, incluida la de tu marido, si solo...

Ella niega con la cabeza.

—Nadie más puede conducir ese *ferry*. Incluso si encontramos a alguien que sepa hacerlo, no arriesgaría su vida por ayudarnos. No voy a exponer la vida de mi marido por una locura. Vámonos. Ahora —el brillo de determinación en sus ojos me indica que está lista para dispararme en el brazo y arrastrarme hacia el autobús si es necesario.

Vencida, camino hacia el autobús con Madeline.

**E**squivamos los vehículos abandonados en la autopista I-280 en dirección hacia el sur. Entre más nos alejamos de los muelles, peor me siento sobre el plan de escape de Alcatraz. El capitán Jake parecía bastante cómodo en su puesto de capitán de esclavos. ¿Hay alguna posibilidad de que abandone el único activo que lo mantiene con vida y arriesgue su vida para rescatar a las mismas personas a las que trasladó hacia su perdición?

Quizá podría hacerlo. Es un ser humano, y los seres humanos a veces hacen locuras y cosas heroicas por el estilo. Pero lo más probable es que beba el resto del día hasta conseguir un estupor que lo ayude a olvidar sus culpas.

Esto es demasiado. Mamá y Paige. La espada y Clara y toda esa gente en Alcatraz...

Guardo todo en la bóveda de mi cabeza y empujo fuerte para cerrar la puerta mentalmente. Tengo todo un mundo ahí adentro. No puedo abrirla sin arriesgarme a ser aplastada por todas las cosas que tratarían de escapar. En el mundo de antes, algunos de mis amigos acudían a terapias de psicoanálisis. Desenredar lo que tengo guardado en esa bóveda podría tomarle toda la vida a un terapeuta.

Sentada en la parte trasera del autobús, miro por la ventana abierta sin ver nada. Todo es un borrón de autos muertos, chatarra, edificios rotos y quemados.

Hasta que manejamos cautelosamente junto a dos camionetas negras.

Ambas tienen conductores dentro, a pesar de que están estacionadas. Los conductores están vigilando y parecen listos para arrancar en cualquier momento. Tres hombres más observan algo en el suelo al lado del camino. Es tan pequeño que no puedo verlo con claridad.

Mientras pasamos a su lado, echo un buen vistazo a los conductores. Al principio, no los reconozco por su nuevo cabello rubio. Pero los rostros pecosos de Dee y Dum son inconfundibles.

Recuerdo la carta que le escribí al capitán del *ferry* en caso de que no tuviera suficiente tiempo para hablar con él. La saco de mi bolsillo y miro fijamente a los gemelos, deseando con todas mis fuerzas que me vean. Ellos nos observan cuidadosamente mientras avanzamos juntos a sus camionetas, y sus miradas de repente se encuentran con la mía.

Cambio de postura para evitar que los guardias vean lo que estoy haciendo. Levanto la carta para asegurarme de que Dee y Dum la vean y luego la dejo caer por la ventana. La carta cae al suelo, pero sus ojos no la siguen. En vez de eso, mantienen la calma y continúan vigilando el resto del autobús. No salen de sus autos para recoger el mensaje, a pesar de que estoy segura de que lo vieron.

Observo casualmente a los guardias, para ver si alguno se dio cuenta de lo que hice. La única persona que me mira es mi supuesta gemela, sentada a mi lado, y no parece estar a punto de acusarme con nadie. Todo el mundo tiene la mirada fija sobre el grupo de la Resistencia con una intensidad que roza en la paranoia, si todavía puede llamarse así.

Todos observamos a los tipos de pie a un lado del camino hasta que se pierden de vista a lo lejos. Sospecho que están instalando cámaras de algún tipo para su sistema de vigilancia alrededor de la zona de la Bahía. Seguramente les servirían algunas cámaras a lo largo de las carreteras.

A mi corazón le toma un tiempo volver a su ritmo normal y tengo que reprimir una sonrisa. Nunca pensé que me daría tanto gusto volverme a encontrar con la Resistencia. Pero si alguien estaría dispuesto a arriesgar su vida para rescatar a los prisioneros de Alcatraz, son esos tipos. No hay garantía de que vaya a suceder, pero es mejor que contar con el apoyo del cobarde capitán Jake.

**H**alf Moon Bay, en la costa del Pacífico, estaba bordeada por una playa en forma de media luna que solía hacer honor a su nombre. Los terremotos y los ciclones destrozaron el litoral dejándolo irreconocible. La Bahía de la Media Luna ahora parece la Bahía de los Cráteres Lunares, con la costa llena de grietas y fisuras.

El nuevo nido es un hotel de lujo que solía reinar sobre el océano arriba de un acantilado. Ahora se balancea sobre un pedazo de tierra que milagrosamente no desapareció como el resto de los acantilados que lo rodeaban. Un estrecho puente conecta lo que queda de la bahía con el hotel, que ahora es una isla, logrando que todo el sitio parezca el ojo de una cerradura.

El puente no es el antiguo camino que se utilizaba para llegar al hotel. Seguramente solía ser parte del campo de golf. Sea lo que sea, el camino está tan lleno de depresiones como mis emociones cuando nos acercamos al gigantesco edificio. Estando tan cerca del mar, es increíble que el hotel siga intacto.

Llegamos por la entrada principal, frente a una enorme fuente que curiosamente sigue funcionando y un enorme jardín lleno de antorchas. Más adelante, el camino conduce hacia un precipicio. Manejamos hacia un lado del hotel, donde el pavimento sigue siendo sólido y el resto del campo de golf se extiende sobre la vista espectacular del océano. El césped sigue verde y bien cuidado, como si todavía estuviéramos en el mundo de antes.

Lo único que estropea la ilusión es una piscina vacía que cuelga justo al borde del acantilado. Mientras conducimos a su lado, una ola gigantesca se estrella contra el acantilado, empapándolo todo y llevándose un pedazo de la piscina con ella cuando se aleja.

El edificio principal parece una mansión sacada de una novela romántica. Cuando bajamos del autobús, nos conducen como ganado hacia una puerta lateral del edificio principal. Subimos por unas escaleras y entramos en un suntuoso salón de banquetes que se ha convertido en lo que parecen los bastidores de una gran producción de teatro.

Hay largos percheros repletos de disfraces de colores por todas partes. Vestidos de cuentas, antifaces con plumas de pavo real y avestruz, sombreros y diademas brillantes, trajes a rayas y elegantes jaqués. Y si eso no era suficiente, hay alas de hadas de gasa de todos los colores colgando de todos los ganchos de la habitación.

Un ejército de personas uniformadas corren entre disfraces y mujeres aterrorizadas. Varias están sentadas frente a enormes espejos, sentadas muy quietas y en silencio mientras alguien las maquilla y las peina. Otras esperan mientras las visten y luego desfilan frente a los guardias en sus vestidos glamorosos de otra época.

Los maquillistas corren de un espejo a otro con pincel en mano. Uno de los espejos tiene tanta laca para el cabello y perfume flotando a su alrededor que parece como si una nube se hubiera asentado en el lugar.

Los percheros con disfraces ruedan de un lado al otro empujados por personas apresuradas, tan rápido que es increíble que no choquen unos contra otros. Dan la impresión de que hay plumas de colores volando a través de la habitación. Todo el mundo está visiblemente nervioso. Hay demasiadas mujeres aquí como para que todas sean los trofeos idénticos de Uriel. Hay al menos un centenar de personas en la habitación, pero casi nadie está hablando. El ambiente es más parecido al de una funeraria que al de una pasarela, o una fiesta de disfraces, o lo que sea que es esto.

Me detengo en la entrada, mirándolo todo. No tengo idea de lo que esperan que hagamos aquí. Me gusta el caos. Tal vez me dará la oportunidad de escaparme a buscar a Paige o a Beliel. Mis posibilidades mejoran cuando Madeline parece olvidarse de nosotras y corre a dar órdenes a un grupo de estilistas.

Camino alrededor de la habitación entre listones y brillantina. Escucho un mantra que se repite una y otra vez entre las mujeres:

—Consigue un ángel que te proteja, o estás acabada.

Me integro en un grupo de chicas que el equipo de estilistas está preparando en una esquina del salón. Todas las mujeres tienen una pareja idéntica. Varias de ellas incluso son gemelas de verdad. Mi pareja ya está ahí.

Con razón las mujeres trofeo de Uriel estaban tan aterrorizadas cuando las vi en la fiesta del viejo nido. Habían sido sacadas de las celdas de Alcatraz y sin duda sabían de los horrores que les esperaban si no eran del agrado de Uriel. La fiesta en el nido me pareció surrealista cuando estuve ahí, pero ahora me doy cuenta de que debe haber sido peor para las chicas que llegaron de esa fábrica de pesadillas.

Justo cuando pienso que ya se olvidaron de mí lo suficiente como para lograr escabullirme, Daniel, el ayudante de Madeline, entra corriendo a hablar con ella. Su voz se escucha claramente en el silencio de la habitación.

—Hoy quiere chicas castañas. Pequeñas, pero bien proporcionadas —Daniel le lanza una mirada asesina a Madeline.

Ella no se inmuta. Estudia al grupo de chicas paradas en parejas. Todas se quedan quietas, como conejos a la espera del ataque de un halcón. Todas tratan de escapar de la atención de Madeline, encogiéndose y mirando a todas partes menos a ella. Madeline detiene su mirada en mí, y en mi pareja, Andi. Somos las más pequeñas de las de cabello castaño. Sus labios se tuercen en una mueca.

—No estás pensando arriesgarnos a todos, ¿verdad? —le pregunta Daniel. Suena como si pensara que lo hará—. Tenemos que darle lo más cercano a lo que quiere. Lo sabes bien —puedo distinguir el terror que emana de sus ojos y la tensión en sus hombros.

Madeline cierra los ojos y respira profundo. La persona a la que Doc está protegiendo debe ser muy especial para ella.

—Muy bien —exhala—. Prepárenlas.

Daniel voltea a vernos. Todo el mundo sigue su mirada y nos observa. No me gusta la mezcla de compasión y alivio que veo en sus ojos.

Recibimos atención especial a pesar de que los trabajadores parecen estar exhaustos. Después de una tempestad de baños, lociones, perfumes, cortes de cabello, vestidos y toneladas de maquillaje, nos colocan frente a Madeline. Nosotras utilizamos maquillaje en vez de antifaces. Listones de pintura azul y plata juegan alrededor de nuestros ojos y sobre nuestras mejillas.

Llevamos vestidos idénticos de color burdeos que abrazan sensualmente cada una de nuestras curvas. Brillantes diademas con plumas de pavo real adornan nuestro cabello. Medias de nylon y zapatos de tacón alto, hermosos pero incómodos, moldean nuestras piernas.

Hay gente luchando por su vida en las calles y yo estoy aquí tratando de parecer elegante en tacones de diez centímetros que me aprietan.

Madeline camina lentamente alrededor de nosotras. Tengo que admitir que parecemos gemelas. Me cortaron el cabello hasta los hombros, igual que el de Andi, y hay tantos productos sosteniéndolo en su lugar que se necesitarían vientos con fuerza de huracán para mover una sola hebra de los rulos que adornan nuestras cabezas.

—Buena idea, la de las pestañas —dice Madeline. Nos pusieron pestañas postizas escandalosamente largas teñidas de plata en las puntas. Dudo que Uriel me recordara de nuestro breve encuentro en el sótano del viejo nido, pero es reconfortante saber que ni mi propia madre me reconocería ahora.

Madeline asiente cuando termina su inspección.

—Vengan conmigo, chicas. Les toca el siguiente turno con el Arcángel.

La suite de Uriel es espectacular. El salón es gigantesco, como los que se ven en las películas de Hollywood. Dos de las paredes son grandes ventanales con una impresionante vista del océano. Un banco de niebla se desliza en el horizonte, casi tocando el agua. La vista nos roba el aliento y no podemos evitar detenernos para mirar en cuanto nuestros talones tocan la acolchada alfombra.

—Por aquí, chicas —dice Madeline. Camina hacia una mesa enorme que se encuentra en un extremo de la habitación, más allá de los sofás de cuero color canela. Apunta hacia los lados de un escritorio junto a la pared—. Mientras el Arcángel está en la suite, ustedes deben pararse en estos dos puntos. No se muevan a menos que él les ordene que lo hagan. Se les permite respirar, pero eso es todo. ¿Entendido?

Caminamos hacia nuestros lugares. Hay un pedazo de cinta en el suelo que marca discretamente dónde debemos de pararnos.

—Son esculturas vivientes. Son los trofeos del Arcángel y permanecerán de pie a su lado cuando esté sentado.

Tomamos nuestras posiciones. Madeline se endereza, empujando su pecho hacia afuera, dejando caer un hombro y haciendo hincapié en sus curvas para mostrarnos cómo debemos de pararnos. Nosotras la imitamos. Ella se acerca y ajusta nuestra postura, moviendo nuestras piernas, inclinándonos la cabeza, arreglándonos el cabello. Me siento como un maniquí en el escaparate de una tienda departamental.

—Cuando el Arcángel sale de su habitación, ustedes lo siguen. Esquiven la mesa y todos los obstáculos al unísono. Caminen dos pasos detrás de él en todo momento. Si se quedan atrás, no corran. Aumenten discretamente su velocidad hasta que lo alcancen. Gracia en todo momento, señoritas. Sus vidas dependen de ello.

—¿Qué pasa si tenemos que ir al baño? —pregunta Andi.

—Aguántense. Cada pocas horas, les darán un pequeño descanso para comer e ir al baño. Alguien de nuestro equipo vendrá por ustedes con alimentos y para retocar su cabello y su maquillaje en esos momentos. A veces, el Arcángel se acuerda de darles un descanso antes de una reunión muy larga. Puede ser bueno con sus mascotas, siempre y cuando hagan lo que tienen que hacer —su voz nos deja claro que se trata de una advertencia.

Madeline camina hasta el otro lado de la mesa y sus ojos nos miran críticamente mientras adoptamos nuestras posiciones. Ella asiente y nos permite ir al baño. Cuando regresamos, asumimos nuestras poses sin su ayuda. Ella nos mira de nuevo y hace algunos ajustes menores.

—Buena suerte, chicas —su voz es sombría.

Se da la vuelta y sale de la habitación.

Esperamos casi una hora antes de que se abra la puerta. Es tiempo suficiente para que yo piense todas las razones posibles por las que Uriel nos quiere aquí. Otra vez estoy metida hasta el cuello en un plan descabellado, arriesgando no solo mi vida, sino las de todos los que me rodean. ¿Cómo voy a escapar de aquí y encontrar a Paige si tengo que comportarme como parte de la decoración de la suite de Uriel?

Nos marchitamos con el paso de los minutos. Pero tan pronto como oímos voces en el exterior, veo por el rabillo del ojo que Andi se endereza. Yo hago lo mismo. Mi corazón martillea tan rápido que casi puedo verlo golpeando mi pecho.

La puerta se abre y Uriel entra en la habitación. Su sonrisa parece genuina, iluminando sus ojos. Con el resplandor del océano que entra por las ventanas, sus alas parecen blancas otra vez. Lo que me pareció un toque de oscuridad en el muelle de Alcatraz ahora parece cálido en la luz del crepúsculo. Supongo que el sol de la tarde reflejándose en el agua puede hacer que incluso un asesino como él parezca amable. Con razón todo el mundo quiere vivir en California.

—Quiero los informes de los laboratorios secundarios mañana —una mujer camina detrás de él. Una cascada de cabello dorado cae sobre sus hombros. Rasgos perfectos. Grandes ojos azules. La voz de... bueno, sí, de un ángel. Laylah.

Cada uno de mis músculos se tensa. Laylah. La doctora que operó a Raffe. La que debería haberle cosido sus hermosas alas y en vez de eso le puso las alas de un demonio en la espalda. Me pregunto si la satisfacción de golpearla en su perfecta mandíbula valdría morir una muerte horrible.

—¿Por qué te está tomando tanto tiempo? —pregunta Uriel mientras cierra la puerta.

Laylah lo mira con los ojos bien abiertos; parece herida y molesta al mismo tiempo.

—Es un milagro que vayamos tan avanzados. Lo sabes bien, ¿no es así? En solo diez meses hemos logrado poner en marcha toda una maquinaria apocalíptica.

—¿Diez meses?

—La mayoría de los proyectos apenas estarían empezando en tan poco tiempo. Un equipo normal aún estaría experimentando con su primer grupo y pasarían años, tal vez décadas antes de conseguir una horda de langostas maduras que están listas para abalanzarse sobre el mundo. Mi equipo está casi muerto de cansancio, Uriel. No puedo creer que...

—Relájate —dice Uriel. Su voz es calmante, su expresión suave.

La invasión de los ángeles sucedió hace menos de dos meses. ¿Habían establecido laboratorios meses antes de la invasión real?

Uriel guía a Laylah hacia el sofá de cuero y la sienta. Él se sienta a su lado y pone sus pies sobre la mesa de mármol frente a ellos. Sus suelas negras parecen sucias junto a la botella de vino y las flores dispuestas sobre la mesa. Con excepción de eso, los dos hacen un cuadro hermoso. Dos ángeles exquisitos descansando en muebles caros.

Uriel exagera una respiración profunda.

—Respira. Disfruta de las maravillas de la tierra de Dios —abre los brazos hacia las ventanas que dejan ver las olas espectaculares, como si él tuviera algo que ver con esa belleza. Respira profundo otra vez, mostrándole cómo se hace.

Laylah sigue su ejemplo y respira profundo un par de veces. Hasta ahora, ninguno de los ángeles ha mirado en nuestra dirección. Solo somos muebles para ellos.

Mantengo mis ojos fijos en un punto en el horizonte, como si fuera una estatua. Lo último que quiero es que se den cuenta de que los estoy observando. Según mi maestro de combate, es mejor observar a tus enemigos con tu visión periférica.

—Si no creyera que eres la indicada para dirigir este proyecto, no te hubiera pedido que lo hicieras —Uriel toma la botella de vino y comienza a descorcharlo—. No existe una mejor quimeróloga que tú, Laylah. Todos lo sabemos. Bueno, todos menos Gabriel lo sabemos —su voz tiene un dejo de sarcasmo cuando menciona al Mensajero—. Gabriel jamás debería haber nombrado a ese idiota senil, Paeon, como el Médico Principal del reino. Tendrías que haber sido tú. Y así será tan pronto como me elijan como el nuevo Mensajero. Tal vez incluso cambiemos el título por el de Creador Principal.

Los labios perfectos de Laylah se abren con sorpresa y placer. Vaya que le gustaría eso.

—Si Paeon hubiera estado a cargo de este proyecto —dice Uriel mientras termina de sacar el corcho de la botella—, habría comenzado con cultivos celulares y tendríamos que esperar años antes de ver cualquier resultado.

—Siglos —dice Laylah—. Él piensa que todo debe comenzar con cultivos celulares solo porque esa es su especialidad.

—Sus métodos son obsoletos desde hace eones. Tú, por el contrario, eres un genio. Sabía que encontrarías la manera. ¿Por qué molestarse en crear una especie desde cero cuando puedes mezclar y combinar lo que ya existe? No es que eso no sea enormemente complicado, claro —huele el corcho que acaba de sacar—. Tu trabajo es absolutamente brillante. Y sé que el proyecto está avanzando a gran velocidad.

Uriel mira a Laylah con intensidad.

—Pero necesito que vaya más rápido —su gesto amistoso se endurece. Se sirve un vaso de vino tinto. Parece como un chorro de sangre arremolinándose en su copa.

—Y yo sé que puedes hacerlo, Laylah —su voz es suave, alentadora, pero autoritaria—. No te hubiera dado el trabajo si no creyera que puedes conseguirlo. Triplica tu personal, sáltate los protocolos, cosecha a las langostas antes de tiempo si es necesario —le entrega la copa y sirve una para él.

—¿Triplicar mi personal? ¿Pero con quién? ¿Más seres humanos? Sería más útil entrenar perros para que trabajen con nosotros. Los humanos no saben nada sobre la creación de especies.

—Esta zona del mundo tiene lo mejor que los seres humanos pueden ofrecer. Tú misma lo dijiste. Por eso estamos aquí, en este lugar sin alma, en vez de La Meca o

Jerusalén o el Vaticano, donde todos se hubieran puesto de rodillas y nos tratarían con el adecuado respeto. Optamos por el equipo, los laboratorios, los biólogos altamente capacitados. ¿Recuerdas? —Bebe un trago de su vino—. Tú quisiste venir aquí. Así que tienes que hacer que funcione, Laylah.

—Estoy haciendo mi mejor esfuerzo —bebe un sorbo, manchando sus labios con líquido rojo oscuro—. El último lote de langostas tiene los dientes de león y el cabello de mujer que pediste, pero no mueven la boca correctamente. Si quieres que sean iguales a la descripción bíblica, necesitamos más tiempo.

Uriel saca un puro de una caja sobre la mesa y se lo ofrece a ella.

—¿Puro?

—No, gracias —cruza sus largas piernas de modelo, haciendo más evidentes sus curvas perfectas mientras se acomoda en el sofá. Parece una representación artística de la forma femenina perfecta, más cercana a una diosa que a un ángel.

—Prueba uno. Te gustará.

Adivino que dirá que no. Un puro grueso y apestoso no sería un buen accesorio para ella. Pero Laylah duda.

—¿Quién hubiera dicho que el néctar de los dioses se fumaría en vez de beberse? No me extraña que muchos de nuestros mejores especímenes se hayan vuelto adictos.

Laylah finalmente se decide y toma el puro. Su espalda se pone rígida. Sus piernas ya no parecen cómodas. Sus dedos parecen inseguros y torpes mientras enciende la punta marrón.

—Las langostas no tienen que ser perfectas —dice Uriel—. Solo necesito que hagan un espectáculo convincente. Ni siquiera tienen que sobrevivir mucho tiempo, solo lo suficiente para causar estragos, torturar humanos al antiguo estilo bíblico y oscurecer el cielo.

Laylah da una fumada a su puro. Yo esperaba que tosiera como una novata, pero no lo hace. Casi arruga la nariz, sin embargo.

—Voy a tratar de acelerar las cosas.

—«Tratar» no es un compromiso —la voz de Uriel es suave pero firme.

Ella suspira.

—No te voy a defraudar, Arcángel.

—Bien. Nunca lo dudé —exhala una nube de humo. Debe ser un buen puro. Parece satisfecho. Se levanta y Laylah lo sigue—. Tengo que darme una vuelta por la fiesta. Seguro que se está tornando un poco salvaje. ¿Cuándo te unirás a la celebración?

Laylah parece aún más incómoda, si eso es posible.

—Tengo que volver al trabajo. Mi equipo me necesita.

—Por supuesto que te necesitan. Pero tendrán que arreglárselas sin ti por una noche. Parte de la tarea del Médico Principal consiste en asistir a las ceremonias importantes. Y créeme, esta pasará a la historia. No querrás perdértela —Uriel la acompaña a la puerta—. El mono llamado Madeline te ayudará a prepararte.

—Sí, Excelencia —Laylah casi sale corriendo de la habitación.

**D**urante las siguientes dos horas, Uriel se prepara para la fiesta. Por lo visto es otra fiesta de disfraces de época, solo que esta vez parece una mascarada.

—Quiero que haya máscaras y cubiertas para alas disponibles en todas partes —le ordena a su asistente, que es un ángel, mientras Madeline y otras dos personas cubren sus alas grises con un material de gasa blanca. A pesar de que Madeline y su equipo serán los responsables de vestir a los ángeles, Uriel solo le dirige la palabra a su asistente angelical—. Quiero que todos los ángeles se sientan seguros, anónimos. Y las mujeres, asegúrate de que todas traigan puestas alas.

—¿Alas? —pregunta su asistente. Sus alas son azul cielo, y me doy cuenta de por qué los ángeles tendrían que cubrir sus alas si en verdad quieren evitar ser reconocidos—. Pero, Excelencia, si se me lo permite, con todo el vino y los disfraces, las Hijas del Hombre podrían ser confundidas por ángeles por algunos de los soldados borrachos.

—¿No sería eso una pena? —el tono de Uriel implica que eso no sería una pena en absoluto.

—Pero si alguno de los soldados comete un error... —insiste con delicadeza.

—Entonces será mejor que rece para que yo sea el siguiente Mensajero, y no Miguel. A diferencia de Miguel, que está ocupado en alguna de sus interminables campañas militares por el mundo, yo sí acudiré a la fiesta. Estaré aquí para entender cómo podría haber sucedido tan tremendo error. Y en cuanto a Rafael, incluso si los demás no creen que ha caído en desgracia, sin duda recordarán lo estricto que es sobre confraternizar con las Hijas del Hombre después de que sus Vigilantes cayeron haciendo exactamente eso.

Madeline y sus ayudantes colocan una capa de plumas negras sobre las alas de Uriel de modo que la gasa blanca se asoma entre las plumas.

—¿Qué están haciendo? —pregunta Uriel, irritado.

Madeline mira al asistente de Uriel, aterrada de que Uriel le haya dirigido la palabra. Luego hace una reverencia.

—Yo... pensé que quería estar disfrazado. Excelencia.

—Usaré un antifaz y cubriré mis alas, pero quiero ser reconocido, incluso de lejos. Las masas tienen que ser anónimas. Yo no. ¿Acaso te parezco parte de las masas?

—Por supuesto que no, Excelencia —a Madeline se le corta la voz por el terror. Ella y sus hombres quitan rápidamente las plumas negras y la gasa blanca con manos temblorosas—. Volveremos en un momento con un atuendo más apropiado —huyen de la habitación.

—Mis disculpas, Excelencia —el asistente hace una reverencia.

—Supongo que es mucho pedirles que razonen un poco.

Comienzan una discusión sobre vino y licor. Por lo que escucho, deben haber limpiado todos los bares de la región para mantener un flujo constante de alcohol para los ángeles esta noche. Me doy cuenta otra vez de que nosotros estamos en guerra, pero ellos no. Para ellos, los humanos somos solo incidentales.

A pesar de nuestro ataque al viejo nido, están más preocupados por sus bebidas y sus disfraces de lo que están sobre la posibilidad de un nuevo ataque de los humanos. Claro, el hecho de que casi todos los ángeles solo resultaron heridos durante el ataque, y que se recuperarán por completo, si no lo han hecho ya, seguramente refuerza su confianza.

Sin moverme apenas, acaricio la tela del vestido sobre mi cadera, donde descansaba mi oso-espada. La seda me parece delgada y vulnerable. Pronto, Madeline entra de nuevo en la suite de Uriel con su equipo completo, arrastrando largos percheros llenos de disfraces con plumas brillantes. Comienzan a trabajar en el Arcángel.

Lo visten con un traje blanco, alas de oro brillante y un antifaz a juego que parece más una corona que una máscara. Se extiende por encima de su frente, dándole la ilusión de altura adicional, y enmarca sus ojos sin ocultar su rostro.

Cuando se mira en el espejo de cuerpo entero, nos ordena a Andi y a mi que nos pongamos de pie detrás de él. El equipo de Madeline retocó nuestro maquillaje y ahora llevamos puestas alas brillantes de gasa, más de hadas que de ángeles. Somos los accesorios perfectos para su disfraz.

Además, ahora entiendo por qué quería chicas castañas pequeñas. Nuestros cuerpos diminutos lo hacen parecer más grande. Sus alas parecen gigantes, su estatura parece no tener fin. Somos el fondo oscuro para que Uriel brille más en contraste.

Llegamos justo cuando comienza la fiesta. Hombres alados y mujeres glamorosas se mezclan en los jardines y en el campo de golf. Grandes antorchas y fogatas arden contra el brillo dorado del cielo al atardecer, iluminándolo todo.

Linternas de colores se mueven con la brisa como globos. Hay mesas dispersas por todas partes, con listones de oro y plata y confeti brillante. El ambiente del lugar es muy festivo.

El oleaje potente golpea los acantilados al borde del campo de golf, mientras que olas más pequeñas salpican suavemente la playa por el otro lado. El ruido del mar combina con elegancia con la música de un cuarteto de cuerdas.

Miro el océano y me pregunto cómo irán los planes de escape en Alcatraz. ¿Llegó a tiempo la Resistencia? ¿Cambió de opinión el capitán Jake? Luego miro a la reluciente y glamorosa multitud que me rodea y me pregunto cómo voy a encontrar a mi hermana aquí.

Uriel brilla. Es claro que está en su elemento mientras saluda a su gente. Al

principio, Andi y yo caminamos exactamente dos pasos detrás de él, pero poco a poco la multitud nos rodea y pronto solo tenemos espacio para caminar a un solo paso de distancia. Se vuelve incluso más difícil cuando camina hacia el campo de golf. No hay nada peor que tacones altos sobre el césped para que una chica se sienta torpe.

Escuchamos partes de la conversación mientras caminamos entre la multitud. Las dos palabras que escucho repetidamente son «Apocalipsis» y «Mensajero». «Apocalipsis» resuena en voz alta y con emoción, mientras que «Mensajero» se dice en voz baja, casi temerosa.

Las otras mujeres están vestidas tan glamorosamente como nosotras. Delicadas alas, cabello brillante, antifaces con plumas y rostros coloridos. Algunas están cubiertas por largos vestidos de seda, otras traen vestidos cortos con lentejuelas.

Los ángeles llevan el cabello engominado y están vestidos con esmoquin o trajes pasados de moda. Traen antifaces y las alas cubiertas con patrones coloridos, de modo que son irreconocibles. Algunos de ellos, como nosotros, llevan maquillaje o tatuajes pintados alrededor de los ojos en lugar de máscaras.

Las mujeres abrazan a los ángeles, riendo y coqueteando. Sus miradas, sin embargo, no parecen muy relajadas. Muchas de ellas parecen decididas a seducir a un ángel, mientras que otras parecen francamente asustadas. Obviamente se tomaron muy en serio las instrucciones de conseguirse un ángel protector.

En esta fiesta, las chicas trofeo de Uriel no son las únicas que están aterrorizadas.

Hay un montón de mujeres, pero hay más ángeles en esta fiesta que en la anterior en el viejo nido. También hay más ángeles guerreros, grandes y musculosos, de mirada dura.

La mayoría de las mujeres llevan puestas alas de gasa pequeñas, más de hadas que de ángeles. Incluso las que están hechas de plumas son pequeñas alas de querubín, no las gigantescas alas de los ángeles. Nadie podría confundir a estas mujeres con ángeles de verdad.

Si un ángel cediera a la tentación esta noche, seguramente sentiría culpa por la mañana. Y sabría que no puede convencer a los demás de que solo fue un error.

En ese caso, Uriel sería su única oportunidad de salvación.

Uriel es un maldito manipulador. Sospecho que fue preparando todo poco a poco, organizando fiesta tras fiesta, acercando a los ángeles y a las Hijas del Hombre, alcohol ilimitado, disfraces glamorosos. Y ahora, el toque final: con los antifaces y las cubiertas para las alas que les permiten el anonimato, los ángeles pueden hacer lo que quieran sin sentir que alguien los está mirando. Si Uriel hubiera sugerido una fiesta así cuando apenas llegaron a la Tierra, todos hubieran pensado que era sospechoso.

La palabra «premeditado» me viene a la mente.

Y el hecho de que se me permita escuchar lo suficiente como para empezar a juntar las piezas del rompecabezas me preocupa.

Me preocupa mucho.

Por lo que logro deducir a partir de algunos fragmentos de conversaciones entre el personal del hotel, esta no es solo una fiesta, es un banquete. En el menú hay licor, mujeres semidesnudas y más licor. Después viene la cena y más licor. Luego música para bailar con las Hijas del Hombre y un poco más de licor.

Básicamente, la noche será una gran bacanal. Supongo que si los ángeles no rompen sus propias reglas hoy, el plan de contingencia de Uriel es garantizar de que no se acuerden de que no rompieron las reglas.

Uriel camina de un grupo a otro, estrechando manos y asegurándose de que todo el mundo la está pasando bien. Nos ofrece a Andi y a mí para acompañar a los que no tienen mujeres en sus brazos, pero todos ellos declinan cortésmente su oferta sin siquiera mirarnos.

Me doy cuenta de que la labor de Uriel es monumental. No es una multitud tan fácil de manipular. Muchos de los guerreros ya están rechazando las bebidas y la atención de las mujeres, y la fiesta apenas acaba de comenzar.

Algunos entre la multitud le dan la bienvenida calurosamente y con un breve abanico de alas. Pareciera el equivalente a un saludo respetuoso.

No lo hacían en la fiesta del viejo nido. Su campaña debe haber progresado mucho. Tampoco lo llamaban Excelencia entonces.

Me alegra escuchar que otros grupos lo saludan solamente con gestos sencillos y sonrisas corteses. Lo llaman Uriel, Arcángel y, ocasionalmente, Uri en vez de Excelencia.

—¿De verdad crees que nos estamos acercando al Día del Juicio Final, Uri? —pregunta un guerrero. No lo saluda con las alas y no lo trata con mucho respeto, pero hay verdadero interés (¿y esperanza?) en su rostro.

—Estoy absolutamente seguro —dice Uriel. Su voz resuena con genuina convicción—. El Arcángel Gabriel nos trajo aquí por una razón. Traer a otros dos Arcángeles a la Tierra junto con una legión de guerreros es sin lugar a dudas apocalíptico.

Y que lo diga.

Me pregunto qué pensaría Raffe de la fiesta.

Antes de que Uriel pueda seguir con la conversación, alguien interrumpe, y Uriel continúa su camino, saludando a todos y estirando la boca en una sonrisa demasiado brillante.

Mis pies ya están sufriendo y la fiesta acaba de empezar. Fantaseo con caminar entre la multitud y perderme en ella. ¿Lograría escabullirme entre la gente y desaparecer?

Justo cuando estoy pensando en escapar, se escucha el grito de una mujer en la playa, seguido de un gruñido salvaje. El sonido agudo desaparece rápidamente entre el rugido de las olas, la conversación y la música.

Andi y yo intercambiamos una mirada rápida antes de volver a nuestras posturas idénticas. Neutralizamos nuestros rostros como si fuéramos maniquís de plástico. Pero estoy segura de que si alguien nos observa con cuidado, descubriría el miedo y la tensión en nuestros ojos.

Uriel camina hacia un escenario improvisado al fondo del espacio. Mientras se hace paso entre la multitud, se detiene a mirar a alguien un segundo más de lo habitual. Ni siquiera me había dado cuenta de lo intensamente que lo he estado observando hasta que noto el cambio en su actitud. Sus hombros y la expresión de su rostro se congelan mientras su mente trabaja a toda velocidad.

El cambio es tan sutil que estoy segura de que nadie más lo notó, excepto quizás por Andi, quien lo ha estado observando tan de cerca como yo.

Uriel observa a un ángel enorme parado al borde de la multitud. Sus alas blancas están salpicadas de plumas de oro y lleva un antifaz de oro a juego sobre los ojos. Es angelical en todos los sentidos, excepto por la mueca de sus labios.

Sus alas nevadas parecen tensas, como si no se sintiera seguro de que pertenece ahí. Una de sus alas tiene la muesca de tijera que ha quedado grabada para siempre en mi memoria.

Beliel.

También reconozco a dos ángeles a su lado del video que Doc me mostró. Sus alas son color bronce brillante y cobre, pero apostaría mi siguiente comida a que uno de ellos tiene las alas color naranja quemado debajo de su disfraz. Es Quemado, el secuestrador de niñas indefensas.

Aprieto los puños automáticamente. Tengo que forzarme a relajarlos.

Beliel y Uriel intercambian una mirada. Beliel asiente ligeramente. El Arcángel mira hacia otro lado sin responder, pero sonrío luminosamente a su siguiente interlocutor, y parece más relajado.

Aprovecho para observar a las personas alrededor de Beliel. Paige no está por ninguna parte en ese mar de ángeles, ni tampoco Raffae. Ni siquiera estoy segura de que me creo lo que dijo Doc sobre Paige tratando de encontrar a Beliel, pero por lo visto mi corazón sí lo cree.

Uriel camina entre otro grupo de guerreros. Este grupo pertenece a la multitud adulatora de su «Excelencia». Hay sonrisas y alas batiendo por todos lados. Mientras Uriel camina entre numerosos ángeles enmascarados y disfrazados, uno de ellos me llama la atención. Es un guerrero, sin duda, con los hombros anchos y el cuerpo de Adonis. Lleva un cobertor de alas blanco salpicado de plata que brilla en la luz del crepúsculo. Una máscara a juego le cubre todo menos los ojos y la boca. Su frente está parcialmente oculta por su despeinado cabello oscuro.

Hay algo en él que me hace olvidar mis pies adoloridos, la multitud estrecha, e

incluso al monstruoso Político. Percibo algo familiar en él, aunque no puedo decir exactamente qué. Quizá el orgullo con el que lleva la cabeza erguida, o la forma en que camina a través de la multitud con absoluta confianza, como si se supiera que todos se quitarán de su camino.

A pesar de que no está mirando a Beliel, se mueve cuando Beliel se mueve, se detiene cuando Beliel se detiene.

Toda mi atención se centra en el guerrero mientras busco la más mínima prueba de que se trata de Raffe. Si estuviéramos en una multitud de hombres humanos, sería fácil reconocerlo como un dios entre ellos. Vaya suerte que estamos en una multitud de montañas de músculos y belleza masculina por la que las mujeres de todo el mundo moriría. Lástima que el riesgo de morir con ellos sea muy real.

Seguro percibe que lo estoy observando fijamente, porque voltea a mirarme de repente.

Sé que, como un buen soldado, seguramente lleva cuenta de todos los enemigos a su alrededor, las armas que portan, la mejor ruta de escape. Pero, como es un ángel, dudo que se haya molestado en prestar atención a los seres humanos que lo rodean.

Cuando me mira, lo hace con la mirada arrogante de alguien que nota a otra persona por primera vez, demostrando una vez más que la soberbia de un ángel no conoce límites. Lo cual, ahora que lo pienso, aumenta mi sensación de que se trata de Raffe.

Me mira de arriba a abajo, estudiando mi cabello oscuro, la diadema acentuada con plumas de pavo real, los listones azules y plata que bailan alrededor de mis ojos y pómulos, el vestido de seda que abraza cada parte de mi cuerpo.

Pero no es hasta que sus ojos se encuentran con los míos que siento un escalofrío recorrerme de pies a cabeza.

No tengo ninguna duda de que es Raffe.

Pero él parece no creer lo que ven sus ojos.

Por un segundo, sus defensas caen y puedo ver el caos brillando detrás de sus ojos.

Raffe me vio morir. Esto debe ser un error.

Esta chica glamorosa no se parece en nada a la niña flaca con la que viajó un tiempo.

Sin embargo...

Se detiene por completo, mirándome.

**E**l río de gente se arremolina a su alrededor mientras él se queda inmóvil. Me mira, ajeno a la marea de telas brillantes, plumaje de colores, rostros enmascarados, y flautas de champán fluyendo a su alrededor.

El tiempo puede haberse detenido para él, pero no se ha detenido para el resto del mundo. Beliel continúa adentrándose en la multitud mientras Uriel se acerca a Raffé. Si Raffé no se mueve pronto, tendrá que saludar a Uriel.

Los ángeles a su alrededor abanicán sus alas cuando Uriel se acerca. Si Raffé no lo hace también, Uriel le prestará atención. Tal vez incluso se detenga a hablar con él. ¿Reconocerá la voz de Raffé? Llegar a una fiesta de ángeles pareciendo un demonio es como entrar a una arena de toros vestido de rojo.

Trato de advertirle a Raffé con la mirada mientras caminamos hacia él, pero parece estar en trance mientras me observa fijamente.

Cuando ya es casi demasiado tarde, parpadea y mira a Uriel finalmente. Agacha la cabeza y trata de alejarse, pero está atrapado por los ángeles que se arremolinan hacia delante para saludar a Uriel.

No se me ocurre ninguna manera de ayudar a Raffé que no implique que me corten la cabeza o algo igualmente desagradable. Pero si hago algo para distraer a Uriel, seguramente esperará hasta que estemos en privado para hacerme picadillo y ofrecerme como bocadillo a sus perros con cola de escorpión.

Al menos, eso espero.

Doy dos pasos fuera de tiempo. Trastabillo. Tropiczo.

Caigo contra Uriel, golpeándolo más fuerte de lo que pretendía.

Uriel pierde el equilibrio y choca contra uno de sus aduladores. Un poco de champagne cae de su flauta y le moja la mano. Se da la vuelta para mirarme con el ceño fruncido. Veo la promesa de tortura eterna en sus ojos.

Casi espero que sus escorpiones monstruosos salten de algún rincón y me arrastren a las profundidades de algún calabozo donde sus esbirros de la muerte me cortarán lentamente en mil pedazos en la solitaria oscuridad. No tengo que fingir mi terror cuando Uriel me mira.

Pero como sospechaba, esperará para castigarme hasta que haya terminado de acariciar las plumas de sus aduladores, o lo que sea que los políticos hacen en el mundo de los ángeles. Tengo hasta entonces para encontrar la manera de salir de este lío.

Para cuando logra contener la violencia de su rostro y transformarla en algo más adecuado para un político y atiende de nuevo a sus admiradores, Raffé ha desaparecido.

Pasa una eternidad antes de que el latido de mi corazón vuelva a la normalidad. Mantengo la mirada hacia adelante y me comporto como un accesorio perfecto. Me avergüenza mirar a Andi y ver el miedo en su rostro. Supongo que sabe que no es muy útil para Uriel sin mí.

Espero que Raffe haya logrado escabullirse a un rincón oscuro en alguna parte. Espero que Paige esté bien y que pronto pueda encontrarla. Espero que mamá y Clara hayan logrado escapar sanas y salvas. Y ahora tengo a Andi, a quien claramente tengo que llevarme conmigo cuando me vaya, porque será una sentencia de muerte para ella si su gemela huye o es asesinada. Y todas esas personas en Alcatraz...

Son demasiadas personas.

Cargar con la responsabilidad de cuidar de mamá y Paige me está aplastando. Me consuelo recordándome a mí misma que solo soy una chica normal, no soy una heroína. Las heroínas tienen la tendencia a morir de maneras horribles. De alguna manera, voy a salir de esto, y después voy a vivir la vida más tranquila posible que se pueda tener en el nuevo mundo.

Seguimos a Uriel mientras se abre paso entre la gente y camina hacia el escenario improvisado. En el escenario hay una larga mesa con un mantel blanco. La tela baila con la brisa del océano, sostenida apenas por los platos y cubiertos dispuestos sobre ella. Varios ángeles están sentados a cada lado de una silla vacía en el centro, como los discípulos en la Última Cena.

Uriel camina hacia la mesa y se sitúa en el centro, mirando hacia abajo, al bullicio de la fiesta. Me pregunto si deberíamos encontrar una silla para sentarnos, pero Andi y yo dudamos, y finalmente asumimos nuestro rol de trofeos, plantándonos cada una a ambos lados de él.

Como si fuera una señal, el ruido de la fiesta se calma y todas las miradas se fijan en nosotros. Están mirando a Uriel, por supuesto, pero estoy cerca de él, así que parece como si todo el mundo me estuviera mirando a mí, a pesar de que nadie lo está haciendo. Me descubro buscando a cierto ángel sarcástico entre la multitud.

Suspiro a mi pesar. ¿En serio me gustaría que Raffe todavía estuviera aquí? Casi lo descubren hace un momento. Sería un suicidio para él si no sale de aquí rápidamente.

Pero no puedo evitar preguntarme si me ve.

Según las instrucciones de Madeline, debería estar mirando fijamente un punto por encima de la multitud, pero no puedo evitar que mis ojos escaneen los rostros debajo de nosotros.

—Hermanos y hermanas, sean bienvenidos —dice Uriel cuando todos guardan silencio finalmente—. Nos hemos reunido esta noche para unirnos por una causa y para celebrar. Tengo noticias aterradoras y sorprendentes. Primero, las noticias terribles —el público escucha con curiosidad silenciosa—. Hasta que los humanos atacaron nuestro nido, suponíamos que se estaban comportando tan bien como podría esperarse. Pero ahora me he enterado de que han estado haciendo cosas siniestras,

cosas que no podemos permitir.

Uriel le hace señas a alguien para que se acerque. Un ángel arrastra a un hombre al escenario. Trae puestos unos *jeans* desteñidos, una camiseta de los Rolling Stones y gruesos anteojos. Está temblando y sudando, claramente aterrado. El ángel le entrega un paño enrollado a Uriel.

Él lo desenrolla, dejando caer su contenido sobre el escenario.

—Dinos, Hombre —le ordena Uriel—. Dinos a todos lo que tenías escondido en este pedazo de tela.

El hombre comienza a hiperventilar. Su respiración es ruidosa, rasposa, y mira a la multitud con ojos enloquecidos. Cuando no responde nada, su guardia lo toma del cabello y le jala la cabeza hacia atrás.

—Plumas —jadea el prisionero—. Un... un puñado de plumas.

—¿Y? —pregunta Uriel.

—Ca... cabello. Un mechón de cabello dorado.

—¿Y qué más, Hombre? —pregunta Uriel con voz de hielo.

Los ojos del prisionero miran a su alrededor, como los de un animal acorralado. Su guardia le da otro tirón, de modo que parece que su cuello está a punto de romperse.

—Dedos —solloza el hombre. Gruesas lágrimas ruedan por sus mejillas, y me pregunto qué hacía para ganarse la vida antes de que el mundo civilizado llegara a su fin. ¿Era médico? ¿Profesor? ¿Empleado de una tienda?

—Dos... dedos... —dice entre sollozos. Su guardia lo deja ir. Él se acurruca en el suelo del escenario, temblando.

—¿Cuál es el origen de las plumas, el cabello y los dedos?

El guardia levanta la mano y el hombre se encoge, protegiéndose la cara.

—Los recibí de alguien más —dice el hombre—. Yo no le hice daño a nadie. Lo juro. Nunca le hice daño a nadie.

—¿De dónde provienen? —pregunta Uriel.

—No lo sé —llora el hombre.

El guardia lo toma por los brazos, y casi puedo oír sus huesos crujiendo.

El hombre grita de dolor.

—Un ángel —cae de rodillas, llorando. Sus ojos miran con terror a la multitud hostil—. Son partes de un ángel —la última parte es casi un susurro, pero el público guarda silencio y estoy segura de que lo oyeron bien.

Partes de un ángel —dice Uriel en su voz de trueno—. Los monos están cortando a nuestros hermanos heridos antes de que puedan recuperarse. Están usando nuestras plumas, dedos y otras partes como divisas. Y ustedes saben cuán largo y doloroso puede ser el proceso de crecer dedos de nuevo, por no hablar de las partes que no podemos regenerar.

Los ángeles rugen, temblando de rabia.

Uriel permite que la justa ira se acumule entre las masas.

—Hemos esperado mucho tiempo. Hemos dejado que los monos infesten esta hermosa tierra, haciéndoles creer que *ellos* son la especie más favorecida en el universo de Dios. Todavía no entienden por qué han gozado de carta blanca para reinar sobre la Tierra por tanto tiempo. Son tan arrogantes y estúpidos que no se dan cuenta de que nadie más sería tan tonto como para hacer de un campo de batalla legendario su hogar.

La muchedumbre grita y ríe.

Uriel les sonrío.

—Pero tengo noticias increíbles, hermanos y hermanas. Noticias que pondrán a los seres humanos en el lugar que se merecen. Noticias que nos permitirán castigarlos con la bendición de Dios.

La multitud se calla.

—Han oído los rumores —dice Uriel—. Has oído las especulaciones. Estoy aquí para decirles que son reales. Las señales están aquí. Tenemos la prueba definitiva de la razón por la cual Gabriel el Mensajero nos trajo aquí a la Tierra.

La audiencia murmura emocionada.

—No tenemos que preguntarnos más, hermanos y hermanas. No tenemos que discutir y debatir si se trata de una prueba, o una escaramuza con los Caídos o simplemente otra advertencia a los seres humanos mientras nos atacan con sus palos y sus rocas —hace una pausa dramática.

La multitud se calla.

Uriel barre a la multitud con la mirada.

—Las langostas bíblicas han llegado.

Un murmullo estalla rápidamente en un rugido emocionado.

Uriel deja que el ruido se acumule antes de levantar las manos para acallarlos a todos.

—Como muchos de ustedes saben, parte de mi trabajo consiste en visitar el Abismo. Ayer abrí el Pozo sin Fondo. De él surgió un humo negro que oscureció el sol y el aire. Del humo salieron langostas. Tal como fue predicho, sus rostros eran los

rostros de hombres y tenían colas como de escorpiones poderosos. Eran miles y miles de ellas. Volando hacia el cielo.

Como si fuera una señal, todos los ángeles en la multitud giran hacia la misma dirección y miran al cielo. Veo la nube negra en el horizonte antes de escuchar lo que ellos escuchan.

La nube estalla, escupiendo más oscuridad, cada vez más grande. El zumbido se transforma rápidamente en un rugido atronador.

He oído ese rugido antes. Es el ruido de un enjambre de escorpiones.

Todos estamos quietos y en silencio mientras miramos la nube precipitarse hacia nosotros. Uriel levanta los brazos como si quisiera abrazar a la multitud.

—Tenemos la confirmación, hermanos y hermanas. Lo que hemos esperado por tanto tiempo. Para lo que fuimos *creados*. ¡Por lo que hemos vivido, respirado y soñado por fin está aquí!

La voz de Uriel resuena como una orden en mi cabeza.

—¡Seremos como...!

Dioses.

—¡... los héroes de la Antigüedad!

Respira profundo.

—Por fin —respira de nuevo, con el pecho henchido de satisfacción—. Llegó el Día del Juicio Final. ¡El legendario Apocalipsis está AQUÍ!

**M**ientras todos se toman un momento para absorber lo que Uriel está diciendo, la horda de langostas escorpión se lanza contra nosotros.

Quiero gritar que está mintiendo. Que los escorpiones son sus propias creaciones, no langostas bíblicas. Pero pierdo mi oportunidad porque la multitud se vuelve loca.

Los guerreros levantan sus espadas y las levantan hacia el cielo. Lanzas gritos de guerra que se rompen contra el crepúsculo.

Baten sus alas, rompiendo los disfraces que las cubren.

Las plumas que Madeline colocó tan cuidadosamente vuelan por todas partes. Brillantina y confeti vuelan y flotan por el aire, como en un desfile triunfal de los viejos tiempos.

Me encojo, deseando desaparecer. Irónicamente, Andi también lo hace, por lo que seguimos pareciendo gemelas idénticas.

La sed de sangre vibra en el aire como un spray de feromonas.

Entonces lo terrible sucede.

Junto a nosotros en el escenario, un guerrero atrapa al traficante de partes de ángel y lo levanta por encima de su cabeza. El tipo se retuerce como un niño y sus anteojos caen al suelo. El ángel lo lanza hacia la multitud.

Cien brazos atrapan al pobre tipo y lo jalen hacia el centro de la masa de ángeles. El hombre grita y grita.

La multitud se empuja tratando de llegar hacia donde está el tipo. Pedazos de tela con sangre y otros trozos más grandes, que no quiero saber qué son, vuelan desde el lugar donde aterrizó.

Los ángeles guerreros gritan y ríen mientras se empujan unos a otros sin cesar, animando a los que desgarran al hombre que se está ahogando en su violencia.

La fiesta está salpicada de humanos.

Desde aquí, los humanos parecen pequeños y aterrorizados mientras absorben lo que está pasando. La mayoría son mujeres, especialmente vulnerables en sus vestidos cortos y zapatos de tacón alto.

Los escorpiones truenan sobre nosotros, oscureciendo el cielo. El viento gana fuerza por sus innumerables alas, mezclándose con los gritos de la multitud. La energía frenética incrementa la sed de sangre de los guerreros ebrios.

Los humanos entran en pánico y corren.

Y, al igual que los gatos, cuyos instintos se disparan cuando huye el ratón, los guerreros se abalanzan sobre ellos.

Es una masacre.

La gente atrapada en el centro de la multitud no tiene adónde huir aunque lo

intente. Hay demasiada gente para que los ángeles usen sus espadas. Atacan a los seres humanos con sus propias manos.

Los gritos llenan la noche mientras la gente trata de escapar. Los ángeles parecen disfrutar de la cacería, pues permiten que los humanos se alejen un poco antes de atacarlos.

Un guerrero atraviesa el estómago de un camarero con el puño y saca una masa fibrosa y sangrienta que solo pueden ser sus intestinos. Los coloca como si fueran joyería fina sobre una mujer que grita desesperada. Los ángeles que lo rodean rugen su aprobación y levantan sus puños hacia el cielo en un frenesí enloquecido.

Desde el escenario, puedo ver cómo la sangre se esparce en la multitud en una marea que no se detiene.

Andi rechina por el pánico. Se da la vuelta y corre, saltando desde el escenario hacia la oscuridad de la noche.

Mis instintos me gritan que haga lo mismo, pero el escenario es la zona menos llena de ángeles, por lo tanto la más segura de todas las que alcanzo a ver. Pero estar sobre un escenario durante un motín es como estar bajo un foco de diez mil vatios cuando cada célula de mi cuerpo clama por esconderse en la oscuridad.

Incluso Uriel parece no saber qué hacer. Los movimientos bruscos de su cabeza y la expresión tensa en su rostro cuando se vuelve a hablar con sus asesores me dicen que esto no era parte de su plan.

Su intención era que todos se embrigaran y excitaran lo suficiente como para romper todos sus tabúes esta noche. Pero me queda claro que no esperaba esto. Tal vez si fuera un guerrero en vez de un político, lo hubiera podido predecir. Tendría que haber adivinado que los ángeles solo esperaban un pretexto para deshacerse de su delgado barniz de comportamiento civilizado.

Entre la multitud, los ángeles que se empujaban unos a otros tratando de atrapar a un humano comienzan a golpearse entre sí.

Esto se está convirtiendo en una pelea además de una masacre.

**A**lguien se apresura entre la multitud hacia el escenario. Trato de no dejar que mi imaginación vuele hacia donde le gustaría. Pero no puedo evitarlo. Normalmente no soy una chica que espera que la rescaten como a una damisela en apuros, pero aunque sé que no es muy probable que suceda, sería un momento fantástico para que Raffe llegara y me llevara volando en sus brazos.

Pero no es él.

Es Beliel. Sus hombros gigantes cortan a través del caos mientras camina hacia nosotros. Mis ojos buscan entre la multitud detrás de Beliel, pero no veo ni rastro de Raffe.

Mi decepción es tan fuerte que me dan ganas de llorar. Tengo que encontrar una manera de salir de esto.

Sola.

Hay mucha distracción: eso es bueno. Hay ángeles asesinos en todas partes: eso es malo.

Hasta ahí llega mi cerebro congelado.

Beliel sube al escenario y camina entre los ángeles que rodean a Uriel.

Los gritos, los chillidos, el olor de la sangre y la adrenalina me asaltan por doquier. Mi cerebro y mis músculos quieren paralizarse y necesito de todo mi autocontrol para no lanzarme corriendo hacia la multitud asesina como hizo Andi. Mis opciones son quedarme aquí hasta que los ángeles reparen en mí o adentrarme en la masacre y esperar contra toda esperanza que pueda escapar con vida.

Nunca he tenido un ataque de pánico y espero no comenzar ahora. Pero estoy muy consciente de que soy una insignificante criatura endeble comparada con estos semidioses. ¿Acaso pensé por un segundo que podía salirme con la mía? ¿Que podía vencer a uno de ellos? No soy nada; no soy nadie. Debería estar gateando debajo de una mesa y sollozando por mi madre.

Pero yo no puedo contar con mi madre, como hacen los demás.

Eso me da un frío consuelo. Siempre he tenido que valerme por mí misma, y lo he hecho muy bien hasta ahora, ¿no es así?

En mi mente, hago una lista rápida de las partes vulnerables del cuerpo que hacen que el tamaño y la fuerza de un oponente sean irrelevantes. Los ojos, la garganta, la ingle, las rodillas... incluso los tipos más grandes y duros tienen puntos vulnerables que requieren de poca fuerza para dañar. Ese pensamiento me tranquiliza tanto que puedo empezar a buscar una salida.

Al contemplar la escena con un poco menos de pánico, me doy cuenta de que hay alguien en las escaleras que suben al escenario.

Raffe está ahí, tan inmóvil como una estatua, mirándome.

En el crepúsculo, la cubierta de sus alas brilla como las estrellas en un cielo de verano. Nunca me hubiera imaginado que debajo de esa hermosa cubierta se esconden un par de alas de demonio.

¿Me reconoce?

El grupo de Uriel empieza a saltar del escenario y a elevarse en el aire. Beliel es el último en salir. Abre sus hermosas alas robadas y comienza a batirlas en el aire.

Raffe salta y lo taclea.

Caen sobre el escenario ruidosamente, pero nadie se fija en otro par de guerreros luchando.

Somos los únicos que quedan sobre el escenario. Debajo de nosotros, continúa la masacre. Volando sobre nosotros, ruge el enjambre aparentemente interminable de escorpiones. En medio, es un festival de ángeles ebrios sedientos de sangre.

Un ángel ensangrentado cae desde el cielo sobre el escenario.

Su sangre salpica mi vestido. Su hombro está muy rasgado, como si se hubiera clavado la punta de un poste de luz. Pero él no parece darse cuenta, porque se pone en pie de inmediato, listo para más acción.

Me doy cuenta de que soy la única humana a la redonda.

Lo que daría por la espada de Raffe ahora mismo.

El ángel sangriento da un paso hacia mí.

Tomo un afilado cuchillo de carne de la mesa y me quito los tacones de una patada.

O por lo menos lo intento.

Uno de mis tacones se niega a salir. O mi pie se ha hinchado o el zapato era demasiado pequeño para mí desde el principio.

No conozco ningún arte marcial que no requiera de buena destreza en los pies, y estoy bastante segura de que un pie descalzo y el otro en tacón alto no es una técnica recomendada por ninguna disciplina.

Mi vestido también es un problema. Es largo y ceñido. Se ve muy bien, pero no me deja suficiente espacio para patear. Mis piernas son la parte más fuerte de mi cuerpo y no estoy dispuesta a quedar en desventaja en una pelea por el bien de la modestia. Uso mi cuchillo para cortarlo de arriba a abajo, rasgando la falda hasta lo alto de mi muslo.

Luego me pongo en postura defensiva y coloco mi cuchillo en el ángulo ideal para enterrárselo entre las costillas cuando lo apuñale.

La garganta es un mejor objetivo, pero no soy suficientemente alta para alcanzar la de esta bestia. Por lo menos no en la primera embestida. El segundo golpe, después de lograr herirlo, es otra historia.

Mi cuchillo le provoca una sonrisa, como si el hecho de que trate de defenderme lo haga más divertido. Levanta una ceja al ver que lo sostengo como si supiera usarlo. Pero su propia espada se mantiene intacta en su vaina, como si la masacre y la pelea no ameritaran su uso.

Sus ojos se enfocan en el cuchillo y en mi rostro. Eso le resulta fácil, pues mis manos están cerca de mi rostro, en una posición de combate.

Pero sigo con el tacón atorado en uno de mis pies, dejándolo varios centímetros más alto que el otro. No podré moverme eficazmente cojeando así. Hago lo único que puedo hacer.

Lo pateo con el tacón en la cara con toda mi fuerza. El ángel no esperaba eso.

Cae del escenario.

—De verdad eres tú —dice Raffe.

Me mira, aturdido. Detiene un puño en el aire, pausando la paliza que le está dando a Beliel, que está vencido y sangrando.

Una sonrisa que derrite mis huesos ilumina su rostro poco a poco.

Beliel interrumpe el momento dándole un cabezazo en la frente.

Raffe se tambalea.

Beliel me mira cuidadosamente. Sonríe como si supiera un secreto. Sus dientes están cubiertos de la sangre que gotea de sus encías. Salta del escenario, batiendo sus alas.

Raffe salta y lo atrapa por un pierna. Lo jala hacia abajo, evitando que escape volando. Raffe está a punto de recuperar sus alas.

Me arranco el zapato restante, lista para ayudarlo. Pero antes de que pueda moverme, el ángel sangriento que pateo fuera del escenario se arrastra hacia mí entre la masa de cuerpos en ebullición.

Parece que está un poco enojado.

Mi tacón le dio justo en la nariz, que explotó en su rostro. Su hermoso antifaz ahora parece algo salido de una película de terror.

Retrocedo, mirando rápidamente a Raffe. Él está tirando con todas sus fuerzas para evitar que Beliel escape volando. Esta es la oportunidad perfecta de recuperar sus alas. ¿Quién cuestionaría un acto más de brutalidad entre tantos otros? Una oportunidad así podría no presentarse nunca más.

Raffe me busca con la mirada y nuestros ojos se encuentran.

El viento levanta mi cabello de mi cara y mi vestido rasgado baila alrededor de mis piernas.

No estoy segura de qué me mortifica más, que mis medias de nylon sean completamente visibles, o que mis alitas de hada revoloteen en el viento justo antes de una pelea.

Mi oponente prepara su puño para un golpe que podría matarme si lo conecta. Yo me preparo para desviar su golpe y después apuñalarlo. Me digo a mí misma que puedo lograrlo, pero sé que solo estoy retrasando lo inevitable. Sé cuando mi oponente es más fuerte que yo.

Su puño vuela hacia mí.

Antes de que pueda siquiera reaccionar, el golpe es desviado por un antebrazo tan grande como el suyo. Raffe lo golpea tan duro que cae de espaldas y se queda inmóvil.

Beliel, de pie sobre la orilla del escenario, nos mira con su sonrisa sangrienta, como si le gustara lo que ve.

Salta al aire.

En la espalda de Beliel, las hermosas alas nevadas de Raffe baten hacia adelante y hacia atrás. Una vez, dos veces.

El demonio gigante desaparece entre la multitud de ángeles peleando en el aire.

Raffe arranca el saco del esmoquin de mi atacante aturdido y me envuelve con él. Cubre toda la parte superior de mi cuerpo, incluyendo mi cabeza. Puedo mirar a través de una ranura mientras me escondo.

Un brazo cálido me envuelve como un escudo alrededor de los hombros y me dirige hacia un lado del escenario.

—Quédate conmigo —me susurra. Incluso entre los gritos de la multitud y el rugido de las olas, algo revive en mi pecho al oír esa voz.

Levanto la vista para decir algo, pero él pone un dedo sobre mis labios y me susurra:

—No hables. Estropearás mi fantasía de rescatar a una doncella inocente en peligro tan pronto como abras la boca.

Mi alivio es tan grande que acabaría por reír histéricamente si abro la boca, de todos modos. Solo puedo ver a través de una franja entre los cuellos de la chaqueta mientras troto junto al calor de su abrazo. Me estrecha con fuerza contra su cuerpo, guiándome y protegiéndome con él. Yo me dejo llevar, tratando de hacerme invisible.

Descendemos al hervidero de violencia.

Tan pronto como llegamos abajo, sentimos los empujones. Aprieto mi cuchillo con más fuerza, tratando de prepararme para lo que podría venir después. Raffe empuja a todos fuera de su camino con arrogancia. Me sostiene detrás de él mientras se abre camino a través de la multitud.

Estamos cerca de la orilla de la pelea, pero todavía tenemos que avanzar un poco más para llegar a un espacio abierto. Pasamos sobre varios cuerpos y yo trato de no mirar hacia abajo.

La mayoría de los ángeles están demasiado ocupados en sus propias peleas como para molestarse con nosotros. Casi todas las peleas son de ángel contra ángel, pero todavía quedan algunos humanos en el suelo con los brazos en alto, protegiéndose contra los puños y patadas que les llueven de todas partes. Algunos guerreros sacuden la cabeza con disgusto ante la escena, pero no es un gran consuelo. Una parte de mí quiere apuñalar a los ángeles asesinos, mientras que otra parte de mí quiere correr y esconderse.

Raffe me arrastra demasiado rápido como para que me detenga a pensar en ello. No puedo ver mucho entre la multitud de cuerpos y choco contra él cuando se detiene de repente.

Estamos fuera de la masacre, la mayoría de las peleas están sucediendo detrás de nosotros. Delante de nosotros está el acantilado que baja hasta la playa oscura. La única cosa entre nosotros y la libertad es una última pelea.

Dos ángeles se lanzan golpes, mientras que otros dos están a punto de comenzar. Ninguno de ellos tiene desenvainada su espada. Estas peleas no son para hacerse daño de verdad, al menos no entre sí. Son como guerreros vikingos borrachos en una racha violenta que Uriel pensó que podía controlar.

Uno de los ángeles cae a un lado de nosotros. Su brazo me roza cuando pasa volando junto a mí. Me tambaleo y tropiezo, y mi cabeza accidentalmente se asoma por debajo del saco.

—¿Qué es eso que tienes ahí? —pregunta el ángel que sigue en pie—. ¿Todavía queda una? —camina hacia nosotros.

Sin previo aviso, Raffé le da un codazo en la cara, seguido por dos golpes tan rápidos que no alcanzo a ver sus puños.

Yo me agacho para no estorbarle y me quito de en medio. Cuando el otro ángel se tambalea hacia atrás, Raffé no lo sigue. Se queda cerca de mí.

Estoy totalmente visible ahora. Dejo caer el saco, me pongo en una postura defensiva, y levanto mi cuchillo delante de mí.

Al igual que el anterior, este ángel sonrío cuando ve mi arma. Será un desafío más divertido que aplastar una hormiga. Al menos esta hormiga tiene un cuchillo afilado y mala actitud.

Mi espalda está muy expuesta, solo me queda esperar que los ángeles no sean tan arteros como para atacarme por detrás mientras estoy peleando.

A mi lado, Raffé está intercambiando golpes con un ángel. Golpea a su atacante con la fuerza de una locomotora.

Mi oponente hace el primer movimiento. Su sonrisa es tan brillante que uno pensaría que acabo de darle una buena noticia.

Hombres. Solo saben pelear contra otros hombres. Esperan ataques en ciertas zonas de su cuerpo, de alguien que esté acostumbrado usar la fuerza de la parte superior de su cuerpo. Y siempre, siempre subestiman a las mujeres.

Yo no tengo mucha fuerza en la parte superior de mi cuerpo, nada que se pueda comparar con la mayoría de los hombres, mucho menos con estos tipos. Como es común entre las mujeres que saben pelear, mi fuerza viene de las caderas y las piernas.

Salta hacia mí, con las manos al frente para quitarme el cuchillo, esperando que lo ataque de frente.

Me agacho, doblando las rodillas, dejando que vuele por encima de mí.

Salto en el último segundo y le clavo mi cuchillo en la entrepierna con toda la fuerza de mi cuerpo.

¿Por qué molestarse en atacar sus puntos fuertes cuando se puede ir directamente contra los débiles?

Rueda por la arena apretándose la entrepierna, como cualquier tipo al que le dieron una patada en las bolas. Su herida sanará. Pero no podrá romper tabúes próximamente.

Un ángel vuela por encima de mi cabeza y cae al suelo como un saco de patatas. Veo a Raffe golpeando al último. Pero otros se están acercando de entre la multitud, atraídos por una buena pelea.

Raffe mira el cuchillo ensangrentado en mi mano.

—Si me hubiera quedado alguna duda de que eras tú, eso la disipa por completo —señala a mi oponente rodando por el suelo con las manos en la entrepierna.

—Por no ser caballeroso y dejarnos pasar —le digo.

—Acabas de enseñarle un poco de respeto. Siempre quise conocer a una chica que pelea sucio —dice Raffe.

—No existe una pelea sucia cuando es en defensa propia.

Él se ríe.

—No sé si burlarme de él o admirarte a ti.

—Vamos, no es una elección tan complicada.

Él me sonrío. Hay algo en sus ojos que hace que me derrita por dentro, como si algo en nuestro interior se comunicara sin que yo sea plenamente consciente de ello.

Soy la primera en apartar la mirada.

Deslizo la hoja de mi cuchillo en una de las bandas elásticas de mis medias, a la altura de mi muslo. Si está lo suficientemente ajustada como para sostener mis medias de nylon mientras peleo, sin duda sostendrá bien mi cuchillo. Me alegra que esas cosas sirvan para algo.

Miro hacia arriba y descubro a Raffe observándome. Siento una oleada de sangre coloreando mi rostro.

Raffe me toma por la cintura y me levanta en sus brazos, como en una película romántica de antaño. Sus brazos abrazan mi espalda y mis rodillas.

Sin pensarlo, envuelvo los míos alrededor de su cuello. Por un momento, me siento confundida, y los pensamientos más tontos inundan mi cabeza.

—No me sueltes —dice él.

Corre hacia la orilla del acantilado. Dos pasos más y sus alas se abren, rompiendo la cubierta que las ocultaba. Las brillantes plumas blancas de Madeline estallan detrás de nosotros cuando se extienden sus enormes alas de murciélago.

Libertad en la forma de unas alas de demonio. Me dan ganas de reír y llorar al mismo tiempo.

Estoy volando en los brazos de Raffe.

**E**stamos en el aire.

Me aferro a Raffé con más fuerza y él me abraza de modo que quedo colgando de su torso como una niña, con las piernas envueltas alrededor de su cintura. Su cuerpo es cálido y me protege del frío, incluso mientras el viento del océano golpea mi espalda con violencia. Volamos a una altura aterradora, pero sus brazos alrededor de mi cuerpo son fuertes y no puedo evitar sentirme segura.

Pero esa sensación no dura mucho tiempo. Puedo entrever lo que pasa detrás de nosotros entre las alas de Raffé.

Ebrios o no, los ángeles no tienen problemas para despegar. Ver las alas de Raffé debe haberlos incitado, porque nos persiguen más ángeles de los que nos encontramos en la playa. Volamos a través de jirones de niebla mientras nos deslizamos sobre las olas negras.

Se supone que los ángeles son criaturas hermosas de luz, pero los que nos persiguen se parecen más a una nube de demonios salidos de la niebla. Raffé debe estar pensando algo similar porque aprieta su abrazo alrededor de mi cintura, protegiéndome.

Gira abruptamente, alejándose de la orilla. Vuela más bajo, cerca del agua, donde la niebla es más espesa y las olas hacen más ruido.

Volamos tan bajo que el agua me salpica cuando se encrespan las olas. El mar es violento y las olas ruedan por debajo de nosotros. Parece que nos deslizamos sobre kilómetros y kilómetros de oleaje negro y furioso.

Raffé gira hacia un lado y después hacia el otro. Cambia de dirección inesperadamente a cada rato. Maniobras de escape.

La niebla es tan espesa que quizá hayamos logrado que los ángeles se confundan y persigan alguna otra sombra. El rugido de las olas y el viento es tan fuerte que los ángeles no pueden oír las poderosas alas de Raffé batiendo el aire.

Estoy temblando contra su cuerpo. El agua helada y el viento del océano me están congelando hasta el punto de que ya no puedo sentir mis brazos alrededor de su cuello o mis piernas alrededor de su torso.

Nos deslizamos por el aire en silencio, cortando a través de la noche. No tengo idea de qué tan cerca están los ángeles o si nos han perdido el rastro. No oigo ni veo nada en el resplandor de la niebla. Damos otro giro brusco hacia mar adentro.

Una cara aparece en la niebla. Detrás de ella, unas alas gigantes con plumas del mismo color de la niebla.

Está demasiado cerca.

Choca contra nosotros.

Giramos fuera de control cuando las alas de murciélago se enredan con las de plumas. Raffe golpea las alas del ángel con las guadañas de sus alas extendidas. Las cuchillas cortan a través de las capas de plumas hasta que llegan al hueso.

Los tres caemos juntos hacia el mar.

Raffe logra estabilizarnos con dificultad antes de caer al agua. No puede usar sus alas para luchar y volar al mismo tiempo. Logra desenredarse de las plumas del otro cuando el ángel saca su espada.

Raffe no tiene una espada.

En cambio, me tiene a mí: cuarenta y cinco kilos de peso muerto que solo estorbarán más su equilibrio y técnica. Sus brazos me están cargando en vez de estar libres para defenderse. Sus alas tienen que trabajar mucho más duro para mantenernos en el aire.

Lo único que puedo pensar es que no voy a terminar muerta de verdad en los brazos de Raffe. No voy a ser una herida más en su alma.

El ángel se prepara para asestar un golpe con su espada. Por mi entrenamiento, sé que hay armas que necesitan de suficiente distancia para ser eficaces. La espada es una de ellas.

Ahora mismo, el ángel tiene espacio suficiente para levantar su espalda y hacernos mucho daño con ella. Pero si estuviéramos más cerca, solo podría cortarnos un poco, y eso si tiene suerte.

Solo es agua. Estará más fría que el mismo infierno, pero no moriré si me caigo. No de inmediato, de todos modos.

Es increíble cuántas veces tenemos que ir en contra de nuestros propios instintos de supervivencia para sobrevivir. Abrazo la cintura de Raffe con mis piernas lo más fuerte que puedo, y empujo mi torso lejos del suyo.

Sus brazos me sueltan por la sorpresa antes de abrazarme de nuevo con más fuerza. Pero me da tiempo suficiente de inclinarme hacia atrás y atrapar el brazo de la espada del ángel en una mano y el cuello de su camisa en la otra.

Aprieto con mi codo y sostengo su brazo para que no pueda usar su espada contra nosotros. Solo espero que no sea tan fuerte como para dislocarme el hombro tan rápidamente. Con la otra mano, lo jalo hacia adelante.

Todo sucede en un segundo. Si el ángel hubiera adivinado lo que pensaba hacer, jamás me lo hubiera permitido. Pero ¿qué atacante espera que su víctima lo acerque más en vez de tratar de alejarlo?

Todavía no tiene sus alas bajo control para equilibrarse bien, y su cuerpo es tan ligero que logro acercarlo hacia nosotros.

De cerca, su espada es una amenaza menor, pero Raffe tiene que volar tortuosamente para evitar que le corte el ala con la hoja. Nos balanceamos en el aire, apenas librando las olas negras.

Raffe me sostiene con fuerza con un brazo mientras usa el otro para defenderse del ángel que está tratando de darle un puñetazo.

Me inclino hacia atrás otra vez y atrapo la empuñadura de su espada. Sé que no podré quitársela, pero sí puedo distraerlo de su pelea con Raffe. Y si tengo mucha suerte, incluso podría engañar a su espada, haciéndola pensar que un usuario no autorizado está tratando de apoderarse de ella.

Luchamos en el aire, perdiendo altura, luego volando un poco más alto, girando sobre el agua. Logro aferrarme a la empuñadura de la espada con ambas manos y, aunque no logro sacarla de las manos del ángel, logro moverla un poco.

Tan pronto como lo hago, la espada de repente se vuelve pesada, tan pesada que obliga al ángel a bajar el brazo.

—¡No! —grita el ángel. Hay verdadero horror en su voz cuando la espada amenaza con caer de nuestras manos.

Raffe lo golpea con el puño de su brazo libre. El ángel se tambalea hacia atrás.

Su espada cae y desaparece en el agua.

—¡No! —grita de nuevo. Hay un horror incrédulo en sus ojos mientras mira las aguas oscuras donde su espada se hundió. Supongo que no hay ángeles buzos que puedan recuperar espadas y otros objetos de valor del fondo del océano.

La sed de sangre desencaja sus facciones. Ruge un grito de guerra. Después nos ataca.

Dos ángeles más salen de la niebla espesa.

No me extraña, con todo el ruido que está haciendo el primer ángel, pero mi corazón salta de todos modos.

Los tres vienen hacia nosotros. Raffe se da la vuelta y vuela hacia el mar abierto.

No hay forma de que pueda perderlos conmigo a rastras.

—Suéltame —le digo al oído.

Raffe me abraza más fuerte.

—Los dos estaremos más seguros si yo estoy en el agua en vez de estorbándote durante una pelea —sin embargo, rehúsa soltarme—. Puedo nadar, Raffe. No te preocupes.

Algo grande nos choca desde atrás.

Los brazos de Raffe se aflojan por un instante. Yo me empujo hacia atrás con fuerza.

Cuando empiezo a caer veo todo en cámara lenta, cada sensación se amplifica. Una reacción de puro instinto me hace intentar aferrarme a lo primero que encuentro. Una mano no encuentra nada más que aire. La otra mano encuentra la punta de un ala emplumada.

Con todo mi peso jalando una de sus alas inesperadamente, el ángel pierde el control. Canalizo todo mi pánico en un esfuerzo por no soltarlo.

Caemos juntos en el agua.

Cada célula de mi cuerpo se congela. Siento agujas de hielo atravesándome la piel. Al menos, así se siente.

Cuando el agua envuelve mi cabeza es aún peor, como si mi cabeza hubiera sido el último bastión de calor en mi cuerpo. Quiero gritar, pero mis pulmones están tan congelados y contraídos que gritar me resulta imposible.

Una turbulencia oscura me rodea mientras me hundo. Pierdo la noción del cuerpo y la dirección.

Finalmente dejo de hundirme, pero no tengo la menor idea de dónde quedó la superficie. Mi cuerpo se retuerce mientras el cronómetro del aire en mis pulmones sigue avanzando.

Jamás hubiera pensado que era posible no distinguir entre arriba y abajo, pero sin gravedad y sin luz no puedo hacerlo. Me aterra elegir una dirección.

Unas burbujas pasan rozando mi mejilla y pienso en cosas horribles que vienen hacia mí desde las profundidades acuáticas del infierno. Todas esas noches medio despierta, con mamá cantando en la oscuridad, describiendo imágenes de demonios que me arrastrarán al infierno se me aparecen de repente en este ataúd enorme que es el mar. ¿Qué es esa forma oscura que...?

Ya basta.

Aire. Nada. Piensa.

No tengo tiempo para dejarme atrapar por un remolino de tonterías sin sentido que no me van a ayudar a salir del aprieto.

Burbujas.

Algo sobre las burbujas.

¿Las burbujas flotan?

Me llevo la mano a la boca para sentir las burbujas y dejo escapar un poco de aire precioso de mis pulmones ardientes. Me hacen cosquillas cuando flotan junto a mi cara y hacia mi oreja. Las sigo de lado, o lo que parece de lado. Las corrientes del mar podrían mover las burbujas en otra dirección, pero eventualmente tienen que subir, ¿verdad? Eso espero.

Dejo escapar más aire, tratando de no dejar salir más de lo que necesito, hasta que las burbujas chocan siempre contra mi nariz en su camino hacia arriba. Pataleo tan fuerte como puedo, siguiendo las burbujas tan rápido como mis pulmones ardientes me lo permiten.

Empiezo a desesperarme, pensando que voy en la dirección equivocada, cuando me doy cuenta de que el agua es cada vez más iridiscente, más ligera. Nado con más fuerza.

Por fin, mi cabeza rompe la superficie y tomo una gran bocanada de aire. Pero un trago de agua salada entra en mi boca cuando el mar agitado me da una bofetada en la cara. Mis pulmones se contraen y trato desesperadamente de controlar un ataque de tos para evitar tragar más agua.

El mar hace erupción a mi lado y algo rompe la superficie.

Cabeza, brazos, alas. El ángel que tiré al agua también encontró la forma de salir.

Traga aire con desesperación. Sus plumas están empapadas y parece que no sabe nadar muy bien. Sus brazos se mueven hacia todas partes y sus alas baten alocadamente, golpeando el agua inútilmente.

Se mantiene a flote gracias a que no ha dejado de moverse, pero es una forma agotadora de nadar. Si fuera humano, ya habría gastado toda su energía y se estaría ahogando.

Pataleo, tratando de alejarme de él. Tengo tanto frío que apenas puedo levantar mis brazos.

El ala del ángel se mueve hacia adelante, bloqueándome el paso. Me jala de vuelta contra él mientras se mueve desesperadamente.

Busco mi cuchillo bajo el agua, con la esperanza de que todavía esté guardado donde lo dejé, en el elástico de mis medias. Mi mano está tan congelada que apenas puedo sentirlo, pero está ahí. Es solo un cuchillo común y corriente, no una espada de ángel, pero le hará daño. Sentirá dolor y sangrará. Bueno, tal vez con este frío no sienta mucho, pero tengo que intentarlo.

Trata de atraparme y le apuñalo la mano.

Él se aleja, luego trata de atraparme con la otra mano, y logra tomarme del cabello. Lo apuñalo en el antebrazo. Me suelta por un momento, pero después me atrapa con la mano herida mientras chapotea salvajemente.

Me jala hacia él, trepando sobre mí y empujándome hacia abajo, como hacen las personas cuando se están ahogando.

Tomo aire. El ángel empuja mi cabeza dentro del agua helada.

No sé si está tratando de ahogarme a propósito, o si se aferra a mi por puro instinto, tratando de usarme para flotar. De todos modos, acabaré muerta si se sale con la suya.

Lo apuñalo con todo el pánico que siento, haciendo cortes profundos en su torso y sus brazos. Lo hago una y otra vez. Su sangre calienta el agua a nuestro alrededor.

Sus manos pierden fuerza y me las arreglo para sacar la cabeza del agua y tomar una bocanada de aire. Ya no me está empujando hacia abajo, pero todavía se está sosteniendo de mí.

—No eres el único monstruo en este mundo —jadeo. Hay tiburones blancos en el norte de California. Nuestros surfistas y los tiburones parecen tener una tregua, con la rara excepción de algún ataque. Pero nadie en su sano juicio se metería en el agua si está sangrando.

Lo acuchillo con fuerza en el pecho. Largos listones de sangre fluyen a su

alrededor.

Mis ojos se encuentran con los suyos. Creo que piensa que quise decirle que yo soy el monstruo. Quizá tenga razón.

No soy un tiburón blanco, pero de repente recuerdo a mamá y sus víctimas. Por una vez, encuentro el parecido entre nosotras. Por una vez, su locura me da fuerza. Me dejo ir y saco todo lo que llevo de mi madre fuera.

Lo acuchillo repetidamente, salvajemente, como una loca.

Finalmente me deja ir.

Me alejo tan rápido como puedo. No estaba bromeando sobre los tiburones. El cuchillo me dificulta un poco nadar, pero lo conservo en mi mano hasta que estoy fuera del alcance del ángel sangriento. Luego lo vuelvo a guardar en su lugar.

Estoy tan agitada que tardo un poco antes de sentir el frío de nuevo. Mi aliento se condensa frente a mi rostro y mis dientes castañean, pero me obligo a seguirme moviendo.

**E**scucho algo grande caer en el agua.

Una maraña de alas y extremidades salen a la superficie, salpicándolo todo.

Son Raffé y dos ángeles, enredados en una lucha cuerpo a cuerpo. Se retuercen y luchan mientras los golpean las olas.

Pronto se separan y se quedan manoteando el agua y agitándose en ella, como si se estuvieran ahogando. Los dos ángeles enemigos tienen sus espadas en las manos, lo que les dificulta aún más mantenerse a flote. Se aferran a ellas, batiendo sus alas inútiles contra el agua.

Raffé no lo está haciendo mejor. Sus alas lisas no absorben el agua como las plumas de las de los ángeles, pero son grandes y torpes y obviamente no tiene idea de cómo nadar con ellas. Tal vez no hay mar en el cielo.

Nado hacia él.

Uno de los ángeles deja caer su espada, gritando de dolor y frustración. Seguramente la sostuvo lo más que pudo, pero es difícil mantenerse a flote mientras tratas de envainar una espada, y aún más difícil nadar con una espada en la mano.

El otro ángel manotea la superficie, tratando de mantenerse a flote con una mano apretando su espada. La tercera vez que el ángel se sumerge bajo el agua, la punta de la espada cae, como si fuera demasiado pesada para él. La cabeza del ángel resurge del agua y él gime «no, no, no» con verdadera angustia.

La punta de la espada cae al agua y desaparece. La espada del ángel tomó la decisión por él.

Aparte de sus compañeros de armas, supongo que las espadas son las únicas cosas con las que la mayoría de los guerreros crean lazos fuertes. Me recuerda al dolor y la angustia de Raffé cuando su espada lo rechazó.

Nado más rápido. O lo intento. El frío me tiene tan entumecida y temblorosa, que siento que no estoy en control de mi cuerpo.

Todos siguen a flote, pero a duras penas. Me pregunto cuánto tiempo podrán mantenerse así.

Cuando estoy cerca de Raffé, le grito:

—Raffé, deja de moverte tanto —se vuelve hacia mí—. Cálmate y vendré a buscarte.

He oído que la mayoría de las personas que se están ahogando no pueden calmarse. Tienen que imponer su voluntad sobre todos sus instintos de supervivencia para dejar de moverse. Se necesita una confianza infinita para calmarse y dejar que alguien más los salve.

Raffé debe tener una fuerza de voluntad enorme, porque inmediatamente deja de

agitarse. Mueve los brazos y las piernas suavemente, pero no lo suficiente como para mantenerse a flote.

Comienza a hundirse.

Nado lo más rápido que puedo.

Su cabeza está debajo del agua antes de que pueda alcanzarlo. Trato de jalarlo hacia arriba pero sus alas son tan pesadas que no puedo levantarlo.

Los dos nos hundimos.

Incluso cuando nos sumergimos, Raffé sigue sin moverse. Me impresiona su voluntad de hierro. Y su confianza. Bajo el agua, no puedo explicarle que debe cerrar sus alas completamente para reducir el peso. Empujo sus alas frenéticamente tratando de hacerlo.

Él me entiende y cierra sus enormes alas, apretándolas fuertemente contra su cuerpo. Parecen tan ligeras y delgadas como el aire. Estoy segura de que si supiera cómo usarlas en el agua, se deslizaría dentro de ella como una raya.

Pataleando y tirando tan fuerte como puedo, lo arrastro a la superficie. No soy una nadadora extraordinaria, pero como la mayoría de los niños de California, he pasado suficiente tiempo en el océano como para sentirme cómoda en él. Los huesos huecos de Raffé, o lo que sea que lo hace tan ligero, logran que no sea una carga muy pesada.

Siento una oleada de alivio cuando veo que su cabeza sale del agua y logra respirar. Nado abrazándolo con un brazo por encima del hombro y el pecho, manteniendo nuestros rostros viendo hacia arriba.

—Mueve las piernas, Raffé. Patalea con ellas—sus piernas son un motor potente. Una vez que nos ponemos en marcha, logramos un ritmo constante y logramos alejarnos de los otros ángeles, que siguen moviéndose desesperadamente.

El ángel que apuñalé sigue flotando débilmente en un charco de agua ensangrentada, cerca de los demás. No sé qué pasaría en una pelea entre un grupo de ángeles y uno de tiburones blancos, pero me alegra que no estaremos cerca como para presenciarlo.

Puesto que los ángeles están en el territorio de los tiburones, mi apuesta está con los tiburones. ¿Quién dice que los ángeles no pueden morir?

Los dejamos atrás y desaparecen entre la niebla. Yo confío en la orientación sobrenatural de Raffé para llevarnos a la orilla.

He escuchado que el mar del sur de California es cálido, pero nadie dice eso sobre el mar del norte de California. No es exactamente Alaska, pero es suficientemente frío como para provocarme hipotermia. Nunca he visto a un surfista meterse al agua sin un traje de neopreno. Pero el cuerpo de Raffé es cálido, incluso en el agua helada, y sospecho que su calor me mantiene con vida.

Nos las arreglamos para llegar a tierra firme. Nos arrastramos sobre la arena hasta llegar lejos de donde golpean las olas antes de desplomarnos en nuestro montón de ropa empapada.

Lo miro un momento para asegurarme de que está bien.

Raffe está tratando de recuperar el aire y me observa con una mirada tan intensa que me retuerzo por dentro.

Necesito romper el silencio. No hemos hablado de verdad desde antes de que lo operaran en el viejo nido. Han pasado muchas cosas desde entonces. Hasta hace un par de horas, él pensaba que yo estaba muerta.

Abro la boca para decir algo significativo, memorable: «Yo...».

No se me ocurre nada.

Extiendo la mano, pensando que tal vez podría tocarle la mano, pues quiero conectarme con él. Pero hay algas enredadas entre mis dedos, y yo instintivamente agito mi mano para quitármelas. Aterrizan en su rostro con un viscoso *plop* antes de caer a la arena.

Raffe se acuesta sobre la arena, riéndose en silencio.

Su risa es débil y falta de aire, pero debe ser el sonido más hermoso que he oído nunca. Está lleno de calidez y genuina alegría, que solo puede pertenecer a una persona viva, que respira.

Él se estira y me toma del brazo. Me arrastra sobre la arena hacia él. Mi vestido se levanta un poco, ahora parece más de arena que de seda, pero no me importa.

Me toma entre sus brazos y me abraza fuerte.

Es un cálido oasis en un desierto de hielo. Estar en sus brazos se siente como el hogar que nunca tuve. Sigue gimiendo de risa, que le hace vibrar el pecho. Mi propio pecho se levanta con cada carcajada muda suya, haciéndome sonreír.

De repente, su humor cambia. Su pecho se sigue convulsionando en espasmos que suenan muy parecido a una risa débil, pero no lo son. Me abraza tan cerca que si un ejército de escorpiones se acercara y tratara de sacarme de entre sus brazos, no podrían hacerlo.

Le acaricio el cabello y repito las palabras de consuelo que él me susurró al oído la última vez que estuvimos juntos.

—Shhh —le digo—. Estoy aquí. Estoy aquí.

Es tan cálido como el sol de la tarde en un día de verano.

Nos abrazamos en nuestro pequeño capullo de calor, a salvo de los monstruos de la noche gracias a la niebla que nos rodea y el rugido de las olas a nuestros pies.

**L**ogramos arrastrarnos a una casa en la playa, entre una hilera de casas envueltas en la niebla. En el mundo de antes, estas casas estaban cerca del mar, pero no estaban en la playa. En el nuevo mundo, nadan en un mar de escombros, y son las casas más cercanas al agua. Muchas de ellas parecen intactas todavía, con sus banderas de caballitos de mar y tumbonas de madera en el porche, como si esperaran que sus dueños volvieran a casa.

Entro tambaleándome detrás de Raffé, tan exhausta como para hacer caso omiso de mi entorno. Ahí dentro estamos protegidos del viento, y aunque la casa es fría, es mucho mejor que estar afuera en la intemperie. Estoy mojada y llena de arena, y lo que queda de mi vestido se pega a mi cuerpo como un pañuelo de papel mojado.

Raffé, en cambio, está muy alerta. Revisa todos los rincones de la casa antes de bajar la guardia.

No hay electricidad, las habitaciones están a oscuras salvo por el resplandor de la luna que entra a través de las ventanas. Tenemos suerte, sin embargo. Hay una chimenea con una caja de maderos a un lado, y una caja de fósforos y velas decorativas sobre ella.

Trato de encender una vela. Mi mano tiembla tanto que rompo tres cerillos antes de conseguirlo. Raffé acomoda los maderos y enciende el fuego. Tan pronto como la pequeña llama se enciende, algo en mí se relaja un poco. Una parte de mí estaba muy preocupada de que mi cuerpo estaba a punto de apagarse por el frío.

Raffé también tiembla, pero se levanta y cierra las persianas verticales de las ventanas. No sé cómo lo logra. Yo apenas puedo controlarme para no meterme en la chimenea para estar más cerca del calor.

Incluso tiene la energía para ir a buscar mantas y toallas de algún lugar de la casa, y envuelve una manta a mi alrededor. Mi piel está tan congelada que apenas puedo sentir el calor suave de su mano cuando roza mi cuello.

—¿Cómo te sientes? —pregunta.

Respondo entre dientes castañeantes:

—No tan mal, si consideras que acabo de bañarme en aguas infestadas de ángeles.

Raffé pone su mano sobre mi frente.

—Los humanos son tan frágiles. Si el tiempo no los mata, son los gérmenes o los tiburones o la hipotermia.

—O los ángeles borrachos y con ganas de pelear...

Niega con la cabeza.

—Un minuto están bien, al minuto siguiente se han ido para siempre —se queda mirando al fuego melancólicamente.

Mi cabello sigue goteando agua helada sobre mi nuca y espalda, y mis vestido se pega a mi piel como si estuviera hecho de arena mojada. Parece que Raffé está pensando lo mismo, pues envuelve una toalla de playa alrededor de su cintura y la asegura en la cadera para mantenerla en su lugar.

Luego se quita las botas. Y los pantalones.

—¿Qué estás haciendo? —estoy nerviosa.

Me contesta sin detenerse mientras se desnuda debajo de su toalla:

—Trato de calentarme. Deberías hacer lo mismo si no quieres seguir perdiendo calor a través de la ropa mojada —sus pantalones dejan un charco en la alfombra.

Dudo un instante mientras él se sienta cerca de mí, frente al fuego.

Despliega sus alas de demonio. Supongo que lo hace para secarlas, pero además logra hacer un capullo de calor con ellas. Mis músculos se relajan en cuanto siento el calor arremolinándose a mi alrededor.

Tiemblo, tratando de olvidar el frío. Él acerca más sus alas, manteniendo el calor del fuego entre nosotros.

—Buen trabajo allá afuera —me dice, mirándome con aprobación.

Parpadeo por la sorpresa. No es la primera vez que alguien me dice algo así. Pero esta vez es diferente. Inesperado.

—Tú también —quiero decir algo más, algo que valga la pena, de todo lo que tengo encerrado en la bóveda en mi cabeza, pero mi lengua se enreda con todas las cosas que quiero decir— sí, tú también.

Raffé asiente como si entendiera, como si hubiera dicho todas las cosas que quieren escapar de la bóveda, y él las aceptara.

Escuchamos el crepitar del fuego por un rato.

Me he calentado lo suficiente como para querer liberarme de mi vestido arenoso y húmedo, que se chupa el calor incipiente de mi piel. Envuelvo mi manta alrededor de mi cuerpo y sostengo el borde con los dientes, usándola como una cortina.

Raffé sonrío cuando me ve retorciéndome bajo la manta, luchando por quitarme el vestido mojado.

—Estoy seguro de que un hombre respetable se daría la vuelta para dejar que te cambies en paz, sin preocuparte porque se caiga tu cubierta.

Asiento con vehemencia, apretando más los dientes para no dejar caer la manta.

—Pero perderíamos nuestro refugio —levanta un ala unos centímetros para ejemplificar. El aire frío ataca mis piernas de inmediato. Regresa el ala a su sitio y se encoge de hombros— supongo que tendrás que cuidar que no se caiga tu cubierta.

Sigo retorciéndome, liberándome finalmente de la manga izquierda.

—No te vayas a reír —dice—, porque eso podría ser desastroso.

Le echo una mirada asesina, advirtiéndole que no trate de hacerme reír.

—¿Te sabes el chiste de...?

Me arranco lo que queda de mi vestido bajo la manta. Estaba arruinado de todos modos. Me lo quito y lo aviento a un lado.

Aterrizo sobre sus pantalones en la alfombra.

Raffe se echa a reír. Es una risa hermosa: rica y sin preocupaciones. No puedo evitar echarme a reír con él.

—Eres muy creativa para salir de un aprieto —dice sin dejar de reír—. Normalmente utilizas la violencia, pero lo haces de forma muy creativa.

Dejo de sostener la manta con los dientes ahora que puedo sujetarla con las manos.

—Me cansé de la humedad, eso es todo. Creo que no había ningún riesgo de que tu chiste fuera gracioso.

—Tu comentario me lastima —dice con una sonrisa.

La palabra «lastimar» resuena en mi cabeza, y veo que a él lo afecta también, porque su sonrisa se desvanece.

—¿Qué pasó antes, en el viejo nido? Vi como te picaba el escorpión. Te vi morir. ¿Cómo sobreviviste? —Le explico sobre la parálisis que provoca la picadura de los escorpiones, cómo casi desaparece el latido del corazón y la respiración de la víctima, de modo que parece que ha muerto.

—Pensé que te había perdido.

¿Qué me había perdido?

Miro al fuego sin verlo.

—Yo también pensé que te había perdido —me cuesta decir las palabras.

El fuego crepita, devorando la madera. Me recuerda al incendio en el nido, cuando Raffe me llevó a un lugar seguro a pesar de que pensaba que estaba muerta.

—Gracias por regresarme a mi familia. Era muy peligroso, pero lo hiciste.

—Yo también puedo ser peligroso.

—Sí, lo sé —nunca voy a olvidar la imagen de Raffe enfurecido, rompiendo los tubos de escorpiones gigantes y destruyendo a todos los monstruos después de verme morir.

Sus labios se tuercen, como si se estuviera riendo de sí mismo.

—Debe haber sido entretenido ver eso.

—No, no lo fue. Fue un poco... —desgarrador— desgarrador —me arrepiento cuando me doy cuenta de que lo dije en voz alta—. Quiero decir... —no se me ocurre cómo corregir lo que acabo de decir.

—Desgarrador —él mira las llamas—. Desgarrador —repite la palabra, como si fuera nueva para él, como si nunca la hubiera pronunciado antes. Asiente suavemente—: Sí. Supongo que esa es una manera de decirlo.

El fuego de la chimenea crece. Es sorprendente lo rápido que una chimenea puede ayudarte a entrar en calor.

—No quiero decir que tuvieras el corazón roto, ni nada —parecería que el español es un idioma nuevo para mí por cómo tartamudeo cada palabra— solo quiero decir que fue difícil para mí... presenciarlo.

Ni confirma ni niega que podría o no haber sentido que se le rompía un poquito el

corazón.

—Bueno, tal vez sí parecía que tuvieras el corazón un poco roto —qué bochornoso. Estoy haciendo un ridículo total. Una parte de mí quiere ir a enterrar la cabeza debajo de la arena por la vergüenza. El resto quiere ver la reacción de Raffe.

Las llamas crecen más. El ruido de la madera crujiendo es rítmico e hipnótico. El calor es exquisito.

—Estás temblando —dice. Suena renuente. Tal vez incluso triste— date un baño. Si tenemos suerte todavía habrá agua caliente.

Duda un momento mientras yo contengo la respiración.

Luego se da la vuelta.

Se pone de pie y se adentra en la oscuridad de la casa.

Tan pronto como mueve el refugio de sus alas, el frío regresa. Lo veo desvanecerse entre las sombras. Sus alas negras y su cabeza inclinada desaparecen primero, luego sus amplios hombros y sus brazos.

Luego nada.

**M**e siento allí, observándolo marcharse, con ganas de decir algo, pero sin saber qué.

De mala gana, me levanto y me alejo de la chimenea. La casa se siente más fría mientras subo las escaleras buscando un baño.

En el baño hay un juego de toallas, doblado de una manera que sugiere que no se han utilizado desde que se lavaron por última vez. Probablemente fue hace meses.

Me baño a la luz de las velas. El agua está tibia, y se siente bien sobre mi piel que todavía está congelada. No me quedo en la ducha mucho tiempo, sin embargo. Solo lo suficiente para enjuagar la arena, el jabón y el champú tan rápido como puedo. Todavía estoy temblando de frío, y lo que más quiero es estar seca y calentita de nuevo.

Hay una bata gruesa colgada en la puerta del baño. Me gustaría acurrucarme en ella, pero esos lujos son para la gente del mundo de antes, no para personas que quizá tengan que huir de aquí en cualquier momento, perseguidas por monstruos o pandilleros.

Busco rápidamente entre los armarios y cajoneras. Encuentro un vestido que parece un suéter. Todo lo demás es cuatro tallas más grande. Amarro el vestido-suéter alrededor de mi cintura con una bufanda y enfundo mis piernas en unas mallas largas.

Estoy segura de que podría haber encontrado algo mejor, pero no quiero seguir en el piso de arriba iluminando todo con mi vela. La niebla seguramente no permitiría que la luz se vea desde muy lejos, pero ¿para qué invitar problemas?

En la planta baja, la sala de estar está muy bien iluminada por el resplandor de la chimenea. Raffé está parado en una silla, pegando mantas sobre las ventanas con cinta adhesiva a modo de cortinas. Debe haber pensado lo mismo que yo sobre la luz.

Verlo de pie en una silla para llegar a lo alto de las ventanas tiene un aire de normalidad que me relaja, por alguna razón. Me parece algo tan humano, tan normal...

Bueno, es normal si no haces caso de las alas oscuras que se mueven suavemente hacia adelante y hacia atrás detrás de él. Supongo que las está secando. Las guadañas brillan a la luz de las velas. No tiene plumas que acicalar. Me pregunto si ahora pule sus guadañas.

—No eres un Ángel Caído, ¿verdad? —la pregunta sale de mi boca antes de que mi cabeza puede censurarla.

—Por lo que he escuchado, eso solo me haría más atractivo para ustedes las Hijas del Hombre —termina de pegar la última cortina improvisada—. ¿Qué es lo que les gusta de los chicos malos?

—Te lo estoy preguntando en serio, Raffe.

—¿Acaso quieres redimirme? —salta de la silla y me mira finalmente.

Cuando me ve, sus hombros se sacuden con una risa silenciosa que pronto se transforma en una carcajada. La risa de Raffe es algo que yo normalmente disfrutaría, excepto que me queda claro que esta vez se está riendo de mí.

Miro mi atuendo. Me doy cuenta de que me vestí con demasiada prisa allá arriba.

Lo que parecía un suéter liso a la luz de una sola vela resulta tener un estampado de leopardo. Además, me queda tan grande que cuelga por todas partes. La bufanda oscura que até alrededor de mi cintura resulta ser una corbata roja, y el par de calcetines marrones son en realidad un calcetín rosa y otro morado.

—¿Por qué todos los demás pueden vestirse como víctimas de zombis pero yo tengo que seguir preocupándome por estar a la moda?

No deja de reírse.

—Pareces un perrito shar-pei con manchas de leopardo.

Si recuerdo correctamente los shar-pei, son unos perros muy arrugados.

—Me vas a dejar un trauma, ¿sabes? Me perseguiré por el resto de mi vida que me digas que parezco un perrito arrugado a la temprana edad de diecisiete años.

—Sí. Eres una chica muy sensible. No me queda duda, Penryn —la luz del fuego suaviza sus facciones y ruboriza su piel—. Pero si quieres que alimente tu ego, tengo que admitir que te veías muy bien con alas —Raffe dice eso último con melancolía en la voz.

De repente me siento incómoda.

—Gracias... Creo.

—¿No te gusta verte bien con alas?

Tengo miedo de que el cumplido sea una trampa para uno de sus chistes, como, hum, que parezco un perro arrugado con alas, pero que tengo una bonita personalidad, o algo así. Levanto la vista hacia el techo mientras me lo imagino. Bueno, eso no es gracioso, hubiera sido una broma muy mala.

—No te preocupes. Estás a salvo —dice con voz tranquilizadora—. Jamás te diría que tienes una bonita personalidad.

Le lanzo una mirada asesina y él se ríe solo de su propio chiste.

Y, así, está de vuelta el Raffe que conocía.

Calentamos agua en la estufa de gas, que todavía funciona con un fósforo. Luego nos sentamos junto a la chimenea, bebiendo tazas de agua caliente mientras le cuento lo que he estado haciendo desde que nos vimos. El calor se siente tan bien que quiero acurrucarme y dormir.

—¿Dónde está mi espada?

Suspiro. No le mencioné las visiones que me compartió la espada. Sería como admitir que he estado espiando en su vida.

—Tuve que dejarla en el muelle 39 en San Francisco, cuando me atraparon.

—¿La abandonaste?

Asiento tristemente.

—No me dieron opción.

—No está hecha para estar sola.

—Ninguno de nosotros lo está.

Nuestros ojos se encuentran y un escalofrío recorre mi cuerpo.

—Te extrañó mucho —le digo en un susurro.

—¿En serio? —su voz es una caricia suave. Sus ojos, clavados en los míos, son tan intensos que siento que ven directo a mi alma.

—Sí —siento el calor invadir mis mejillas—. Ella pensaba en ti todo el tiempo.

La luz de la vela proyecta un brillo suave a lo largo de su mandíbula, junto a sus labios.

—Me dolió perderla —su voz es un gruñido—. No me había dado cuenta de cuánto me había encariñado con ella —me quita un mechón de cabello mojado del rostro—. Qué tan peligrosamente adictiva podría ser.

No puedo moverme, no puedo ni respirar.

—Tal vez una chica necesita escuchar eso. Tal vez ella quiere estar contigo, también —las palabras salen de mi boca en un susurro apresurado.

Raffe cierra los ojos y suspira. Niega con la cabeza.

—No puede ser.

—¿Por qué?

—Hay reglas. Tradiciones. Peligro. Es peligroso estar conmigo.

—Es peligroso estar sin ti —me acerco un poco más al fuego.

Él se acerca y acomoda la manta sobre mis hombros.

—Eso no cambia las reglas.

Cierro los ojos y siento el calor de sus dedos rozando mi cuello.

—¿A quién le importan las reglas? Es el fin del mundo, ¿recuerdas?

—Las reglas son importantes para nosotros. Los ángeles son una raza guerrera.

—Gracias, ya me di cuenta. Pero ¿eso qué tiene que ver?

—La única manera de mantener una sociedad de asesinos juntos durante eones es tener una estricta cadena de mando y cero tolerancia con los que violan las reglas. De lo contrario, todos nos habríamos matado entre nosotros hace mucho tiempo.

—¿Incluso si las reglas no tienen sentido?

A veces tienen sentido —él sonrío—. Pero eso no viene al caso. El punto es que los guerreros deben seguir las órdenes, no opinar sobre ellas.

—¿Qué pasa si las reglas te impiden estar con la gente que te importa?

—Son justamente para eso. Es el castigo más eficaz, a menudo. La muerte no es una amenaza real para un verdadero guerrero. Pero quítale a su Hija del Hombre, a sus hijos, a sus amigos, a su espada: esos son castigos de verdad.

No puedo evitarlo. Me inclino tan cerca de él que mi rostro está solo a un beso de distancia.

—Somos aterradoras, ¿no es cierto?

Mira mis labios casi involuntariamente. Pero no se aleja ni se acerca un milímetro. Solo arquea una ceja.

—Las Hijas del Hombre son realmente peligrosas. Por no decir verdaderamente molestas —se encoge de hombros—. Muy ocasionalmente pueden ser adorables.

Me recuesto.

—Estoy empezando a entender por qué tu espada te abandonó —auch. Eso no era lo que quería decir—. Lo siento, no era mi intención...

—Me rechazó porque tenía órdenes permanentes de hacerlo si alguna vez presentía un lado oscuro.

—¿Por qué?

Raffe mira el contenido de su taza.

—Porque un Ángel Caído con una espada de ángel sería demasiado peligroso. Sus alas cambian con el tiempo y, finalmente, desarrollan sus propias armas si sobreviven suficientes batallas. Unas alas de Ángel Caído y una espada de ángel es una combinación demasiado peligrosa.

—Pero tú no eres uno de ellos, ¿o sí? ¿Por qué te rechazó tu espada?

—Las alas la confundieron —bebe un trago, deseando que fuera algo más fuerte que agua—. Mi espada tiene alma, pero no tiene cerebro —sonríe a medias.

Suspiro y dejo mi taza sobre la mesa.

—Su mundo es tan diferente al nuestro. ¿Acaso tienen algo en común con los humanos?

Raffe me mira con sus ojos oscuros en ese rostro perfecto sobre su cuerpo de Adonis.

—Nada que estemos dispuestos a admitir.

—Así que no hay vuelta atrás, ¿verdad? —le pregunto—. Somos enemigos mortales y yo debería de estar tratando de matarte a ti y a todos los tuyos.

Se inclina, tocando la punta de su frente con la mía, y cierra los ojos.

—Sí.

Su aliento suave acaricia mis labios cuando susurra la palabra. Yo también cierro los ojos, y trato de concentrarme en el calor de su frente apoyada en la mía.

Raffe regresa de su excursión con una caja de cereal y un frasco de mantequilla de maní. Yo quería seguir nuestro camino de inmediato, pero él insistió que los soldados necesitan alimentos para combatir adecuadamente. Además, dijo que necesitaba tiempo para pensar nuestro siguiente paso. Así que salió en la noche mientras yo me quedé en la casa a la luz de las velas.

El cereal es Raisin Bran y las pasas me saben a un pedazo de cielo, o nirvana, o a cualquier lugar maravilloso que no esté lleno de ángeles asesinos.

Nuestras manos están limpias, así que comemos el cereal en puñados y lamemos la mantequilla de maní directamente de nuestros dedos. Supongo que podríamos encontrar cucharas en la cocina, pero ¿para qué molestarnos? Es divertido utilizar los dedos como cucharas y lamer la delicia pegajosa como si fuera un helado.

Raisin Bran y mantequilla de maní. ¿Quién hubiera pensado que sería tan delicioso? Si añadiéramos un poco de chocolate, podríamos hacer una galleta digna de las chicas exploradoras. Bueno, tal vez no sería tan rica como la comida en el mundo de antes, pero ahora mismo me sabe increíble.

—Tengo que volver al nido —dice Raffe mientras mete los dedos en el frasco.

Detengo mi puño lleno de cereales a mitad del camino hacia mi boca.

—¿En serio? ¿A ese lugar lleno de neandertales locos, sedientos de sangre, del que apenas escapamos con vida?

Él arquea una ceja. Lame la mantequilla de maní de sus dedos. Yo mastico mi cereal ruidosamente.

—Solo porque tu gente es bonita por fuera, no quiere decir que no sean neandertales por dentro.

—Por lo que me has dicho, sospecho que la pelea no era lo que Uri tenía en mente. Cualquier soldado podía haberle dicho que eso es lo que iba a suceder. Si le ofreces el Apocalipsis a un grupo de guerreros frustrados que no saben cuál es su misión y seguro que provocas una pequeña refriega.

—¿Una pequeña refriega?

—¿No es la palabra adecuada? —saca más mantequilla de maní con los dedos. Por lo visto no le gusta mezclarla con el cereal.

—Despedazaron a la gente. Literalmente. En pequeños y sangrientos pedazos. Eso no es exactamente una refriega.

—Lo siento mucho, pero no podía hacer nada para detenerlos —no parece sentirlo. Suena frío, calculador y pragmático.

—¿Y por qué tanta emoción por el Apocalipsis? Yupi, ahora podemos matar a más humanos indefensos —tengo mal humor. Echo mi puñado de cereal en la

mantequilla de maní, y me aseguro de dejar algunas migajas dentro. Y dejo caer un par de pasas también.

—El entusiasmo por el Apocalipsis no tiene nada que ver con los humanos.

—Eso parecía.

Se asoma al frasco de mantequilla de maní contaminada. Me lanza una mirada irritada y lo deja a un lado sin comer nada.

—Los seres humanos son incidentales.

—¿Matar y destruir a una especie entera es incidental? —No puedo evitar que mi tono sea recriminatorio, aunque sé que él no formaba parte del plan de acabar con nosotros.

O por lo menos, eso creo. Pero no tengo ninguna garantía.

—Tu gente ha hecho eso con cientos de especies —toma la caja de cereal.

—No es lo mismo —tomo el frasco de mantequilla de maní.

—¿Por qué no?

—¿Podemos regresar al tema de por qué tu gente está de fiesta por la oportunidad de matar a más de mi gente? —saco más mantequilla de maní.

Él me observa mientras lamo la mantequilla de maní de mis dedos.

—Están celebrando la posibilidad de liberar a sus amigos.

—¿Los ángeles tienen amigos? —Ahora chupo mis dedos, disfrutando cada pedacito delicioso en ellos.

Él se remueve incómodamente en su asiento.

—Cuando luchas codo a codo con otros guerreros, se convierten en tus hermanos. Todos nosotros tenemos un hermano que ha caído. Su única esperanza de volver es el Día del Juicio Final. Ese día son juzgados finalmente.

—¿El castigo viene antes del juicio? —Estoy a punto de meter mis dedos en el frasco otra vez cuando Raffé echa un puñado de cereal dentro. Qué simpático.

—El sistema es tan duro para que todos obedezcan las reglas. Es lo que mantiene a nuestra sociedad guerrera en orden.

Metó un dedo en la mezcla de mantequilla de maní y cereal, preguntándome si está molesto.

—¿Y si resultan culpables? —mi dedo sale con un poco de mantequilla de maní en la punta.

Se levanta bruscamente y comienza a caminar por la habitación.

—Entonces la eternidad se vuelve más larga.

Conozco la respuesta a mi siguiente pregunta, pero tengo que preguntar de todos modos:

—¿Y cuándo llega el Día del Juicio Final?

—Después del Apocalipsis.

Asiento lentamente.

—Claro. Por eso están tan emocionados al respecto.

Tener razón no me hace sentir mejor estos días.

Respira profundo y deja escapar el aire poco a poco, como si necesitara desahogarse.

—Vamos a encontrar mi espada.

No me gusta la idea de volver al muelle 39, pero la espada de Raffe y el rastreador de mamá están ahí. El rastreador es mi única esperanza de encontrar a Paige. Además, quizá podría averiguar si mamá, Clara y los demás lograron escapar de la isla. Si no fuera así, tal vez pueda hacer algo para ayudarlos.

Doc dijo que los escorpiones saldrían esta noche, y ahora sé que Beliel organizó que las langostas volaran sobre la fiesta. La fuga de Alcatraz ya debe haber sucedido, o fracasado. Ni siquiera quiero pensar en lo que podría estar ocurriendo ahora si fracasó.

Busco de nuevo entre los armarios y encuentro un abrigo y un par de tenis que me quedan sorprendentemente bien. Mientras tanto, Raffe encuentra un cuchillo de cocina de aspecto siniestro y se lo guarda en la cintura del pantalón, con funda y todo.

Afuera, la niebla se ha levantado, mostrando una noche fresca de luna menguante y estrellas que se reflejan en el océano. Entre nosotros y el mar hay una playa cubierta por pedazos de madera y cristal de casas pulverizadas.

Los cristales rotos reflejan la luz del cielo como una alfombra de luciérnagas parpadeantes que se extiende hasta donde puedo ver. Es tan inesperadamente bello que me detengo para mirarlo. ¿Cómo puede algo tan maravilloso salir de tal devastación?

Miro a Raffe para ver si él está apreciando lo mismo que yo. Pero él me está mirando a mí. Me acerco a él, sintiéndome cohibida. Antes, cuando volé en sus brazos, fue una cuestión de vida o muerte, y no tuvimos mucho tiempo para pensar en otra cosa que no fuera escapar.

Esta vez, si volamos juntos es por elección, y no puedo dejar de pensar en sus fuertes brazos sosteniéndome y su cálida piel rozando la mía.

Alzo los brazos como un niño que quiere que lo carguen.

Duda un momento, mirándome. ¿Está recordando cuando me sostuvo en sus brazos en el viejo nido, cuando pensó que estaba muerta? ¿Cómo será para él abrazar a alguien después de haber estado aislado durante tanto tiempo?

Me levanta entre sus brazos y yo envuelvo los míos alrededor de su cuello. Mi mejilla roza la suya cuando me abraza. Siento el calor de su piel y tengo que resistir el impulso de acariciarlo. Corre unos pasos y salta al aire, volando en dirección a Alcatraz.

Si no hubiera volado antes con él, estaría asustada. Estamos volando por encima del agua, no hay nada más que sus brazos entre el agua helada y mi cuerpo. Sin embargo, sus brazos me estrechan con fuerza y su pecho es cálido. Apoyo la cabeza en su hombro musculoso y cierro los ojos.

Él frota su mejilla contra mi pelo.

Sé que pronto tendré que pensar en Paige, mamá y Clara. Mis prioridades serán

sobrevivir y volver a reunir a mi familia, y mantenerla a salvo de los monstruos y las personas.

Pero por ahora, solo por un momento, me permitiré sentirme como una chica de diecisiete años, en los brazos de un hombre fuerte. Incluso dejo que algunos sueños imposibles invadan mi mente, el tipo de cosas que podrían haber sucedido entre nosotros en el mundo de antes, o si Raffe no fuera un ángel.

Solo por un momento.

Luego guardaré mis sueños en la bóveda en mi cabeza.

**E**n lugar de volar a lo largo de la península, volamos a través de ella, hasta llegar a la bahía de San Francisco. Desde ahí, el plan es volar a lo largo de toda la bahía, siguiendo la costa. Es una ruta más larga a Alcatraz, pero la niebla es espesa sobre el agua. Con tantos ángeles y escorpiones en el aire esta noche, Raffé pensó que sería mejor volar sobre el agua, y tenía razón.

El aire está húmedo y hay mucho viento. A pesar de mi abrigo, Raffé es mi verdadera fuente de calor, y no puedo dejar de disfrutar de la sensación de su cuerpo cálido mientras volamos a través de la niebla.

De repente, Raffé ladea la cabeza como si oyera algo.

Decide ir a investigar. No tengo ni idea de cómo sabe siquiera que vamos en la dirección correcta en medio de la niebla, y mucho menos cómo puede identificar un ruido que yo no puedo ni oír.

Volamos en silencio fuera de la niebla más espesa hacia la bahía. La luz de la luna brilla débilmente sobre la oscuridad marina debajo de nosotros.

Escucho el sonido apagado de motores en el agua antes de ver los barcos.

Debajo de nosotros, media docena de barcos se abren camino a través de la bahía. No veo el *ferry* del capitán Jake. No hay razón para que estuviera aquí, claro, pero tengo la esperanza de que sean las personas que escaparon de Alcatraz. Estos barcos son más pequeños y más elegantes, pero pueden llevar a decenas de personas cada uno.

¿Acaso Dee y Dum lograron organizar una misión de rescate?

Si es así, estoy impresionada. Significaría que fueron capaces de reunir suficientes barcos para sacar a todo el mundo en un solo viaje. Y parece que también decidieron aprovechar la oscuridad y la niebla viajando por agua en vez de por tierra.

Raffé desciende, volando en círculos cerca de los barcos, tan curioso como yo sobre lo que está pasando.

Las cubiertas de los barcos están repletas de gente acurrucada para darse calor. Alguien debe haber vislumbrado nuestra forma oscura contra el cielo porque los motores se apagan de repente, y los barcos flotan en silencio a través de la noche. Hombres con rifles apuntan al cielo, pero no nos están apuntando a nosotros, así que no debemos ser muy visibles. Nadie dispara sus armas.

Supongo que tienen órdenes de disparar solo como último recurso, pues el ruido de un solo disparo podría atraer a una horda de monstruos. Los barcos parecen estar bien mientras flotan a la deriva en silencio a través de la niebla. Si este fuera el grupo de Alcatraz, debe llevar varias horas en el agua, lo que significa que han tenido sus motores apagados la mayor parte del tiempo.

No hay luz, ni movimiento, ni ruido en los barcos, excepto en el techo de la embarcación más grande, que está liderando la flota. El reflejo de la luna en el agua a través de la niebla es suficiente para ver que hay algo atado en el techo del barco.

Es un escorpión sacudiéndose con violencia.

Alguien se cierne sobre el monstruo que se retuerce. Cuando nos deslizamos silenciosamente por encima de él, logro ver de qué se trata.

El cuerpo y la cola de la bestia están atadas firmemente. Su boca está amordazada y suelta un silbido ahogado mientras trata frenéticamente de picar a la mujer que se inclina sobre él. Ella está absorta en lo que hace y no se da cuenta de nuestra presencia. Ella dibuja algo en el pecho del monstruo. No puedo ver su cara, pero solo puede ser una persona.

Mi madre está viva y aparentemente ilesa.

Dos hombres de pie a cada lado de ella sostienen rifles. Por los brazos abultados de uno y el collar yuppie del otro, adivino que son Tattoo y Alpha. Si es así, mamá debió impresionarlos mucho durante la huida, o no la protegerían mientras dibuja sobre un escorpión.

Nos deslizamos sobre el barco, pero no hay suficiente luz para que vea lo que está escribiendo.

—Le dibujó un corazón en el pecho con lápiz labial, y está escribiendo «Penryn y Paige» dentro del corazón —me susurra Raffe. Damos vuelta atrás hacia el muelle—. Ahora dibuja flores sobre su abdomen.

No puedo evitar sonreír.

Me siento más ligera.

Y por un momento, estrecho a Raffe en lo que algunas personas podrían confundir con un abrazo.

El muelle 39 sigue tal como lo recuerdo. Tablones rotos que salen en todas direcciones, edificios destruidos, un barco encallado.

Pero hay una novedad. El *ferry* del capitán Jake se estrelló contra el muelle, empujando la madera en una corona de astillas irregulares. El barco tiene varios grandes agujeros y está hundiéndose poco a poco. Un faro enorme en la cubierta se quedó encendido y lanza un rayo fantasmal de luz a través del muelle.

Así que no todo el mundo optó por atravesar la bahía hacia la península. Algunos deben haber preferido llegar a tierra firme y luego se dispersaron. Tendría sentido si pensaran que sus posibilidades de sobrevivir eran mejores en tierra que en el agua, o si tuvieran seres queridos en la ciudad. Pero quien piloteó la nave probablemente no era el capitán Jake. A menos que estuviera muy borracho, que también es una posibilidad.

Damos una vuelta por encima del muelle, sopesando la situación. Algunos saqueadores se dispersan cuando vislumbran nuestra sombra. Un par de ellos son solo niños. Se debe haber corrido la noticia de los objetos de valor que dejamos en el muelle. Me pregunto si tienen alguna idea de lo peligroso que es para ellos estar aquí.

Tan pronto como desaparecen, aterrizamos en silencio entre las sombras.

Raffe me sostiene un segundo más de lo necesario antes de dejarme en el suelo. A mí me toma un segundo más de lo necesario deslizar mis brazos de su cuello y alejarme de su calor. Cualquiera persona que nos observara de lejos podría asumir que éramos una pareja besándose en la oscuridad.

Las luces iluminan las vigas y tablones rotos del muelle. El aire húmedo de nuestra respiración se condensa en la niebla mientras observamos y escuchamos tratando de asegurarnos de que no hay nadie alrededor.

Alguien está llorando.

Hay una figura solitaria sentada entre los escombros de lo que solía ser una tienda de dulces. Está tratando de no hacer ruido, pero sus suaves sollozos son inconfundibles.

Algo en la figura delgada y la voz me resulta conocido. Le aviso a Raffe con un gesto que me espere un momento, mientras voy a hablar con la persona. Me acerco cautelosamente.

Es Clara. Abraza su cuerpo encogido, lo que la hace parecer aún más pequeña de lo habitual. Sus mejillas que parecen carne seca brillan con lágrimas mientras solloza a solas.

—Oye, Clara. Soy yo, Penryn —la llamo suavemente tratando de no asustarla. Ella brinca y se sofoca de todos modos. Creo que casi le provoqué un ataque al

corazón.

Sonríe a medias cuando se da cuenta de que soy yo. Me acerco y me siento a su lado. Los escombros están húmedos y fríos. No puedo creer que haya estado sentada aquí durante horas.

—¿Por qué sigues aquí? Deberías estar huyendo lo más lejos posible.

—Esto es lo más cerca que puedo estar de mi familia ahora —se le quiebra la voz—. Pasamos domingos muy felices aquí —ella niega con la cabeza lentamente—. Ya no tengo a dónde ir.

Estoy a punto de decirle que vaya al campamento de la Resistencia cuando recuerdo cómo la trataron a ella y a las otras víctimas de los escorpiones. Las personas que prefieren enterrar vivos a sus seres queridos en vez de arriesgarse a que sean como Clara nunca la aceptarán. No me extraña que no quisiera ir en los barcos de la Resistencia.

Pongo mi brazo alrededor de su hombro y le doy un apretón. Es lo único que puedo hacer. Ella me dedica una sonrisa débil, pero las lágrimas siguen rodando por sus mejillas. Se escucha un ruido fuerte cerca de nosotros.

Ambas nos tensamos. Veo que Clara no se ha dado por vencida todavía.

Una niña mugrienta con una masa de cabello enredado surge de su escondite detrás de un auto. Un brazo adulto trata de atraparla.

—Es ella —dice la niña—. Yo la escuché. Está aquí.

Alguien susurra con urgencia detrás del auto.

La niña sacude la cabeza. Se da la vuelta y corre hacia nosotros.

—¡Vuelve aquí! —susurra la voz detrás del auto. Un hombre corre, agachado, la atrapa en sus brazos y corre de vuelta al escondite. La niña se retuerce como un saco lleno de cachorros. Se sacude y patalea y trata de gritar, pero él pone su mano sobre su boca.

Sus gritos ahogados apenas se distinguen.

—¡Mami! ¡Mami!

A mi lado, Clara está completamente inmóvil.

La carita de una segunda niña se asoma cautelosamente por detrás del auto. Es una poco más grande, pero igual de sucia y con el cabello igual de enredado. Nos mira con ojos llenos de esperanza.

—¿Elsa? —susurra Clara en voz tan baja que me cuesta trabajo oírla. Se levanta, casi jadeando—. ¿Elsa? —se tambalea, luego corre hacia ellos.

Oh, no. Esto podría ser maravilloso o devastador.

Es de noche y estamos bastante lejos. Estoy segura de que no pueden ver el nuevo aspecto de Clara. Me levanto y la sigo discretamente en caso de que necesite ayuda. No la puedo ayudar si su familia la rechaza, pero al menos sabrá que no está sola.

El hombre se detiene, congelado. Se da la vuelta hacia nosotros con la niña en sus brazos.

La segunda niña sale de detrás del auto, caminando cautelosamente.

—¿Mamá? —parece perdida e insegura.

—Chloe —Clara solloza su nombre mientras corre hacia ellos.

La niña mayor se acerca a Clara. Estoy a punto de soltar una lágrima de emoción cuando la niña se detiene, mirando a su madre con los ojos muy abiertos. Está suficientemente cerca para vernos mejor. Veo a Clara como mi madre la ve, como los demás la ven. Realmente parece que salió de su tumba después de estar muerta por un buen rato.

Por favor, no grites, Chloe. Eso mataría a Clara.

Sobrevivió un brutal ataque de escorpión, escapó del viejo nido y logró salir de Alcatraz. Pero que su hija grite de terror al verla la rompería en tantos pedazos que nada podría volverlos a juntar.

Los pasos de Clara también flaquean y acaba por detenerse. Su rostro cambia de deleite asombrado a terrible incertidumbre.

La niña más pequeña logra escabullirse de los brazos del hombre y corre hacia nosotros. A diferencia de su hermana, ella no duda en saltar a los brazos de Clara.

—¡Sabía que eras tú! —la niña parece a punto de derretirse de felicidad mientras abraza a su madre—. Papá nos obligó a esperar hasta estar seguros. Te estuvimos viendo por horas. Solo llorabas y llorabas y no podíamos verte. ¡Después empezaste a hablar y yo supe! Oí tu voz y lo supe. ¿Ves, papá? Te lo dije.

Pero papá está congelado a unos pasos, mirando a Clara. Clara le acaricia el cabello con una mano temblorosa.

—Sí, bebé, tenías razón. Te extrañé tanto. Tanto, tanto —mira con temor a Chloe y su esposo, con ojos suplicantes.

Chloe da un paso vacilante hacia ella.

—¿Mamá? ¿Eres tú? ¿Qué te pasó?

—Sí, cariño. Soy yo. Estoy bien —dice Clara—. Ya estoy bien —abre sus brazos invitándola a venir y Chloe avanza hacia ella.

Papá la jala de regreso.

—¿Es contagioso?

—¿Qué? —Clara parece confundida.

—¿Eres contagiosa? —papá pronuncia cada palabra como si Clara no hablara su idioma.

—No —susurra Clara. Su voz se quiebra y sé que está a punto de desmoronarse—. Lo juro.

Chloe se escabulle del abrazo de su padre. Se detiene un momento, mirando a Clara. Entonces camina lentamente hacia sus brazos. Una vez allí, sin embargo, se aferra a su madre con tanta fuerza como su hermana pequeña.

El esposo de Clara se queda mirándolas, como si no supiera si correr a sus brazos o simplemente correr. Permanece de pie, escuchando a sus hijas contarle a su madre que llegaron aquí para buscar alimento, que habían escuchado que había cosas valiosas en el muelle. Que le habían suplicado a su padre volver una última vez.

Escuchar a Clara charlar cariñosamente con sus hijas me evoca la imagen de la madre que cada niño debería tener. Las niñas parecen felices en el abrazo de su madre. Debe ser una sensación maravillosa.

Un poco después, el padre camina hacia Clara como un hombre en un sueño. Sin decir una palabra, las envuelve a todas en un gran abrazo y se echa a llorar.

Casi puedo imaginar cómo era el muelle cuando Clara y su esposo traían a sus hijas los domingos. El sonido de las gaviotas, el olor salado del mar en la brisa y el calor del sol de California. Puedo ver a la pareja caminando de la mano mientras las niñas corren delante de ellos. Clara, como solía ser, con la piel fresca y una sonrisa, llevando un ramo de flores, riendo con su esposo en una perezosa tarde de domingo.

Camino de vuelta entre las sombras.

**M**e preparo para los comentarios sarcásticos de Raffe sobre la pequeña reunión de Clara. Está apoyado contra la pared de una tienda que está casi intacta: una figura oscura y amenazante. Si no lo conociera, haría lo posible por evitarlo.

Cuando logro ver su rostro, no hay sarcasmo en él. Observa el reencuentro de Clara y su familia con mucha más simpatía de la que hubiera esperado de un ángel, incluso de Raffe. Después recuerdo el comentario de Beliel, de que los ángeles no pueden estar solos. Tal vez entiende más de lo que creo.

—Acabas de perder tu estatus de guerrera —dice mientras observa a Clara y su familia.

—¿Alguna vez tuve estatus de guerrera?

—Durante unos treinta segundos.

—¿Qué crimen atroz cometí para perder tan exaltado estado?

—Un verdadero guerrero habría recuperado su espada antes de atender asuntos personales.

—Todos son asuntos personales, Raffe. Cada batalla es personal para mí —conduzco a Raffe hacia el montón de madera rota y tejas donde escondí la espada.

—Hmm. Buena respuesta. Tal vez con el tiempo recuperes tu estatus.

—Esperaré sentada —esculco entre los escombros de madera hasta que encuentro la cabeza manchada del oso de peluche—. Ahí está —recojo con cuidado a mi oso-espada. Levanto orgullosamente la falda rosa para mostrarle la vaina oculta.

Raffe mira fijamente la espada disfrazada por unos momentos antes de volverse hacia mí.

—¿Sabes cuántas victorias ha conseguido esta espada?

—Es un disfraz perfecto, Raffe.

—Esta espada no es solo una espada de ángel. Es una espada de Arcángel. Es mejor que una espada de ángel, por si no queda claro. Ella intimida a las demás espadas de ángel.

—¿Ah sí? ¿Las otras espadas tiemblan en sus vainas cuando la ven? —Me acerco a la pila de basura que provocó la embestida del *ferry* del capitán Jake.

—Sí, si te interesa saberlo —dice, siguiéndome— está acostumbrada a recibir el máximo respeto. ¿Cómo lo va a conseguir ahora, disfrazada como un oso de peluche vestido de novia?

—No es un vestido de novia, es una falda para su vaina. Y es lindo.

—Ella odia lo lindo. Ella quiere mutilar y destruir lo lindo.

—Nadie odia lo lindo.

—Las espadas de ángel sí —casi lo dice en serio.

Supongo que no le contaré sobre los millones de estatuillas y dibujos cursis y lindos de ángeles que solíamos tener en el mundo de antes.

El rastreador de mamá debería estar por aquí, pero no logro encontrarlo entre los escombros. En cambio, encuentro una correa de cuero con unas llaves colgando. Es perfecta para asegurar al oso de peluche y la vaina de la espada. Uno un extremo al listón cosido al cuello del oso y el otro extremo a la correa de la vaina.

—¿Le pusiste nombre? —me pregunta—. Le gustan los nombres poderosos. Tal vez puedes lograr que la espada te perdone esta humillación si le pones uno muy bueno.

Me muerdo el labio cuando recuerdo cómo la llamé cuando Dee-Dum me preguntaron su nombre.

—Eh, bueno, puedo cambiarlo por el nombre que ella quiera —sonrío.

Veo que Raffe se prepara para lo peor.

—Solo puedes ponerle nombre una vez. Si ya le pusiste uno, ese será su nombre durante todo el tiempo que esté contigo —me explica, exasperado.

Demonios.

Me lanza una mirada asesina.

—¿Cómo la llamaste?

Considero la posibilidad de mentirle pero ¿para qué? Me aclaro la garganta.

—Osito Pooky.

Guarda silencio durante tanto tiempo que empiezo a pensar que no me escuchó cuando finalmente repite:

—Osito Pooky.

—Era una broma. Yo no sabía.

—Te había mencionado que los nombres tienen poder, ¿no es cierto? ¿Te das cuenta de que cuando ella participe en alguna batalla, tiene que presentarse a la espada de su oponente? Tendrá que decir algo ridículo como, «Soy Osito Pooky, de una antigua línea de espadas de Arcángel». O «Inclínate ante mí, Osito Pooky, o sufre las consecuencias» —él niega con la cabeza—. ¿Cómo van a respetarla así?

—Oh, vamos, ¿es en serio? Nadie respetaría a alguien que necesite una presentación tan pomposa, independientemente del nombre —paso la correa de la espada sobre mi hombro, y mi oso-espada se acomoda junto a mi cadera, donde corresponde.

Descubro el rastreador de mamá junto a un bolso. Corro por él y lo enciendo.

—Te sorprendería cuántos oponentes derroté sin pelear siquiera, solo anunciando que soy Rafael, el Gran Arcángel, la Ira de Dios —me lanza una mirada intimidante.

Se me ocurre que quizá por culpa de sus alas de demonio ha perdido el poder de usar su nombre y su título. Por la tristeza en sus ojos, sospecho que está pensando lo mismo.

En el rastreador, una flecha amarilla aparece en Half Moon Bay, cerca del nido. Suspiro con pesadez. ¿No podría encontrar a mi hermana en un lugar seguro y fácil

por una vez?

—Paige está en el nido.

Raffe me mira, incrédulo.

—¿Te refieres al lugar del que apenas logré sacarte con vida, donde estaban matando a todos los humanos que caían en sus manos?

—Gracias, por cierto.

Pasa los dedos por su cabello, parece nervioso.

—Mira, estoy seguro de que podría encontrar un pequeño refugio para ti en algún lugar.

—Yo creo todos los refugios ya están ocupados.

—Seguro que puedo conseguirte uno. Sobre todo si lo pido amablemente —me dedica una sonrisa seca—. Podrías tomar unas pequeñas vacaciones de todo esto y salir después de que las cosas se calmen. Atrincherarte, esperar, sobrevivir.

—Ten cuidado. Te pueden confundir con alguien que se preocupa por mí —bromeo.

Niega con la cabeza.

—Me preocupa que alguien reconozca mi espada en tus manos. Si te escondo durante un par de años, tal vez pueda evitarme la vergüenza.

No quiero preguntar, pero lo hago de todos modos:

—¿Y qué harías tú mientras yo estoy escondida?

—Recuperar mis alas. Averiguar lo que está pasando con mi gente y arreglar las cosas —suspira—. Y cuando todo vuelva a la normalidad, regresaría a casa con ellos.

Asiento, clavándome las uñas en la palma de la mano para no distraerme.

—No puedo decir que no resulta tentador, Raffe. Estar en un lugar seguro suena realmente maravilloso —le dedico una sonrisa triste—. Tal vez pueda aceptar tu oferta tan pronto como recupere a mi familia. Claro, si sigues por aquí y todavía estás dispuesto a ayudarnos.

—Echo de menos los días en que las mujeres obedecían sin causar tantos problemas —suspira.

—¿Estás seguro de que eso no es un mito? Estoy bastante segura de que mi madre no obedeció a nadie jamás.

—Probablemente tienes razón. La indisciplina de las mujeres de tu familia debe ser un problema de varias generaciones. Eres como una plaga sobre la Tierra.

—Siempre y cuando también sea una plaga para los ángeles, todos los demás me perdonarán.

—Definitivamente eres una plaga, por lo menos para un ángel. ¿Hay algo que pueda hacer para convencerte de no ir al nido?

Me detengo a pensar en eso.

—Me gustaría que lo hubiera. Mi vida sería mucho más sencilla.

—¿Y si me niego a ayudarte a llegar allí?

—Entonces iré a pie o en auto.

—¿Y si te arrastro a una celda y te encierro ahí?

—Usaré mi superespada para cortar los barrotes.

—¿Y si dejo mi espada fuera de celda?

—No lo harías. Si no puedes usarla tú, seguro prefieres que la use yo, ¿no es así?

Estamos mejor juntos que separados.

Nuestros ojos se encuentran.

—Además, ¿quién me dejaría salir de la celda si algo te llegara a suceder?

Me mira como si la idea de que le sucediera algo es simplemente ridícula.

—Creo que Beliel sigue en el nido —le digo.

—¿Qué te hace pensar eso?

—El médico que operó a Paige piensa que ella se siente atraída por Beliel, por alguna razón. Parece tener una idea de dónde está y lo busca constantemente — levanto el rastreador de mamá—. Yo estoy rastreando a Paige. Ella está rastreando a Beliel. No puedes evitar que busque a Paige, así que mejor toma ventaja de la situación y llévame hasta ahí.

Raffe se enfurece.

—Ya tuve que verte morir una vez, ¿no es suficiente?

—Solo tienes que asegurarte de que no vuelva a suceder —le dedico una sonrisa juguetona—. Es muy simple.

—Lo único simple aquí eres tú. Tan pequeña y tan necia... —sigue refunfuñando tan bajo que no puedo escuchar lo que dice, pero sospecho que no son cumplidos.

Eventualmente, Raffe abre los brazos.

Es desconcertante estar tan cerca de él que siento el latido de su corazón contra mi pecho. Me aferro a su cuerpo y él abre sus alas y nos elevamos hacia la oscuridad de la noche.

Volamos tan cerca del agua que podríamos estar nadando. Siento que en cualquier momento podríamos estrellarnos contra una ola. El agua del oleaje nos empapa como una ducha helada. Escondo mi rostro en el cuello de Raffé, buscando su inagotable calor.

Hace tanto frío que siento que mis brazos están a punto de caerse. No es ningún consuelo que esta sea la única manera en que podemos acercarnos al nido sin ser vistos. Si hubiéramos volado sobre la tierra, nos habrían descubierto de inmediato.

Raffé parece tranquilo tan cerca del agua, a pesar de que hace pocas horas casi muere ahogado. Yo estoy menos tranquila. No puedo dejar de pensar que esto podría ser la última cosa que haga en mi vida. No puedo sacar las imágenes de los guerreros enloquecidos bañados en sangre de mi cabeza.

Raffé me abraza más fuerte cuando me siento temblar.

—Veo que vas entrando en razón finalmente. Deberías tener miedo.

—Tiemblo porque me estoy congelando.

—Te ves linda cuando tienes miedo.

Le lanzo una mirada asesina.

—Sí, gracias, tú también te ves lindo cuando tienes miedo.

Él suelta una carcajada.

—Quieres decir que soy devastadoramente guapo cuando *no* tengo miedo. Porque nunca me has visto asustado.

—Dije que eras lindo, no «devastadoramente guapo».

Nos acercamos a la orilla. Hasta hace un momento, el ruido de las olas rompiendo en la arena y las rocas escondía nuestras bromas. Pero ahora estamos tan cerca que ambos instintivamente nos callamos.

Nosotros, claro está, no tenemos un plan. Tendremos que improvisar. Llegamos por el lado más lejano del nido en la isla para bajar a tierra inadvertidos. Aterrizamos en la playa cerca del acantilado, en un extremo de los jardines del hotel.

Escondiéndonos detrás de rocas, cercas y arbustos, nos acercamos tanto como nos atrevemos al hotel. Pusieron nuevas antorchas para reemplazar las viejas que fueron derribadas durante la pelea. Pero están colocadas al azar y algunas se están cayendo, como si quien las puso no hubiera estado muy interesado en su trabajo.

Trato de imitar los movimientos silenciosos de Raffé, pero mis miembros congelados son torpes, y tengo que sostenerme de él varias veces para no tropezar. Me lanza una mirada con el claro mensaje de que debo tener más cuidado.

Nos escondemos detrás de una fila de arbustos y los seguimos hasta el jardín frente al hotel. La orilla del jardín está llena de los restos de la fiesta: mesas

volteadas, sillas al revés, trajes desgarrados y otras cosas rotas.

El césped también tiene una alfombra abigarrada de disfraces, antifaces y otras cosas que ahora son difíciles de identificar. Hay manchas oscuras en el césped que seguramente se verán color rojo a la luz del día. Si queda algún sirviente con vida a estas alturas, parece que no tiene intenciones de salir a limpiar.

Los ángeles tirados en el césped parecen demasiado ebrios como para notar nuestra presencia. Un grupo canta en medio del jardín, con sus antifaces puestos. Sus voces se combinan a la perfección, pero con sus disfraces rotos y manchados de sangre, parecen más un grupo de piratas borrachos después de un abordaje.

Otro grupo está acomodando algo cerca del hotel. Están colocando una mesa con varias cajas de madera encima. Junto a la mesa hay postes de diferentes alturas.

Un ángel vuela a lo alto de los postes, atando banderillas triangulares de colores que se agitan con la brisa del mar. Dos ángeles más vuelan con una bandera más grande en las manos. La atan en la punta de los dos postes más altos. En la bandera hay varios símbolos que no puedo comprender.

Los ojos de Raffae se tornan fríos y hostiles cuando mira la bandera.

Le lanzo una mirada inquisitiva.

Se inclina hacia mí, susurrándome las palabras al oído.

—Vota por Uriel hoy y el Apocalipsis comenzará mañana.

No entiendo hasta dónde llega la política de los ángeles, pero sé que esto no puede ser bueno. Están colocando urnas para la elección de un nuevo Mensajero.

Atan otra bandera, ahora con un ángulo diferente para que pueda ser vista desde arriba. Uno de los ángeles desplegando la bandera es un gigante con alas blancas como la nieve. Beliel.

Raffae y yo intercambiamos una mirada y nos dirigimos hacia él.

Cuando nos acercamos, Raffae encuentra una cubierta de alas tirada sobre un arbusto. Una de sus capas de lentejuelas está rasgada, pero Raffae la desprende con facilidad, dejando solo la capa de plumas. La coloca sobre sus alas y yo le ayudo a acomodar las plumas.

También recoge una de las máscaras que rueda sobre el césped, empujada por la brisa del mar. Lo ayudo a atarla sobre su rostro. La máscara es de color rojo oscuro con manchas de plata alrededor de los ojos y las mejillas. Cubre todo su rostro excepto la boca.

Se levanta y sin decir una palabra me coloca detrás él, interponiéndose entre mi cuerpo y el jardín del hotel. Desde ahí no puedo ver a los ángeles, lo que significa que ellos tampoco pueden verme bien a mí. El cuerpo de Raffae es suficientemente grande como para esconderme completa. Desde la distancia, nos vemos como un solo guerrero solitario recorriendo el terreno donde fue la fiesta.

Me preocupa que algún ángel que vuele directamente sobre nuestra cabeza pueda verme. Por suerte, parece que siguen ebrios, o tienen resaca, porque ninguno tiene energía suficiente para volar más de lo necesario. Caminamos rápidamente por la

orilla del jardín, acercándonos a Beliel. Yo sigo detrás de Raffe, que camina tranquilo, sin prisa.

Beliel está detrás de Uriel. Está de pie a un lado de sus ayudantes mientras Uriel les da órdenes.

Raffe levanta la vista al cielo como si escuchara algo. Beliel mira hacia el mismo lugar. Se inclina hacia Uriel y le dice algo.

Uno por uno, los ángeles dejan sus tareas y todos miran hacia arriba. Un rugido sordo, que se mezcla con las olas, se vuelve cada vez más fuerte y difícil de ignorar.

Una nube más oscura que el cielo nocturno viene hacia nosotros. Se contrae y se expande, meciéndose de un lado a otro, como un enjambre de avispas.

El sonido de mil alas de escorpión es inconfundible mientras vuelan por encima de nuestras cabezas.

Las sombras aterrizan más allá de las antorchas, lejos del jardín. Raffé observa una escena que está demasiado oscura para que yo pueda distinguirla con claridad. Logro ver sombras que despegan al aire de nuevo, sin embargo, y me dan la impresión de alas iridiscentes de insectos.

Mi hermanita Paige surge de esa oscuridad.

Se mueve con rigidez, cuidadosamente, como si fuera parte máquina, parte niña. En la luz de las antorchas, los puntos de sutura que corren a través de su rostro parecen rojos y negros, y sus dientes afilados reflejan las llamas cuando pasa junto a ellas.

Ahora sé por qué se mueve así: está sufriendo intensamente, pero su expresión no lo demuestra. Está aguantándose, tal vez porque seguramente le duele aún más hacer una mueca o cualquier expresión de dolor. Nunca imaginé que era tan fuerte.

Beliel inclina la cabeza, mirándola mientras camina hacia él.

—Gusanito —dice—. ¿Eres tú? —su boca se abre en una sonrisa de sorpresa y orgullo—. Ya no te arrastras por el suelo.

Le ofrece su mano.

—Por fin puedes valerte por ti misma, ¿no es así?

Me mata ver a mi hermanita deslizándose su pequeña mano en la de Beliel.

Doc tenía razón. Tenía la esperanza de que fuera un error. Pero verla convertirse en un demonio como Beliel solo me recuerda lo mal que la debe haber pasado cuando estuvo con nosotros.

Paige lo mira. Así tomados de la mano, casi podrían ser padre e hija.

Beliel abre parcialmente sus alas robadas y levanta la mano de Paige mientras se vuelve a sonreírle a Uriel. Su sonrisa dice «¿Lo ves? Mira mis trofeos».

Paige lo jala del brazo, de modo que Beliel tiene que inclinarse hacia ella. Por un segundo, creo que quiere darle un beso. Pensar eso hace que me duela el estómago.

Pero en vez de besarlo, ella salta y lo muerde en el cuello.

Después agita la cabeza como un perro rabioso y le arranca un pedazo de carne.

Beliel grita.

Su sangre fluye a borbotones.

Uriel y su séquito saltan hacia atrás. Los demás solo dejan de hacer lo que estaban haciendo y se acercan a observar la escena.

El zumbido en el cielo se vuelve más frenético. El enjambre se dirige de nuevo hacia nosotros. Si recuerdo correctamente, los escorpiones siguen las órdenes de Beliel. ¿Vienen a defenderlo?

Paige escupe el pedazo de carne y se lanza contra la cabeza de Beliel antes de que

pueda ponerla fuera de su alcance. Ataca su rostro.

Tres escorpiones se lanzan hacia ellos desde el cielo.

Yo grito, pensando que están atacando a Paige.

Pero atrapan a Beliel.

Sus aguijones se entierran por todo su cuerpo, bombeándolo con veneno paralizante.

En lugar de terminar con él, Paige comienza a darle patadas. Le grita. Le arranca mechones de cabello y de piel. Le arranca trozos de carne y se los escupe en la cara.

Llora durante todo el ataque.

Estoy impresionada por la visión de la furia de mi hermanita contra Beliel. No era un oponente sencillo, pero lo tomó totalmente por sorpresa.

Nunca había visto a una niña de siete años con tanta rabia contenida. Ciertamente nunca había visto a Paige mostrar tanta ira. Ella lo azota con sus diminutos puños, y yo sé que su furia está dirigida más hacia sus propios demonios que hacia el demonio que es Beliel.

Siento que mi corazón se quema y deshace en un montón de cenizas mientras veo lo que queda de mi hermana. Lágrimas saladas tocan mis labios antes de que me dé cuenta siquiera de que estoy llorando.

El viento del océano sopla hacia nosotros, haciéndome temblar como un pétalo frágil en medio de una tormenta.

**R**affe corre hacia Beliel y se lanza contra un escorpión. Lo atrapa justo antes de que clave sus garras en la espalda de Beliel.

Al principio, me siento confundida. ¿Por qué está protegiendo Raffe a Beliel?

Pero cuando la sangre del cuello de Beliel se escurre sobre sus alas blancas, lo entiendo. Raffe desvía las manos de Paige cuando está a punto de arrancar un puñado de plumas de ellas.

En vez de eso, Paige agarra un mechón del cabello de Beliel y lo arranca de tajo.

Mientras Raffe, Beliel, Paige y tres escorpiones pelean, los ángeles los miran con curiosidad. No parecen inclinados a salvar a Beliel. Sospecho que los que lo conocen no lo quieren, y los que no lo conocen quizá presienten que no es uno de ellos.

La máscara de Raffe sigue cubriendo su rostro, pero no es el único que sigue disfrazado. Nadie parece notarme, como si los humanos que tanto odiaban hace apenas unas horas ahora no importaran en absoluto.

Echo un vistazo alrededor para ver si hay algo detrás de lo que pueda esconderme. No hay nada excepto un pequeño arbusto que está tan lejos que no podría ver nada de lo que está pasando. Cerca de aquí solo está el mar, los acantilados, césped y antorchas.

El jardín empieza a llenarse de ángeles rápidamente. Lo extraño de la situación debe estar picando su curiosidad. Pronto se amontonan tanto que algunos incluso me empujan, sin ponerme atención. Los últimos espectadores tienen que volar para alcanzar a ver la acción.

Por encima de nosotros, una nube de escorpiones sube y baja, como un enjambre de avispas agitadas en torno a su colmena.

Acabo en la orilla interior de la multitud. Y yo que no quería llamar la atención. Acaricio la suave pelusa de mi oso de peluche, tratando de mantener la calma. Los gritos torturados de Beliel llenan la noche.

Todo el mundo mira cómo es desgarrado y picoteado despiadadamente. Fuera de Raffe, que solo está protegiendo sus alas, nadie viene en su ayuda. Nadie siquiera muestra simpatía por él.

Beliel tenía razón. Nadie lo ama.

Paige, quien había estado llorando encima de Beliel finalmente mira hacia arriba y parece darse cuenta de que está rodeada de ángeles. Incluso en la oscuridad, puedo ver el miedo y la incertidumbre que surgen en su rostro mientras sus ojos se mueven de guerrero a guerrero.

Los ángeles están parcialmente iluminados por las antorchas, y parecen aún más intimidantes con las sombras rojas parpadeando sobre sus rasgos.

Los ojos de Paige se detienen cuando me ve. Parpadea varias veces como si no estuviera segura de que soy yo. Su carita se arruga, y su rostro monstruoso se desvanece, dejando el de una niña terriblemente triste.

Se ve como en el video de la celda de Beliel: diminuta, sola, perdida. Una niña pequeña tratando de aferrarse a la idea de que su hermana vendrá a rescatarla.

Extiendo mis brazos hacia ella, pensando cuánto tiempo ha pasado desde que la toqué por última vez. No es la misma Paige que yo conocía, pero no es un monstruo, tampoco. Si todos vamos a morir, por lo menos puedo consolar a mi hermana pequeña en los últimos momentos de nuestra vida.

Paige baja la mirada y parece insegura. Las lágrimas dejan marcas en su rostro manchado de sangre.

Camino hacia ella. Su llanto se intensifica mientras más me acerco. Cuando llego hasta ella, envuelve sus brazos alrededor de mi cintura con toda su fuerza.

Luego me mira.

Mamá tenía razón. Sus ojos son los mismos de siempre. Ojos marrones enmarcados por largas pestañas y empapados con los recuerdos de la dulzura y la luz, la risa y la alegría, atrapados en un rostro destrozado y cadavérico.

—Todo estará bien, pequeña —le susurro mientras la abrazo—. Estoy aquí. Vine por ti.

Su rostro se arruga y sus ojos brillan con lágrimas emocionadas.

—Viniste por mí.

Acaricio su cabello. Es tan sedoso como siempre.

**B**eliel está tirado a los pies de Raffe. Sangra a través de rasguños, mordeduras y pinchazos. Los tres escorpiones ponen sus bocas en sus heridas abiertas y comienzan a chupar hasta dejarlo seco, como enormes sanguijuelas con agujones.

Beliel grita, tratando torpemente de alejar a los escorpiones con lo último que le queda de energía.

La piel de Beliel se reseca y empieza a arrugarse. Pronto se marchitará y su piel parecerá carne seca, como la de Clara.

Raffe mira a los ángeles a su alrededor y luego a la piel arrugada de Beliel. Puedo adivinar que no quiere hacer nada drástico delante de los ángeles. Pero no puede dejar que sus alas se sequen y se arruguen con el resto del demonio. Incluso si pudiera alejar a los escorpiones de Beliel, otros más podrían bajar del cielo a atacarlo.

Extiende una de las alas robadas de Beliel y la sostiene firmemente con una mano. Saca el cuchillo de cocina que tomó de la casa de playa. Las llamas de la antorcha se reflejan en él mientras lo levanta y después lo deja caer con todas sus fuerzas.

Beliel, que todavía no está paralizado por completo, grita mientras Raffe corta a través de la articulación de su ala.

El ala cae al suelo.

Los ángeles lo miran, aturdidos.

Raffe levanta el cuchillo de nuevo.

Unos guerreros saltan hacia Raffe con las alas extendidas y los puños listos. Piensan que está cortando las alas de un ángel y están defendiendo a uno de los suyos. Supongo que una cosa es dejar a un ángel valerse por sí mismo contra una niña y sus mascotas, pero no contra otro ángel que quiere amputarle las alas mientras está paralizado.

Pero no llegan a él con la suficiente rapidez. Raffe corta la segunda ala de Beliel.

El ala nevada cae al suelo, aún gloriosa y llena de vida.

Raffe patea al primer ángel que se abalanza sobre él.

Lucha mano a mano con otros dos ángeles. Les grita algo, tratando de explicar lo que está pasando realmente, pero sus palabras se pierden entre el rugido de los escorpiones sobre nosotros, el clamor furioso de los ángeles y el romper de las olas.

No tiene problemas para derrotar a los dos primeros ángeles, pero un tercero saca su espada.

La única arma eficaz que Raffe tiene son sus alas de demonio, escondidas bajo su disfraz de plumas. Él retrocede, dudando si debe mostrarlas ante tantos ángeles, aunque es poco probable que alguien lo reconozca con su máscara puesta. Pero su

atacante no le da otra opción cuando se lanza contra él con su espada.

Las alas de demonio de Raffe se abren de golpe.

La multitud se calla. El zumbido de los escorpiones se desvanece mientras se alejan nuevamente. Las guadañas de las alas de Raffe se abren con un chasquido.

Sus guadañas chocan con fuerza contra la espada de su oponente. La espada vuela en el aire y aterriza sobre el césped.

Raffe lanza una mirada amenazadora a los ángeles. Con sus alas gigantes de murciélago detrás de él y las guadañas brillando a la luz de las antorchas, es la imagen perfecta del diablo.

Las dos alas cortadas cayeron a un lado de Beliel. Las plumas blancas moviéndose con la brisa parecen fuera de lugar sobre la tierra empapada de sangre. La máscara festiva de Raffe solo aumenta el horror de la escena cuando se acerca a Beliel.

Todos los miran. El único sonido es el zumbido de las langostas alejándose y las olas rompiendo contra los acantilados.

Luego, el sonido de un centenar de espadas de ángel saliendo de sus vainas llena la noche.

A penas puedo respirar y no siento mis dedos. No veo cómo vamos a salir de esto. Raffe está de pie sobre Beliel, observando a los guerreros a su alrededor. Sus ojos son feroces pero es obvio que nuestra situación es muy desventajosa. Incluso si Raffe estuviera en su mejor forma, no podría luchar contra una legión entera de su propia gente, aun suponiendo que quisiera hacerlo.

Paige y yo estamos rodeadas, al igual que Raffe. Mi hermana parece tener algunos nuevos trucos bajo la manga, pero las probabilidades no están a nuestro favor. Miro a mi alrededor para ver si hay alguna brecha en la multitud de ángeles por donde pudiera colarme con Paige, pero no encuentro ninguna.

Estamos atrapados.

Se despliegan alrededor de nosotros, cortando todas las salidas posibles: por tierra, agua y aire. Supongo que no es la primera vez que han atrapado así a su presa. Saben cómo acabar con sus enemigos, eso me queda claro.

Varios ángeles caminan hacia Raffe con sus espadas. Él los estudia, después echa un vistazo a sus alas en el suelo, como si quisiera memorizar su ubicación. Camina sobre la cabeza de Beliel para ponerse frente a ellas, protegiéndolas de la pelea.

Los tres escorpiones miran a Raffe cautelosamente, pero continúan succionando la vida de Beliel mientras él se encoge. Cuando las espadas de los ángeles chocan con las guadañas de las alas de Raffe, los escorpiones se sobresaltan y se van volando.

Los ojos de Beliel miran inexpresivamente mientras que su cuerpo sangra a través de rasguños, mordeduras y pedazos faltantes. Si no supiera la verdad, pensaría que está muerto.

Raffe trata de evitar que los ángeles pisen sus alas, pero no se puede pensar en tantas cosas cuando se está luchando por sobrevivir.

Me tiro al suelo y atrapo una de las alas antes de que alguien la pisotee. La doblo rápidamente y se la entrego a Paige.

—Ten esto. No dejes que le pase nada.

Me lanzo hacia el otro lado de Raffe y me arrastro por el suelo para rescatar la otra cuando un ángel está a punto de pisarla. Encima de mí, Raffe ataca y bloquea golpes de espada en un frenesí de movimiento con sus alas de demonio.

Me arrastro hacia atrás con el ala para quitarme de su camino. Doblo el ala y se la doy a Paige. Las alas son ligeras, pero prácticamente cubren todo su cuerpo cuando las tiene en sus brazos.

Guío a Paige hacia atrás, lejos de la refriega. Pero nuestro camino está bloqueado por un guerrero que nos mira con furia.

En la luz de las antorchas, sus alas parecen llamas, pero sé que serían color

naranja quemado bajo la luz de una farola. Es Quemado, el ángel que secuestró a Paige por puro despecho.

Tiene el mismo aspecto que en el video de Doc: amargado y desagradable. Da un paso hacia nosotros.

—Ahí estás —dice Quemado mientras camina hacia Paige—. Por fin resultaste útil para algo, ¿no? Ya era hora de que alguien se deshiciera de ese rechazado.

Empujo a Paige detrás de mí y saco a mi oso-espada de un tirón. Casi me alegra tener la oportunidad de pelear contra él. Siento un odio especial por Quemado, el secuestrador de niñas indefensas.

Quemado me mira como si yo fuera un mosquito.

—¿Qué vas a hacer? ¿Me vas a golpear con tu osito de peluche?

Desenvaino la espada y me pongo en postura de combate. Él se echa a reír.

—¿Me vas a atacar con tu espada de estaño, niña?

Casi puedo sentir la rabia de Raffé pulsando en el ambiente, mientras pelea contra varios guerreros a la vez.

Quemado me ataca tranquilamente con su espada.

Detengo su golpe acerado con la mía. Mis sueños de entrenamiento deben haber funcionado bien, por lo menos hasta cierto punto.

Quemado parece genuinamente sorprendido. Pero eso no le impide prepararse de inmediato para su siguiente golpe. Puedo ver que me toma más en serio esta vez.

Su espada cae como un martillo. Uso la mía para detenerla.

La fuerza del impacto me sacude los huesos hasta los tobillos. Mis dientes se aprietan tan duro que siento que están a punto de caerse. Sorprendentemente, todavía estoy en pie.

Pero por poco.

Me queda claro que no puedo resistir más golpes directos. Ahora entiendo por qué mis sueños de entrenamiento nunca incluyeron a un oponente con una espada.

Quemado esperaba matarme con un solo golpe. Levanta su espada de nuevo, irritado.

Me agacho y corro debajo de su brazo que aferra la espada. Seguro que no es lo más recomendable, pero es lo único que se me ocurre. De cerca puede cortarme con su espada, pero no puede hacerme tanto daño.

Trato de patearle la rodilla, pero adivina mi movimiento y se quita a tiempo. A diferencia de los otros oponentes con los que he peleado últimamente, Quemado no está borracho ni es un amateur.

Se prepara para asestar otro golpe.

Lo esquivo. Siento su espada pasar a milímetros de mi cabeza. Pierdo el equilibrio y no tengo suficiente tiempo para colocarme en una buena postura defensiva.

Apenas tengo tiempo para levantar mi espada para bloquearlo.

Me golpea de nuevo con la fuerza de una locomotora.

Cuando detengo el impacto, mi cráneo se sacude tanto que siento como si estuviera a punto de vibrar fuera de mi espina dorsal. Casi tiro la espada, pero milagrosamente me las arreglo para sostenerla.

Me tambaleo y caigo sobre una rodilla.

Registro a Paige gritando detrás de mí. Paige puede tener una mordedura asesina, pero no es rival para un ángel guerrero con una espada, y me alegra que lo sepa.

Una parte de mí ve a Raffé esquivando espadas y golpes, tratando de llegar hasta mí. Pero hay demasiados oponentes atacándolo.

Una ola de furia me asfixia. Lo que pensé que era la ira de Raffé palpitando en el aire, en realidad provenía de mí.

No, no de mí.

De la espada.

Quemado formaba parte de la banda que cortó las alas de Raffé. Por su culpa, la espada tuvo que abandonar a su dueño. Ahora, está atorada conmigo, una pobre humana debilucha. Ha tenido que sufrir insulto tras insulto desde entonces, incluyendo que se rieran de ella. Y ahora, como última humillación, Quemado está a punto de vencernos con no más de dos o tres golpes.

Vaya que está enojada.

Bien. Yo también estoy enojada. Ese bastardo secuestró a mi hermana y la convirtió en una abominación.

Caeremos juntas. Sacaremos toda nuestra ira en un último esfuerzo. Espero al menos herirlo en algún lugar donde realmente le duela.

Quemado tiene el descaro de hacer un gesto de impaciencia, ordenándome que me levante. Seguramente nunca dejarían de burlarse de él si asestara su golpe mortal mientras su oponente, una niña escuálida, estuviera tirada en el suelo.

Enfoco toda mi rabia mientras me levanto y me preparo para defenderme. Quemado y yo levantamos nuestras espadas.

Con todas mis fuerzas, grito y me abalanzo sobre él al mismo tiempo que corre hacia mí. Paige grita mi nombre. Raffé grita mientras empuja guerreros a los lados, tratando de abrirse camino para alcanzarme.

Cuando las dos espadas chocan, el impacto no me llega hasta los huesos ni me deja el sabor de la sangre en la boca. Es como si toda la fuerza se hubiera detenido en la espada antes de vibrar hasta mí. Como si toda la fuerza asesina hubiera sido redirigida de vuelta.

La espada de Quemado se rompe en mil pedazos.

Suena como si se rompiera un cristal y alguien gritara al mismo tiempo. Una pieza dentada sale volando y choca contra el ala de Quemado, atravesándola de lado a lado.

Mi espada sigue su curso y la hoja corta a través del pecho de Quemado.

Es un golpe limpio que no deja marca hasta que la sangre comienza a salir de una línea que cruza su pecho de un brazo al otro.

Se desploma.

Quemado se queda tirado en el césped pisoteado, sangrando profusamente. Sus ojos incrédulos están muy abiertos. Su cuerpo tiembla. Su respiración es irregular y forzada.

Le cuesta trabajo respirar.

Uno... dos...

Sus ojos dejan de brillar. No hay vida en ellos.

Lo miro por un segundo más para asegurarme de que está muerto, convenciéndome de que las espadas de ángel sí pueden matar a los ángeles.

Miro hacia arriba. Raffe y los demás están congelados en medio de su pelea. Todo el mundo nos está mirando.

Una chica humana. Que mató a un ángel guerrero. En una pelea de espadas. Es imposible.

Yo también estoy congelada. Mis brazos siguen en posición de ataque, listos para el siguiente adversario.

Miro hacia atrás al cuerpo muerto de Quemado, tratando de comprender el hecho de que maté a un ángel guerrero.

Luego, sucede otra cosa increíble.

Un segundo, estamos rodeados de ángeles sosteniendo en alto sus espadas. Un segundo después, sus brazos caen vencidos por el peso y sus espadas caen sobre el césped como plomos. Los ángeles se quedan mirando a sus espadas sin comprender.

Otra espada cae.

Luego otra.

Caen una por una, haciendo un ruido sordo sobre el césped, hasta que todas las espadas desenvainadas están en el suelo, como súbditos inclinándose ante su reina.

Los ángeles miran las espadas a sus pies en *shock*.

Después todos me miran a mí. Bueno, en realidad miran a mi espada.

—Guau —es lo más inteligente que puedo decir ahora. ¿No dijo Raffe que una espada de Arcángel puede intimidar a otras espadas de ángel si logra ganarse su respeto?

Giro la cabeza para observar la espada en mis manos. ¿Tú hiciste eso, Osito Pooky?

**P**aige corre hacia mí, todavía abrazando las alas de Raffe. Entierra su rostro entre mis costillas como solía hacer cuando tenía pesadillas y necesitaba un abrazo.

La estrecho con fuerza entre mis brazos. Sus hombros son más delgados que nunca. Pero ese pensamiento no me llevará a nada positivo, así que lo ignoro. A juzgar por el muro de guerreros que nos rodean, su hambre no será un problema por mucho tiempo.

La llevo conmigo cuando camino hacia Raffe cautelosamente. Todos siguen en estado de *shock* y nadie me detiene, a pesar de que ahora soy una asesina de ángeles. Me coloco a espaldas de Raffe, dejando a Paige y las alas protegidas entre nosotros.

Sé que Paige es peligrosa ahora. Pero eso no cambia el hecho de que no va a sobrevivir esto, al igual que nosotros. Una niña de su edad no tendría que estar luchando por su vida, no mientras su hermana mayor está cerca para cuidarla.

Espero que sepa que estuvo rodeada de los que trataron de protegerla en sus últimos momentos.

Seguro que somos una visión interesante. Raffe en toda su gloria, con su máscara roja y sus alas de demonio con guadañas afiladas. Una Hija del Hombre flacucha y desgarrada blandiendo una espada de Arcángel. Y una muñeca de trapo sacada de una pesadilla abrazando un par de alas blancas de ángel.

El viento surge con fuerza de nuevo y me doy cuenta de que el zumbido de los escorpiones es cada vez más atronador. Deben estar regresando hacia donde estamos. Se siente como si una gran tormenta viniera hacia nosotros.

Los guerreros superan su conmoción y comienzan a moverse hacia nosotros, con las manos vacías. Solo que ahora varios vienen contra mí y no solo contra Raffe. Supongo que tienen algo en contra de que niñas humanas maten a uno de los suyos. O tal vez quieren tratar de apoderarse de mi espada.

Ataco a un ángel que se lanza contra mí. Él se agacha y trata de agarrarme del cabello. Lo pateo en el estómago.

Por lo que veo, hay un suministro interminable de guerreros. El resultado es obvio. No pasará mucho tiempo antes de que nos cansemos.

Nosotros lo sabemos. Ellos lo saben.

Pero seguimos luchando.

Estoy luchando contra un guerrero enorme, tratando de cortarle la garganta, cuando algo lo derriba. Es un escorpión.

Por un momento, veo una revoltura de alas y un aguijón rodando sobre el césped. El escorpión no parece tener intención de luchar contra el ángel. Creo que está tratando de levantarse y volar. Pero el ángel no va a dejar que eso suceda.

Otro escorpión se estrella contra el oponente de Raffe. Ruedan por tierra, cayendo en un revoltijo de miembros y alas. Otros tres escorpiones se estrellan torpemente contra los ángeles.

Me toma un momento darme cuenta de lo que está pasando.

El enjambre vuela muy bajo por encima de nosotros, cayendo y girando como una nube de insectos. Cuando la nube baja, los escorpiones en la parte inferior del enjambre se estrellan contra los ángeles, derribando a los guerreros.

No tengo ninguna duda de que cualquier ángel podría vencer a un escorpión sin problema. Pero hay muchos más escorpiones que ángeles, y los escorpiones se comportan erráticamente como si no pudieran controlar sus cuerpos. A pesar de que algunos giran en el último momento, tratando de evitar las colisiones, parecería que no pueden detener su propio impulso mientras chocan contra los ángeles.

La fuerza bruta de los cuerpos embistiendo repetidamente a la multitud los obliga a quedarse tirados sobre el césped.

Todos menos Raffe, Paige y yo.

El enjambre se abre a nuestro alrededor, golpeando todo a su paso, excepto a nosotros.

El fuerte aire que provocan sus alas me hace retroceder, chocando contra Paige hasta que está apretada entre Raffe y yo. La tomo de la mano. Su pequeña mano se aferra fuertemente a la mía.

Raffe extiende sus alas para protegernos, de modo que está a nuestras espaldas, con sus alas protegiéndonos a ambos lados.

Doc estaba equivocado sobre lo que Paige sentía por Beliel, pero empiezo a pensar que estaba en lo cierto cuando dijo que Paige tenía algo especial. Sea lo que sea que Doc le hizo en secreto, tiene algún tipo de conexión con los escorpiones. Vuelan alrededor de ella como abejas alrededor de una flor y la protegen con sus propios cuerpos.

Siguen llegando. Algunos pican, otros no lo hacen, como si los escorpiones estuvieran confundidos sobre lo que deben hacer. Pero incluso los que pican no se detienen mucho tiempo, como si tuvieran la sensación de que se meterían en problemas si se quedan.

El enjambre se levanta, dejando el césped lleno de ángeles de rodillas y acostados sobre el césped. Todos miran al cielo para ver qué sigue. Nosotros somos los únicos que siguen en pie.

El enjambre gira de nuevo, listo para pasar sobre nosotros una vez más. Los ángeles que estaban de rodillas se lanzan al suelo boca abajo, y todos protegen sus cabezas con sus manos.

Tal vez si pudieran usar sus espadas cambiaría la dinámica. Pero nadie parece querer arriesgarse a que su espada lo rechace de nuevo, aunque sea solo por una batalla.

Miro a mi alrededor, tratando de decidir qué hacer ahora. Los escorpiones no nos

están atacando a nosotros, por lo que no tendría sentido protegernos de ellos.

El enjambre sigue regresando. Otra ráfaga de viento hace que me ardan los ojos y casi me tira al suelo.

Pero los escorpiones se abren cuando pasan cerca de nosotros, como hicieron antes, dejándonos de pie mientras todos los demás se aplanan sobre el suelo.

Abrazando las alas blancas de Raffe, Paige se desliza entre nosotros y se acuesta sobre el cuerpo de Beliel. Las alas quedan aplastadas entre sus cuerpos. Las plumas blancas se agitan con el viento.

Beliel está encogido y es casi irreconocible, tumbado boca abajo como un muerto. Las alas de Raffe, sin embargo, están llenas de vida en contraste, cubriéndolo como una manta blanca.

Un escorpión vuela sobre Paige, tratando de levantarla, pero ella rehúsa abandonar a Beliel.

Mi cuerpo se tensa al ver la cola curva con el aguijón tan cerca del cuerpo de mi hermana. Me siento tentada a cortarla. Pero Raffe me detiene con una mano, como si adivinara lo que quiero hacer.

—Guárdala —me susurra mientras señala con la cabeza hacia mi espada.

Dudo un segundo, pensando en todas las razones por las que tendría que tenerla a la mano. Pero limpio la sangre en mis pantalones y deslizo la espada de vuelta en la vaina en mi cadera. No es un buen momento para discutir.

Más escorpiones disminuyen la velocidad y se detienen sobre Paige. Cuatro de ellos toman a Beliel alrededor de las axilas y las piernas, mientras que otros dos tiran de su cinturón. Lo levantan con Paige aferrándose a su torso, como una princesa sobre un palanquín demoníaco.

Quiero alcanzarla, tratando de bajarla de ahí.

Raffe me toma de la mano y comienza a correr tras ellos cuando el enjambre se aleja de nuevo. Me toma en sus brazos mientras corremos.

Lo abrazo con tanta fuerza como me permiten mis músculos temblorosos.

Unos cuantos pasos más y saltamos sobre el acantilado hacia el cielo.

Los ángeles se levantan inmediatamente y comienzan a perseguirnos. Algunos parecen lentos y torpes, como si los hubieran picado, pero muchos de ellos se las arreglan para volar tras nosotros de todos modos. Las alas de Raffé batien poderosamente mientras volamos por encima de las olas.

Detrás de nosotros, una horda de ángeles despegan desde el acantilado.

El atronador sonido de las alas de los escorpiones se hace más fuerte mientras el enjambre gira y regresa hacia donde estamos. Los escorpiones vuelan tan cerca de nosotros que sus alas de insecto casi nos rozan la cabeza cuando atacan de nuevo a los ángeles.

Entrecierro los ojos contra la avalancha de cuerpos de insecto que nos rodean. El enjambre baja, chocando contra los ángeles, justo detrás de nosotros.

El choque titánico noquea a los ángeles, y lo único que puedo ver son agujijones y alas de insectos. Ningún ángel puede penetrar en la masa. Me imagino que esto no es exactamente lo que Uriel tenía en mente cuando creó a los escorpiones.

Los escorpiones regresan volando hacia nosotros sin un ángel a la vista.

Estamos dentro del enjambre.

Sus cuerpos vuelan por encima, delante y debajo de nosotros. La masa de agujijones y alas detrás de nosotros es tan densa que parece una pared de insectos gigantes.

Miramos a nuestro alrededor con nerviosismo. Pasa bastante tiempo antes de que dejemos de preocuparnos de que vayan a atacarnos. A mi lado, mi hermanita va montada en lo que queda de Beliel. Sus piernas están envueltas alrededor de su cintura y abraza las alas cortadas de Raffé con su cuerpo. Las puntas de las alas blancas se agitan con el viento.

Beliel es una imagen espantosa. Le faltan varios pedazos y todavía está sangrando. Su piel y sus músculos están arrugados y secos, haciéndolo lucir frágil y muerto hace tiempo.

Paige y Beliel son acarreados por seis escorpiones gigantes revoloteando sus alas iridiscentes y son un espectáculo monstruosamente extraño. Paige se vuelve hacia mí y me dedica una sonrisa tímida que se detiene cuando los puntos en sus mejillas se jalan de más.

Mi padre una vez me dijo que la vida sería más complicada cuando fuera mayor. Supongo que esto no es lo que quería decir. Mi madre, por otro lado, estuvo de acuerdo con él, y supongo que esto es exactamente lo que quería decir.

Me acurruco en los brazos de Raffé. Nuestro vuelo va en perfecta sintonía con el del enjambre, como si los instintos de Raffé estuvieran afinados para sincronizarse

con sus compañeros de vuelo. Me queda claro que está destinado a ser una parte integral de algo más grande que él mismo.

Raffe es cálido y fuerte y me siento como en casa. Nuestros rostros se acercan cuando el enjambre cambia de dirección. Por un momento, puedo sentir su aliento acariciando mi mejilla.

Volaremos hacia donde el enjambre quiera llevarnos, y aterrizaremos donde ellos lo hagan. Y cuando lleguemos, no me queda duda de que tendré que estar totalmente alerta y lista para cualquier cosa. Pero hasta entonces, puedo relajarme al saber que mi familia está a salvo por el momento y que estoy otra vez con Raffe.

El sol se eleva, dando a la oscuridad del océano debajo de nosotros un resplandor que brilla con destellos azules, dorados y verdes.

Es un nuevo día en el mundo del mañana.

# Agradecimientos

**M**uchas gracias a mis fabulosos lectores beta por ayudarme a llevar el libro al siguiente nivel: Nyla Adams, Emigh, Jessica Lynch Alpharo, John Turner, Adrian Khactu, Eric Shible y David LM Preston. Agradezco también a Aaron Emigh por asesorarme en temas de peleas, y a Steaphen Fick por la lección de pelea con espada y consejos de pelea con cuchillo. Y, por supuesto, un enorme agradecimiento a los lectores de *Ángeles caídos* por su gran entusiasmo y apoyo.



SUSAN EE. Cineasta y escritora estadounidense. Antes de dedicarse a la escritura, Susan ejercía como abogada. Estudió escritura creativa asistiendo a diversos talleres en Stanford, The Iowa Writers' Workshop o Clarion West.

Le entusiasma la ciencia ficción, la fantasía y el terror, especialmente si las historias tienen un toque romántico. Sus relatos han sido incluidos en diversas publicaciones, como la revista *Realms of Fantasy* o la antología *The Dragon and The Stars*.

*Ángeles caídos* es su primera novela y el inicio de la trilogía «El fin de los tiempos», con la que ha cosechado un gran éxito y que ha sido traducida a más de 20 idiomas en todo el mundo. Los derechos cinematográficos de la serie han sido adquiridos por Sam Raimi, Rob Tapert, y Good Universe.